



**LAS
CUATRO
TORRES
LEANDRO
PÉREZ**

Índice

[Portada](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Nota](#)

[Los compadres](#)

[I. Primer tiempo](#)

[Cita](#)

[1. Los mares de Madrid](#)

[2. Tres Cantos](#)

[3. El número 10](#)

[4. Hoy por ti](#)

EuCorp

[II. Intermedio](#)

[Cita](#)

[5. Eyes Wide Shut](#)

Raquel

[III. Segundo tiempo](#)

[Cita](#)

[6. Caza mayor](#)

[7. Leones](#)

[8. El rey blanco](#)

[9. Un peón](#)

Nadia

[IV. Prórroga](#)

[Cita](#)

[10. La Bota de Oro](#)

[11. Oriente](#)

[12. La Behobia](#)

El mar de Aral

[V. Penaltis](#)

[Cita](#)

[13. El derbi](#)

14. El clásico

Epílogo

7 veces 7

Créditos

«Siempre usurpamos el lugar que ocupamos.»

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,

Los mares del Sur

Nota

Esta novela transcurre en Madrid, durante el otoño de 2011. Aunque se mencionan recortes de prensa, sucesos o partidos de fútbol reales, los hechos narrados pertenecen a la ficción, la menos virtual de las realidades.

Los compadres

1981. Invierno. *El helicóptero los arrojó al alba, en medio de la nada, sin armas ni víveres. Lo llamaban convivencia extrema. Pretendían afianzar la camaradería entre ellos. Hasta el mediodía no se agruparon. «Jodidos pero contentos», dijo Luisito. La ventisca y los aullidos propiciaron muchas bromas. Santa y Samu lograron prender una hoguera, Torca, Jaime y Ortega se deslomaron para atrapar a un hurón y Krauze sacó una petaca de tequila, pero ninguno triunfó como Jandro. Salió a por leña y regresó con un lobo a la espalda. Hernández despellejó a los animales y Marsé los asó. Los devoraron quemándose los dedos. Cuando se vació la petaca, Jandro vaciló a Krauze. «Compadre, más tequila», imploró imitando su acento mexicano. El resto le siguió la corriente. Luego alguien debió de decir «los compadres». En plural. Les gustó. Esa noche se juramentaron. Se apoyarían siempre.*

1992. Primavera. *Seis compadres dejaron el Ejército, aunque durante un tiempo siguieron obedeciendo órdenes. Más que agentes secretos, espías, mercenarios o paramilitares, desde entonces Torca, Marsé, Krauze, Hernández, Luisito y Jandro se consideraron soldados sin uniforme. Y los auténticos compadres, los pata negra. El resto había cogido otros senderos. Ya faltaba un compadre, caído en combate: Samu, una bala perdida. Otro había claudicado: Santa, desquiciado, se dejó encerrar en un sanatorio. Por último, Ortega y Jaime continuaron alistados. Los posteriores galones y el paso de los años los alejaron.*

La muerte de Juan Gómez, Juanito, el mítico 7 del Real Madrid, pilló a los seis compadres en una avioneta rumbo a Bosnia-Herzegovina. Y fue una grieta más por la que se escaparon rivalidades y tensiones soterradas. A Jandro, madridista acérrimo, le afectó casi tanto como la muerte de Samu. Torca contó que le había visto un par de veces por las calles de Burgos. «Se comía la calle, imponía», dijo. «Un equipo con 11 Juanitos jamás perdería un partido», proclamó Luisito. Pero el tocapelotas de Krauze sacó una comparación con Hugo Sánchez que no venía a cuento; Marsé y Hernández, culés, se mofaron al recordar el pisotón en la cabeza a Matthäus, y Jandro explotó. Estuvo a punto de tirar a Krauze al vacío.

Aunque Luisito y Torca templaban los ánimos, en los Balcanes la amarga y desgraciada convivencia comenzó a resquebrajar al grupo. La primera misión del sexteto, durante los bombardeos de Sarajevo, los carcomió por dentro. A casi todos. Hernández disfrutó: admiraba a los francotiradores. Le gustaba rastrear sus pasos, contemplar desde un teleobjetivo cómo seleccionaban a sus víctimas. Su desertión posterior, unos pocos años más tarde, quizá se engendró allí.

2001. Invierno. *La resaca de los atentados del 11-S en Nueva York duró meses, años, aún no ha cesado. En diciembre cinco compadres aterrizaron en Afganistán: Torca, al mando, Marsé, Luisito, Jandro y Krauze. Sus instrucciones eran difusas, aunque no debían enfrentarse a la insurgencia talibán, debían reducir el tráfico de drogas en la provincia de Badghis. Un imposible. Pero en una emboscada perdieron a Krauze. Intentaron rescatarlo durante un mes, pero no lograron encontrar al compadre mexicano. Fue su última misión. Los compadres se desperdigaron.*

I

PRIMER TIEMPO

«Le gusta mucho la novela, como tengo ocasión de ver cada vez que hace un artículo. Cuando me pone a mí de protagonista digo: “¡Joder, qué imaginación tiene Diego Torres!”. Pero tengo que decir que lo escribe bien.»

FLORENTINO PÉREZ,
presidente del Real Madrid

«No soy una persona imaginativa.»

DIEGO TORRES,
periodista de *El País*

Los mares de Madrid

Opaco al brillo de las estrellas, Juan Torca regresó del mar de Aral con el alma marchita y el cuerpo magullado. Desembarcó en Madrid, en un hotelucho de Gran Vía.

Resucitó lentamente. Los días y las noches, las horas y las semanas pasaban despacio. Sin sueños, y con insomnio. Sin futuro. Pero una mañana de primavera, cuando todavía se lamía las heridas, sacó fuerzas para comprar un ordenador, ropa y calzado en unos grandes almacenes de Preciados; otro día, antes de pasar media hora con su hijo en una cafetería, lo afeitaron y cortaron el pelo en una peluquería centenaria. A partir de entonces, los viernes por la tarde cruzaba cuatro palabras con el barbero y, al volver, se abastecía de periódicos en un quiosco. A veces compraba novelas y series en Callao. Mataba el tiempo leyendo o navegando en la habitación. Fumaba un par de puritos en la azotea. También bajaba al agobiante gimnasio del hotel para trotar sobre una cinta. Durante dos o tres meses apenas pisó las calles de Madrid.

Un día la máquina de correr se rompió. A la mañana siguiente, antes de que los turistas y los currantes coparan la calle, corrió por la Gran Vía, dejó atrás la Cibeles y la Puerta de Alcalá y entró en el Retiro. No, no se detuvo al recordar que había paseado por ese parque con Nadia, siguió corriendo. El día siguiente repitió la ruta, y ya no dejó de correr al aire libre.

Paso a paso, trote a trote, el insomnio se diluyó. Los horarios del hotel fueron mitigando sus sempiternos problemas de sueño.

Durante lustros, su vida familiar y profesional apenas varió: orden y caos. Pero ahora, con cincuenta y un años, con mucho tiempo tal vez por delante, estaba solo. Sin amigos. Sin trabajo. Viudo. En cierto sentido, doblemente viudo, sin Raquel, la mujer con la que había compartido media vida, y sin Nadia.

Llegó el verano. No lamentaba que su hijo Rodrigo pasara de él. Nunca habían llegado a congeniar. Desde que el chaval dejara el nido por la academia de Policía apenas se habían visto. Aunque ahora coincidían en Madrid, la situación no tenía visos de cambiar. Durante un insulso café, Juan le contó que debía emprender un viaje de trabajo. Como tantas otras veces, le mintió a medias: viajó, pero como un jubilado. Podríamos decir que embarcándose en una travesía por el Mediterráneo trató de escapar del peso del pasado y de la agobiante carga de una anodina sucesión de días sin sentido. Tal vez porque el supuestamente divertido crucero le pareció aburridísimo, allí Juan Torca comenzó a animarse. Corrió sobre otra máquina, jugó al mus con unos abuelos y charló agradablemente con un par de matrimonios en las visitas turísticas por las ciudades donde

atracaba el barco. Una noche en la que celebraron una presunta cena de gala, bailó, bebió y se tiró a una divorciada que al día siguiente no le devolvió la mirada.

Regresó a Madrid. El hotel tenía tanto de refugio como de cárcel. Al tercer día decidió hacer algo con su puñetera vida.

Descartó volver a Burgos. Demasiados recuerdos. Multitud de rostros semidesconocidos que ignoraban cómo se había ganado la vida ni qué bullía en su mente. Julia, la fiel asistenta, recibía todos los meses un pago por quitar el polvo y regar las plantas una tarde a la semana. La casa seguiría viva, pero Burgos por ahora no, más tarde, más viejo, quién sabe. Y en Bilbao nada lo ataba, aunque había negociado una excedencia temporal, intuía que iba a ser definitiva, nunca regresaría a EuCorp. Echaría de menos las comilonas y las sobremesas con los amigos de la sociedad gastronómica, y poco más. Barajó cambiar de aires, probar suerte en Londres, Berlín o Barcelona, puertos donde había recalado a menudo, o comenzar una vida nueva en cualquier ciudad perdida, limpia. Aunque tampoco caviló en exceso. Una mañana mientras corría por el Retiro, se vio trotando por Central Park, entre los rascacielos y el vacío de las Torres Gemelas. Se vio más solo, todavía más lejos de su hijo y del camino truncado, y dejó de soñar. Aquí me quedo, se dijo.

Ese mismo día, por la tarde, entró con paso decidido en una inmobiliaria. Con lo que se dejaba en el hotel le sobraba para alquilar un apartamento confortable y céntrico, pero una pelirroja entrada en carnes y descarada lo sometió a un metódico interrogatorio que lo sumió en un mar de dudas. No le apetecía pagar una fianza, firmar un contrato de alquiler, comprometerse a ocupar una vivienda durante un tiempo determinado. La mujer consiguió sacarle el número del móvil y le obligó a ver un vídeo que mostraba, la verdad, un apartamento que encajaba con lo que buscaba, pero salió de allí con ganas de volver al hotel donde tan bien le habían acogido.

Era un tres estrellas decrepito, con una plantilla envejecida, salvo las chicas de recepción. El personal, quizá porque añoraba los tiempos en que acogían a huéspedes permanentes en vez de a turistas maleducados, viajeros resabiados y puteros huidizos, trataba a Juan con una mezcla de cordialidad y deferencia que, años más tarde, llegaría a añorar. Le habían calado pronto: nada de preguntas personales ni alusiones profesionales, conversaban con él sobre el tiempo, sus correrías, los deportes y la crisis, y santas pascuas.

El primer cambio, así pues, fue no cambiar. O cambiar un poco, ya que decidió romper algunos de los barrotes de la jaula. Pasó de pensión completa a sólo alojamiento y cena, tras un breve regateo con Jacinto, el encargado y la persona con la que más palabras cruzaba aquellos días, lo más parecido a un amigo. Algunas noches veía partidos de fútbol con otros empleados y algún cliente despistado.

Tras un par de intentos fallidos, encontró una cafetería adecuada para desayunar. Después de la carrera, los estiramientos y la ducha, bajaba a un pasaje cercano a Gran Vía. A la tercera o cuarta mañana, Teodoro, el camarero, un veinteañero canijo y chistoso, le daba los buenos días y le servía sin preguntar un zumo, un café con leche en vaso y un panecillo con sal y aceite. Para las comidas de entresemana acertó a la primera: menú del

día en una taberna de Hortaleza. Iba antes de las dos y pronto le reservaron una mesa esquinera donde leía sin que apenas lo molestaran. Le gustaban los potajes, los guisos, los platos caseros. Los sábados y domingos cambiaba de rutina. Callejeaba por barrios como Chamberí, Argüelles o Moncloa hasta que encontraba un bar de tapas o un restaurante de barrio, sin pretensiones ni memeces.

Cuatro o cinco semanas después, subió otro peldaño. Se compró una tableta y, al sincronizar los contactos entre el teléfono, el ordenador y el nuevo cacharro, echó un ojo a la agenda.

Tenía un porrón de contactos desfasados. No le apetecía llamar a amigos del otro siglo, ni a familiares remotos ni a conocidos de la empresa. Si lo hubiera meditado, no habría marcado el número de Javier Marsé. Un compadre. Lo más parecido a un hermano, el siglo pasado. Llevaba sin verlo tres años. La última vez habían coincidido en un funeral en Bilbao. Por lo poco que le había dado a entender, husmeaba para una compañía de seguros y cuando fondeaba en España, vivía en la capital.

Ahora, repeinado y fondón, dirigía el departamento de seguridad de Madrid Seas, un grupo empresarial «con más ramas que un castaño», según Marsé. Su despacho debía de estar en cualquiera de los cuatro rascacielos que pretenden dominar las vistas del norte de la ciudad, porque le citó en una de las Cuatro Torres, en un hotel tan lujoso como gélido. Encorbatado, parecía un ejecutivo. Se había quitado la cicatriz del mentón, *souvenir* guineano. Estaba aposentado en una esquina desde donde podía abarcar con la mirada todo el recinto. Lo acompañaba una mujer. Blusa blanca. Rubia, espalda erguida, cuello desnudo. En cuanto lo divisó, Marsé cerró un portátil. Se incorporó y, sin mediar palabra con ella, cruzó con pasos ágiles la cafetería para abrazarlo. A sus anchas, se dirigió hacia la barra exterior, alejándose de ella. La mujer no se giró, ¿sería hermosa?, siguió a lo suyo, pendiente de otro ordenador, de espaldas al reencuentro de los viejos amigos.

—¿Quieres? —le preguntó mientras sacaba un paquete de tabaco.

—Lo estoy dejando. Pero trae uno —respondió Torca.

Era una mañana desapacible. Otro fumador, un hombretón con la nariz rota que charlaba con un tipo rapado y con gafas de sol, tal vez intercambió una mirada con Marsé. En uno de los rincones había una zona con mesas altas y taburetes metálicos. Marsé se sentó, dejó el portátil en la mesa y sacó el Zippo.

—Si un día te veo con otro mechero... —dijo Torca.

—Peligro, ¡lárgate cagando leches!

Se rieron, muy lejos del hotel, de Europa, del siglo XXI.

—Qué putas las pasamos en Medellín, ¿te acuerdas, Juanito?

Los recuerdos de Marsé y Torca no casaban con ese hotel ni con esas horas. En un garito podrían haber estado bebiendo hasta el amanecer, echando la vista atrás. Entre caladas y sorbos de café, conciso, Juan le habló del trabajo de Rodrigo, del accidente de Raquel, de la excedencia y de las rutinas frailunas en el hotel. Como no mencionó a Nadia

ni lo ocurrido en el mar de Aral, quizá Marsé pudo pensar que había enviudado hacía unas semanas.

—¿Y ahora qué?, ¿no vas a volver al tajo?

—Allí no. Quiero vivir aquí, cambiar de aires. Hacer lo que sea. Por eso te he llamado.

Según cogía fondo, improvisaba nuevas rutas. Casi siempre pasaba por el parque. El Retiro le sosegaba. Tiraba hacia abajo, giraba al este y retornaba pegado al estanque. Corría cada vez más tiempo y más rápido. Y suelto, casi relajado. En la máquina del hotel había usado auriculares, pero en la calle no podía estar tan aislado. Prestaba atención a cuanto lo rodeaba, aunque ya no vigilaba a nadie, y aunque no tenía motivos para sentirse perseguido.

Se ponía camisetas, sudaderas y pantalones cortos. Nunca mallas. Cortavientos, sólo los días lluviosos. Dejaba en la habitación el teléfono. Y en la recepción, la tarjeta del cuarto. Pero en el bolsillo trasero nunca olvidaba meter un billete de cincuenta y un cúter. Por si acaso.

Marsé llamó cuatro o cinco días después.

—¿Te pillo bien?

—Claro.

—¿Te apetece ver esta noche al Madrid? Tengo unas entradas cojonudas.

«No me vengas en chándal, yo no llevaré corbata, pero la gente va a los palcos casi como a la ópera», le había dicho Marsé. Al salir del hotel, trajeado, estrenando zapatos y camisa, Nerea, la recepcionista que solía estar de tarde, sonrió algo más que otras veces. Cruzó el semáforo, paró un taxi y subió hacia la Castellana. Antes de que apareciera Marsé por el pub donde habían quedado, Juan Torca ya había vaciado el primer vodka. Llevaba meses sin beber. Las copas anteriores las había tomado en Moynaq, con Nadia, una noche desgraciada y absurda.

Nadia y su mirada triste. Nadia y su corazón ardiente. Nadia y sus ilusiones rotas. Nadia en un mar de arena y desolación, ante una elección imposible, dejándolo morir en un barco destartado...

—Macho, estás hecho un George Clooney. —Con una palmada en la espalda Marsé le alejó de Uzbekistán, del Aral, y se hizo un hueco en el mostrador. Pidió un whisky y aceptó a regañadientes que Juan pagara las consumiciones.

Salieron del bar. Cruzaron la Castellana. Quedaba algo menos de una hora para que comenzara el partido del Real Madrid contra el Rayo Vallecano. Alrededor del Santiago Bernabéu había autobuses con japoneses, batallones de ultras, padres con críos, cuadrillas de amigos, chavales disfrazados, bocinazos y cánticos. Y policías a caballo.

—¿Te imaginas a tu Rodrigo cabalgando entre estos apaches?

—¿Por qué no? Hay cosas peores.

Accedieron al Santiago Bernabéu por una de las entradas vip de Castellana. En las zonas nobles del Bernabéu apenas había bufandas ni camisetas. Marsé se tomó un respiro en la entrada del museo del Real Madrid.

—Me sabe mal ponerte a prueba, Juan, pero ellos no te conocen. El próximo encargo merecerá más la pena, no te preocupes.

Juan no preguntó quiénes eran ellos. Poco antes del comienzo del partido, en el museo merengue no había hinchas ni turistas, sólo vigilantes y algunos invitados desperdigados. Cruzaron la sala de trofeos y se detuvieron en un espacio donde se rendía homenaje a Alfredo Di Stéfano. Aguardaron de pie.

—Nunca te pagarán tanto por tan poco, ya verás.

Un vídeo resumía la carrera de la Saeta Rubia. Entre fintas y regates, goles y vótores, elogios de Pelé, Beckenbauer, Cruyff y Maradona, refulgían estas envidiables palabras: «De un *hobby* hice una profesión..., tuve una suerte bárbara». Juan Torca sonrió, es un decir, con tristeza: se vio sin *hobbies*, profesión ni suerte.

Un sujeto esmirriado con traje de raya diplomática llegó con parsimonia desde la dirección contraria. Marsé hizo las escuetas presentaciones: Juan Torca, «un viejo amigo, un profesional excelente y discreto»; Camilo Laforet, «el auténtico cerebro» de Madrid Seas.

Camilo tendió la mano, fofa, sin desviar una mirada azul y penetrante, y sacó unos recortes de periódico de la americana.

—Vais al palco, ¿no?

—Sí —respondió Marsé—. También han invitado a unos alemanes, pero...

—¿Eres madridista, Juan? —Laforet cortó en seco a Marsé, marcando territorio.

—Desde niño. Todavía quiero ser como Juanito. —Torca era del Madrid, del Burgos y del Eibar, pero a Laforet no tenía que contarle su vida.

—¿Y te gustaría echar una mano al Real Madrid?

—Claro, cómo no.

—Cuando puedas lee esta basura. —Laforet entregó a Torca los recortes—. A ver qué averiguas. Seguro que sabes que en estos tiempos no sólo se juega con el balón. Hay un partido que nos toca ganar, y te estaría muy agradecido si nos ayudaras a vencer.

Laforet se despidió con un hasta pronto, sin más indicaciones.

De camino al palco, Torca le preguntó a Marsé si Laforet era su jefe. «No, ni de coña, manda mucho, pero es un mandado, como todos», le aclaró Marsé. «Igual te suena, sale en los periódicos a menudo, el consejero delegado de Madrid Seas es Jorge Barriocanales», le aclaró.

Tal vez sin venir a cuento, Marsé le relató una «anécdota acojonante»: el año pasado le habían ordenado despedir ejemplarmente a un directivo que filtraba informes a otra empresa. Eligieron una jornada de entrenamiento ejecutivo. «Una mariconada en el monte,

donde en teoría los capos aprenden a afrontar situaciones de riesgo.» Después de agotarlos con perrerías como rapelar por el cañón de un río o navegar por aguas bravas, regresaron al puentecillo que habían tendido a primera hora de la mañana con unos troncos.

—Durante todo el día yo no había dicho ni mu, me había dejado putear como el resto. Los que organizaban todo eran un monitor y unos chicos de mi equipo. Pero pegué un par de gritos y me prestaron atención. Me rodearon. Les conté que íbamos a jugar a algo nuevo: todos menos uno íbamos a cruzar el arroyo. ¿Queréis saber quién se queda en ese lado? El único que no se lo merece, el traidor que hoy no va a cenar con nosotros y que se va a volver a su puta casa a pie, o como pueda. Saqué el móvil. Busqué la lista. Despacio, que para estas cosas nunca hay que tener prisa, fui leyendo uno tras otro los nombres de todos los directivos. Según escuchaban el suyo, tenían que atravesar los troncos corriendo y gritando, descargando la adrenalina, más «libres» que nunca... El capullo no se puso nervioso hasta que no quedaban media docena. Rompió a sudar cuando faltaban tres. ¡Aunque el antepenúltimo y la penúltima también estaban cagados, igual los teníamos que haber dejado tirados ahí con él! Mis chicos y yo nos quedamos con el fulano. No le tocamos ni un pelo. Le hicimos firmar un par de papeles, para que desde la otra orilla nadie perdiera detalle, y le dimos una brújula... ¡y un chorizo! Cruzamos. Expliqué a los demás, muy por encima, cómo nos había vendido, y ahí se quedó, más solo que la una, mientras uno de mis chicos desmontaba los troncos.

Subieron al palco. La sala todavía estaba vacía, así que Juan echó una ojeada a los recortes mientras Marsé ponía unas copas.

Ahora que residía en la capital, Juan estaba al tanto de los culebrones madridistas; para gente como los empleados del hotel o los currantes que desayunaban donde Teodoro, no había conversación más socorrida, ni quizá más entretenida, que la futbolera.

Los tres recortes procedían de *Pueblo*. Una hoja la habían recortado del periódico de ese mismo día, otra se había publicado el mes pasado, al comenzar la Liga, y la más antigua había llegado a Internet y los quioscos en mayo, poco antes del final de la temporada anterior. Las tres estaban firmadas por el mismo periodista, Ramón Ribeyro. Su nombre estaba subrayado con tinta roja, aunque en la tercera página más bien lo habían tachado. Con ese mismo color también habían recalcado expresiones como «los jugadores tienen la sensación», «la mayoría de la plantilla sostiene» y «según el vestuario». Con amarillo, en cambio, habían marcado unos nombres bastante conocidos: José Mourinho, Iker Casillas, Sergio Ramos, Marcelo, Pepe, Cristiano Ronaldo, Kaká, Karim Benzema y Florentino Pérez.

—¿Qué te parece? Mejor comentamos luego la jugada, ¿no? —dijo Marsé mientras le pasaba un vodka con tónica.

Una camarera entró en la sala, acompañando a media docena de ejecutivos alemanes y suizos. Y un par de minutos más tarde un jugador del Rayo Vallecano metía un chicharro casi antes de que el árbitro pegara el pitido inicial.

Hubo más goles y más copas, pero Juan se perdió los dos primeros del Madrid. Minutos antes del descanso salieron del palco para echar unas caladas junto a las escaleras. Contemplando la Castellana, Marsé fue directo al grano:

—Tienes que averiguar quién es el topo que está filtrando a Ramón Ribeyro lo que se

cuece en el vestuario del Madrid. No tenemos ninguna pista, pero estoy convencido de que tú solito eres capaz de resolver esta mierda sin armar ruido. Para cubrirte las espaldas, les he dicho que en cosa de un mes seguro que has terminado, pero yo diría que dentro de una semana o dos este cuento se ha acabado. De todas maneras, si tardas sólo un día dará igual: cobrarás lo mismo, treinta mil euros. ¿Qué te parece? Piensa que no sólo te pagan por resolverlo, sino por tu silencio. He dado la cara por ti, Juan, sé que no me vas a hacer quedar mal.

Marsé se piró al baño, o a telefonar, o quién sabe si a cuchichear con Laforet, y lo dejó solo en las escaleras. Torca leyó de nuevo los recortes de *Pueblo*. Muy reveladores. Y verosímiles. Luego intentó conectarse con el móvil para leer el perfil wikipédico de Jorge Barriocanales, pero le resultó imposible, en un espacio tan multitudinario como el Bernabéu las conexiones interneteras eran pésimas. Aunque no conociera al dedillo sus andanzas, claro que conocía a Barriocanales: un figura que había medrado a ladrillazo puro y duro en los ochenta, asiduo de la «bodeguilla» de Moncloa, que en los noventa había disputado varios de los más exclusivos y fructíferos torneos de pádel y que continuaba cortando el bacalao.

En la segunda parte apenas prestó atención al césped, salvo cuando el árbitro señaló dos penaltis en los que Cristiano Ronaldo fulminó al portero. La hinchada disfrutaba, el resto de los invitados al palco bebía, bromeaba y zampaba, pero él se puso a elucubrar. ¿Cómo cuadrar el círculo? Es decir, si el chivato era un jugador, ¿se podía «resolver esta mierda sin armar ruido»? Sonrió para sus adentros al ver que un alud de preguntas podía sepultarlo. Mucho antes de plantearse cómo afrontar el trabajo, debía saber por qué y para qué debía trabajar. ¿Le apetecía involucrarse en un tinglado de ese calado? Treinta mil euros no se ganan impunemente en un par de semanas, ni en dos meses. ¿Y quién quería resolver ese embrollo? Eso, ¿quién cojones le estaba contratando? ¿Nada menos que el Real Madrid, el club más célebre del mundo, iba a solicitar los servicios de un tipo como él? Imposible..., a menos que fuera un sub-subcontratado, el último eslabón de una larga cadena de mando. Quizá el presidente o uno de sus directivos había pedido un favor a Barriocanales, o a alguno de sus amigos, y así, entre insinuaciones, confidencias y órdenes, ahora debía comenzar a remar el único marinero de una barca atestada de almirantes, contra maestres, capitanes y suboficiales. Juan Solo, para variar.

Diez minutos antes del pitido final se despidieron de los alemanes y de la camarera. Rodearon el estadio. Marsé se movía por el Bernabéu con soltura. Cuatro billetes de cincuenta euros cambiaron de manos y se colaron en la sala de prensa. Dentro había más cámaras que periodistas. Sorteando cables y trípodes, se aposentaron en una de las últimas filas. Poco a poco llegaron los periodistas. Marsé desenfundó el índice derecho: «Es ése». Sentado en la segunda fila, Ramón Ribeyro parecía un alumno aplicado, ajeno al barullo. Aunque no daba el tipo de empollón: treintañero, bronceado, brazos musculados. Tanto en la rueda de prensa del entrenador del Rayo como en la de José Mourinho se mantuvo en silencio, atento pero sin anotar nada. Al terminar tampoco recogió una grabadora, se incorporó como el resto de sus colegas y se fue bromeando con un par de ellos, como chavales hacia el recreo.

José Mourinho se desenvolvió bien, para Juan Torca. Más joven y más delgado en persona, flanqueado por botellas de agua mineral y rodeado de anuncios de Audi, Fly

Emirates y Bwin, el taciturno y monocorde entrenador del Madrid habló de riesgos y reacciones: «Obviamente, cuando vienes de una semana con resultados negativos el equipo necesita empezar bien, y marcar, y relajar, y jugar tranquilo, y cuando llegas y todavía no has llegado y ya estás perdiendo uno-cero, las cosas son más difíciles. Pero en las dificultades se ve el carácter, en las dificultades se ve a los hombres, y el equipo ha reaccionado».

La velada futbolera terminó bastante más pronto de lo esperado, sin el tercer tiempo putero que se temía Torca. Mientras salían del Bernabéu detrás del grupo de Ribeyro, Marsé le pidió, por favor, que empezara cuanto antes el rastreo y que el martes le hiciera una primera valoración en las Cuatro Torres. Luego lo dejó fuera de juego: ¡cambiaba pañales! Le esperaban una cena caliente, una esposa, una mocosa, un hogar. Torca, desconcertado, le felicitó y se dejó abrazar. Marsé se fue a pie, como había llegado: vivía en un chalé de El Viso, a cinco minutos.

Poco importó que el taxi fuera un oasis, que un magnífico equipo musical reprodujera una de las suites de Bach para chelo. Los recuerdos que más duelen son los que nunca has vivido. A Juan nada le hubiera crujido por dentro si le hubiera dado por acordarse de los años felices con Raquel y del nacimiento de Rodrigo. Sin embargo, imaginó cómo sería su vida si Nadia acabara de darle un hijo.

Cómo sería su vida con Nadia. En Madrid o en cualquier otro lugar. Con todo el tiempo y las ganas del mundo para empezar una nueva vida.

De vuelta al hotel, aunque Jacinto y alguno más quizá estuvieran de tertulia, viendo el resumen del partido, subió directo a la habitación. Abrió el minibar. Vació un botellín de vodka en un vaso del cuarto de baño y lo bebió de un trago. Vació otro, pero esta vez buscó sin éxito en la neverita algo para mezclarlo. Llamó para que le subieran un par de tónicas, un vaso en condiciones y hielos. La habitación parecía más pequeña. Esperó como un león enjaulado, de un lado para otro, las paredes convertidas en barrotes. Impaciente, apuró el segundo vaso. Salió al pasillo, directo al bar, harto de esperar, pero al doblar una esquina se dio de bruces con Nerea. La bandeja, la cubitera y las tónicas aterrizaron sin desperfectos en la moqueta; el vaso se hizo trizas. Al recoger los cristales, aún alterado, Juan se cortó. Apenas sangró, pero se apaciguó ante el apuro de Nerea. La joven recepcionista volvió a subir un cuarto de hora más tarde, recién perfumada, con una tirita, dos vasos y toda la noche libre.

Se despertó a mediodía. Casi nunca corría en domingo, y jamás a esas horas, pero hizo una excepción. Necesitaba recapacitar, sudar los vodkas. Nerea, más joven y mucho más divertida sin uniforme, había desaparecido al alba. Le alivió no encontrársela abajo.

Trotando por Gran Vía, resacoso, intentó no pensar en el encargo, pero no se lo pudo quitar de la cabeza. ¿Debía aceptarlo? ¿O acaso ya lo había hecho, al no haber devuelto los recortes ni haber lanzado ninguna objeción a Marsé? Se fiaba de su amigo, pero ¿por

qué no habían recurrido a un detective profesional? ¿Y por qué no se ocupaba del asunto el propio Marsé o alguien de su equipo?

El Retiro rebosaba de domingueros. El día, más veraniego que otoñal, era ideal para correr. Pero Torca regresó a Gran Vía desfondado.

Se detuvo, como otras veces, en el quiosco. Esta vez compró el *Marca*, *El País* y *Pueblo*. Antes de pasar por la ducha, buscó en vano a Ramón Ribeyro. No aparecía nada firmado por él. Pasó a *El País*. Diego Torres contaba que «Mourinho vivió ante el Rayo algunos de los momentos más difíciles de su tránsito por Chamartín». Otro periodista, José Sámano, apuntaba que el Madrid estaba «en plena tempestad», hablaba de «una semana entre tinieblas» y contaba que la hinchada estaba «contrariada por las últimas turbulencias». Y eso que han ganado 6-2, pensó Torca, si llegan a perder...

Al cerrar el periódico, reparó en la fotografía de portada. «Mirando a la Moncloa», rezaba el titular. Los lectores no sólo podían ver en vaqueros y mangas de camisa a Mariano Rajoy, candidato a la presidencia del Gobierno, sino también, de fondo, difuminadas, las Cuatro Torres erigidas en la antigua ciudad deportiva del Real Madrid.

Florentino Pérez había vendido esos terrenos en 2001, durante su primera presidencia, por ochenta mil millones de las antiguas pesetas. Muchísimos euros. En menos de diez años habían levantado los edificios más altos de España y, sin duda, los más polémicos del siglo: ante la sospecha de que los treinta mil metros cuadrados se habían recalificado a un precio artificialmente elevado para beneficiar al Real Madrid, rivales como el Bayern de Múnich y el Manchester United habían denunciado un supuesto trato de favor al club blanco. La Comisión Europea había tenido que abrir una investigación. En 2004 se había archivado. Nadie había encontrado indicios de ayudas públicas ilegales al Real Madrid.

Juan Torca encontró esos y otros datos navegando con la tableta, mientras aguardaba a que le subieran un plato combinado. Luego, durante la comida, cambió de formato y hojeó las páginas del *Marca*. Leyó con detenimiento la crónica de Santiago Seguro y una página titulada «El otro partido de Florentino». ¿Era ése el otro partido al que había aludido Camilo Laforet? El deportivo contaba que ese domingo se celebraba una asamblea de socios para aprobar las cuentas y el presupuesto del nuevo ejercicio: quinientos millones de euros. Casi nada. Además, si hubiera tenido un rotulador rojo como Laforet o su secretaria, habría subrayado estas líneas:

Los socios deberán dar vía libre al nuevo convenio suscrito con el Ayuntamiento que haría posible la reforma del Santiago Bernabéu. El sueño del presidente es que el Madrid cuente en 2014 con el mejor estadio del mundo, pero para ello hace falta el sí de los socios. El coste del proyecto alcanzaría los 200 millones de euros, pero según el estudio que ha elaborado el club, se amortizaría en cinco años. El Bernabéu ganaría 3.500 metros cuadrados si el proyecto sale adelante, que se utilizarían para levantar un centro comercial en el lateral del paseo de la Castellana —La Esquina del Bernabéu pasaría a manos del Ayuntamiento y será zona verde—. La renovación del estadio incluye además un techo, una carcasa con una línea arquitectónica vanguardista que envolvería todo el Bernabéu y un aparcamiento subterráneo.

En 2001 el Real Madrid había recalificado treinta mil metros cuadrados. Ahora se querían sacar de la chistera otros tres mil quinientos nada menos que en la Castellana. Sin

ningún truco de magia.

Con la vista cansada y las piernas agarrotadas, Juan Torca se tumbó en la cama. Cerró los ojos. Cuando el sueño estaba a punto de vencerlo, se volvió a ver delante de una tele en blanco y negro. Su padre vivía con pasión los partidos, entre litronas y Ducados. Rodrigo también vibraba con los goles y ponía a parir a los árbitros. Recordó una conversación que había mantenido con su hijo durante el Mundial. Como no tenían nada que contarse, el fútbol trataba de llenar los vacíos. Al chaval le jodía que gente incapaz de pronunciar la palabra *España* se llenara la boca poniendo por las nubes a la Roja. Entonces se acordó de Jon Izagirre, un periodista que había cubierto la actualidad de la Real Sociedad en un periódico vasco hasta que el equipo donostiarra descendió. Durante la travesía en Segunda, había trabajado en el equipo de comunicación de EuCorp. Aunque se dedicaban a quehaceres muy distintos, habían coincidido en la MSPO, una feria de armamento en Polonia. Allí se habían visto obligados a permanecer bastante tiempo juntos. Como se cayeron bien, tendieron puentes para pasar el rato. Juan, parco, le había contado cuatro batallitas, y Jon, más parlanchín, había cotilleado sobre las juergas de algunos futbolistas. Desde entonces alguna que otra vez se habían ayudado y en un par de ocasiones Torca se lo había llevado a la sociedad gastronómica.

Jon trabajaba ahora en una tele local de San Sebastián. Y no había cambiado de móvil, pero contestó sólo para decir que lo había pillado en Anoeta, cubriendo el partido de la Real, y que casi mejor que lo llamara mañana.

Al dejar el teléfono en la mesilla, volvió a ver la portada de *El País*. ¿Y si a Rajoy lo habían fotografiado ante las Cuatro Torres cuando él se hallaba en una de ellas, abrazando a Marsé y quedándose con las ganas de contemplar el rostro de la rubia? Ya sería casualidad, pensó. El martes había quedado con Marsé. ¿Estaría ella?

Nerea no era rubia. Nerea no era nadie. Sólo un consuelo. Y una complicación: ¿se habría enterado ya toda la plantilla del hotel? Tendría más o menos la edad de Rodrigo, seguro que se llevaba «superbien» con las otras recepcionistas y con otros empleados. Aunque no podía culpar al alcohol, si hubiera estado sobrio, Nerea jamás habría pisado el cuarto, Nerea no le habría sentado en la cama para ponerle la tiritita, Nerea no le habría acariciado el brazo. Qué bonito nombre, *Nerea*... Sin alcohol seguiría todo igual, continuarían sonriéndose, intercambiando buenos días, buenas tardes, sólo miradas.

Definitivamente, su existencia había dado un vuelco. Adiós a la rutina y vuelta al tajo. ¿Qué pasaría a partir de ahora? ¿Y por dónde empezaba? Marsé le había citado el martes en las Cuatro Torres porque daba por hecho que iba a pasar el domingo y el lunes investigando al periodista y rastreando al topo del Madrid. El retiro cartujo había concluido.

TRES CANTOS

Ramón Ribeyro parecía un tipo transparente. Treinta y cinco años, los dos últimos divorciado, sin hijos, un piso hipotecado, una colección de camisetas futboleras y miles de discos. Había estudiado Derecho en la Complutense, aunque nunca había ejercido la abogacía; al dejar la universidad había cursado un máster de periodismo y durante sus prácticas como becario en la Ser había cantado los goles del Getafe. Llevaba en la sección de Deportes de *Pueblo* desde el año 2000. Un repaso superficial a la hemeroteca del periódico permitía repescar cualquiera de sus artículos. Un día de éstos me pego el empacho y los leo, quizá encuentre conexiones interesantes, se dijo Torca.

Google siempre ofrece senderos que se bifurcan. Bajo el pseudónimo Errequeerre, Ramón Ribeyro se desahogaba en un blog personal llamado Furbo.es. En ese espacio mostraba su actividad en varias redes sociales. Más senderos. Contaba con cientos de amigos en Facebook y miles de seguidores en Twitter. En ambas redes hablaba de fútbol y deportes, alardeaba de su Mini Cooper S (en una imagen hasta se veía la matrícula del coche) y recomendaba canciones y películas. Además mostraba en una web deportiva sus rutas en bici.

Ahí se detuvo. El corredor evaluó al ciclista. Juan Torca usaba una aplicación telefónica para extraer datos similares, pero no los compartía en Internet. Es más joven, y más abierto que yo, pensó. Ribeyro acostumbraba a salir en bici un día a la semana, a menudo los viernes por la tarde. Sus rutas casi siempre comenzaban y terminaban a la altura del mismo número de la avenida Viñuelas, en Tres Cantos. ¿Era un incauto?

Juan Torca había encarado la madrugada del lunes rastreando a Ribeyro y planificando las pesquisas, sin correr ni desayunar en el bar de Teodoro. A las nueve menos diez de la mañana ya se adentraba por las calles de Tres Cantos a lomos de una Suzuki Burgman de cuatrocientos centímetros cúbicos, negra, recién alquilada. Había callejeado horas antes por Google Maps, y no le costó encontrar la avenida Viñuelas ni el portal de Ramón Ribeyro.

Aparcó la moto casi enfrente, cerca de un quiosco. Compró unos diarios, aunque no llegó a hojearlos, porque cuando se acercó al portal vio que se abría el ascensor. Hizo el ademán de sacar unas llaves, pero no necesitó pantomimas; una mujer y dos colegiales de uniforme salían apresurados, apenas lo miraron. Como suponía, no había portero. Los de toda la vida andaban en peligro de extinción. Revisó los buzones. Patético: en el cuarto B

figuraba una tarjeta obsoleta, la que quizá imprimió con ilusión y felicidad el ya derruido matrimonio formado por Elena Varona Gil y Ramón Ribeyro Villarreal.

Improvisando, descartó el ascensor y subió por las escaleras. Olía a detergente, seguro que una empleada a tiempo parcial había pasado la fregona antes de que sonara el despertador de la mayoría de los vecinos. Parecía un edificio tranquilo, familiar, sin oficinas, consultas ni academias. Al llegar arriba llamó al ascensor. Comprobó que las puertas de los tres domicilios eran similares, sin blindajes especiales, y que otra puerta, más sencilla, con una cerradura simple, permitía acceder al tejado. Se fijó en el felpudo de Ribeyro. Quizá era posterior al divorcio. Figuraba un eslogan: «Bienvenido a la república independiente de mi casa».

Bajó y salió del portal. Al lado del quiosco había una parada de autobuses. Miró las rutas, aunque la noche anterior, cuando decidió alquilar una moto, ya había descartado que Ribeyro recurriera a transportes públicos para ir a trabajar: la sede de *Pueblo* estaba a veintitantos kilómetros de allí, en el centro de Madrid, poco más de veinte minutos en coche, salvo en hora punta, pero bastante más combinando buses, trenes o metros. Desde la marquesina contempló con calma el cuarto y último piso del edificio. En una terraza unas antenas parabólicas delataban a un cinéfilo o a un devorador de fútbol. La república de Ribeyro. Conquistable con sencillez, sin batallas ni funambulismos, saltando desde el tejado hasta la terraza.

Cuando supo que Ribeyro residía en Tres Cantos se temió un adosado o una urbanización con pista de tenis, piscina, segurata y cámaras. En cambio, en la concurrida y comercial avenida Viñuelas se podía vigilar a un tipo sin despertar sospechas. A una quincena de pasos del portal, un camarero limpiaba las mesas exteriores de una cafetería. Se sentó y pidió el «desayuno tricantino»: zumo de naranja, café con leche y tres señoras porras.

Pegó un bocado a la tercera porra sin perder de vista el portal y la rampa del garaje, aunque intuía que contaba con tiempo de sobra para ordenar las primeras impresiones.

Si el trabajo era sencillo, si parecía tan sencillo, ¿por qué Javier Marsé me lo ha encargado en vez de resolverlo con su gente?, pensó. Vale, confía en mí. Bien, pero Marsé sabe que aquí y ahora carezco de apoyos logísticos para seguir el rastro de un tipo las veinticuatro horas del día. Sabe que vivo en un hotel, sin oficina ni empleados a mi cargo. Más solo que la una. Quién me ha visto y quién me ve. Y sin embargo me ha contratado. ¿Por qué? Muy sencillo. Primera hipótesis: estoy aquí porque se fía de mi intuición y experiencia..., porque le consta que el encargo es tan sencillo como beneficioso; quiere devolverme viejos favores. Segunda: mientras yo juego a ser detective, él participa en la partida con otras cartas. Porque quizá, tal vez... soy el plan B. Una ocurrencia. Porque quizá, tal vez, Marsé montó, está montando o va a montar un equipo profesional y sistemático.

¿Qué haría, qué hizo (si es que lo intentaron sin éxito), qué está haciendo el «equipo A»? Pongamos que un 24/7, ni un segundo al día sin vigilar los pasos de Ribeyro. Añadamos unas escuchas telefónicas, unos micrófonos y el jaqueo de su ordenador, su tableta, su teléfono, todo. Incluyamos una exploración concienzuda del terreno, un registro exhaustivo de su vivienda, de su Mini, hasta de su bicicleta. Y terminemos, por ahora, con

una lectura analítica y cruzada de todo lo que ha publicado en los últimos años. Desde el primer artículo periodístico hasta el último *tuit*.

Tal vez ese equipo ha fracasado. O puede que ese equipo haya comenzado la investigación, que no importe que ellos y yo trabajemos en paralelo. ¿Y qué debo o qué puedo hacer? Currar, y punto. Al fin y al cabo, es fútbol, sólo fútbol. Olvidarme de especulaciones. Currar en solitario. Igual se me va la olla. A Marsé le consta que voy por libre, así que sin consultárselo antes no voy a tirar de agenda para organizar un seguimiento a tiempo completo ni para instalar unos micrófonos. Por ahora, vuelo solo.

El Mini ascendió del garaje durante el segundo café. Ramón Ribeyro condujo hasta el periódico sin acelerones ni parsimonia. En un semáforo del paseo del Prado, a punto de llegar, a Torca le pareció escuchar el guitarreo de *Waterloo Sunset*, de los Kinks. Ribeyro aparcó con pericia en la calle Cervantes, en cuanto detectó que un coche dejaba la plaza libre. Salió del Mini enganchado al móvil, charlando con un ligue o un colega, más risas que palabras. Tenía pintas de futbolista, no habría encajado mal en el vestuario merengue tras un partido. Zapatones, vaqueros desgastados, corbata negra, chaqueta gris de punto, camisa blanca y una mochila de cuero que podría contener desde ropa deportiva y unas zapatillas hasta un portátil. Al colgar, a unos pasos del periódico, caminó pendiente del teléfono.

Luego Torca había callejeado un rato por la zona. Había tratado de imaginar a Ribeyro saludando a sus compañeros, haciendo escala para pillar un café de máquina antes de aposentarse en su pequeño mundo: una mesa, una silla giratoria, un teléfono fijo, unos cajones. Dos años más tarde recordaría a Ribeyro al leer estas líneas del prólogo de Santiago Seguro al libro de memorias de Enric González: «Pocos rasgos dicen más del carácter de un periodista que su manera de entrar en la redacción. Los hay simpáticos, tímidos, silenciosos, ampulosos, invisibles, discretos, frontales y oblicuos. A fuerza de insistencia, cada uno produce un perfil ante los demás y acaba por no importar a nadie. Pero de vez en cuando aparece alguien que se resiste a la indiferencia. Ese alguien sabe cómo entrar en un periódico».

Dos horas más tarde, Juan Torca regresó a Tres Cantos.

Después de recalar en un centro comercial para adquirir una caja de herramientas, aparcó la moto a un kilómetro de la república. A la una del mediodía falta ya muy poco para que cualquier vecino se mosquee si abajo llama un cartero o un operario. Pero Juan Torca tentó a la suerte. Llamó al mismo tiempo al cuarto A y al C; no tocó el timbre del B, daba por hecho que Ribeyro vivía solo. Al no contestar nadie, probó con el segundo B, uno de los pocos donde las ventanas estaban abiertas.

—¿Sí? —preguntó una señora.

—Ábranos, por favor, revisión de antena —respondió Torca.

De nuevo en el rellano del cuarto, dudó. Forzar la puerta de la república entrañaba casi la misma dificultad que acceder al tejado. Pero se ciñó al plan original. Hurgó en la cerradura de la puertecilla unos veinte segundos. Una vez en la azotea, no dudó: una

panorámica para detectar curiosos, media docena de pasos tranquilos y un salto a la terraza. Menos de tres segundos expuesto.

Seguía con viento a favor. Una ligera palanca con un punzón y la puerta corredera se deslizó con suavidad. Atravesó el salón sin malgastar un segundo, ya sobraría tiempo luego. Los juegos de llaves suelen estar en el recibidor. Una bicicleta de montaña, embarrada, estaba apoyada junto a un aparador chino. Tardó menos de un minuto en encontrar cuatro llaveros en el cajón central. Un aro agrupaba dos llaves etiquetadas: tejado y trastero. Otro era un manajo con varias argollas, que tal vez abrían las puertas de la infancia, la juventud y puede que alguna otra sorpresa: la casa de los padres, un piso de estudiantes, un apartamento en la playa... El tercer llavero era una herradura con el logo de una joyería: sin duda, había pertenecido a Elena. Adiós a los sueños compartidos, aquí te quedas, no volveré a usar ni la llave del piso ni la del portal ni el llavín del buzón ni el mando a distancia del garaje. El cuarto, un Mini en miniatura con una llave del vehículo. Los cogió todos. Con el de Elena abrió la puerta de la vivienda, salió y cerró. También pudo cerrar la puerta del tejado, ya que antes no había estropeado la cerradura. Abandonó el edificio. Diez minutos.

Más kilómetros. En Colmenar Viejo aprovechó para comer un menú del día bastante potable (ajoblanco, bacalao a la vizcaína y cuajada) mientras el ferretero de un centro comercial duplicaba casi todas las llaves. Rescató entonces el periódico que había comprado por la mañana. En la esquina superior derecha de la portada, el presidente del Real Madrid enarbolaba una papeleta con un SÍ mayúsculo. El titular prometía: «Florentino Pérez se alinea con el “señorío” de Mourinho». Dentro, en la sección de Deportes, leyó: «El presidente llegó a enfatizar que el entrenador portugués ha abierto los ojos a 109 años de madridismo al patentar un nuevo señorío: “¿Qué es esto del señorío? Mourinho nos ha agitado... La lucha contra la injusticia también es señorío”». Los socios habían arropado al presidente: además de aprobar las cuentas del curso anterior y el presupuesto para la temporada 2011-2012, las bases merengues habían dado el visto bueno a la ampliación del Santiago Bernabéu. No obstante, algunos compromisarios habían reprochado que Mourinho se quejara de los arbitrajes, que dudara del madridismo de la afición y que, el mes pasado, al perder la Supercopa contra el Barça, hubiera agredido al ayudante de Pep Guardiola, Tito Vilanova, metiéndole un dedo en el ojo y llamándole Pito en la sala de prensa. Ante las críticas, Florentino había contraatacado: «Entiendo que aquí hay gente que se ha visto influenciada por la prensa y hay que abrirle los ojos. No van detrás de Mou por el dedo en el ojo. Van detrás del Madrid porque quieren influir». Como suele ser habitual, pensó Torca, los poderosos culpan al mensajero.

Tres Cantos seesteaba a las cuatro de la tarde. Entró sin llamar, confiado, imposible que el periodista regresara tan pronto. Colocó todos los llaveros en el aparador, menos el del Mini, el único que no había podido copiar. Por la noche inspeccionaría el coche, era un pequeño riesgo, aunque a buen seguro que Ribeyro se pasaba días y días sin fijarse en esas llaves.

Empezó el registro por el dormitorio. Intuía que contaba con cuatro o cinco horas, pero se impuso no permanecer más de dos. Tiempo más que suficiente para no encontrar

nada. Pero debía intentarlo.

Torca regresó al hotel pasada la medianoche. Antes inspeccionó a fondo el Mini. A las ocho de la mañana lo despertó el teléfono. Javier Marsé.

—¿Qué tal lo llevas?

—Remando. Podría ir peor.

—De puta madre. Me pones al día en mi despacho, a la una y media, y de paso te enseño las vistas. Y luego nos vamos a zampar, ¿vale?

—Cómo no.

Marsé le dio las señas y colgó, sin más.

Tocaba pensar, más que actuar, así que Juan Torca se puso las zapatillas. Corrió con ganas. Zancada abierta y mente despejada, buena mezcla en una mañana con brisa aunque calurosa. Impaciente cuando le detenía un semáforo en rojo. Desatado en el Retiro, disfrutando. En el trayecto de vuelta, al rebasar el Palacio de Cristal decidió despedirse del parque esprintando hasta la Puerta de Alcalá. Aceleró y mantuvo un ritmo explosivo, casi insoportable..., hasta que dos corredores escuálidos y bastante más jóvenes lo adelantaron sin parar de hablar. Puta edad. Desde el estanque hasta Gran Vía se dejó llevar.

Desayunó charlando de fútbol con Teodoro y un par de parroquianos.

—Esta noche el Madrid se merienda al Ajax, ya veréis —les había incitado el camarero, que había recordado las goleadas del año anterior.

—Quita, ojo con los holandeses. El que tuvo retuvo —sentenció un abuelo memorión que mentó a Van Basten, los hermanos de Boer y Seedorf, y que no llegó a evocar los tiempos de Johan Cruyff y Neeskens porque Torca preguntó a la concurrencia si ese año Mourinho lograría que el Madrid ganara la ansiada décima Copa de Europa.

Se armó una buena. A Mourinho se le ama o se le odia, sin punto medio, pensó Torca. Aunque abundaban los partidarios del portugués, un hincha del Atlético de Madrid se llevó el gato al agua desde el otro extremo de la barra:

—Sólo hay una Santísima Trinidad. Así que un equipo con Mou el Special One, Florentino el Ser Superior y Cristiano el Deseado juntos... ¡sólo puede irse al infierno!

Al retornar al hotel recordó que no había vuelto a llamar a Jon Izagirre, el único periodista deportivo que conocía. Tras los saludos de rigor, Torca le preguntó.

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro, ¿tú qué te crees?

—Pregunta cortita y el pie: ¿quién te parece que filtra todo lo que pasa en el vestuario del Real Madrid?

—¿Cortita? Eres un cachondo. Eso da para un libro. Pero ¿por qué quieres saberlo?

—Un día de éstos que pase por Donosti nos vamos de pinchos y te pongo al día. Un

amigo anda muy interesado por el asunto...

—Vale, vale, no me cuentes una milonga. A ver cómo te lo explico...

Torca no dejó de anotar nombres propios mientras Izagirre hacía un divertido repaso de la convulsa actualidad madridista. Le habló de Sara Carbonero, novia de Iker Casillas. De Aitor Karanka, segundo entrenador del Madrid, y del séquito que escoltaba a Mourinho de club en club: Rui Faria, Morais y Silvino Louro. De futbolistas de la plantilla como Sergio Ramos, Arbeloa, Albiol, Kaká, Özil, Di María o Higuaín. De otros que habían salido del equipo, como Pedro León y Fernando Gago. De Jorge Mendes, agente de Mourinho y de varios de los jugadores. De Jorge Valdano, director general del club hasta mayo... Según el periodista, era absurdo ir tras un único filtrador.

—No sé si lees *Pueblo*, pero hay un tío que tiene pinta de contar con una garganta profunda en el vestuario... —dijo Torca.

—Ya, como en el Watergate. Y lo que yo te diga. ¿Y tú tienes que cazar al topo?

—Para qué mentirte. Sí. Si es que quiero.

—Pues lo llevas claro...

—¿Por qué?

—Porque el Real Madrid, como cualquier otro club, es un coladero, todos filtran. Joder, se me acaba de ocurrir un *tuit* cojonudo: «En el fútbol o eres un filtrador o un infiltrado». A lo que voy: en algunas de las filtraciones el que ha cantado ha sido el entrenador, o sus ayudantes, o su agente... Otras veces a quien le interesa airear algún trapo sucio de la plantilla o del místico es al presidente, o a un directivo... Y muchas veces los jugadores, o sus padres, hermanos o representantes son los que tiran la piedra escondiendo la mano. Suma a eso los entornos: el colega del mejor amigo de un futbolista, el cuñado de un utillero, la mujer de un directivo... Y añade que el fútbol sólo es cerrado de puertas afuera, que dentro todos se conocen y que todos, todos, se aburren mucho entre partido y partido y no tienen nada mejor que hacer que hablar, hablar y no parar de hablar.

Sin embargo, Izagirre le prometió que charlaría con algunos compañeros de la capital.

El resto de la mañana Torca lo pasó en la habitación, dejándose los ojos en el portátil. Alternó la lectura de las informaciones que Ribeyro publicaba en *Pueblo* con las entradas que colgaba en el blog. No encontró nada relevante, aunque marcó como favoritos estos dos *post* de Furbo.es:

Ribeyro los había escrito antes del divorcio y de las salidas en bicicleta.

HINCHA

Sudas más en el sofá (tragando televisión, que nadie piense mal, o bien) que practicando cualquier otro deporte. Siempre te indignas cuando pierden los tuyos y rebosas felicidad cuando se cuelgan una medalla, levantan un trofeo, encestan un canastón o marcan el gol de la temporada. Un par de detalles sin importancia, sin embargo, te frustran desde hace un par de años. Más o menos, desde que un anillo te corta la circulación del anular derecho. Desde el bodorrio, no has podido evitarlo, has cumplido dos años más. Sumas ya treinta y tantos inviernos. Y aún te crees joven..., aunque la mayoría de tus ídolos deportivos se jubilaran el milenio pasado. Los tuyos, debes reconocerlo, ya no juegan. Dentro de nada todos te parecerán unos niñatos. Y sucede, además, otra cosita. Ya no cantas los goles. Ya no insultas a los árbitros. Ya no animas a los tuyos. Ya no ruges cuando ganan

los otros. Antes vibrabas con tus colegas. Ahora te aterra que tu amor sepa que convive con un hincha acomplejado y patético.

DOS-CERO

No te jode que pierdan. Estás acostumbrado. Te jode tragarte el partido solo y en silencio, en el salón de tu casa. Pasarte dos horas, con prórroga incluida, en silencio, solo, cada vez más cabreado según se acerca la temida derrota. Cuando marcan el primer gol farfullas un «mecagüenlaputa» que apenas resuena. Eres un hincha reprimido. Con el segundo gol ni siquiera abres la boca. Sentado en la alfombra, miras alelado cómo lo festejan los jugadores del otro equipo. Apagas la tele en cuanto termina el partido. Te metes en la cocina, preparas una ensalada, sacas los quesos, llenas de agua la jarra y pones la mesa. Vas y vuelves de la cocina al salón. Tu contraria sale relajada de la bañera. Se sienta dispuesta a charlar de las cosas del día y a ver por la tele cualquier cosa menos furbo. Cenas. Qué lejos estás del piso de estudiantes, de los bares de aquí y de allá donde noches así rugías, maldecías y sufrías con animales de tu especie.

—Su piso es una leonera de diseño. Muy pop, muy colorido, pero desordenado.

—Con esa pinta de metrosexual pensaba que tendría la casa de punta en blanco... — dijo Marsé.

—Ya ves. Amontona la ropa sucia en la bañera, se ve que sólo usa la cabina de hidromasaje. Aparca la bicicleta en la entrada. En la cocina no había un plato limpio... Tuve suerte al entrar un lunes. En el frigo estaban colgados los horarios de una asistente, va martes y viernes por las tardes. Se queda sólo dos horas, así que apenas tendrá tiempo para plancharle las camisas y adecentar un poco el piso. A estas horas estará allí una tal Cecilia Fernanda.

—Una sudaca, fijo.

—Ni idea. Ribeyro colecciona chorradas: entradas de cine, de fútbol, camisetas, discos, vídeos, tebeos, clicks de Playmobil... y teléfonos móviles. El salón y el pasillo están forrados de estanterías polvorientas. En cualquier balda, la verdad, podría esconder qué sé yo, cualquier cosa, así que, como puedes imaginar, mi registro para nada es concluyente. Sólo me llamó la atención que el estante donde almacena los teléfonos estuviera bastante ordenado, sin polvo...

—¿Y colecciona muchos móviles?

—Depende de lo que te parezcan muchos. Hay más piraos como él. Esta mañana he visto que Samuel Eto'o cuando estaba en el Barça ya tenía cerca de cuatrocientos. Ribeyro ronda el medio centenar. Uno de los cajones estaba repleto de cargadores, por cierto. Tiene desde mamotretos de los noventa, algunos escacharrados, hasta varios sin desprecintar. Aunque tal vez los conserva relucientes porque es lo último que se ha puesto a coleccionar, como los niños cuando empiezan un álbum de cromos.

—Pues me lo pones bien. No has encontrado nada ni eso nos sirve para nada, ¿no?

Estaban de sobremesa en Casa Lucio, en la Cava Baja, un restaurante castizo frecuentado por celebridades. «Mariconadas, las justas», había proclamado Marsé tras pedir jamón ibérico, los tradicionales huevos estrellados, unas cocochas de merluza y unos callos, todo para compartir. Se habían saltado los postres. Javier, añorando un habano, remataba la sentada con un whisky de malta. Juan, con un vodka.

—Esto hay que bajarlo —dijo Marsé palpándose la barriga—. ¿Damos una vuelta? Hasta que vayamos a ver el partido tenemos tiempo de sobra.

¿Los ojos saben mentir? ¿Qué fue del Marsé feroz, pendenciero y suburbial, recién salido del Raval barcelonés, que muchos años atrás había compartido con Torca desventuras y penalidades? El traje, la gomina o el aplomo con el que sacaba la billetera no camuflaban una mirada inquieta.

Horas antes, en una astronómica planta de la Torre de Cristal, en cambio, parecía muy alegre. Una tímida y jovencísima secretaria había bajado a recoger a Torca. En el ascensor la chica se había refugiado en su tableta, rehuyendo cualquier conversación banal. En el taxi, Torca también se había distraído navegando con el teléfono. En torredecristal.com contaban que el edificio, de 250 metros de altura y 52 plantas, albergaba en la cúpula un jardín vertical, el más elevado del continente, y había cambiado el *skyline* de Madrid junto con los otros tres rascacielos. Las Cuatro Torres eran «los nuevos referentes arquitectónicos de la ciudad y uno de los centros de negocio más modernos de Europa». Según su arquitecto, César Pelli, la Torre de Cristal fue concebida «como una escultura cristalina, delicada y vivaz de formas ascendentes que llevan nuestra mirada hacia su remate y al cielo...».

—¿Qué te parece el cipote de cristal?

Zafio y orgulloso, Marsé lo había abrazado al salir del ascensor, ignorando a la secretaria. Atravesaron un laberinto de habitáculos y oficinas. Mientras Torca buscaba en vano la nuca de la rubia del hotel, Marsé le había explicado que Florentino Pérez había fichado a Luís Figo, Zinedine Zidane, David Beckham y Ronaldo gracias a la venta de los terrenos sobre los que se habían edificado los cuatro rascacielos.

—La gente llama a las torres con los nombres de los galácticos. A la nuestra la llamo Zidane. Ya sabes que me gusta el francés...

El despacho, una celda de vidrio y acero cromado, estaba precedido por tres escritorios. Uno lo ocupó la secretaria. En el otro aporreaba un teclado el hombretón con pintas de boxeador sonado que fumaba el otro día en el hotel. El tercero estaba vacío. ¿Quizá era el puesto de trabajo del otro fumador, el rapado con gafas de sol? ¿O curraba ahí la rubia? Una vez dentro, Marsé lo había conducido ante un ventanal para mostrarle Madrid, su Madrid: una maraña de edificios más bajos, más feos y más antiguos que la Torre de Cristal se fundía con el horizonte. A Torca no le había sorprendido que Marsé se lo tomara con calma. Sin mencionar la búsqueda del topo, habían charlado sobre el homenaje que se iban a pegar donde Lucio, sobre la goleada que le iba a caer al Ajax en el Bernabéu... El trabajo de Marsé no debía de ser muy estresante, en ningún momento había prestado atención al ordenador ni había recibido ninguna llamada.

Tampoco durante el almuerzo había recurrido al móvil para consultar el correo. Disfrutando cada bocado, había trasegado con parsimonia casi dos botellas de un reserva

de rioja de doscientos euros que Torca apenas había catado, y había dejado que le contara sus andanzas en Tres Cantos sin apenas interrumpirlo.

Esquivaron mendigos y turistas. En los alrededores de la plaza Mayor, pareció caer en la cuenta de que el hotel de Torca quedaba cerca.

—Oye, ¿te importa si me enseñas tus dominios?

Mientras caminaban hacia Gran Vía, Marsé cambió de tercio. Sonsacó a su compadre sin diplomacia. Comenzó lanzando una estocada al querer saber cómo había encajado Rodrigo la muerte de su madre y hurgó en la herida al evocar el bombo de la boda, en los ochenta, y luego pidiendo detalles sobre el funeral de Raquel. Ante el asombro de Torca, remató la faena preguntando sobre Nadia:

—Me han contado que en Uzbekistán montaste un pifostio de tres pares de cojones con una ucraniana, ¿no? ¿Qué se te había perdido en el mar de Aral?

—Nada. Pero ya ves. —Torca se mordió la lengua. Lo de menos era saber cómo se había enterado, qué sabía o dejaba de saber, sino a cuento de qué sacaba eso ahora y por qué quería ver su cubil.

—Pero ¿no estabas allí para solucionar alguna movida de EuCorp?

—Qué va. Fui por mi cuenta y riesgo. Pero ya entonces estaba de excedencia. Indefinida. Deberían pasar muchas cosas para que vuelva a EuCorp.

Nerea, quién si no, radiante, con la tentadora blusa bien abotonada, atendía a unos turistas en la recepción. Aunque al verlo acompañado los recibió con un anodino «Buenas tardes, señores».

—¡Vaya delantera! —soltó Marsé cuando la dejaron atrás.

Torca no dijo nada.

Entraron en la habitación, limpia y acartonada como un traje de boda antiguo. Marsé, sarcástico, pegó un silbido. «Cómo te cuidas, macho.» Los únicos objetos personales a la vista eran el portátil y la tableta sobre el escritorio, unos periódicos en la mesilla de noche y unas pilas con libros en una esquina. Torca, incómodo, sacó dos botellines del minibar. Brindaron, como siempre, por la quinta del 81.

—Por los compadres.

—Los vivos y los muertos.

Torca mojó los labios. Marsé vació de un trago el whisky y se dejó caer en la butaca.

—Lo de Samu poco arreglo tenía —recordó Torca—, que te fulmine una bala perdida es una putada, el destino es un cabrón con patas...

—Y tanto —añadió Marsé—. Era un buen chaval, aunque no sabía beber.

—No como el jodido mexicano. No lo tumbaba ni Jandro. Krauze tampoco se merecía ese final... ¿Tú qué crees, que le lincharon nada más apresarlo?

—Ni zorra. Qué más da.

—Ya. Sobre todo ahora, ¿has caído en la cuenta de que han pasado ya diez años? —

preguntó Torca.

—Pues no. El tiempo vuela.

—Diez años. Si lo hubieran ejecutado al poco de capturarlo, habríamos encontrado el cadáver. Y luego no pidieron rescate. Yo diría que lo jodieron bien jodido, que lo forraron a hostias, y que Krauze sólo abrió la boca para chingarse en sus muertos antes de que le dieran el tiro de gracia.

—Eso es lo que habrías hecho tú.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada.

Marsé cogió otro botellín del minibar. Además de borracho, parecía nervioso. Torca, en cambio, llevaba demasiado sin charlar en confianza con un amigo.

—Diez años sin Krauze. Y sin compadrear. Diez años ya...

Marsé dio un trago. Torca continuó hablando.

—Te voy a contar una gilipollez. La gente suele tener un número preferido, el de la buena suerte, pero me da que yo tengo un número maldito, el diez. Y no lo digo por Krauze. Cuando tenía diez años murió mi madre. Mi padre aguantó más, pero palmó un octubre. El décimo mes. Como Raquel. —Torca cogió otro vodka, mientras recordaba que había perdido a Nadia el 10 de mayo—. Cuando se me cruza un diez...

—¡Basta ya, cojones! ¿Qué has averiguado del diez? —Marsé arrojó el botellín al suelo y se puso en pie con los puños crispados.

El estallido de Marsé cogió por sorpresa a Torca.

—Xavi, ¿de qué vas?

—¿Xavi? Ya nadie me llama así. ¡Ni Xavi ni hostias en vinagre! Te lo repito por última vez, ¿sabe algo Ribeyro del puto diez?

—¿Ribeyro? ¿Del diez? Pero ¿de qué coño estás hablando?

Marsé lo miraba fijamente. Buscaba en sus ojos una respuesta, un indicio. El pulso visual duró unos segundos eternos, hasta que Marsé se aplacó.

—Olvídalo.

Marsé cogió otro botellín. Sin llegar a abrirlo, se acercó a la ventana y apartó el visillo.

—Xavi, ¿qué quieres de mí?

—¿Pues no lo sabes de sobra? Te estoy haciendo un favor de puta madre. Quiero que caces al topo y que saques una buena pasta para que te pires de este hotel de mierda. ¿Te parece poco?

—Y si no lo pillas, ¿qué?

—Confío en ti. He puesto la mano en el fuego, esto para ti es un juego de niños.

Ahora se cabreó Torca.

—¿Un juego? ¿Para quién? ¿Qué pasaría si mañana te envío un informe donde demuestro que el filtrador es Casillas, o Valdano, o la madre que los parió? ¿O si Ribeyro descubre que lo estoy espiando y va y lo publica? ¿De verdad sólo quieres un nombre? Un nombre se lo saco a golpes al periodista si lo espero en el garaje. O si lo despierto con una pistola en la frente. Para sacarle un nombre tampoco me necesitas, tú mismo se lo sacas o cualquiera de esos gorilas, ¿no? ¿Esto es caza mayor o menor?

—¿Cómo que caza mayor?

Marsé se giró, volvió a escrutar con la mirada a Torca y cambió el tono. Más bajo, más sordo:

—Juan, la gente como tú y yo obedecemos órdenes, y punto. Aunque sean absurdas. Si quieres abandonar, adelante. Seguro que hasta puedo pagarte el tiempo que has dedicado, no haría falta ni que me pases un dossier. Tú y yo sabemos que este trabajo se aparta un poco de lo que venías haciendo. Pero déjame decirte una cosa: cuando me llamaste, vi la luz. Ahora que tengo recursos... Ahora que me enfrento a situaciones complicadas, muy complejas, un viejo amigo como tú, en el que puedo confiar..., me es más necesario que nunca. Confía en mí, como yo confío en ti, y verás que no te defraudo. Será sólo el principio. Esto del topo, como todo, tiene una importancia relativa. No te voy a mentir: cuando sepamos su nombre quizá tu informe acabe pasado por una trituradora, y nunca más se supo. Ya sabes cómo funciona esto. Pero quizá tu investigación sirva de apoyo para una operación más grande, y más enrevesada... Una partida que se juega a muchas bandas. Créeme si te digo que no puedo, que no debo decirte nada más. Por ahora.

Marsé se guardó el botellín en un bolsillo lateral de la americana. Mientras le contaba que al día siguiente viajaba a París y que regresaría el viernes o el sábado, sacó de otro bolsillo dos entradas y las colocó en el escritorio.

—Por favor, esta noche vete a ver el partido. Vete solo o llévate a quien quieras, yo aprovecharé para preparar el viaje y para ejercer de padre y marido, que todavía ando de prácticas. Cuando vuelva nos vemos; si has continuado investigando, me informas. Y si has decidido dejarlo, tan amigos, no habrá reproches ni lamentos.

Solemne y patético, tendió la mano a Juan. Se la estrechó con fuerza, mirándolo a los ojos y se largó.

La voz de Plácido Domingo inundaba el estadio. Nerea, eufórica, se unió al cántico: «Sale el Madrid a luchar. Sale el Madrid a ganar. ¡Hala Madrid! ¡Hala Madrid!». Al terminar el himno del centenario, resonó el de la Champions y los dos equipos saltaron al césped. Pero Torca no se fijaba en el terreno de juego, sino en los trajines de los fotógrafos a pie de campo. Estaban en un anfiteatro del lateral este, lejos del palco del partido anterior y cerca de la tribuna presidencial.

Benzema falló un gol cantado y Nerea se quedó a un tris de abrazarlo. En el hotel, sentado en la cama con las entradas en la mano, ensimismado, había telefoneado a su hijo. Rodrigo, su niño, su todo, la sonrisa infantil que lo iluminaba cuando regresaba al hogar, se había convertido primero en un adolescente hosco y rebelde, que no comprendía sus

ausencias y que reprobaba lo poco que sabía de su trabajo, y luego en un joven independiente y distante. La llamada para ver el partido le había sorprendido. Entre seres cercanos la extrema cortesía a menudo esconde tirantezas, dobleces. En este caso no parecía haber inventado ninguna excusa, le había agradecido la invitación, pero le había dicho que estaba de guardia y que le encantaría volver a verlo pronto. Le había despachado en un minuto, sin preguntarle nada.

Nerea le agarró el antebrazo cuando Casillas despejó un balón. La joven flipaba. Al menos ése era el verbo que más había conjugado. Nerea no había parado de hablar y de mostrar una alegría desbordante y contagiosa tanto en la cafetería de Teodoro, donde habían quedado al acabar el turno, como en el taxi. Sólo había callado al entrar en el estadio, impresionada. Juventud, divino tesoro. A su lado, Torca no dejaba de dar vueltas a la conversación con Marsé. «Me enfrento a situaciones complicadas, muy complejas», había confesado. Yo no, pensó Torca. Yo no, pero lo llamé; quizá me esté utilizando, pero gracias a él estoy aquí. Vivo, acompañado. No puedo echarme atrás.

Cerca del área chica madridista, en el minuto 24 de la primera parte, Sergio Ramos recuperó un balón para dárselo a Özil y entonces el alemán, el número 10 del Real Madrid, alumbró un contragolpe vertiginoso, antológico, una sucesión de pases al primer toque con Cristiano Ronaldo, Kaká y Benzema que terminó con un disparo del portugués y una ovación atronadora, con miles de personas gritando «Gol, gol, gol», una explosión de júbilo que fundió a Juan y Nerea en un abrazo intenso, espontáneo, preludio de una velada memorable.

EL NÚMERO 10

Amaneció solo, sin resaca, con varias dudas y un número. Aquel «¿qué has averiguado del 10?», además de un desliz ético de Marsé, parecía un reclamo.

Hubo una época en la que Torca estudió a Clausewitz y a Sun Tzu. En *El arte de la guerra*, el estratega chino proclamaba: «Existen caminos que no hay que seguir, tropas que no hay que atacar, ciudades que no hay que tomar, territorios que no hay que disputar y órdenes del soberano que no hay que seguir».

Caminos. Tirado en la cama, ensimismado, mirando unas grietas del techo, imaginó una encrucijada. A la izquierda se abría un camino truncado, muy corto y apetecible, la renuncia: olvidar a Ribeyro, a Marsé y al Madrid, y luego trazar un rumbo nuevo, el que fuera, sin ataduras. Pero por el centro crecía el camino que debía explorar, que ya había pasado por Tres Cantos y el Bernabéu, que había nacido cuando Marsé lo llevó ante Camilo Laforet y que debía morir con un nombre, al menos uno, el del chivato. Aunque el cuerpo le pedía abandonar esa vía, había decidido que debía recorrerla por lealtad a Marsé, más que por el dinero o las perspectivas profesionales que se abrirían después. Sin embargo, a la derecha aparecía una senda intrincada, tentadora e imprevisible: el camino de la caza mayor, del 10, investigar por qué, para quién y contra quién estaba investigando.

Nerea lo devolvió a este mundo. Surgió del pasillo con una toalla en la cabeza y el albornoz desatado. Rotunda. Al verlo despierto se soltó el pelo. Agitó la melena hacia arriba y abajo para salpicarlo, pero Juan no entró al trazo, se quedó quieto, contemplándola. Nerea caminó despacio hacia el cabecero de la cama, dejando entrever el tatuaje del costado, una estrella. Posó una mano en el pecho de Juan. De repente, tiró de las sábanas con fuerza para tapanle la cara y se puso a horcajadas encima de él. Juan la dejó hacer, al principio.

Nerea vivía de alquiler en Lagasca, en un edificio elegante pero achacoso del barrio de Salamanca. Compartía con dos amigas «un piso de paso», según ella, con vistas a un patio interior y oscuro. Su habitación se diferenciaba del pasillo y el comedor con muebles desvencijados y tapices polvorientos que habían atravesado de madrugada. Había vaciado el cuarto, lo había pintado de blanco, había colgado dos Matisses floreados comprados en un chino, y lo había amueblado con una cama de forja, una mesilla a juego, un tocador con espejo y un armario portátil rojo. Al acompañarlo a la puerta, Juan vio de refilón a una de

las amigas: otra recepcionista, una chica regordeta con acento andaluz. Nerea se quedó en el umbral, mientras subía el ascensor.

—¿Las tres trabajáis en el hotel?

—Claro. ¿No lo sabías?

—No, qué va. ¿Y quién es la tercera?

—¿Silvia? Si vas para allá, seguro que te da los buenos días, lleva allí desde las siete. Pero mejor que no sepa que estamos juntos, es una tipa un poco rara.

Mientras subía el ascensor, Nerea, descalza, salió al rellano para besarlo.

El sol le hirió en los ojos. Pues algo de resaca sí que padecía. Buscó una cafetería. Como en Tres Cantos, pidió unas porras, aunque esta vez no pasó de la primera. Tenían *La Razón* y el *As*. Se decantó por el periódico deportivo, aunque no pasó de la portada, que parecía parte del reclamo de Marsé: una foto enorme mostraba celebrando el primer gol a Kaká, Cristiano Ronaldo, Benzema... y a Özil subido a la espalda del francés. Como estaba casi de perfil, sólo se veía el cero de su dorsal.

Leyendo periódicos no iba a ir a ninguna parte. Pero estaba desorientado. Necesitaba estar informado, algo mucho más sencillo en este caso que en anteriores quehaceres. Volvió al hotel. La tal Silvia, para su pesar, era una rubia que solía saludarlo con una sonrisa artificial y que en esta ocasión no se dignó a mirarlo. La andaluza o la propia Nerea ya se lo habrían soplado.

En poco más de una hora recabó datos más que suficientes para hacerse una idea de cómo era Özil. Zurdo, alemán de ascendencia turca y musulmán, era tímido y querido en los vestuarios.

Con veintidós años, no podía no estar en Facebook. Ayer había escrito en su muro, en alemán e inglés: «Hola, chicos, estoy en el autobús de camino al hotel con Sami Khedira. Vamos a prepararnos para el partido de Champions ante el Ajax, un saludo a todos los fans y mantener los dedos cruzados. Vuestro, Mesut».

Se aguantó las ganas de buscar a Nerea en Facebook.

En 2008 Özil le había costado más de cuatro millones de euros al Werder Bremen. Dos años más tarde el equipo germano se lo había vendido al Real Madrid por quince millones. Ganaba tres millones y medio de euros al año, y quería más. Se creía capaz de lograr el Balón de Oro, por eso había incluido en el contrato una cláusula para aumentar en un millón de euros su salario si lo ganaba.

A Torca le sorprendió que el propio Özil se había «numerado» en su primera rueda de prensa como jugador blanco. Así se había definido: «Mi posición preferida es el 10, mediapunta ofensivo, pero he demostrado que puedo jugar en otras posiciones. Es una decisión que tiene que tomar el místico».

Al debutar con el Madrid había lucido el dorsal 26 y pocos partidos después el 23. «No me preocupa el número de la camiseta», había dicho. Pero en cuanto quedó vacante el

10, hacía un par de meses, se lo apropió. Y Ramón Ribeyro lo había contado. ¿Casualidad? Al cubrir la gira veraniega del Madrid por Estados Unidos había publicado esta columna en la web de *Pueblo*:

En la NBA retiran los números de los jugadores de leyenda. Nadie podrá jugar jamás en Chicago con el 23 de Jordan, ni en Boston con el 33 de Bird, ni en los Lakers con el 32 de Magic. Hacen bien, pero en el fútbol tenemos más historia y más memoria. Pensamos que el pasado no pasa, que los éxitos de ayer pueden renacer hoy, y por eso nos entusiasma que Cristiano Ronaldo pueda batir los registros goleadores de un club centenario como el Real Madrid llevando el 7, el número del Ferrari Raúl, del Buitre, de Juanito, del brujo Amancio o del legendario Kopa. Pero ¿qué ocurre cuando un número mítico lo porta un jugador del montón, cuando con el 7, el 1 o el 10 juega un suplente? La temporada pasada el 10 del Madrid era Lass Diarra, un especialista defensivo. Un currante abnegado pero sin carisma. Sin embargo, el 10 representa, o debería representar, lo mejor del fútbol. Se ha reservado históricamente para los mediapuntas, los centrocampistas ofensivos y goleadores. Casi nada. Pelé. Platini. Zico. Maradona. En el Real Madrid, Puskas, por encima de todos Puskas, el gran rematador, Cañoncito Pum, el máximo goleador del siglo XX según la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol. Han cogido el testigo del húngaro jugadores como el portugués Figo, los holandeses Seedorf y Sneijder, el brasileño Robinho... y el mencionado Lass. Desde hoy, el peso del 10 ha recaído en un jugador talentoso como pocos, no en vano el propio vestuario blanco lo considera el más genial de la plantilla, un mago que convierte lo difícil en fácil y mejora a sus compañeros. El 10 del Real Madrid no puede ser más que para el alemán Mesut Özil, candidato merengue al Balón de Oro con CR7 y Casillas, un 1 imbatible. El reto no es mejor. No olvidemos que Özil no sólo compite con Puskas, Maradona o Pelé: el 10 del Barça es un tal Messi.

¿Es admiración lo que siente Ribeyro por Özil, o devoción?, se preguntó Torca. Por el tono del artículo no se podía deducir si lo conocía. ¿Podía ser su confidente? Al parecer, el jugador vivía en una mansión de ochocientos metros cuadrados y rodeado de «fuertes medidas de seguridad» en La Moraleja... Es decir, a una quincena de kilómetros de Tres Cantos, a tiro de bicicleta para Ramón Ribeyro. Claro que también podrían quedar por los alrededores... O, bueno, quizá eso no resultaba necesario: podían cruzar correos electrónicos, hablar por teléfono...

Torca dejó las hipótesis para otro momento. Siguió indagando. En los tiempos del papel cuché, un torero y una folclórica formaban la pareja más envidiada. Ahora, nada mejor que un futbolista con una modelo o una cantante. En el buscador de imágenes de Google tecleó «Özil novia»: media docena de bellezas ligeras de ropa y en actitudes muy sugerentes posaron ante su mirada.

Torca continuó buscando. Esta vez, noticias. Tras la derrota en la Supercopa contra el Barça, Özil parecía haber caído en desgracia. Casi nunca acababa un partido. Según contaba Ramón Ribeyro en una de sus últimas informaciones, Özil competía por la titularidad con un jugador más famoso, más guapo, más rico y al menos tan genial como él: Ricardo Izecson dos Santos Leite, más conocido como Kaká.

Cansado, acometió la última búsqueda: «kaka». Se alternaban unas fotos del futbolista posando como modelo de Armani con otras jugando con el Real Madrid y la Selección brasileña. Se detuvo en una imagen: con la Canarinha había disputado el último Mundial llevando el 10. ¡Otro puñetero diez! Torca cerró de un golpe el ordenador.

Sacó las zapatillas de correr, pero no llegó a atarse los cordones. Su estómago rugía.

Subió a Hortaleza. No almorzaba en el restaurante habitual desde la semana anterior. Comió un cocido madrileño, sin perdonar un sacramento. En la tele, como casi siempre, ponían un capítulo de *Los Simpson*. Quince años antes compró en Londres un muñeco de Bart. Cuando abrió el paquete, a Rodrigo no le hizo demasiada ilusión: idolatraba a Homer. Pepón, el dueño, quizá al verle sin lectura o porque había echado de menos a un cliente fiel, se quedó dándole palique al servir el café. De usted. En un corte publicitario cambió de canal. En Cuatro hablaban de fútbol. El mesonero subió el volumen. Kaká aparecía fugazmente ante un micrófono. Luego emitían un reportaje donde elevaban a los altares el primer gol de la víspera: intercalaban relámpagos con repeticiones desde diversos ángulos, en color y en blanco y negro. «Un robo de Ramos desencadena la mejor contra que se recuerda [...] El trabajo de más de un año de Mourinho plasmado en dieciséis segundos: los que se tardan en desatar la tormenta perfecta», proclamaba el locutor. Torca pidió la cuenta, hartó.

Al pasar por las oficinas de la Ser en Gran Vía 32, recordó que Ramón Ribeyro había dado sus primeros pasos periodísticos en esa cadena. De la radio había pasado a *Pueblo*. No podía quejarse. Se le ocurrió una idea. Los periodistas andan sobrados de ego, pensó, nada conduce a que él sea una excepción. Al contrario. Si le cuento que le quiero entrevistar me hará caso. El asalto en el garaje o la pistola en la cama pueden esperar.

Al llegar al hotel buscó el número de Ribeyro, pero no lo llamó. Meditó un rato y telefoneó a Jon Izagirre.

—Estoy conduciendo, ¿me llamas luego? Hoy casi seguro que puedo hablar con un colega de Madrid que sabe un huevo y...

—Ya. No te molesto. Una pregunta: en tu programa hacéis entrevistas, supongo. ¿Tendría cabida una con Ramón Ribeyro, el periodista de *Pueblo*?

—¿Y eso? ¡Estás que te sales! Espera, que pongo el manos libres. En *Txuri-Urdin* hablamos sobre todo de la Real pero también analizamos cómo va la Liga. Déjame pensar... El domingo contra el Athletic, luego Zaragoza, Getafe, Levante... Aunque con el Madrid no jugamos hasta dentro de un mes, sería un puntazo hablar con él. ¿Tienes su número?

—Sí. Un momento, que lo busco...

—Espera, espera, no puedo apuntar. Te llamo cuando aparque, ¿vale?

Con cuarto y mitad de noticias, toneladas de rumores y un par de tertulianos, Izagirre salía al aire de lunes a jueves a medianoche para emular los programas deportivos radiofónicos y televisivos de la capital. *Txuri-Urdin* era un programa cutre, donde una entrevista telefónica no desentonaba. Mientras esperaba, Torca encontró varios vídeos en YouTube. Jon se desenvolvía ante las cámaras con naturalidad. Vestía americana sin corbata y se parapetaba tras un escritorio. De vez en cuando consultaba un portátil o daba un sorbo a una taza blanquiazul con el escudo de la Real Sociedad.

Izagirre llamó al cuarto de hora, con más ganas de preguntar a Torca que a Ribeyro. Quería saber qué tramaba. Pero Torca sólo le contó que quería ver si Ribeyro alardeaba del topo.

—Vale, vale, pues nada, dame el teléfono. Hoy mismo no me vendría mal llenar la

primera parte del programa con él.

Torca se lo dio, pero le solicitó un último favor.

—Si no te importa, primero llamo yo. Le digo que soy vuestro hombre en Madrid, un *freelance* que os echa una mano, y le pregunto si le apetece salir en tu programa hoy o un día de éstos. Si puede esta noche, dime a qué hora lo llamarías.

La batería del teléfono agonizaba. Conectó el cargador y se echó un rato para ordenar las ideas.

Soñó con Nadia.

Despertó con lágrimas.

Las diluyó en la ducha.

Repuesto de la siesta, abrió una libreta, descapuchó un bolígrafo y llamó a Ribeyro.

—¿Sí?

—¿Ramón Ribeyro, por favor?

—¿Quién llama?

—Hola, soy Chema Valenzuela —lo dijo sin dudar, no era la primera vez que usaba esa identidad—. Mira, te llamo porque nos gustaría entrevistarte en *Txuri-Urdin*. No sé si conoces el programa. Es un *late-night* sobre la Real Sociedad que...

—Perdona, ¿cómo has conseguido mi número?

Acento neutro, castellano. Tono desabrido. Otras voces de fondo. Estaría en *Pueblo*.

—Me lo han dado los de Producción. Discúlpame, ¿te viene mejor que te llame en otro momento? Aunque si tienes un minuto...

—¿Decías que eres de la Real?

—No, ojalá. Te cuento. Colaboro con un programa futbolero de TeleGipuzkoa y nos gustaría charlar contigo en directo.

—Lo siento, no puedo desplazarme y...

—Sería por teléfono. Sólo cinco minutos. Te haría la entrevista el propio Jon Izagirre. No sé si lo conoces, pero es el Buenafuente de Euskadi, un tío genial, ¿qué te parece? Además le encanta cómo escribes. No se pierde un artículo.

El peloteo, en dosis moderadas, engrasa las conversaciones.

—¿Y cuándo quiere hablar conmigo?

—Perdona el atropello, ya sabes cómo funcionan estas cosas. Si puede ser hoy mismo, mejor. Si no, lo dejaríamos para el mes que viene, cuando visite Anoeta el Madrid.

—¿A qué hora?

—¿Hoy? Te llamarían de Producción a las doce y cinco de la noche, y un par de minutos más tarde entrarías en directo, ¿te va bien?

—Sí, sin problema.

—Pues estupendo. Gracias. Bueno, sí que me gustaría añadir que la semana que viene, cuando te venga bien, podríamos vernos para...

—Pero ¿estás en Madrid?

—Yo sí, digamos que soy una especie de corresponsal. Además colaboro con una revista y...

Sonó otro teléfono.

—Perdona, pero ando con mucho lío. Diles que estaré pendiente desde las doce, y tú llámame en otro momento, por favor. O casi mejor mándame un *mail*, más fácil.

Le pasó el correo y colgaron. Anotó: susceptible pero crédulo, cortante, frío. Joven.

El despertador sonó a las siete de la mañana. Durante dos horas vivió como cualquier otro día de los meses anteriores, sin prestar atención al ordenador, de rutina en rutina: un periódico atrasado en el cuarto de baño, un vaso de agua en sorbos cortos, camiseta, pantalón, calcetines, zapatillas, estiramientos, calma, medio plátano, las escaleras, los buenos días, un trote suave, el primer semáforo, carrera, ida, vuelta, estiramientos, ducha, desayuno. Según Izagirre, a las nueve la entrevista ya estaría colgada en YouTube. Así fue.

Por ahora sólo contaba con siete reproducciones. Tras los compases del himno de la Real y un monólogo sobre las manías de Marcelo Bielsa, el entrenador del Athletic de Bilbao, Jon Izagirre presentaba a Ribeyro —«un reputado cronista de la actualidad del Real Madrid, además de un experto conocedor de la Liga»— y entablaba con él un diálogo acelerado. El periodista de *Pueblo* le seguía el juego con buenos reflejos.

IZAGIRRE.- Como a todos nuestros invitados, te pedimos un txuri-recuerdo. Txuri es blanco, que ya sabemos que no paras euskera.

RIBEYRO.- Un mar de camisetas blancas celebrando la Séptima.

IZAGIRRE.- Y otro urdin, azul.

RIBEYRO.- Las Ligas de la Real. Aunque es un recuerdo borroso, iba a párvulos en la época de López Ufarte, Satrústegui y compañía.

IZAGIRRE.- Nunca las olvidaremos. ¿Qué te gusta hoy de la Real?

RIBEYRO.- Su afición. Su cantera. Su rivalidad con el Athletic.

IZAGIRRE.- Bueno, bueno, me has puesto a tiro la siguiente pregunta. ¿Vamos a ganar el próximo derbi contra los leones?

RIBEYRO.- Ni idea. Está complicado. Pero te diría que ninguna de las dos aficiones va a perder. Son un ejemplo.

IZAGIRRE.- Al amigo Mou, en cambio, la afición del Santiago Bernabéu no le pone demasiado, ¿no?

RIBEYRO.- Qué decirte. Cuando el Real Madrid sale fuera se enfrenta a unas aficiones que animan a muerte a su equipo. A Mourinho le encantaría que los rivales del Madrid también se encontraran un recibimiento similar, pero el del Bernabéu es un público muy entendido, quizá demasiado, y con un paladar muy bien educado.

IZAGIRRE.- Uy, uy, uy. ¿Me estás diciendo que en estadios como Anoeta la peña sabe menos de fútbol que en el Bernabéu?

RIBEYRO.- Qué va. La diferencia es que en el Bernabéu la exigencia es máxima: no vale con ganar, hay que jugar bien.

Además de vencer hay que convencer.

IZAGIRRE.- Oye, ¿y Mourinho ha convencido al vestuario del Real Madrid?

RIBEYRO.- Buena pregunta. Te diría que el sol nunca luce a gusto de todos. ¿Pero tienes a mano el teléfono de algún jugador? Si quieres les preguntamos a ellos.

IZAGIRRE.- No son horas para llamarlos, ¿no? Además sólo me codeo con los txuriurdin, los blanquiazules, los que van sólo de blanco no me conocen. Pero a ti sí, ¿verdad? Cualquiera que lea tus artículos verá que tienes buenas fuentes en el vestuario del Madrid.

RIBEYRO.- Bueno, no sé qué decirte... La mejor fuente del Madrid es la Cibeles.

IZAGIRRE.- Muy bueno. Perdona que insista. Dicen las malas lenguas, o las buenas, que en el vestuario hay un topo.

RIBEYRO.- Si lo dicen, por algo será. Yo añadiría que el topo es una especie muy común. Si escarbas un poco, te los encuentras.

IZAGIRRE.- Dame un titular, no te cortes. ¿Y quién es el topo del Real Madrid?

RIBEYRO.- A ver si te gusta éste: Nadie filtra más que Mou. Lo sabe el vestuario, le consta a la prensa y lo ha sufrido la directiva. Habla él en persona o su team.

IZAGIRRE.- Pero ¿qué me estás contando? ¿Tu topo es Mourinho?

RIBEYRO.- Ya me gustaría, pero no tengo el gusto. Yo nunca revelaré mis fuentes, ojo. Sólo te digo que en un club tan grande como el Madrid, donde curran de manera directa o indirecta centenares de personas, hay filtraciones, y por lo tanto filtradores, en cualquier estamento. Y el entorno de Mou es el que más intenta manipular a los medios, creo yo.

IZAGIRRE.- ¿Y crees que hay un entorno contrario al Special One? Para preparar esta entrevista me he leído algunos de tus artículos, soy un chico aplicado, y me parece que casi nunca sale bien parado Mourinho cuando tus fuentes sacan algún trapo sucio...

RIBEYRO.- Jon, mis fuentes no tienen nada contra nadie. Me gano la vida informando lo mejor que puedo. La cosa está difícil, porque en las ruedas de prensa estoy vetado, acudo pero nunca puedo formular una pregunta, y tampoco se me permite entrevistar al cuerpo técnico o a los jugadores. Y no soy el único ninguneado. Los periodistas independientes lo tenemos complicado, pero sabemos hacer de la necesidad virtud.

IZAGIRRE.- Eso no lo pillo, explícate.

RIBEYRO.- Precisamente porque somos independientes, los interesados en contar lo que ocurre siempre nos llaman a nosotros. Y hasta ahí puedo contar.

IZAGIRRE.- Bueno, pues has contado bastante. Una fácil para terminar. ¿Xabi Alonso volverá a la Real Sociedad un año de éstos?

RIBEYRO.- De fácil nada. Xabi es una pieza imprescindible para el Real Madrid, igual que para la Selección. No tiene recambio por ahora..., y añadiría que a Mou le encantaría llevárselo..., si algún año de éstos, como tú dices, se fuera a entrenar a otro sitio.

IZAGIRRE.- Pero el clan de los españoles ¿no es el más crítico con el entrenador?

RIBEYRO.- En el Madrid no hay clanes ni clones. Cada uno hace la guerra por su cuenta.

Después de ver el vídeo, Torca hizo una batida por el periódico, el blog y las redes sociales de Ribeyro. Tras salir del paso sin pisar ningún charco, el periodista se había gustado. A las 9.05 había *tuiteado*:

Gracias @JonAnderIzagirre por el tercer grado en #TxuriUrdin ;) Aquí podéis ver la charla: youtube.com/anderiza/Kazetari-alderraia/

Buena señal. A Torca se le ocurrió otro cebo para hablar cara a cara con el periodista. Intuía que no pondría excusas para acudir a una reunión con alguien que quisiera ficharlo o que le ofreciera una colaboración bien pagada. Pero tampoco había que precipitarse, dejó la idea en barbecho.

Torca pinchó en la etiqueta #TxuriUrdin. Twitter ardía: desde la noche se habían colgado centenares de *tuits*. Abundaban los insultos. Muchos seguidores de Mourinho arremetían contra el periodista. La etiqueta más usada era #RamonRibeyrofacts. Con sarcasmo y mala leche, muchos *tuiteros* saltaban del fútbol a cualquier otro ámbito para ponerle a caldo. A rebufo de los *tuits*, varios medios digitales se habían subido a la ola y embebían y comentaban la entrevista. En menos de una hora el vídeo ya superaba las diez mil reproducciones y el centenar de comentarios.

Sin saber por dónde tirar, le dio por sacar la moto. Se dejó llevar, rumbo norte. Le tentó la idea de hacer escala en Burgos y continuar subiendo, hasta San Sebastián, para darle una sorpresa a Jon, por ejemplo; luego cruzar la frontera, atravesar las Landas, pasar unos días en la Bretaña, perderse en Berlín, no parar, destino Samarkanda, el Aral... Salió del ensueño al dejar atrás un desvío a Tres Cantos. Se detuvo en Colmenar Viejo. Hombre de costumbres, almorzó en el mismo restaurante que el lunes. La camarera, que lo había reconocido, esta vez no le cobró el chupito de vodka. Ni siquiera cuando se calzó otro.

Era jueves. No pretendía abusar de su buena estrella, así que llamó al timbre antes de abrir el portal. Nada más entrar dejó en su sitio por fin las llaves del Mini. Se notó inquieto, su olfato le decía que debía largarse cuanto antes. Pero se dejó de intuiciones extrañas al descubrir un tesoro: la mochila de cuero dormía la siesta en un sofá del salón.

Sin prisa, la contempló con cuidado para memorizar cómo estaba colocada. Al palparla le subieron las pulsaciones: contenía un ordenador. Pero, metódico, primero vació los bolsillos laterales y examinó con mimo todo: una linterna de bolsillo, una Moleskine recién estrenada, un par de bolígrafos, un paquete de pañuelos, unas Ray Ban, unos chicles sin azúcar, un cepillo de dientes, unos auriculares, dos cargadores de teléfonos... ¡y un móvil!

Era un modelo viejuno, diminuto. Lo abrió y, ¡bingo!, tenía batería. Para desbloquearlo bastaba con pulsar el icono de un candado. Una extraña asociación de ideas le condujo a enhebrar los candados virtuales con... ¡el de una bicicleta! Así que sentía algo raro. ¡La bicicleta no estaba por ningún lado! Al parecer, Ribeyro libraba y había salido a dar una vuelta. En cualquier momento podría pillarlo dentro.

Se dio cinco minutos. Buscó el histórico de llamadas y encontró sólo dos números. Esa misma mañana Ribeyro había hablado con el primero, un prefijo de Madrid, durante cinco segundos. Y acto seguido había mantenido con el segundo, un móvil, una conversación de quince minutos. Ese móvil no guardaba dato alguno en la agenda ni contenía mensajes de texto. Seguro que, cuando regresara a casa, Ribeyro borraría el historial del aparato y lo colocaría en la repisa junto a los demás teléfonos que coleccionaba. Torca anotó los números en su móvil, guardó todos los objetos y abrió la cremallera principal de la mochila para inspeccionar el portátil.

Levantó la tapa cruzando los dedos. Seguía en racha: no protegía el ordenador con una contraseña. Además tenía conexión a Internet por wifi. Sin dudarlo, abrió un navegador en modo incógnito y accedió a su propia cuenta de correo. Decidió enviarse cualquier cosa que le pareciera interesante. Ordenó cronológicamente la carpeta de documentos. En las dos últimas semanas Ribeyro había usado tres subcarpetas: «Mad», «Varios» y «Rutas». Las comprimió y se las envió por correo. A todo correr, abrió el calendario y la agenda de contactos de Ribeyro, los exportó y de nuevo se envió los archivos. Borró su rastro, guardó el ordenador y salió del apartamento, no sin antes cerciorarse por la mirilla de que no iba a darse de bruces con Ribeyro. Bajó por las escaleras.

Pidió un vodka con tónica en la cafetería del desayuno tricantino. Antes de empaparse los labios apareció el periodista. Sofocado, apoyó la bici contra la pared, a dos metros de Torca. El camarero se acercó:

—Vaya paliza te has metido, campeón. El año que viene ganas el Tour.

—Ya te digo. Que tiemble Contador. Venga, dame dos latas de Aquarius, una del tiempo y otra helada.

En mallas, con el casco y unas gafas deportivas de cristales claros, pendiente de la puerta, se le veía fino, en forma. Y con pinta de buen chaval. Sin malicia.

El camarero salió a la terraza con una bolsa de plástico. Ribeyro sacó una lata y la vació de un trago. La aplastó con las manos y la lanzó a una papelera. Encestó.

—Te pago luego, ¿vale?

—Cuando te venga bien, de aquí no me voy a ir.

Ribeyro sacó las llaves del culote, se echó la bici a un costado, abrió el portal y desapareció.

En el garaje del hotel vaciló. ¿Subo directamente o paso por recepción? Tenía que reconocerlo, le apetecía mucho más saludar a Nerea que revisar los archivos de Ribeyro. Nerea ya no era nadie. Juventud en estado puro: divertida, desinhibida, despreocupada. Más «des»: desnuda, qué placer contemplar cómo se desnuda lentamente... El teléfono decidió por él. Jon Izagirre quería hablar con él, pero su voz se entrecortaba.

—Llama dentro de un rato, estoy en un garaje sin cobertura.

Ya en el cuarto, mientras descomprimía los archivos llamó a Izagirre.

—Tío, ¿te puedes creer que hoy estamos batiendo el récord de visitas en la web de *Txuri-Urdin*? A tu amigo Ribeyro lo están poniendo a parir, eso sí. Los vikingos le odian.

Izagirre además tenía una teoría.

—Cuanto más pienso en lo que me dijo Ribeyro, más claro lo tengo. No hay un topo, Juan, hazme caso. Quieren cargarle el muerto a Casillas. Quieren desprestigiarlo, de héroe a traidor, que los madridistas lo odien. Los que te han dicho que encuentres al chivato no

quieren cortar las filtraciones. El fútbol es una máquina de fabricar rumores, una máquina de cotilleos alimentada por todos. No buscan al chivato, porque todos se chivan. En serio. Pero quieren cargarle el muerto a Iker, echarlo a los leones. Y te han elegido a ti para tirarlo al foso.

—Y esa teoría ¿de dónde te la has sacado?

—¿Recuerdas lo del dedo en el ojo? Ese día no sólo la cagó Mourinho. Los jugadores del Barça y del Real Madrid montaron una tangana de escándalo. ¿Y cómo es posible que chavales que han ganado una Copa de Europa y un Mundial no se lleven de puta madre? Pues porque Mourinho es un cizañero. Todo lo envenena. Pero Casillas dijo basta cuando vio repetidas las imágenes del capullo de Mou agrediendo a Tito. Entonces el capitán del Madrid, y de la Selección, ojo, llamó a Xavi y a Puyol y mandó a la mierda las órdenes de Mourinho. Impuso la lógica. Y se apaciguaron los ánimos entre los jugadores de los dos equipos, al menos entre los más cuerdos. Aplicaron el viejo código del fútbol: Lo que pasa en el césped, de ahí no sale, se olvida cuando el árbitro pita el final del partido. En el campo no hay amigos, pero fuera no hay enemigos. ¡Y desde entonces Mou no puede ni ver a Casillas! Le considera un traidor. Para Mou la técnica de la tierra quemada, del enfrentamiento visceral dentro y fuera del terreno de juego, es la única vía posible para derrotar a un equipo superior como el Barça. Por eso le jode la llamada. Que la Carbonero diga esto o aquello se la refanfinfla. Pero que el capitán del equipo le haga la cama no lo soporta. Así que acabará con él como sea. Como no tiene munición futbolística para derribarlo, ya que Iker es el mejor portero del mundo, sólo puede desacreditarlo. Convertirlo en unapestado.

—¿Y yo soy su instrumento? No sé qué decirte. Me da que Mourinho no es un ángel de la caridad, pero no le creo capaz de urdir un plan tan complicado.

—Mourinho es un tipo conspiranoico, grosero y retorcido. Lo peor. Pero debo reconocerlo, igual no es él quien ha organizado la caza del topo. Pero da igual. Si él no ha dado la orden, sin duda alguna viene de un mourinista, me apuesto lo que quieras. ¿A que no sabes qué pasó hace un mes, en el Trofeo Bernabéu?

—Ni zorra.

—Dos cosas. El amigo Mou comprobó *in situ* que casi todos los madridistas, y por supuesto el cien por cien de los más radicales, lo veneran. A los Ultras Sur, y no sólo a ellos, les parece que Mourinho es el mejor antídoto contra Guardiola. Mou no mea colonia, si tiene que darse de puñetazos para defender al Madrid, no se va a cortar un pelo. Después de meterle a Tito Vilanova el dedo en el ojo, ¿sabes qué pasó en el siguiente partido que jugó el Madrid en su estadio?

—Te enrollas mucho, Jon, al grano.

—Que los hinchas, en vez de recibirlo con una pitada, que es lo que se merecía, sacaron una pancarta que se las trae. «Mou, tu dedo nos señala el camino.»

—Joder. Cierto. Creo que la he visto.

—La siguen sacando, sí. Ya ves, le rieron la gracia. Si deja tuerto al segundo de Guardiola, no sé qué pancarta se habrían inventado. Y lo otro que te iba a contar: en ese partido Mourinho dejó en el banquillo a Casillas. Justo después de llamar a Puyol y Xavi,

te vas a enterar, suplente. Y desde entonces se lo quiere cargar como sea.

—Pues vaya.

—Que lo sepas, Juanito. Trabajas para Mou. Me juego el culo.

Resistió la tentación. No bajó a recepción ni llamó para pedir un café, a ver si lo subía Nerea. Se pasó el resto de la tarde husmeando el material de Ribeyro. Dejó para el final la agenda, toda una mina. Aunque no le iba a la zaga el calendario, repleto de tareas, reuniones y citas. Una de ellas, la de esa misma noche, prometía. Abrió las carpetas. En «Mad» recopilaba centenares de artículos, no sólo suyos, sino también de otros medios de comunicación, además de dossiers de prensa. En «Rutas» almacenaba sus proezas ciclistas. Y en «Varios» agrupaba archivos de todo tipo. Destacaba una colección de fotos. Elena, su ex, aparecía en la mayoría: una joven pecosa y delgada que, como Nerea, sólo mostraba tatuajes a los que podían admirarla desnuda.

Cuando las agendas eran de papel, se decía que la de un buen periodista valía su peso en oro. El archivo con los contactos de Ribeyro apenas pesaba 37 kilobytes, pero contenía centenares de direcciones y teléfonos muy valiosos y codiciados. No sólo de jugadores de fútbol, de numerosos atletas de otras disciplinas y de personajes ligados al deporte como entrenadores, directivos, representantes y otros periodistas, sino también de personajes relevantes del mundo financiero, cultural y político. Pero no figuraban Barriocanales, Laforet ni Marsé, ni nada relacionado con Madrid Seas. Tras curiosear un rato, buscó los dos únicos números que había copiado del teléfono de Ribeyro. Uno era el móvil de un jugador del Real Madrid y otro, el fijo de su domicilio. Blanco y en botella, leche. ¡Topo cazado! El día que le cuente esto a Izagirre nos vamos a echar unas risas, pensó Torca. A ver con qué teoría me sale entonces.

Mandó un mensaje a Nerea: «¿A qué hora terminas? ¿Te apetece salir?». El teléfono de la habitación sonó un minuto más tarde. Quedaron a las once.

Al principio tiraba para atrás el tufo a desinfectante y sexo. Luego hasta la penumbra se disipaba, de las sombras surgían cuerpos desnudos, miradas seductoras, poses sugerentes. Nerea caminaba despacio, cobijada por los brazos de Torca. Pasos cortos, ojos muy abiertos. El club tenía sus reglas, sólo participas si te lo permiten, sólo te tocan si quieres, les habían dicho al entrar. Una cincuentona, desparramada en un diván, acariciaba a dos hombres mientras un tercero la montaba. Nerea se detuvo, hasta que una mujer se acercó a Juan. En otra sala cuatro cuerpos se acoplaban frenéticamente. Avanzaron. La ex de Ribeyro bailaba sensualmente sin que nadie osara rozarla, mecía sus caderas al ritmo de *Angel*, de Massive Attack. Al contemplar las fotos del ordenador no le había parecido tan hermosa. Dos gordos se tocaban muy cerca de ella, pendientes de sus contoneos. Ribeyro, en una esquina, miraba de reojo, satisfecho, poderoso, apoyado en un pared mientras una mujer arrodillada lo devoraba.

—Necesito respirar —musitó Nerea.

Un cigarro y una copa más tarde, cuando retornaron, Nerea se quitó la toalla.

—Me apetece. Pero solamente contigo. Y que miren todo lo que quieran. ¿Vale?

—¿Por qué no? —respondió Juan.

Marsé lo despertó a las ocho. Telegráfico, lo citó en uno de los templos madridistas.

—Cenamos a las diez en el Asador Donostiarra. Con Camilo.

—Qué planazo. ¿Por qué no montas antes la reunión y luego nos vamos a cenar sin él?

—No. Tiene que ser así.

—¿Seguro? Yo puedo contarte mis avances en cinco minutos. Incluso ahora mismo.

—No me putees, Juan. Luego nos vemos.

—Vale, vale. Pero ¿no quieres saber ya quién es el topo?

—Juan, eso ahora me da igual. No faltes, por favor. Habrá novedades, de las buenas. Ya lo verás. Te contaré lo del diez..., y lo del compadre.

—¿Qué compadre?

—Allí te espero. Puntual.

Mientras se desperezaba, no le dio demasiadas vueltas al polvo en el club. En cambio, mientras corría repasó varias veces la charla que pretendía mantener con Marsé y Camilo Laforet. Aunque el confidente de Ribeyro ni era el diez del Madrid ni tampoco jugaba de diez, eso no le interesaba. Lo del compadre, en cambio, sí que le intrigaba.

Mató la tarde con *Los Soprano*. Estaba volviendo a ver la tercera temporada. Puso el cuarto capítulo, el de la violación a Jennifer Melfi, la psiquiatra. Le chocaba que la doctora resistiera la tentación de contárselo a Tony. Como Torca, el mafioso habría machacado al violador. A Juan le encantaba esa actriz. Jamás se le ocurriría visitar a una psiquiatra, pero ojalá pudiera confesarse con una mujer como ella. Esa tarde llegó hasta el séptimo episodio. La sufrida mujer de Tony, aconsejada por la doctora Melfi, acude a otro psiquiatra. Éste le aconseja que coja a los niños, se divorcie y rechace el dinero sucio de un criminal.

Torca no era tan íntegro; contaría a Marsé lo que había averiguado y aceptaría lo que creyera oportuno pagarle. Vivir en un hotel salía caro. Tampoco quería pararse a pensar si el dinero de Madrid Seas era sucio, blanco o negro. Con el dinero grisáceo de EuCorp había sustentado a una familia sin plantearse estériles debates morales. Y el botín del Aral no iba a destinarlo a obras de caridad.

Mientras se vestía para la cena, puso el telediario. Contaban que más de un veintiún por ciento de los españoles estaba en paro; que en Linares un hombre había apuñalado a su madre y en Jaén una mujer había ahogado en la bañera a dos de sus hijos; que los yanquis se habían cepillado en Yemen a un clérigo de Al Qaeda; que se estrenaba *Johnny English Returns*, una parodia de James Bond; Torca, Juan Torca, así se presentó él alguna que otra

vez en los noventa, qué tiempos.

La información deportiva comenzaba con la convocatoria de Vicente del Bosque para los próximos partidos de España. El seleccionador había dicho: «Ya sabemos cómo es el séquito de los jugadores, a veces en vez de beneficiar, perjudica». Además, reproducían un vídeo grabado por Sergio Ramos y colgado en su canal de YouTube: Casillas y Arbeloa echaban una carrera. Ganaba el lateral. En su Facebook, el portero colgaba este comentario: «En mi defensa diré que he tenido sesión de tiros a puerta extra y estaba algo fatigado... Arbeloa estaba más fresco... Jejejeje!!».

Luego mostraban la feliz convivencia que disfrutaban en el Real Madrid. El equipo había celebrado una barbacoa. Como colegiales en un día de excursión, jugadores y cuerpo técnico posaban en Valdebebas, el complejo deportivo donde entrenan. Torca se fijó en el topo. Parecía tan feliz como el resto de sus compañeros. El único que no sonreía era Mourinho.

Juan Torca llegó a las diez en punto al Asador Donostiarra. Pidió una caña. A la media hora picoteó una ración de jamón. Bebió otra cerveza. Se hartó de contemplar las fotos de la pared. A las once, después de haber dejado varios mensajes en el contestador de su amigo, pagó la cuenta.

Una hora más tarde recibió una llamada. Desde el teléfono de Javier, aunque era la rubia: Marsé agonizaba en La Paz.

HOY POR TI

El sábado 15 de octubre de 2011, tras el parón de los partidos de Selecciones, volvía la Liga. Por la tarde, el Madrid golearía al Betis y mantendría su buena racha. Pero esa mañana a Torca el fútbol no le interesaba lo más mínimo. Acudía a un terreno de juego mucho más extenso y poblado que el Santiago Bernabéu. Un campo donde reposaban millones de muertos. El cementerio de la Almudena iba a acoger los restos mortales de Javier Marsé.

Al salir del responso había cruzado un saludo fugaz con Camilo Laforet. «Tenemos que hablar», le había dicho al «auténtico cerebro» de Madrid Seas; así le había presentado Marsé en el Bernabéu. «Descuida, el lunes te llamo y nos vemos», había replicado Laforet. Aquél no era el momento ni el lugar para insistir, así que Juan, paciente, había dejado que el viscoso ejecutivo se uniera a la cohorte de pelotas y subalternos que escoltaba a Jorge Barriocanales.

El empresario se desenvolvía con aplomo. Impecable con un traje gris antracita de lana fría, una corbata morada y una camisa blanca, estrechaba manos y recibía condolencias como un arzobispo. Cuando Laforet se acercó a Barriocanales, éste pareció interrogarle con un gesto. El cerebro asintió. La mirada del empresario, gélida, se cruzó con la de Torca. Quizá me considere un mosquito, pero me conoce, pensó.

Barriocanales acaparaba tanto protagonismo como la viuda de Javier Marsé. Más no, imposible. Incluso sin joyas ni maquillaje, compungida; aunque disimulara las curvas con vestiduras negras, sobrias, acordes con la luctuosa ocasión, Adriana no podía camuflar su altura ni su demoleador atractivo. Al menos para Torca.

Adriana.

La rubia.

La mujer de Marsé.

Viuda. Con un bebé de once meses.

El zorro de Marsé no había querido presentársela en el hotel de las Cuatro Torres. Para que las esferas no colisionen intenta que jamás se rocen, les habían explicado hace lustros; siempre que podáis, no mezcléis la vida familiar con la laboral.

Qué desvalida y qué frágil parecía, aferrada a su madre. Torca se acercó a darle el pésame. Tendió la mano, pero ella lo abrazó. «Él te quería mucho, gracias por venir», le dijo.

Olía a jazmín.

El mismo aroma, tan perturbador y grato para Torca, lo había embriagado muy a su pesar en La Paz, quince días antes. La voz sollozante que por teléfono le había contado que su amigo se debatía entre la vida y la muerte se había presentado como «Adriana, la esposa de Marsé». En el hospital puso cara a la voz, y a la nuca que lo había subyugado en el hotel de las Cuatro Torres. De nuevo la encontró de espaldas, esta vez pendiente de un pasillo junto a una sala de espera. Alta, con tacones casi tanto como él, aferrada a un móvil, uniformada con un traje de chaqueta italiano y un bolso francés, parecía la directora del hospital más que la mujer de un paciente. Se acercó despacio. De cerca las dudas se disiparon: una mirada perdida, unos ojos enrojecidos, al borde del llanto. Una mujer sola, desmoronada. «¿Adriana?», preguntó.

Torca no había tenido que presentarse. Desde la llamada lo había tratado como si se conocieran. «Me lo cuenta todo, me ha hablado mucho de ti, Juan», le diría días más tarde, en otra de las visitas, cuando todavía usaba el presente.

—Están haciendo todo lo que pueden. Pero desde hace una hora no sé nada.

Le mostró el teléfono. Un iPhone con la pantalla resquebrajada.

—Lo han atracado en el aparcamiento. Le han quitado todo y se han llevado el coche, pero se ve que un móvil roto no les ha interesado. Se cascó el domingo. Nos estaba haciendo fotos en la bañera y de repente Lucía pegó un manotazo y el teléfono por los aires. Mi niña...

Se echó a llorar.

Lo abrazó. Torca necesitaba saber qué había pasado, pero se limitó a consolarla.

Camilo Laforet apareció de la nada, con el exboxeador. Adriana se despegó.

—¿Te han dicho algo?

—No, pero te dejan pasar. Vamos.

Los cuatro cruzaron varios pasillos en silencio. Se detuvieron ante la puerta de una zona restringida.

—Sólo puedes entrar tú, aquí te esperamos —dijo Laforet.

Adriana respiró hondo y entró sin despedirse.

Laforet, sereno, le explicó a Torca que Marsé había tenido mucha suerte. Casi lo atropella un coche que iba a aparcar, pero el conductor había esquivado el cuerpo y avisado a los vigilantes. Luego, que el aparcamiento estuviera a un centenar de metros de La Paz, aunque no le habían movido hasta que llegó la ambulancia, fue una ventaja.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Torca.

—Unos moros le han robado el coche. Bueno, eso dicen. Todavía no he visto el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—Acabo de hablar con los guardias de seguridad. Las cámaras de vigilancia han registrado todo. Al parecer, dos magrebíes se han abalanzado sobre él justo cuando iba a entrar en el coche. Lo han golpeado y se han largado con el Mercedes.

—Pero ¿cómo está Javier?

—Traumatismo craneal. Pinta mal, pero Marsé es duro, seguro que se libra de ésta —concluyó Laforet.

El exboxeador resopló, aunque no abrió la boca.

El ejecutivo se disculpó por el plantón.

—Estaba a punto de llegar al Donostiarra cuando me han avisado. He regresado a todo correr y desde entonces no he parado un segundo. Ya siento que te hayas enterado tan tarde.

A Torca, en cambio, le pareció que todo había ocurrido deprisa, demasiado rápido. Pero no llegó a lanzar su siguiente pregunta. Adriana entornaba la puerta secándose los ojos.

—Ya está consciente, gracias a Dios. Ha preguntado por la niña y me ha dicho que esté tranquila, que es duro de mollera...

—No es la primera vez que se lo oigo. Menos mal —dijo Torca.

—Juan, también ha preguntado por ti. ¿Quieres pasar a verlo?

Dejó atrás a Laforet y al exboxeador, se puso los cubrezapatos, la bata y el gorro y, tras una breve espera, entró en un habitáculo.

—Un minuto. Debe descansar —susurró Adriana.

Las esperanzas que le había contagiado Adriana se esfumaron en cuanto vio a su compadre.

—Amor, Juan está aquí.

Marsé no movió ni un músculo.

Torca se acercó y le cogió la mano.

—Xavi, estoy contigo.

Marsé, agitado, crispado, cerró los ojos y pareció concentrar todo su esfuerzo en intentar abrir la boca.

—Tranquilo, amigo.

Exhausto, aflojó la presión de los labios. Entonces un hilo de voz, casi un estertor, surgió de sus pulmones.

—Cui... cui...

—¿Cuidado?

—Cuídalas.

Fue su última palabra.

A Lucía no la habían llevado al cementerio, tiempo tendría. Torca la había conocido en La Paz. Una tarde, cuando según los médicos el coma podía prolongarse indefinidamente, Adriana apareció por el hospital con la criatura engalanada como una princesa, aunque con la negrísima mata de pelo y el ceño de Marsé. Torca decía, y se decía, que no le gustaban los niños, pero Lucía lo conquistó. Nada ilumina más que un bebé sonriente.

Con Adriana, en cambio, mantenía las distancias. Le atraía demasiado, y siempre sería la chica de un compadre. Intocable.

Durante la agonía de Marsé se había olvidado del topo y del diez. Nerea le veía alicaído, pero no lo interrogaba. Hasta ahora, ante cualquier cuestión personal o profesional, había replicado con vaguedades.

Esos días Torca leía *Pueblo* por inercia, pero las andanzas de Ramón Ribeyro le traían sin cuidado. Hasta le parecía que el periodista había aflojado el marcaje a Mourinho; quizá los partidos de la Selección española habían alejado del foco informativo los entresijos del Real Madrid.

Pero una noche le dio por gulear a Adriana Domecq del Rincón. Jerezana, quizá más cerca de los cuarenta que de los treinta, economista con un máster en Administración de Empresas y experiencia en multinacionales, Adriana gestionaba fondos de capital riesgo. Era una de las tres patas de Mad Women, una sociedad que asesoraba a empresas biotecnológicas. Según cotejó en la web de la empresa, las otras dos socias, la alicantina Olga Pelluch, morena, y la madrileña Manuela Rodríguez, castaña, eran mujeres cortadas por el mismo patrón. De buena cuna y sobradamente preparadas.

Tras una leve excedencia por maternidad, Adriana había recuperado muy pronto su figura y su trabajo. Lo primero lo había admirado en el hospital. Lo segundo, mediante un breve vistazo a su actividad en las redes sociales. Le gustaba fotografiar puentes. En los dos últimos meses había colgado fotos desde Londres, Bilbao, Montreux, Ámsterdam y París.

Marsé, que había sobrevivido a disparos a quemarropa, a emboscadas a traición y a peleas sin cuartel, acabó emparedado en un nicho por culpa de la caída en el aparcamiento. La pequeña Lucía tendría que alzar la vista para honrar a su padre. Sabría de él por fotos y recuerdos cada vez más deslavazados y amarillentos. Nadie hablaría de él dentro de diez o quince años.

A la Almudena habían acudido media docena de allegados catalanes que apenas habían tratado a Xavi desde la infancia. Había medrado a pesar de sus raíces. Los numerosos parientes andaluces que arropaban a Adriana, así como los empleados de Madrid Seas o los contactos profesionales de ambos, poco o nada iban a contar a su hija.

Tampoco parecían parlanchinas las socias de Adriana. Torca no había coincidido con ellas en el hospital, pero las reconoció en el cementerio. Escoltaban a Adriana unos metros más atrás, sin atosigarla como los parientes. Las fotografías de la web hacían justicia: dos tías macizas, esbeltas pero curvonas, con pinta de compartir dietas y amantes. Ambas habían cambiado de peinado. Manuela Rodríguez lucía una melenaza con mechaz doradas, más larga. Olga Pelluch, sin los rizos azabaches de la foto, parecía un recluta. A Manuela se la veía angustiada, sólo tenía ojos para Adriana. En cambio, Olga, serena, fría, cabeceaba de un lado para otro como un guardaespaldas, tratando de fichar en su memoria a todos los presentes.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Torca, frenó en seco. Olga lo escrutó con una mirada espesa, turbia, lenta, y continuó escaneando al personal.

El exboxeador, una mole al que no le pegaba llamarse Borja ni apellidarse Del Campo, en el cementerio parecía un huérfano. En la inmensa Torre de Cristal al menos alguien echaría de menos a Marsé. Se había mantenido apartado, pero se aproximó al nicho cuando los asistentes se dispersaron. También se acercaron dos amigos de los viejos tiempos, Luisito y Jandro. Dos compadres.

Torca había tirado de agenda para avisar al resto, pero los demás compadres no estaban en Madrid.

Ortega y Jaime, Jaime y Ortega, inseparables siempre, andaban quitando minas en el Líbano, en una misión de la ONU. Santa descansaba más cerca, en el psiquiátrico de Mondragón, pero según su madre no podía o no debía mantener conversaciones telefónicas. Y Hernández respondió al mensaje de Torca con este correo:

Que le quiten lo bailao. Casado con una jaca. Con descendencia. Muerte dulce, ni se ha enterado. Ya quisiera yo. Pero todavía no. Todavía me estoy fundiendo la pasta de Uzbekistán. Eres un tío grande. Si encuentras otro tesoro, llámame. Y si no, que te den.

Torca pidió cuatro cañas. Se había hecho fuerte en la barra con Jandro, mientras Borja y Luisito ocupaban una mesa, sin saber qué decirse. A la hora del vermú la tasca de Ventas estaba abarrotada, pero en torno a Jandro no había apreturas: irradiaba peligro. Lo de menos eran el pantalón de camuflaje, la descolorida camiseta marcando bíceps y barriga, las patillazas y el mostacho pasados de moda. Desde que no levantaba tres palmos del suelo en el orfanato, gastaba una actitud desafiante; con costurones por todo el cuerpo, dos metros encorvados y ciento veintitantos kilos, ahora la mantenía con un punto sarcástico. No le había ido tan mal como todos preveían, curraba de segurata en un polígono de Vallecas.

Se acercaron con las cervezas. Chocaron los vasos. Jandro la apuró de un trago y se lanzó.

—Si los moros de mierda no están en chirona, ya no los van a pillar, ¿no?

—A la viuda no le han dado muchas esperanzas —respondió Torca.

—La investigación está en punto muerto —terció Luis Laguna—. Por lo que yo sé, el Mercedes se ha esfumado. Y los moros no han dejado rastro alguno; en casos así lo fácil

es dejar que corran los días. Si surge algún indicio, estupendo; si no, el tiempo lo sepulta todo.

Marsé quiso hablarle sobre un compadre. ¿Quizá sobre Luisito, o sobre Jandro, uno de los que vivían en Madrid? Mientras caminaban hacia la tasca, Jandro dijo que ni se acordaba de la última vez que había visto a Marsé. El otro no añadió nada.

Luis Laguna, Luisito para los compadres, siempre caía de pie. Traje de tres piezas a medida, alfiler de corbata, Rolex y gafas de titanio con montura al aire. Menudo, amanerado, astuto según unos, taimado para otros, en cualquier caso más listo que inteligente y, sobre todo, amigo de sus amigos. Con Torca había compartido muchas vivencias, a menudo de ingrato recuerdo. Si el mes anterior Marsé no hubiera dado señales de vida, al rebuscar en la agenda se habría convertido en su segunda opción. Socio de una de las principales agencias madrileñas y vocal de la Asociación Española de Detectives Privados, ya no pisaba las calles, no le iba enfangarse. Impartía cursos sobre contraespionaje a directivos, políticos y altos cargos de diversas administraciones, y asesoraba a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar sus elevados honorarios.

—¡No puede ser! —exclamó Jandro colérico—. Xavi era un tipo influyente.

—Ya, pero tampoco tanto. Diría que a todos los efectos han archivado el caso. Aunque no puedo confirmarlo todavía —insistió Laguna.

—¿Y la gente de Barriocanales? ¡Joder, no le pueden dejar tirado! —bufó Jandro.

El exboxeador se vio obligado a intervenir. Aunque le costaba hilvanar dos frases seguidas, se presentó a los amigos de Torca —al salir del cementerio sólo les había dicho su nombre— y les contó que en la empresa de Marsé las investigaciones habían comenzado en el minuto uno y que sólo terminarían cuando machacaran a los asesinos.

Empaparon dos rondas más con unos tacos de queso y una tabla de ibéricos. Jandro devoraba y Borja no le iba a la zaga. Pidieron más raciones y más cañas. Hablaron de la grabación de las cámaras del aparcamiento, aunque sólo Del Campo había visto el vídeo.

—Lo pillaron desprevenido. Uno aparece por detrás, le pega un empujón y Marsé, que no les ve venir, se estampa contra el suelo y ya no se levanta.

—Ni queriendo consigues cargarte así a alguien. Qué mala suerte. Robo con violencia, no pasarían ni media docena de años en prisión —comentó Luis Laguna.

Pasaron a los cubatas. Formaban un cuarteto poco afinado, singular. Cualquiera de ellos, por separado, mal enemigo. Juntos, temibles.

Torca tardó en decidirse, pero acabó soltando lo que rumiaba.

—Nunca veo la botella medio llena ni medio vacía. Soy optimista —hablaba mirando al vaso, sin fijar la vista en ninguno—. Estos días me he sentido más cerca de Marsé que nunca. He vuelto a recordar cómo nos conocimos, cómo me salvó la vida, ¡lo cabronazo que era! —Todos se rieron—. La botella siempre está llena, aunque sea de aire, por eso pensaba que en cualquier momento iba a levantarse de la cama y cagarse en todo. Por eso he esperado. Soy paciente, he intentado estar tranquilo. Pero ahora que descansa, por fin, no voy a parar hasta averiguar qué ha pasado, porque...

Jandro lo interrumpió emocionado. Y Borja. Ellos también querían venganza, cargarse a los asesinos... Luis hablaba despacio y bajo, pero sabía intervenir en el momento exacto. Los bramidos de los dos pesos pesados cesaron.

—Estamos contigo, Juan. Para todo. Cuenta con nosotros. ¿Qué hacemos?

—Hay algo que no me cuadra. Me ronda por la cabeza, pero todavía no soy capaz ni de explicármelo. Necesito tiempo, y hacer un par de comprobaciones.

Torca les propuso tomar otras cañas justo una semana después, en la misma tasca. Y les pidió que si antes alguno de ellos se enteraba de algo, que no dejara pasar ni un segundo para hablar con él. Ni Borja ni Jandro se fijaron en la mirada de Torca. Luis pilló la indirecta.

Una llamada disolvió la improvisada reunión: a Torca se le había pasado que había quedado con su hijo.

Cada uno se fue por su lado. Estaban unidos por el luto. Juramentados, sin pactos ni acuerdos, para vengar a un amigo.

—¿Te fías del gorila? —le preguntó Luis.

Lo había telefoneado un minuto después de que el cuarteto se disolviera.

—¿De Borja del Campo? A bote pronto, sí. Del que le paga el sueldo, no demasiado.

—¿Laforet? Es una víbora, si yo te contara... Acabo de coger el coche, ¿dónde andas? Si quieres te recojo y nos vamos a mi despacho, ¿qué te parece?

—Estaría bien, pero mi hijo me espera. ¿Nos vemos mañana?

—Imposible. A no ser que te quieras venir a Sevilla. Pero el lunes me tienes de vuelta. Tengo algo que te gustará ver...

Quedaron en la agencia a primera hora.

Rodrigo sabía escuchar. Primera sorpresa. Y era abstemio desde que entró en la academia de Policía. Segunda.

El bar del hotel, desértico y a oscuras, propiciaba las confidencias. Al día siguiente Torca no recordaría por qué se desahogó ante su hijo. Los hombres que se contienen pueden ser un torrente. El funeral, quizá más que el alcohol, precipitó los recuerdos.

Conforme vaciaba una botella de Smirnoff que había pillado en la barra, Torca había ampliado sus monólogos. Rodrigo ya no preguntaba. El hijo, paternal, asentía.

Con el corazón encogido, aunque a medias, atropelladamente, con omisiones involuntarias y sin revelar algunos detalles escabrosos, se confesó.

Recordó la instrucción, las primeras aventuras, los primeros batacazos, Iparralde,

Bosnia, la captación, Guinea, el secuestro, las torturas, Miami, Medellín, las incursiones, Kuwait, los tiros en la nuca, la fosa, Uganda, EuCorp, la bala perdida, el robo en Wrocław, Afganistán, el montaje... Juan mostró su cara oculta. Habló a Rodrigo, pero también se dirigió, de manera interpuesta, a la madre del chaval, a la paciente y sufrida Raquel.

Incluso le habló de Nadia, del mar de Aral, de cómo renació en un barco encallado en la nada.

Con la botella vacía, más resacoso que borracho, le relató con brochazos inconexos la historia con Nerea y el encargo de Marsé. Y, como ante Jandro, Luisito y Del Campo, le aseguró que no descansaría hasta vengar su muerte.

—Hoy por ti y mañana por mí, nos decíamos los compadres. Se lo debo.

«Todo lo que olvida el hombre de su propia vida, en realidad ya mucho antes había estado condenado al olvido por un instinto anterior. Sólo aquello que yo quiero conservar tiene derecho a ser conservado para los demás», escribió Stefan Zweig en *El mundo de ayer*, uno de los escasos libros releídos por Torca. Ante esas líneas, mucho tiempo después, le vino a la cabeza una duda estúpida: ¿qué recordaría Rodrigo de todos los recuerdos embarullados que le contó esa noche?

En el ascensor se apoyó en el hombro de su hijo. Un muchacho fuerte, robusto, bien criado. Todo mérito de Raquel. Descompuesto y arrepentido, lo abrazó con fuerza. Rodrigo abrió la puerta. Para acostarlo le quitó el traje negro, los zapatos negros, la camisa negra. Pero a la mañana siguiente Torca seguía de luto por Marsé.

Salió a correr, y a pesar del aguacero aguantó hasta el Retiro. Después de la ducha llamó a Rodrigo sin saber qué decirle o cómo afrontar a partir de entonces su relación con él. Saltó el contestador.

—Hijo, gracias por aguantarme anoche. Llámame cuando quieras, por favor.

Se acercó hasta la taberna de Hortaleza, pero pasó de largo. El cuerpo le pedía un plato rebosante de espagueti con ajo y guindillas, muy picante y con parmesano. Le sonaba que por Santa Bárbara había un buen italiano. Tardó en encontrarlo, pero el paseo mereció la pena. Olvidada la resaca, aunque no la vergüenza, regó la pasta con media botella de Chianti Superiore.

Para bajar la comida caminó un rato. Acabó en el paseo de Recoletos. Nostálgico, pidió una horchata en el Café Gijón, uno de los sitios adonde había llevado a Nadia. Le trajeron la cuenta en una hojita. Pidió un boli. Apuntó:

Javier Marsé

Los moros

Cuídalas

Nerea. Rodrigo

Ramón Ribeyro

Camilo Laforet

Barriocanales

¿El 10? ¿El compadre?

Al pasar por recepción, la andaluza le informó de que un joven acababa de preguntar por él. No había dejado ninguna nota. ¿Tendría Rodrigo alergia al teléfono? Lo llamó de nuevo. Esa vez sí que contestó.

Torca se acercó hasta una librería de Preciados. Le costó llegar. Se cumplían cinco meses del 15-M, el movimiento popular contra la corrupción y los politikeos. Miles de personas confluían hacia la Puerta del Sol. Rodrigo ya estaba en la cola con una pila de libros. Había heredado de Raquel la afición por la Historia, pero según pasaban por caja se fijó en que todos versaban sobre Internet.

—¿Y eso?

—Me estoy preparando para lo que se me viene encima.

Caminando a contracorriente de los manifestantes, Rodrigo no ocultaba su malestar. «Putos perroflautas», masculló al entrar en una cafetería cercana al hotel. A Torca, en cambio, los indignados le caían bien, y no se consideraba un cínico. No le hubiera importado sumarse a la manifestación protestando y coreando lemas contra la banca y el Gobierno.

Rodrigo le contó que iba a ser destinado al Grupo de Redes Sociales.

—¿Sabes de qué va Twitter? —le preguntó su hijo.

—¿Tú qué te crees? Vivo en este mundo. Tengo una cuenta, aunque sólo la uso para estar al día de lo que pasa. Bueno, como puedes imaginar, ahora sigo a Ramón Ribeyro y a los jugadores del Madrid. Y también sé de qué va Facebook.

Torca estaba encantado con los derroteros que llevaba la conversación, por ahora sin referencias a la muerte de Marsé y a la cogorza de la noche anterior.

—Muy bien. Te pega controlar el asunto. También fuiste el primer padre en usar móvil. Pues si tienes cuenta, de paso podrías hacer un *follow* a @policia, el Twitter del Cuerpo. Ya tenemos miles de seguidores.

—¿Tenemos? ¿Y tú qué pintas ahí?

—Por ahora, nada. En breve, espero que bastante.

—Qué curioso. ¿Vas a ser un ciberpolicía?

—Más o menos. Por ahora se usa para informar. Pero, vamos, no voy a *tuitear*. Me han reclutado para ejercer de enlace con los grupos que investigan delitos informáticos, luego ya se verá.

Rodrigo cambió de cara. Le explicó que había pasado por el hotel para ver cómo se encontraba, y para pedirle un favor, sólo uno:

—Deja el hotel y lárgate de Madrid. Vuelve a casa. Escribe tus memorias, prepara la maratón de Nueva York o el cross de Atapuerca, haz lo que quieras, pero vete.

—Rodrigo, que no eres mi padre, si no recuerdo mal...

—¡Déjate de historias! Tienes que marcharte.

Torca se había acostumbrado a añorar a su hijo; a menudo había imaginado cómo sería una relación idílica: Rodrigo cariñoso, afable, confiado; él de padre ejemplar, amigo de sus amigos, generoso, siempre cercano. Después de toda una vida chapoteando entre miserias y maldades, después de toda una vida de viajes y disimulo, alejado del niño y la madre, le bastaba con admirar la sangre de su sangre. El chaval, antes arisco y apocado ante él, transmitía una energía y una entereza envidiables. Es más fuerte, más noble y mucho más formal que yo, pensó. Un cachorro bien adiestrado por Raquel.

—¿Y este cabreo? Tranquilo, Rodrigo.

—Tranquilísimo estoy, no veas cómo. Pero todavía estaré más relajado cuando te esfumes del hotel y te olvides de lo que le ha pasado a tu amigo. Vuelve a casa.

—¿Y qué se me ha perdido a mí en Burgos?

Rodrigo sólo veía problemas en Madrid. Los de poca monta eran liarse con «la camarera» —en ningún momento usó su nombre, Nerea; tampoco Torca quiso enmendar el error y explicarle que trabajaba de recepcionista—, o que acabara alcoholizado o depre. Pero no hacía más que darle vueltas y más vueltas a «lo de tu amigo». Al chaval le costaba llamar a las cosas por su nombre.

—Mira, no me hace falta ser psiquiatra para saber que voy a tardar en encajar «lo que me contaste ayer». No me chupo el dedo. Sabía que en EuCorp hacías trabajos sucios, pero no podía imaginarme que fueran tan... tan deleznable. Pero no quiero hablar de eso ahora. Ni tampoco de la camarera. A ver si me explico; estoy muy inquieto. Cuando me llamaste el otro día, me diste a entender que lo de tu amigo Javier había sido una especie de accidente.

—Eso creía al principio.

—Vale. Y todos estos días que ha pasado en coma, ¿también lo has seguido creyendo?

—No. Ya no.

—A eso quiero llegar. No te conozco, padre. Dime la verdad. En serio, ¿por qué no te vas? ¿Sabes quién ha sido?

«Converso con el hombre que siempre va conmigo», decía Machado en *Campos de Castilla*. A Torca, a menudo tan introspectivo, casi siempre solitario, le encantaba esa frase. Las preguntas de Rodrigo calaron hondo. Se las iría contestando a sí mismo mucho más tarde, en silencio, con razonamientos extensos y debates encendidos. Pero ya había hablado demasiado con su hijo. Zanjó el asunto:

—No sé nada, pero quiero saberlo todo.

Torca compraba series americanas por temporadas. Las veía sentado en la cama; colocaba el portátil sobre una almohada, encima de los muslos. Aborrecía la televisión convencional, los anuncios, los programas de cotilleo. Iba por la cuarta de *Los Soprano*, la segunda de *The Wire* y acababa de comenzar *Hermanos de sangre*. Mafiosos, delincuentes, soldados. Terreno conocido. Le apetecía volver a ver *Roma*, desde el principio, pero esa noche puso directamente el capítulo 11. Al terminarlo, releyó esta entrada antigua del blog de Ramón Ribeyro.

AVE, ROMA

Penúltimo capítulo de Roma, en el AVE, la batería del ordenador quizá resista hasta Córdoba. Tito Pullo, un legionario que malvive en tiempos de paz, va a morir en el circo. Pero sin luchar, no le apetece enfrentarse a cuatro gladiadores. Sin embargo, los gladiadores, confiados —no les apetece matarlo sin pelear—, le pican, le irritan y despiertan a la bestia: insultan a su legión. Se equivocan. Tito Pullo reacciona, los liquida y acaba él solo con dos o tres oleadas más de gladiadores. La plebe que antes lo abucheaba ahora lo vitorea. Hoy ocurriría igual. Entonces aparece un gladiador monstruoso, con el que Tito Pullo, malherido, ya no puede combatir. Cuando el matarife va a darle el golpe de gracia, Lucio Voreno, compañero de fatigas de Tito Pullo, salta a la arena. No puede dejar morir a su amigo. Voreno lucha con el coloso y, aunque éste le hiere, logra batirlo. Quizá un burgués pusilánime como yo encierra, en alguna capa oculta pero latente, un soldado como aquellos legionarios, porque contemplo la escena con envidia; tal vez porque quisiera contar con un amigo como Lucio Voreno o Tito Pullo, o porque, cuando pinten bastos, me gustaría batirme, empuñar una espada, encarar la muerte y el dolor como uno de aquellos hombres.

Algunas respuestas las encontró en ese capítulo. A un amigo no se le deja tirado nunca. Ni siquiera cuando ha muerto.

EuCorp

1997. Verano. *ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco el jueves 10 de julio. Y lanzó un ultimátum: el Gobierno contaba con 48 horas para ordenar el acercamiento al País Vasco de los presos etarras. El sábado 12 de julio a las 16.50, en Lasarte, unos cazadores escucharon las detonaciones y encontraron al joven concejal de Ermua agonizando. La banda terrorista había cumplido su amenaza. Le habían pegado dos tiros en la cabeza, a quemarropa, por la espalda. Estaba tirado en el suelo, con las manos y las piernas atadas.*

Una inmensa oleada de indignación y rechazo se extendió por toda España. Y sacudió hasta los cimientos de la Corporación Euskadi. Esa misma tarde José Ignacio Butrón convocó de urgencia al consejo de administración y cedió el mando a sus hijos. Nueve meses antes de lo previsto, Juan Mari y Carlos anunciaron la globalización y la deslocalización del conglomerado industrial. Además lo rebautizaron. EuCorp remitía al nombre primigenio, pero también a Europa, al euro que pronto sustituiría a la peseta. Cuando el patriarca de la familia y el resto de los consejeros abandonaron la sala de juntas, Juan Mari y Carlos decidieron algo más: la familia Butrón jamás volvería a dejarse chantajear con el mal llamado impuesto revolucionario que numerosos empresarios pagaban a los terroristas etarras para evitarse problemas.

Dos meses después ningún periódico informó de la desaparición de Carlos Butrón. ETA tampoco usó la prensa afín para reivindicar el secuestro.

Un antiguo mando puso en contacto a Torca con el primogénito de los Butrón. Juan Mari no quería recurrir a las vías oficiales. Guardaba en una caja fuerte el dedo meñique de su hermano y la carta de los secuestradores, sellada con el anagrama etarra del hacha y la serpiente. Torca aceptó el encargo pero se guardó su primera impresión. ETA no actuaba así.

Los compadres tardaron sólo una semana en liberar al empresario, sin pagar el rescate ni derramar más sangre. El hombre que efectuaba el pago del impuesto revolucionario al parecer había perdido una buena comisión cuando EuCorp cerró ese grifo. Había actuado por su cuenta, ayudado por un guardaespaldas.

Juan Mari Butrón, impresionado, intentó fichar a Torca. Un tipo tan eficaz y preparado podría serle muy útil. Pero como no quiso contratar al resto de los compadres, Torca no aceptó la propuesta.

Sin embargo, Juan Mari Butrón recurrió en más ocasiones a los compadres. Sobre todo en misiones relacionadas con la venta de material militar y antidisturbios, aunque también para otros negociados más turbios.

En julio de 2005, Torca tuvo que rechazar un encargo de EuCorp. Le contó a Juan Mari que los compadres se habían dispersado. El empresario aprovechó la oportunidad. «Te quiero conmigo», le dijo. Esa vez Torca aceptó.

II

INTERMEDIO

«Nuestros verdaderos temores son el eco de los pasos que resuenan en los corredores de nuestra mente.»

TRUMAN CAPOTE,

Música para camaleones

Eyes Wide Shut

Implicarse emocionalmente no conduce a nada bueno, les había aconsejado precisamente el instructor más brutal; lo había demostrado rara vez con premios y, sobre todo, casi siempre, con castigos aleatorios. Casi siempre, porque Luisito era su blanco preferido. Hasta que harto de las vejaciones, pero sin implicarse, escarmentó al instructor. Hernández y Krauze ejecutaron un plan tan sencillo como efectivo. Una noche la letrina se vino abajo con el instructor dentro. El petardazo despertó a todos. Salió rebozado de mierda.

Treinta años después todavía se reían.

Laguna & Campbell ocupaba una discreta pero bien ubicada última planta de un edificio de Serrano. Parecía un bufete de abogados recio y solvente más que una agencia de huelebraguetas. Un ordenador, un plasma y una impresora convivían con dudoso gusto en el despacho de Luis Laguna con piezas de coleccionista como un escritorio de caoba, una litografía de Miró, unas sillas Panton, un secreter holandés y una caja fuerte del XIX. Pero la estafalaria decoración era lo de menos. Luisito le había entregado una carpeta atiborrada de dossieres. Sólo le había puesto una condición:

—Esto no sale de aquí, ¿vale? Tienes cinco minutos. Y no puedes anotar ningún dato. ¿OK?

—Trae.

El título del primer dossier, «Casillas y Carbonero», no dejaba lugar a dudas. Contenía fotos, seguimientos, conversaciones...

—Por favor, no intentes memorizar nada, sólo echa un ojo.

Otros dossieres también parecían monográficos, como «CR7» o «Florentino». Habían investigado al Real Madrid a fondo, desde perspectivas muy diversas. El propio Luisito había agrupado los expedientes, porque en la mayoría de los encabezamientos se había dejado llevar por su pasión por el séptimo arte. En «Reservoir Dogs» se recopilaban datos sobre José Mourinho y su equipo técnico. En «French Connection», los investigados eran Benzema, Varane y Zidane. Otros títulos eran «Las Cuatro Torres», «Los profesionales», «Niños futbolistas», «El nuevo Bernabéu», «La naranja mecánica», «Hacienda somos todos», «La noche americana», «Centaurus del desierto»...

Torca se detuvo en el expediente «Primera plana». Aparecían muchos periodistas: Diego Torres, de *El País*; Orfeo Suárez, de *El Mundo*; José Manuel Cuéllar, de *Abc*; Julián Redondo, de *La Razón*; Santiago Segurola y Antón Meana, de *Marca*; Carmen Colino y Tomás Roncero, de *As*; José Ramón de la Morena, de la *Ser*; Paco González, de la *Cope*;

Fernando Burgos, de Onda Cero; Josep Pedrerol y Siro López, de *Punto Pelota*; Eva Turégano, de Antena 3; María Escario, de Televisión Española; José Antonio Luque, de Telecinco; José Luis Sánchez, de La Sexta..., y Ramón Ribeyro, de *Pueblo*.

Lo vio montado en el Mini, aburrido en la sala de prensa del Bernabéu, tecleando en una redacción. Iba a leer los tres folios que precedían a las fotos cuando Luisito le quitó el informe. Colocó todos los dossiers en la carpeta, la cerró y la dejó sobre el escritorio.

—La caja fuerte me encanta. Es una pieza victoriana, ha vivido mucho, pero ya sólo adorna. —Abrió las puertas: la usaba de mueble bar—. Estos documentos casi mejor reposan en un banco, ¿no te parece? Si no te importa, los guardamos en el mejor sitio donde pueden descansar y nos tomamos un cafelito.

Torca se contuvo las ganas de arramblar con la carpeta y dejarlo tirado.

—Vamos. —Se puso de pie—. ¿Cuánto ha costado recopilar esto?

—Recabar toda esta información ha requerido mucho tiempo y muchos recursos, pero reunida en conjunto vale bastante más que por separado. Aunque ¿cuánto te puede costar lo que ocultas? Depende, ¿no?

Luis Laguna metió la carpeta en una bolsa de El Corte Inglés y añadió un par de periódicos.

Al salir del banco le llevó a «una cafetería de diseño», aunque a Torca el expreso le supo aguado.

—Como te puedes imaginar, la carpeta no existe. El cliente cree que tiene la única copia disponible de todo el material. Pero ya sabes, soy un sentimental, me gusta conservar recuerdos y...

—Ya, ya. ¿Y cuándo entregaste esa única copia?

—Hará cosa de un mes, más o menos.

—¿El cliente era Xavi?

—No. Bueno, digamos que en parte sí. Despachaba siempre con Camilo Laforet, pero Javi Marsé y yo de vez en cuando charlábamos por teléfono. Un día hasta vino aquí, a mi segundo despacho.

—Y a Barriocanales ¿también le has traído aquí?

Luis encajaba cualquier pregunta con la misma indiferencia.

—No me importaría. Pero él prefiere hacerse esperar. Si su secretaria algún día te cita, ármate de paciencia, te puede tener una hora esperando sólo para demostrarte que eres insignificante.

—Lo tendré en cuenta. Pero no creo que me llame.

Torca intuía que Barriocanales se pertrechaba para una guerra. O para una conquista: el Real Madrid. Para planificar una ofensiva, tan importante como abastecer y adiestrar a

las huestes propias es conocer las debilidades y las armas secretas del enemigo. Los dossiers eran munición.

—Jorge Barriocanales toca todos los palos. O eso intenta —precisó Laguna—. Diversifica: viene del ladrillo, pero no hace ascos a las energías renovables, a las inversiones dudosas... Y para continuar creciendo, para no parar de crecer, pretende moverse, e influir, en las más altas esferas. Sin embargo, ya se ha pegado varios patinazos. Aunque, bien asesorado, colecciona paisajes impresionistas y se haya convertido en patrono de varias fundaciones, en los círculos culturales chirría, es demasiado burdo; iba a la ópera por obligación, lo he visto luchar a brazo partido para no quedarse dormido. A Barriocanales, además del dinero, sobre todo le gustan dos cosas: la caza y el fútbol. No sé si te fijaste: en el entierro llevaba prendida la insignia de oro y brillantes del Real Madrid. Es socio de nacimiento. Y está convencido de que en el Bernabéu puede hacer negocios más suculentos que los que cierra en su finca extremeña entre escopetazos y batidas.

—Mucho sabes, ¿no?

—Para eso me pagan, para saberlo todo. —Se rio—. ¿Otro café?

Con la carpeta, Luis había puesto sus cartas sobre la mesa. Laguna & Campbell se había tirado un año acumulando información sobre el Real Madrid, espionando a directivos, periodistas, representantes, jugadores, parientes, novias... Torca sólo jugaba con una mano: le contó el encargo de Marsé y Laforet, aunque se guardó el nombre del topo. Para recibir debía dar, aunque las fuerzas estuvieran descompensadas. Aspiraba a que más pronto que tarde Luis le dejara examinar los expedientes con detenimiento.

Luis lo escuchó sin interrumpirlo. Había elegido bien ese segundo despacho, ocupaban una esquina en la parte alta de la cafetería, nadie molestaba.

—En resumen —concluyó Torca—. Me pidieron lo mismo que a vosotros, a muy pequeña escala. Y no he sacado nada. Del topo, si es que existe, no tengo noticias. Claro que yo no tengo el carné de detective privado, no sé si vosotros cuando investigasteis a Ribeyro disteis con algo en lo que yo no me fijara...

—Pillar a un topo sólo se logra de tres maneras. Una, de chiripa, ya sabes que el azar siempre cuenta. Dos, cuando alguien cercano traiciona al confidente, algo bastante habitual. Tres, cuando el topo se deja cazar o decide salir a la luz. Para ser un *amateur*, solo y sin medios técnicos, te lo has currado. Poco más podías hacer en tan poco tiempo.

Torca le contó que había quedado con Marsé precisamente la noche en que lo atacaron.

—Xavi me había puesto un cebo, que había novedades de las buenas. También me iba a hablar de un compadre. Supongo que me diría lo de tus dossiers, ¿no?

—Puede. No tenía por qué ocultártelo.

—Y me iba a contar algo sobre el diez. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿El diez? ¿Qué diez?

—Ni idea.

—Pues estoy igual que tú.

—En fin, ¿qué opinas?

A Luis las opiniones no le interesaban. Y las novedades, tantos días después, quizá ya eran antiguallas. Pero había dos detalles que Torca debía saber:

—El dossier de los periodistas lo entregamos a finales de agosto, antes de que te encargaran vigilar a Ramón Ribeyro. Nosotros no buscábamos a un topo, sólo nos pidieron que recopiláramos la mayor información posible sobre una veintena de periodistas. Un completo: situación profesional, sentimental y financiera; rutinas, filias, fobias, manías... Él era uno más. Así que algo distingue a Ribeyro del resto de los plumillas, para que después te pidieran investigarlo. Su vida, sus fuentes, sus textos..., no me digas, algo.

—¿Quizá le distingue su topo? —apuntó Torca.

—¿Su topo? Lo dudo. No sé quién le pasa informaciones sobre el Madrid, pero Ribeyro tampoco cuenta nada del otro mundo. Y su topo, si es que sólo tiene uno, cosa rara, también hablará con otros. Es lo habitual. La gente como Florentino, por ejemplo, reparte migajas de información a diferentes periodistas para tenerlos contentos. Y a los jugadores tampoco les interesa ir de buenas sólo con un solo medio. No, puestos a suponer, yo creo que si te pusieron a seguir a Ribeyro es porque algo le hace diferente... Y también me extraña que no nos encargaran ese trabajo a nosotros. Como te decía antes, terminamos de preparar todos los expedientes hace bastantes semanas. Desde entonces no han vuelto a pedirnos nada más... Salvo un encargo menor.

Salieron de la cafetería. Torca lo acompañó al portal. Y Laguna le reveló el último encargo de Marsé.

—No te enfades, Juan, cuando te diga esto. Somos profesionales. Javi Marsé me hizo un encargo especial cuando le pediste trabajo. Quería confirmar que ibas por libre. No es que no se fiara de ti, me contó que quería convertirte en su mano derecha en Madrid Seas y que debía despejar cualquier duda que surgiera dentro de la empresa. Un procedimiento habitual. Te seguimos la pista. Entonces me descolocó que te hubieran mandado ir tras los pasos de Ramón Ribeyro, volví a estudiar su expediente, y tampoco encontramos nada extraño, igual que tú. Ya puedes imaginar que tu seguimiento se cerró en cuanto nos enteramos del atraco a Marsé. No me consta que Laforet o Barriocanales estuvieran al tanto, así que entiendo que todo el material sobre ti debe acabar en una trituradora de papel.

Torca, entre el asombro y la indignación, respiró hondo.

—¿Qué cojones significa que debe acabar triturado? Joder, Luisito.

Laguna, siempre tranquilo, le entregó la bolsa con los periódicos.

—Llévate esto. Y cálmate. No hay duplicados. Quémalo, o haz lo que quieras, y entiéndeme, de haberlo rechazado, Marsé se lo habría encargado a otros. Si quieres, llámame mañana o pasado, y continuamos.

Torca metió la mano en la bolsa. Entre las hojas de *Pueblo* se ocultaba un sobre blanco. El título estaba escrito a lápiz: «Eyes Wide Shut».

Él no se parecía a Tom Cruise, el protagonista de la película de Kubrick. Y Nerea nada tenía que ver con Nicole Kidman; como mucho, Adriana sí que guardaba cierta semejanza con la actriz australiana. En cualquier caso, las fotos no valían un pimiento. Sobre todo, las cuatro del club. Pero Torca sabía reconocer la valía profesional. Uno de los mirones los había immortalizado en el club. A pesar de la tenue iluminación y las estrechuras del garito, el tipo, quizá un chaval fornido, con gafas, pensó Torca, había sacado unos planos tan explícitos como expresivos. Podía ser peor, pensó Torca resignado. Las posturas no le parecieron demasiado grotescas y se le veía en buena forma. Debió de usar una microcámara, pero eso era lo de menos. Un depredador debería advertir cuándo se convierte en presa.

De cazador cazado salía en media docena de fotos más. Alquilando la moto. Empapando en café con leche una porra en Tres Cantos. En la Cava Baja, saliendo de Casa Lucio con Marsé. Guardando cola en el Bernabéu, con Nerea. Desayunando donde Teodoro. Entrando, por fin, en el Asador Donostiarra. De la primera imagen a la última habían pasado muy pocos días, apenas una semana. Y desde el «atracó» —así lo había llamado Luis— hasta ahora, menos de veinte días. Poco tiempo para demasiadas cosas.

El sobre sólo contenía fotos, aunque daba por hecho que en Laguna & Campbell habían hecho los deberes, un «completo». Recorrió con la mirada la habitación del hotel. Vio todo como siempre, aunque tampoco se habría fijado si alguien cuidadoso hubiese toqueteado hacía días sus escasas pertenencias. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que alguien rebuscara entre sus cosas, pero no le costó imaginar al mirón abriendo los cajones y la maleta, examinando el mueble bar, revisando cada uno de los libros en busca de alguna nota...

La cajita fuerte no ofrecía ninguna garantía. Sin embargo, Torca guardaba allí dos relojes, llaves, unas gafas de sol, una chequera, unas libretas bancarias, unos anillos y un crucifijo. Abrió la caja y metió el sobre.

A la mañana siguiente salió a correr por el Retiro. A la vuelta, sacó el sobre. Contempló las fotos por última vez y salvó tres: la sonrisa de Nerea antes de ver al Real Madrid, el último paseo con Marsé y una del club en la que se podía reconocer, de refilón, a Ramón Ribeyro. Las demás imágenes las quemó en la pila del cuarto de baño. Usó el Zippo de Marsé.

—Si me prestas el Zippo, te cuento lo que pasó de verdad.

Con el mechero aún caliente en la palma de la mano tras quemar las fotos, se acordó del velatorio. Marsé se había largado de este mundo sin recuperar la conciencia tras pedirle que cuidara a sus mujeres, quizá sin sufrir, quién sabe si pidiendo ayuda desde algún recóndito rincón de su comatoso cerebro o escuchando impotente los sollozos de Adriana. Los médicos, siempre cautos, no habían dado esperanzas, pero tampoco habían estimado el tiempo que resistiría. Una tarde la muerte llegó sin avisar, aunque Adriana ya había previsto todo. Juan, que acababa de llegar al hospital, ayudó en lo poco que pudo, y ya no regresó al hotel.

En el tanatorio pasó la noche en vela con Adriana y Del Campo. Las horas se alargaron. Pocas palabras y muchos recuerdos. Al alba, salió con Adriana a fumar. Desplegó una sonrisa triste al ver que encendía el pitillo con el mechero de Marsé.

—En Colombia, hace muchos años, nos metimos en un lío. Nos tocaba separarnos unos días y, bueno, sabíamos que igual al vernos de nuevo él no iba a estar bien acompañado. Y se nos ocurrió una especie de contraseña. Si en vez del Zippo sacaba otro mechero, unas cerillas o pedía fuego...

—«¡Mayday! ¡Maricón el último!» Ya, le gustaba contarle.

Adriana volvió a decirle que él y Marsé no tenían secretos. A Torca, que jamás había inquietado a Raquel, le costaba creerlo, aunque notaba que junto a Adriana podía hablar de cualquier cosa. La puso a prueba.

—¿Te contó lo de la pantera negra?

—Claro.

—¿Y lo de Guinea?

—Sí.

Le sostuvo la mirada. Torca cedió, aunque supuso que los recuerdos de Marsé estarían edulcorados y que se habría guardado algún que otro cadáver en la memoria.

Regresaron al tanatorio. Antes de entrar, Adriana se detuvo.

—Mira, hay algo que no me contó. Más que nada, porque le habría chafado el vacile. Lo del Zippo. Cuando salíamos con amigos le encantaba jugar con él, lucirlo, al final alguno se fijaba y acababa preguntándole. Él adornaba cada vez más y más la historia. Yo le decía que no colaba. Se reía, pero no lograba sacarle cómo lo consiguió. Y para tomarme el pelo acabó contando otra historia.

—¿Qué decía?

—¿Qué versión te cuento?

—La que quieras.

No era el lugar ni el momento para andar con bromas. O sí. Estaban derrengados, con ganas de hablar de Marsé.

—Siempre decía que se lo había birlado a Arturo Pérez-Reverte, el escritor, en sus tiempos de corresponsal de guerra en los Balcanes.

Juan se rio.

—Sabes quién es, ¿no? Dime al menos que lo conocisteis...

—Sigue, cuéntame qué decía, por favor.

—Las primeras veces decía que pasasteis una Nochebuena en Mostar. A pesar de los bombardeos, bebisteis como cosacos, y vosotros dos echasteis un mus contra Reverte y su cámara, que cubrían allí la guerra para Televisión Española. En ese punto, como ya todos estaban pendientes de la historia, se venía arriba. Yo no juego al mus, pero hablaba de amarracos, de vacas, de faroles, del ruido de los morteros... Acababa contando que

jugasteis una última partida: vosotros os apostabais unos machetes serbios y ellos los mecheros. Y tú y él, después de un órdago y no sé qué más, ganabais, claro.

Adriana le interrogó con la mirada.

—¿Y? ¿Fue así?

—Y luego ¿qué contaba?

—¿También me vas a tener en ascuas? Bueno, luego te quitó de en medio.

—¿Cómo?

—Una noche cambió de juego. Le pareció que encajaba mejor el ajedrez. O sea, que Reverte y él se jugaban un machete serbio, eso no cambiaba, y un Zippo. La gente alucinaba. Él, en su salsa, que si la apertura tal, el gambito, el enroque... Al final encendía un pitillo, más hinchado que un pavo, y se guardaba el mechero.

—Qué grande.

—Me reía mucho con él. Decían que hacíamos una pareja extraña, que no pegábamos mucho, pero era genial.

Torca asintió.

Ya dentro, Adriana se acordó de Borja del Campo. Fueron a la máquina de café y le sacó un capuchino recargado de azúcar. Allí insistió:

—Él me daba largas, le gustaba hacerme rabiar. Pero un día se puso muy serio. Quería llevarme a Mostar y enseñarme el puente de Stari Most. Me dijo que estabais cuando lo volaron, en el 93. Hace unos años lo habían reconstruido y quería verlo. Allí iba a contarme la verdadera historia del mechero. Ya... —Le tembló la voz—. Ya nunca me llevará.

Torca cedió. Las mentiras de Marsé sólo podían cerrarse con otra más. Con una mentira piadosa.

—Si me prestas el Zippo, te cuento lo que pasó de verdad.

Adriana se secó las lágrimas.

—Déjame guardarlo. Lo cuidaré bien. Cuando tu niña se haga mayor, se lo entregaré, y aprovecharé para contarle las aventuras que viví con su padre.

Se lo dio. Torca lo sopesó, mientras acababa de improvisar la última y definitiva versión, mezclando un par de recuerdos. Era un mechero de latón pulido, el primer Zippo emitido sobre la Guerra de los Balcanes. Muchos soldados no se separaban de él. En una cara, las palabras «UNPROFOR Bosnia-Herzegovina» rodeaban un BMR, la tanqueta más usada en los noventa por el Ejército. En la otra cara, la leyenda «United Nations España» circundaba el logo de la ONU.

—Marsé ganó el mechero en una timba. Luego se lo cambió a un chiquillo que nos conseguía tabaco y alcohol por no recuerdo qué, imagino que por unos puros y unas botellas. Pero al día siguiente encontramos muy cerca del puente lo que quedaba del chiquillo. Había pisado una mina. El mechero estaba intacto. Marsé lo recuperó y ya no se separó de él.

—¿Y lo de Pérez-Reverte?

Entonces Torca apenas mintió a Adriana.

—Fue en Sarajevo. No hay mucho que contar. Llevamos a un compañero herido a un hospital, y nos quedamos fuera esperando. Era un caos, una granada había provocado una masacre. Reverte salió y nos pidió fuego. Marsé lo conocía, lo había visto en un telediario, pero se limitó a sacar el Zippo y a prender el cigarro. Fumó con nosotros, en silencio. No había nada que decir. Antes de volver dentro, le dijo: «Gracias, chaval».

Torca salió del hotel con el Zippo en el bolsillo. Poco a poco, se acabaría acostumbrando al peso del mechero.

Llevaba bastante sin ver un partido en el hotel, pero el martes por la noche los camareros y Jacinto, el encargado, lo acogieron con normalidad. Ni Nerea ni sus compañeras de piso habían aparecido otras veces, pero en esta ocasión se quedó la rara, Silvia, que le lanzó varias miradas desconcertantes. Torca la ignoró. Que usara palabras si quería decirle algo. No le gustaba. Baja y seca, gastaba unas gafas de pasta negra que poco o nada congeniaban con su tez morena.

Nerea, en cambio, sabía latín. Parecía intuir si ansiaba compañía, y se mantenía distante en cuanto percibía que quería estar a solas. Me ha pescado bien, se dijo Torca, me da carrete mucho antes de que se me ocurra tirar del sedal. Entre ellos no mediaban rutinas ni citas, sin previo aviso uno llamaba al otro, a cualquier hora; podían echar un café de quince minutos, no despegarse en todo un fin de semana o pasar varios días sin verse. La «experiencia del club», como decía ella, había dado bastante juego. A Nerea le «molaba» recordarla y le había propuesto más de una vez acudir de nuevo. Torca no pensaba reincidir.

El Real Madrid vapuleó al Olympique de Lyon sin despeinarse. Torca, sumido en sus pensamientos, prestó más atención a la celebración de los goles que a las jugadas. Los futbolistas blancos parecían alegres, relajados. Después del segundo gol, los dieces se relevaron: Kaká, ovacionado, salió por Özil. Cayeron dos goles más.

Se quedó hasta el final del partido. Jacinto le invitó a la última, en su despacho. Torca, extrañado, lo acompañó. Pero no llegó a preparar la copa. Apurado, dando rodeos, vino a decirle que le apenaría mucho perder por una indiscreción a su mejor huésped o a una de las trabajadoras mejor valoradas.

Lo dejó hablar. En una repisa se fijó en un pisapapeles de mármol. Jacinto le caía bien, por Nerea le constaba que la plantilla lo adoraba. Torca cogió el pisapapeles. Jacinto continuaba disertando sobre las normas no escritas que rigen las relaciones entre clientes y empleados.

—... porque somos libres de anteponer nuestra vida sentimental a la profesional, pero la convivencia en una pequeña gran familia como la nuestra siempre pende de un hilo, y aunque, como puedes imaginar, los adultos pueden entablar...

Torca tiró el pisapapeles. La moqueta amortiguó el golpe, pero el chorro de Jacinto

cesó. Torca lo recogió y lo posó con cuidado en la repisa. Los separaban unas butacas y el escritorio. Torca se acercó. Jacinto, pobre hombre, se encogió. Torca sonrió:

—No sé adónde quieres ir a parar, pero puedes contar conmigo para solucionar cualquier contratiempo.

Le dio las buenas noches y se fue a su habitación.

Laforet lo iba a llamar sin falta el lunes, le había dicho en el entierro.

El miércoles por la mañana Torca se presentó en la Torre de Cristal sin avisar, a ver cómo reaccionaba.

No llegó al ascensor. Le paró los pies una joven uniformada, armada con buenos modales, una porra y un *walkie-talkie*. Sin acreditación no podía subir. En el mostrador explicó que quería ver a Camilo Laforet. No, no venía de ninguna empresa. Dio su nombre. No, no tenía cita previa. Mostró su DNI. El recepcionista marcó un número. Informó. Esperaron. Volvió a informar. Cuando iba a largarse, le contaron que el señor Laforet podría recibirlo dentro de hora y media.

—Muy bien, volveré entonces.

Antes de salir del inmenso vestíbulo de la Torre, se fijó en que subiendo por las escaleras mecánicas había una cafetería. De nuevo, la seguridad lo detuvo. El acceso estaba restringido a «los usuarios del edificio».

Las Cuatro Torres y el hospital de La Paz están separados por menos de un centenar de metros. En medio, un pequeño centro comercial abastece a «usuarios» de ambas zonas. Pidió un café. El periódico que tenía a mano llevaba dos días caduco, pero se entretuvo leyéndolo. El titular de portada, «La conferencia internacional de San Sebastián impulsa el final de ETA», lo trasladó a los 80. A Bilbao y al sur de Francia. Seguro que Marsé también se había inventado para Adriana algún embuste entretenido sobre aquellos años salvajes y sangrientos.

Aunque a menudo arriesgues la vida, nunca olvidas quién te socorrió o por qué jugarreta del destino te libraste. El «Hoy por ti, mañana por mí» era moneda común entre los compadres. Torca echó la vista atrás treinta años. Se vio en un monte, desangrándose, las muñecas atadas con alambre y una pistola en la nuca. «*Txakurra* de mierda, quién ríe ahora. Te voy a dejar aquí tirado para que te coman los lobos. Y si dejan algo, luego te enterraremos en cal viva, aunque no escarmentaréis.» Sonó un tiro, pero no fue el esperado de gracia, sino un escopetazo de Marsé. La primera vez que un compadre le salvaba la vida.

Volvió a 2011. La viñeta del Roto le impactó. Un encapuchado con una máscara negra decía: «Unos me llaman héroe, otros, asesino, y tampoco yo sé ya qué soy». Torca jamás se habría identificado con un etarra o un terrorista, pero se dio por aludido. Tampoco él sabía ya qué era, ni qué había sido en el País Vasco durante aquellos años.

Don Camilo sonaba a cura de pueblo, a película italiana en blanco y negro. Pero la secretaria que lo condujo hasta él lo reverenciaba como a un papa. «Le puede conceder diez minutos», le había avisado en el ascensor.

Su despacho ocupaba el doble de espacio y estaba una planta más arriba que el de Marsé. Al entrar, Torca recibió un impacto inesperado. Casi lo noqueó un directo a la nariz: el despacho olía al inconfundible perfume de Adriana. La fragancia a jazmín no procedía de la secretaria, en el ascensor lo habría notado. Ni por supuesto de Laforet, quien lo saludó afablemente, como si la irrupción no le disgustara, y con un ademán le indicó una silla frente al escritorio. Parecía no tener prisa.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó Laforet mientras se sentaba.

—¿Ayudarme? Era yo el que os ayudaba, ¿no? Quería hablar contigo sobre Ramón Ribeyro.

Laforet lo miró con condescendencia.

—Cierto, cierto. La desgracia de Javier nos ha hecho aparcarse ese asunto. ¿Has seguido indagando? Por supuesto, las condiciones que te ofreció las mantendremos, aunque Javier me había trasladado tus dudas...

—Dudar es de sabios. Incluso los ineptos como yo dudamos. Pero he venido a verte porque me encuentro bastante cerca del final. Quería saber cómo debo proceder una vez termine mi informe.

Laforet disimuló malamente su sorpresa. Como había intuido Torca, esperaba a un desertor. Pues no.

—Mientras elegimos al candidato que releve a Javier, habla conmigo. Me alegra que estés a punto de cazar al topo. Javier había puesto muchas esperanzas en tus gestiones. ¿Y podrías adelantarme algo? Nos vendría muy bien...

—Lo siento. No puedo acusar a nadie sin tener la plena seguridad. Pero en un par de semanas, como mucho, habré terminado, si es que no me equivoco.

—Estupendo. Pues entonces hagamos lo siguiente. Toma mi tarjeta y llámame cuando puedas, estoy a tu disposición.

Le tendió la tarjeta y se incorporó. Pero Torca se quedó sentado.

—Disculpa, ¿estás al tanto de las pesquisas de la Policía? Me da que la investigación está en punto muerto...

—No, no. Confío plenamente en el Cuerpo. Además, han puesto al frente del caso a un equipo fantástico. Tenemos que ser pacientes, pero darán con los asesinos. Tendrás que perdonarme, llego tarde a una reunión y...

Torca se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—No te molesto. Ojalá los encuentren. Una cosa más. ¿Os importaría mostrarme el vídeo de las cámaras de seguridad? Me gustaría ver las caras de los moros, no sea que me los encuentre...

Laforet salió del despacho.

—Lo siento mucho, pero todo el material se lo entregamos, como es preceptivo, a la Brigada de Homicidios. Juan, no dispongo de más tiempo, pero estoy a tu disposición.

Torca no insistió. Yo sí que estoy dispuesto, capullo. Le estrechó la mano. Blandengue, el reverso de sus ojos. La secretaria lo escoltó en el ascensor, quizá para evitar que se equivocara de botón. Durante el descenso, Torca le preguntó por Marsé.

—Era un activo muy valioso de Madrid Seas, lamentamos mucho su pérdida —soltó con voz de contestador y una repugnante sonrisa.

Regresó al hotel. Una de las llaves que guardaba en la caja de seguridad abría una consigna de la estación de Atocha. Fue en metro desde Gran Vía. Extrajo una bolsa de deportes y se metió en los cuartos de baño. Se guardó en un bolsillo del vaquero un fajo de billetes de cincuenta y un rollito de quinientos euros. Escogió una pistola compacta, una Glock 26, y dos fundas. Cogió un par de cargadores. Sacó el botiquín. Revisó los botes y las jeringas, pero se lo pensó mejor y volvió a guardar el botiquín en la bolsa. Entonces se acordó del machete serbio. Lo desenfundó. Mellado y oxidado, perfecto para acojonar a cualquiera. Quizá tuviera que contar a Adriana la verdadera historia del Zippo.

Raquel

1980. Verano. *Tenía diecisiete años y una belleza que cortaba el aliento.*

Raquel vivía en la misma calle, pero los separaban tres años. Torca jamás se había fijado en ella. Hasta aquellas fiestas de San Pedro. Cuando se la presentaron, ella le contó que lo tenía fichado «del barrio». La primera noche no se dejó besar.

Fue una historia, una historia de amor, como otra cualquiera. Un soldado de permiso, una estudiante de vacaciones y el verano.

1985. Primavera. *Raquel estaba espléndida y, sobre todo, resuelta. Ni se le pasó por la cabeza abortar. Las malas lenguas dirían que se casaron de penalti. Para Torca, en cambio, el embarazo sólo adelantó el bodorrio.*

Durante varios lustros, Torca vivió en dos mundos. Tan alejados como Marte de Venus. Uno violento y salvaje, sorprendente. Y otro sosegado y cálido, un remanso de paz y piel.

1999. Otoño. *Estaban en la boda de un primo o sobrino de Raquel; entre amigos, o conocidos, poco importan esas sutilezas, emborrachándose lentamente. No llegaron a pisar la pista de baile. La barra se fue despoblando y, de pronto, se quedaron el uno frente al otro. Raquel y Juan. Solos. Como cualquier mañana, delante de un café, o cualquier noche, frente al televisor, las pocas veces que él paraba en casa. Torca no recuerda si soltó alguna broma o si intentó seducirla, quizá pensaba que aquella noche el alcohol iba a reactivar su vida sexual, al menos fugazmente. Recuerda, en cambio, que se embarcaron en una conversación demasiado sincera. En un tono frívolo, despreocupado, falso, Raquel le dijo que el sexo ya no le interesaba y que le daba permiso para aliviarse con una amante o con prostitutas, siempre y cuando la estabilidad familiar no se viera amenazada. Lo quería como a un hermano. Eso dijo.*

2006. Mayo. *Torca golpeó a un hombretón en un garaje; se ensañó más de lo necesario, con rabia, dijeron que no habría nadie. Al terminar le ardían los nudillos. Con el rostro tiznado, botas militares aunque sin uniforme, de negro, subió una escalera y, sin titubear, cruzó dos habitaciones en penumbra y entró en un despacho. Allí forzó un cajón, extrajo un par de cuadernos, sacó una linterna para comprobar que contenían lo que buscaba y se los guardó en la pechera.*

Al salir del despacho una pistola se clavó en su espalda. Una temblorosa voz femenina le ordenó que alzara las manos. Pero sólo comenzó a subir la izquierda, mientras avanzaba un paso para despegarse del cañón. Antes de que la mujer pudiera reaccionar, se giró velozmente y golpeó el arma con la derecha. Durante el forcejeo,

sonaron dos disparos. Una bala se incrustó en el techo y la otra se perdió por el pasillo. Juan Torca redujo de un directo a la joven. Dos minutos más tarde cruzó un descampado y se montó en un todoterreno. Tres horas después subió a un avión, en una mano el maletín con los cuadernos y en la otra un par de bolsas de las tiendas libres de impuestos (unas cremas parisinas para Raquel y un reproductor musical para Rodrigo).

Regresó a Burgos el viernes por la tarde, como tantas otras semanas. Encontró a Raquel cocinando. La besó en la mejilla. Preguntó por Rodrigo.

—¿Dónde va a estar? «Con los colegas. Por ahí», para sacarle más palabras hay que herniarse. ¿Qué tal la semana?

—Sin novedad. El viaje a Londres bastante aburrido, y los demás días como siempre. ¿Y tú?

—Imagínatelo, desesperada. Ya estoy más que hecha a que no estés, pero no soporto que se me vaya Rodrigo. Dice que va en serio, que quiere ser policía.

Al cabo de un año, mientras recababa información sobre otro asunto, Juan Torca se enteró de que la bala perdida hirió al hijo del matrimonio, un niño. Al principio le irritó que no les pareciera oportuno o necesario contarle dónde fue a parar la bala aquella. Luego lo comprendió. Pero algunas noches no podía evitar acordarse de la joven. Una mujer hermosa, espléndida. La veía tirada en el pasillo, bronceada, con camiseta de tirantes y pantalón corto, sin el hilo de sangre de la comisura parecería dormida. Le gustaría recordar su olor. Le gustaría no haber interrumpido su sueño; no podía evitar que esa visión fugaz estimulara su deseo más que el cuerpo en camisión con el que a veces dormía.

2009. Octubre. Salió del apartamento de Bilbao en mangas de camisa. Bajó a desayunar a un bar; zumo de naranja, café con leche y una tostada con aceite de oliva. Se anudó la corbata dentro del coche. Aparcó en el garaje de la empresa y, al salir del vehículo, se puso la americana. Saludó a unos con un gesto, a otros con un buenos días, y entró en el despacho. Cerró la puerta. Diez metros cuadrados escasos: una mesa con dos ordenadores de sobremesa y uno portátil, un teléfono, torres de carpetas, un retrato familiar y una maceta con un cactus; tres sillas; dos paredes forradas con estanterías repletas de archivadores, otra con una cajonera y un ventanal con vistas a un patio interior y a la escalera de incendios del edificio aldaño. Mientras arrancaba el portátil, salió del despacho. Un café de máquina, un cuarto de hora en la sala de fumadores. Al regresar comenzó una jornada más para olvidar, no había ningún viaje previsto.

Pero esa mañana le dijeron que acudiera de inmediato a Recursos Humanos. El jefe de Personal, sin mirarlo a la cara, le contó que el coche de Raquel se había empotrado contra un camión. Además le explicó que disponía de una baja indefinida con sueldo incluido; aunque le recomendó que no pasara del trimestre.

Hora y media después ya estaba en Burgos. Pero en el hospital no había nada que ver. Para intentar consolarlo, el médico le dijo que seguramente Raquel había muerto mucho antes de que el fuego llegara a rozar sus ropas. Seguramente. Quizá no.

La casa rebosaba de recuerdos. Se buscó un hotel.

Rodrigo, más confuso que apenado, llegó de la academia de Policía de Ávila justo a

tiempo para asistir al entierro. Raquel quería ser incinerada, aunque para qué volver a quemarla, pensó Torca.

«¿Qué quieres que hagamos?», le preguntó Juan Mari Butrón al darle el pésame.

«¿Qué vas a hacer?», le preguntó Rodrigo antes del funeral.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó Torca, cuando todos se largaron.

III

SEGUNDO TIEMPO

«La función de una torre moderna de cristal es tan primitiva como la de un templo asirio: conceder sensación de poderío a quien mira desde ella, un poderío mayor cuanto más alto esté; reducir de antemano a la insignificancia y al arrobo al que se acerca a sus puertas. Da igual que las puertas estén custodiadas por guardias de seguridad con gafas oscuras y transmisores en el oído o por leones alados o toros con cabezas de hombre.»

ANTONIO MUÑOZ MOLINA,

Todo lo que era sólido

Caza mayor

Se puso deberes.

El primero, pensar. Debía mantener la cabeza fría y encontrar respuestas. La pregunta principal estaba muy clara: ¿por qué había muerto Marsé?

El segundo, ver cuanto antes el vídeo del atraco. ¿Rodrigo podía echarle una mano?

El tercero, Adriana. ¿Qué pintaba en el despacho de Camilo?

El cuarto, Ramón Ribeyro. Debía exprimirlo de una vez.

Los quintos, al final del camino, ya vería cómo y cuándo, Camilo Laforet y Jorge Barriocanales.

El sexto, los dossieres. Tenía que examinar las carpetas que destripaban al Real Madrid.

El séptimo punto lo había agregado tirado en la cama. Llegaba el momento de despedirse del hotel. Estaba demasiado expuesto. Tampoco quería perjudicar a Nerea.

La Gran Vía, aún con legañas, parecía aguardar a Antonio López, el pintor que la había inmortalizado al amanecer. Juan Torca salió del hotel corriendo, activo, como tantas otras mañanas, pero con un punto de melancolía. Iba a echar en falta los trotes mañaneros por la calle más emblemática de Madrid. Otras calles y otros ámbitos debían acompañarlo.

Pensó en la lista trotando por el Retiro. Reordenó los puntos. Luis podía esperar. Dos días pasaban rápido. El viernes habían quedado con Del Campo y Jandro; después de las cañas le pediría ver los dossieres. Adriana... Adriana en el momento oportuno, más pronto que tarde pero todavía no: necesitaba sonsacarla sin pisar ninguna mina. Le quedaban Ribeyro y Rodrigo.

Doce kilómetros y una hora y pico más tarde, ya en el hotel, Rodrigo contestó al tercer timbrado. La negativa venía de serie. Y en serie.

—No, no y no. Me pides un imposible. No puedes verlo. Y no debes. Fue tu amigo pero quédate al margen, por favor.

—Si quieres, hasta me largo a la margen derecha del Gran Bilbao. O del Arlanzón. Pero antes hazme estos dos favores, Rodrigo. Quiero que veas tú la grabación. Como no encontrarás nada raro, no te costará nada decírmelo después, pasarme una copia y así

lograrás que me desentienda. Y el otro favor todavía es más sencillo: ¿sabes quién está investigando el atraco? Convénceme de que el caso está en las mejores manos y te prometo que me quedaré totalmente al margen.

—Me pides mucho más de lo que crees, padre.

Por el tono, cansado, estaba cediendo.

—No te pediré nada más. De todas maneras, haz lo que creas conveniente.

Antes de colgar, Torca le tocó la fibra sensible. Tal vez se equivocó.

—No te lo he contado, pero Marsé siempre me preguntaba por ti. El pequeño Cid, te llamaba. Cuando naciste se plantó en el hospital con un oso de peluche para ti y un ramo de rosas para tu madre.

El eslabón más débil era Ramón Ribeyro. Y el más manejable, de largo. De nuevo le cogió el teléfono desde la redacción de *Pueblo*. Torca se puso en modo Chema Valenzuela, le recordó la entrevista en *Txuri-Urdin* y le dijo que quería quedar con él. Pero Ribeyro despejó a córner:

—Llámame el lunes y quedamos. O casi mejor ponme un *mail*, ¿vale?

—Perdona, pero ando con prisa. Tengo una propuesta laboral que hacerte y me gustaría verte hoy o mañana.

La voz de Ribeyro cambió.

—¿De qué tipo? Ahora tengo cinco minutos.

—Prefiero contártelo en persona. ¿No podríamos quedar mañana para comer? Puedo reservar una mesa en...

—Mañana me voy a Málaga, el Madrid juega allí este sábado y me toca preparar una previa. ¿No puedes decirme de qué se trata?

—Lo siento. Sólo te adelanto que te puede interesar. ¿Por qué no quedamos luego en el Zen Market?

—¿El japonés del Bernabéu? Discreto no es...

—Qué más da, ¿no?

Quedaron a las diez. Si se alargaba el cierre, Ribeyro le mandaría un mensaje de texto. No le preguntó a Chema cómo se iban a reconocer, dando por hecho que conocía su careto.

La pelirroja de la inmobiliaria se acordaba de él. Le trató como si hubiera regresado una hora después de su primera y única conversación. El apartamento que le iba como anillo al dedo —ella lucía un sortijón, pero no una alianza de casada— lo habían alquilado

hacía una semana, pero seguro que podían encontrar algo que encajara con sus deseos. Torca buscaba un piso cercano al Retiro, pero alejado de Sol y Callao, por O'Donnell o Sainz de Baranda, para ocuparlo cuanto antes. La mujer consultó el ordenador. Recitó calles, metros cuadrados, dormitorios, cuartos de baño... Torca quería distanciarse de Gran Vía, pero encontró lo que buscaba precisamente en esa calle. En los primeros números, bastante alejado del hotel, alquilaban «un estudio divino».

—Es ideal. Totalmente equipado. Vivía un señor encantador, un directivo, como usted. Bueno, señor Valenzuela, no sé a qué se dedica, pero imagino...

—Soy *knowledge manager* en CRW, algo muy aburrido. Pero tutéame, por favor.

Torca salió de allí sin media docena de billetes de quinientos pero con las llaves, y con la pelirroja, que cerró media hora antes para enseñarle el estudio.

Parecía el nido de amor de un ejecutivo, o la oficina de una prostituta de lujo. Ducha de obra, sin puertas, con dos entradas laterales. Cama dos por dos. Un espejo de pie, en un lateral del cuadrilátero, y en el otro, un armario empotrado con puertas correderas. Cocina americana en el salón, con barra y un sofá que se convertía en otra cama inmensa sólo bajando una palanca. Incluso contaba con un despachito con escritorio. Perfecto. Continuar en Gran Vía ahora no le parecía tan mala idea. Le gustaba la calle.

Salieron juntos del estudio. Torca le dijo que tenía que volver a la oficina y que regresaría a terminar los papeleos la próxima semana. Le dio la mano y tiró hacia el hotel. La pelirroja, aferrada al bolso, se quedó con las ganas de probar la ducha.

Nerea seguía en recepción, como cuando había salido hacia la inmobiliaria, pero ahora no estaba atareada.

—¿Qué tal lo llevas?

—Te puedes imaginar, aburrida como una ostra. Pero dentro de nada termino, ¿hacemos algo?

—Ojalá pudiera, pero salgo en un rato a una cena de trabajo.

—Vaya. Pues nada, otra vez será.

—Sí. De todas maneras, a partir de mañana estaré bastante ocupado, casi no me vas a ver el pelo. —Tampoco era necesario dejar el hotel, se dijo Torca mientras hablaba con ella, si alguien preguntaba podrían decir que seguía alojado.

—Pues si ya estaba aburrida, me lo estás poniendo peor...

Torca le explicó que durante dos o tres semanas apenas pasaría por el hotel. Se le ocurrió una idea, y según se le pasó por la cabeza se convirtió en palabras: después le encantaría ir con ella a Londres, a Nueva York, a cualquier sitio. A Nerea se le iluminó la cara.

Bajó un huésped. Torca se dirigió hacia el ascensor. Cuando estaba a punto de subir, ella detuvo las puertas. «Perdone, señor, en un minuto le atiendo», le dijo al turista. Al

cerrarse, lo empujó hacia una esquina y lo besó cogiéndole del cuello como una colegiala.

Algo tenía Nerea tan atractivo como desconcertante. ¿Su juventud? Simplificar es de simples. Pero ni con Raquel, sólo tres años menor que él, ni con Nadia, que rondaba los cuarenta, se había sentido así. Por un lado parecía que él dominaba la relación, que marcaba los tiempos, pero a la vez se veía incapaz de dominar sus impulsos.

Había reservado una mesa con vistas al césped del Bernabéu, aunque no había partido, ni tampoco un ambiente futbolero dentro del Sushi lounge bar Asian restaurant. Camareras orientales con trajes ajustados, iluminación tenue, mucha madera y más madrileños que turistas. Torca, que había llegado con un cuarto de hora de adelanto, se sentó sin prestar atención al campo de fútbol, pendiente de la llegada del periodista.

El Zen Market ofrecía cocina oriental, cócteles, música *chill out* y vistas al terreno de juego en el tercer nivel del Bernabéu, a la altura del primer anfiteatro vip, entre el fondo sur y el lateral oeste, no demasiado lejos del palco de Madrid Seas. Antes de acceder, en Concha Espina, se había fijado en el aparcacoches. Supuso que Ribeyro dejaría el Mini por los alrededores, no le veía entregando las llaves y dando una propina. Acertó. A las diez y cuarto recibió un mensaje: «Sorry, me ha costado un triunfo aparcar, en 5 m estoy». Torca pidió otro vodka.

Ribeyro llegó diez minutos más tarde, acarreando su inseparable mochila. Oteó el restaurante. Torca tuvo que levantarse y alzar el brazo. No lo había mirado ni en Tres Cantos, en pantalón ciclista, la tarde que pidió los refrescos al lado del portal, ni en Madrid, despelotado, la noche del club, pero si tenía algunas sospechas de que el periodista pudiera reconocerlo éstas se disiparon al darse la mano. Miraba con franqueza. Parece un buen chico, volvió a pensar.

En las tarjetas de Juan Torca aparecía el etéreo y pomposo cargo de auditor de conocimiento, puesto con sorna y buen tino por el jefe de Recursos Humanos de EuCorp. Cuando acompañaba a los directivos a reuniones internacionales podía disertar en cócteles y comidas de negocios durante el tiempo que fuera preciso sobre sus atribuciones como *knowledge auditor*. Puestos a enmascarar su trabajo, hubiera preferido figurar como gestor de desechos, igual que su admirado Tony Soprano. También le parecía más apropiado. Después de preguntarle a Ribeyro si le parecía bien compartir un sashimi deluxe y un pato lacado, directamente le reveló que trabajaba para una firma de Recursos Humanos como *headhunter*.

—¿Jedjanter?

En el currículum de LinkedIn, Ribeyro aseguraba que iba por la vida con un inglés «avanzado». Dedujo que podría pescar declaraciones futboleras en ruedas de prensa y entenderse con un camarero o un taxista cuando acompañaba a la Selección o al Madrid en los viajes por el extranjero, y poco más.

—Nos llaman cazatalentos, pero reconocerás que lo de *headhunter* viste más, ¿no?

El periodista mantuvo la compostura, pero levitaba.

Torca le explicó que durante los dos últimos meses había seguido su trayectoria y que la entrevista para *Txuri-Urdin* había sido parte del proceso de selección. En ese caso, buscaban ver cómo se manejaba en directo.

Ribeyro lo dejaba hablar. Aunque abusaba del wasabi, manejaba los palillos con cierta desenvoltura. Se le veía a gusto. Torca, bajando la voz, le contó que una firma deportiva se había fijado en él para participar en una nueva estrategia de comunicación.

Ribeyro estaba tan halagado como confundido.

—No acabo de entenderte. ¿Te refieres a Nike? ¿Adidas, Puma...?

—No vas mal encaminado, pero todavía no puedo decírtelo. Y debo pedirte que me des tu palabra. Todo lo que te diga es totalmente confidencial, ¿de acuerdo? —Ribeyro asintió—. Esa firma de cuyo nombre no quiero acordarme quiere lanzar en España un nuevo canal para su público objetivo. No quieren depender de la prensa convencional. Van a abrir un proyecto multiplataforma, en principio formado por una web, un canal de vídeos y una revista mensual. ¿Cómo te suena?

Torca no había preparado a conciencia la conversación, pero había leído un par de informes sobre la tormenta perfecta que devastaba a los medios. También había charlado un rato con Jon Izagirre, para envolver el anzuelo con una carnaza verosímil y apetitosa. Las crisis publicitaria, de contenidos y de audiencias habían sumido a la profesión en una espiral de expedientes de regulación de empleo y reducciones de sueldo. Una multinacional solvente podía resultar más atractiva que un medio prestigioso pero convaleciente como *Pueblo*.

—No sé, soy periodista vocacional. Pasarme al lado oscuro, a la comunicación corporativa, no figura entre mis expectativas profesionales —contestó Ribeyro.

No le sorprendió esa respuesta. Jon Izagirre también decía que había ingresado en el lado oscuro cuando trabajaba en EuCorp.

—No sabes cómo te entiendo. No eres el primero que sale con *La Guerra de las Galaxias*. Te contaré lo mismo que a otros periodistas relevantes que se están sumando al equipo: han pensado en ti precisamente porque quieren que continúes ejerciendo tu profesión como hasta ahora. ¿Cómo te lo resumo? Será un nuevo medio, más independiente, sin presiones, con un único anunciante que quiere transmitir los valores de su marca ofreciendo periodismo de calidad, ¿qué te parece?

—Suena mejor. Pero ¿a quiénes han fichado ya?

Torca le explicó que en ese primer contacto le habían prohibido revelar nombres propios.

—Mi misión, después de confirmar que eres un candidato idóneo, es saber si estarías dispuesto a reunirte con ellos la semana que viene. Entonces entrarían en detalles, aunque puedes imaginar que te ofrecerían una notable mejora económica.

Ribeyro hizo como que se lo pensaba, mientras la camarera presentaba el pato.

—Sólo puedo decirte que sí, no pierdo nada por escuchar la propuesta, ¿no? En *Pueblo* estoy a gusto, pero qué menos que corresponder dedicando toda la atención que

merece un ofrecimiento de esta naturaleza.

—Magnífico, ¿probamos el pato?

Tras el partido en Málaga del sábado, el Madrid jugaba en casa contra el Villarreal el siguiente miércoles, así que Ribeyro agregó que avisándole con antelación cualquier día estaría disponible para asistir a la cita.

Tras el tercio de varas llegó el de banderillas.

—Ramón, estos días que te he seguido la pista me has caído muy bien. ¿Puedo confiar en ti?

—Claro. No hablaré con nadie de esto.

—Bien, lo daba por supuesto, pero no me refería a eso. Quería prepararte para la próxima entrevista.

Ocho ruidosos jóvenes ocuparon la mesa de al lado, entre bromas sobre cómo se colocaban, risotadas y corrimientos de sillas. Torca, con parsimonia, cogió otra porción de pato. Mientras los chavales se calmaban, sirvió más vino, un Rosado de Silos que no se había llevado nada mal con la soja y el sushi. Inclino el cuerpo hacia Ribeyro. El periodista lo imitó.

—En la próxima reunión no beberemos vino ni habrá música de fondo. Y no estaré solo, aunque el interrogatorio correrá de mi cuenta. Ese día te aconsejo que acudas en traje. Te haré preguntas directas y exigiré respuestas sencillas. Salvo sorpresa, te ofrecerán ser el director adjunto. Si te sabes vender bien, pasarías de los cien mil euros. El cargo no exigiría dedicación exclusiva, podrías colaborar con programas televisivos y radiofónicos o firmar en otros periódicos sin problema.

Ribeyro no pegó un respingo al oír la cifra, sólo respiró hondo.

—Ya lo pillo. A la marca le interesa que sus periodistas se muevan en otros medios, ¿no?

—Exacto. Bien, dicho esto, te adelanto tres de las preguntas, para que te hagas una idea. No hace falta que las contestes ahora, que quede claro.

—Vale. Dispara.

—De acuerdo. Hagamos una cosa. Yo te las suelto de carrerilla, pedimos el postre, un café, una copa, lo que te apetezca, y después de meditarlo me respondes si quieres, ¿vale?

Ribeyro accedió. Ceremonioso, Torca sacó de un bolsillo interior de la americana una cuartilla. La verdad es que se estaba divirtiendo. En EuCorp todo era más sórdido. La desdobló.

—Pues cojamos al toro por los cuernos. Que conste que las preguntas no las he escrito yo. La primera parece un trabalenguas: «Si digo el diez, ¿qué dices tú?». La segunda es un poco teórica: «Un periodista vale tanto como sus fuentes, ¿cuánto valen las tuyas?». La tercera resulta más convencional: «¿Jorge Barriocanales aspira a la presidencia del Madrid?».

La primera reacción de Ribeyro confirmó las sospechas de Torca. No estaba

involucrado. Había encajado las dos primeras preguntas como un escolar disciplinado, frunciendo el ceño en busca del sobresaliente, y ante la mención de Barriocanales se había sorprendido. Si fuera una marioneta de Camilo Laforet, ya se habría largado.

Estaba deseando contestar, como un sabiondo que alza la mano en mitad de la lección y aguarda ansioso a que el profesor le conceda el privilegio de demostrar sus conocimientos. Torca se ajustó al guion. Pidió un vodka con tónica. Ribeyro, una modernidad con sake, ginebra y pepino.

Mientras llegaban las bebidas, Torca guardó el papel.

—Creía que te preguntarían por Mourinho. Por ejemplo, si te llevas bien con él o si te parece que se irá del Madrid al final de la temporada. Es imposible hablar de fútbol y no mencionarle, ¿no?

—Mou da mucho juego, sí. Lo vamos a echar de menos cuando se vaya, pero todavía ni él mismo sabe qué hará en junio.

Tomaron las copas charlando sobre el entrenador portugués. Según Ribeyro, Mourinho siempre estaría enfrentado a un enemigo imbatible: su ego.

—Es un buen entrenador, pero pretende ser el mejor de todos los tiempos. Y eso sí que no. A veces le pueden las ganas de no perder. Un *amarrategui*, vamos. Además, se cree más listo de lo que es. Aunque se le da muy bien manejarnos a los periodistas y difundir sus mensajes, se acaba metiendo en demasiados berenjenales.

—¿Tenía razón Guardiola? ¿Mourinho es el puto amo?

—Ese día Pep dio en el clavo. Mou recibió una buena dosis de su propia medicina.

Después de compartir mesa y mantel, Torca afinó más su primera corazonada: Ribeyro no participaba de manera consciente en ninguna conspiración. Marsé tal vez le había encargado seguir el rastro de Ribeyro sólo para demostrarle a Laforet que su viejo compadre podía ser un buen fichaje para Madrid Seas. O quizá de verdad buscaban al topo, aunque eso no le cuadraba a Torca: Izagirre lo había convencido al asegurar que el Madrid era un coladero donde todos filtraban.

—¿Qué te parece, te las contesto ya? Se me ha ocurrido una conexión que es la bomba...

A Torca le pareció que el paripé debía terminar.

—Mejor salimos ya, y hablamos mientras te acompaño hasta el coche.

Pagó en metálico.

Ribeyro había aparcado en Padre Damián junto a un colegio, cerca del acceso para prensa del Bernabéu. Mientras circundaban el estadio, el periodista comenzó por la última pregunta.

—A Jorge Barriocanales le molaría ser tan elegante como Ramón Mendoza y tan rico como Florentino Pérez, y, ya puestos, tan triunfador como Santiago Bernabéu, pero no llega ni a la suela de los zapatos de los tres presidentes más célebres del Real Madrid. ¿Que si aspira a la presidencia? Quién sabe, revolotea por la zona noble del Bernabéu como muchos otros empresarios. Indagaré. Ahora que lo pienso, se da un aire a Lorenzo

Sanz, el presidente de las séptima y octava Copas de Europa. Para las próximas elecciones quedan... unos dos años. Barriocanales apenas dispone de tiempo suficiente para intentar derribar a Florentino; si quisiera quitarlo de su pedestal, tendría que moverse ya.

Sin haber visto el vídeo del aparcamiento, Torca no podía dar por buena ninguna versión. Pero todo conducía a pensar que la muerte de Marsé había sido accidental, que le habían atacado para atracarlo, no para asesinarlo. ¿Para robarle dinero, el coche... o algún documento valioso? Supuso que Marsé andaría metido en bastantes jaleos, no sólo relacionados con el Real Madrid. Pero se ajustó a los hechos: lo abordaron precisamente antes de la cena en el Donostiarra, cuando iba a reunirse para hablar del espionaje a un periodista que publicaba informaciones sobre el equipo blanco. A Torca se le ocurrió una idea no del todo disparatada: ¿el atraco a Marsé podía interpretarse como una acción de contraespionaje? Aunque quizá estaba levantando un castillo de arena: los atracadores pudieron haber elegido a Marsé por mero azar.

Ribeyro seguía a lo suyo, disertando sobre lo difícil que le resultaría a Barriocanales desbancar a Florentino. Torca dio un paso más.

—¿Se sabe de algún millonario ruso o de un jeque que quieran controlar el Real Madrid?

—A tanto no llego. Pero a muchos les encantaría. Conseguirían una fama universal. Desde que Abramóvich compró el Chelsea, muchos han seguido sus pasos. Se ha puesto de moda. Luce mucho. La familia real de Abu Dhabi se ha hecho con el Manchester City, y no sé si sabes que un jeque de Qatar controla el Paris Saint-Germain y otro el Málaga. Por seguir aquí, en España, un grupo inversor de Dubái ha comprado el Getafe, y no sé si recordarás la que lio Piterman, un ucraniano, en el Alavés.

—Pero el Madrid pertenece a los socios. Ni está en venta ni puede estarlo, ¿no?

—Eso es. Digamos que tiene decenas de miles de dueños. En teoría, nadie puede adquirirlo.

Como a tantos otros periodistas, a Ribeyro le encantaba escucharse. Sin pararse a pensar cuánto sabía su interlocutor del asunto, le explicó que el Madrid era una asociación deportiva no mercantil, como el Barça, el Athletic de Bilbao y el Osasuna. Al ser patrimonio de los socios, cada cuatro años, los socios podían votar para elegir al presidente y la junta directiva.

—En democracia, a veces votamos a la contra, para echar a un alcalde corrupto, a un presidente del Gobierno incompetente, etcétera. Pero ¿qué ocurre cuando un Hitler o un Chávez ganan las elecciones? Que se aferran al poder. La democracia se convierte en tiranía, los vencedores cambian las normas. O manipulan las elecciones o se olvidan de convocarlas. El Real Madrid, creo yo, está en la cuerda floja. Se rumorea que el actual presidente va a endurecer las condiciones para optar a la presidencia. Dicen que Florentino va a exigir que los candidatos sean socios del club desde hace quince o veinte años. Hoy basta con diez años de antigüedad. Y para que el jeque de turno no pueda colocar a un testaferro acabarán exigiendo que el candidato aporte un aval personal de decenas de millones de euros. Pero esas normas antijeques de paso van a impedir el voto de castigo: será muy difícil que surjan candidaturas opositoras a Florentino, que un exjugador o alguien prestigioso que no esté forradísimo pueda presentarse. De todas maneras, ya sabes

que las leyes un día dicen una cosa y al día siguiente, otra. Este verano, con nocturnidad y alevosía, el PP y el PSOE han reformado la Constitución siguiendo órdenes de Bruselas y pasando de los ciudadanos. De igual modo, Florentino o cualquier presidente posterior podría cambiar las normas para optar a la presidencia y facilitar que se apodere del club un potentado mexicano, una corporación coreana, un jeque con petrodólares o un billonario ruso encaprichados del Madrid.

Se detuvo frente a la tienda oficial del Bernabéu. En el escaparate destacaban las nuevas camisetas rojas, usadas para los partidos de Liga de Campeones. Entre las expuestas, cómo no, señaló la de Özil. El diez.

—El acertijo me ha molado. Se las trae. ¿Cómo era exactamente?

—«Si digo el diez, ¿qué dices tú?». —La idea de apuntar las preguntas se le había ocurrido en el hotel, mientras preparaba la velada.

—Me gusta. ¿Puedo usarlo para un artículo?

—¿Por qué no? Mientras no me cites... —repuso Torca.

—Por supuesto que no, Chema. ¿Sabes de quién hablaría? —De nuevo apuntó con el índice a la camiseta del alemán.

—¿De Özil?

—Al principio del artículo, sí. Diría que, para todo el mundo, Özil es el diez del Real Madrid, que ocupa esa demarcación de maravilla y bla, bla, bla. Pero luego añadiría algo más...

Las alertas de Torca se activaron.

—Si mezclo la pregunta sobre Barriocanales con el trabalenguas, me sale otro diez. Me sale, mejor dicho, un décimo puesto.

—No te sigo —dijo Torca.

—Hace tiempo me llegó un chisme al que no he dado bola. El grupo ACS, la empresa de Florentino, es una de las más grandes de España..., pero tiene una deuda inmensa. Creció gracias al ladrillo, así que figúrate.

—Me hago a la idea.

—ACS es una constructora en un país donde la burbuja inmobiliaria ha explotado. Se dedica a más negocios, pero vivió tiempos mucho mejores...

—¿Y eso qué tiene que ver con el diez?

—Ahora verás. No sé si sabes que todos los sepiembres sacamos en *Pueblo* una radiografía sobre España. Periodismo de datos, muy currado. Entre otros contenidos, publicamos una lista con los más ricos de España, como la revista *Forbes*. ¿Y a que no sabes quién ocupaba este año el décimo lugar?

—¿Florentino?

—Sí. Como puedes imaginar, el primero es Amancio Ortega, el dueño de Zara. Luego te encuentras con su ex, con el dueño de Mercadona, con el de Mango... Y no

pueden faltar las hermanas Koplowitz, los hermanos Butrón, los de siempre. A lo que iba, me llegó un rumor que encaja con tu trabalenguas. Ya sabes que se han hecho muchos chistes malos a costa de que Butragueño le llamara «Ser Superior» a Florentino, ¿no? Pues me dijeron que otro apodo estaba cuajando al publicarse nuestra lista: algunos de sus adversarios le llaman «El puto diez». No lo he confirmado, pero tiraré del hilo, por eso te decía que igual tu acertijo me sirve para un artículo un día de éstos... Donde dices diez no digo Diego, digo Florentino, el presidente del club más famoso del mundo y uno de los tipos más forrados de España. Aunque el país se vaya a pique o la deuda de su empresa no pare de crecer, la gente como él no se ahoga nunca. Si no recuerdo mal, su fortuna ronda los dos mil millones de dólares.

Después de lanzar esa conjetura sobre el diez, a Ribeyro se le veía satisfecho. Tal vez aguardaba un elogio por su perspicacia, pero Torca sacó el papel y releyó la pregunta que faltaba: «Un periodista vale tanto como sus fuentes, ¿cuánto valen las tuyas?».

—Muy buena pregunta. Valen mucho, pero yo no soy quién para calcular el precio. —Ribeyro estaba crecido, le debía de parecer valiosísimo tener un topo en el vestuario blanco—. Ahora que se han puesto de moda las redes sociales, hay gente que asegura que un periodista vale tanto como el número de sus *followers*. Pero cuando comencé a darle a la tecla, antes de que existieran Twitter y Facebook, un redactor jefe me soltó una frase similar a la que llevas ahí apuntada: Un periodista sin fuentes no vale nada. Tenía más razón que un santo. Quizá no sea el periodista más popular ni el más dicharachero, pero te puedo asegurar que mimo a mis fuentes, que las protejo, que nunca las traiciono. Y eso poco a poco va calando, en el mundillo futbolero se me respeta, saben que no voy de farol y que no propago rumores, como otros. No escribo de oídas. Siempre manejo información de primera mano. Por eso puedo poner la mano en el fuego por mis fuentes, no me voy a quemar.

Ya estaban enfrente del Mini. Cruzaron la carretera en silencio. Ribeyro sacó las llaves.

«Sólo jodemos al que merece ser jodido», decía Tony Soprano. Cuando Torca obedecía órdenes no las cuestionaba, entre otros motivos porque nadie está nunca libre de pecado. Ahora sólo le interesaba averiguar por qué había muerto Marsé. Se la traía floja que Barriocanales quisiera joder a Florentino, pero intuía que el periodista podía convertirse en un aliado. Le dijo que había superado el examen con nota, tres de tres, y quedó en llamarle la semana siguiente.

Se le ocurrió una última idea. Le ofreció tabaco, pero Ribeyro lo rechazó. Torca se encendió un pitillo. Como Ribeyro no miró el mechero, simuló que se le caía. El periodista se agachó y se lo devolvió. Torca lo prendió de nuevo, como para comprobar que funcionaba, y entonces el otro sí que se fijó en el Zippo.

—¿Te gusta? De Bosnia.

Se lo enseñó por las dos caras.

—Muy chulo. ¿Eras militar?

—Soldado raso. Aguanté un año. No era lo mío.

Otra trola.

Leones

La tele del salón era inmensa y moderna, giraba en un soporte que incluía una cadena musical y un reproductor; por fin podría ver series a gusto. Y la del dormitorio también tenía más pulgadas y menos años que la del hotel. Pero al abrir el frigorífico le extrañó verlo vacío, sin los botellines del minibar. Después de la cena con Ribeyro, le apetecía otro vodka. También echó en falta la ropa de correr y el ordenador. Bajó a Gran Vía y caminó hacia el hotel. Refrescaba, pero el aire seguía viciado, todavía no había disminuido el tráfico.

Sabía que el turno de Nerea había terminado hacía rato, pero aun así le chafó no encontrar su sonrisa en la recepción. Ya arriba, se propuso no abrir el minibar. Llenó una mochila con calzado, ropa, varios discos, el neceser y el ordenador. A punto de salir, se acordó de la caja de seguridad. La vació. El machete lo guardó en un lateral de la mochila.

Era tarde, pero tocaba presionar a Rodrigo. Para variar, saltó el contestador. No dejó mensaje, la llamada perdida ya era un toque de atención.

Al cuarto de hora, Rodrigo le devolvió la llamada. Había hecho los deberes, a regañadientes. No quería extenderse con los detalles, así que rechazó quedar al día siguiente en algún sitio. Lo pintó todo de color rosa. Puro maquillaje. Había abierto la investigación el «mítico» Grupo X de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial. «Los mejores», según Rodrigo. Que ahora el caso se lo hubieran traspasado al Grupo de Tráfico Ilícito de Vehículos suponía una «muy buena señal, tendrán indicios claros».

Hizo una traducción simultánea. La primera impresión, asesinato, había cedido terreno: pensaban que sólo habían ido a robar el coche.

—¿Y conseguiste ver la grabación?

—Sí. Debo una a un amigo, pero espero que haya merecido la pena. Ya te puedes ir de Madrid. Lo empujaron y cayó mal, eso es todo.

Paciente, Torca pidió a su hijo que no hiciera juicios de valor, que tratara de contarle qué había visto, de manera ordenada.

La cámara abarcaba un rectángulo similar al de una cancha de baloncesto. Al lado izquierdo se veía una pared con varias puertas. Al derecho, dos hileras de coches. En el

centro, el carril de salida. Javier Marsé surgía del interior del edificio, por una puerta en la parte inferior izquierda. Daba varios pasos en diagonal, hacia la esquina superior derecha, donde estaba aparcado su coche. Dos individuos aparecían por la zona inferior, oculta a la cámara, y se aproximaban hacia la espalda de Marsé. El más rápido se abalanzaba sobre él. Saltaba y le daba un rodillazo en la espalda. Lo cogía desprevenido. Marsé caía al suelo. Los dos lo rodeaban, como preparándose para una pelea. Al ver que no reaccionaba, el agresor se agachaba y parecía tomarle el pulso. El acompañante mientras tanto cogía el maletín de Marsé. Durante unos segundos parecían discutir. Eran jóvenes, uno iba en chándal y el otro con vaqueros y cazadora. El agresor rebuscaba en los bolsillos de Marsé. Le cogía las llaves y la cartera. Pulsaba el mando del coche y corría hacia él. Su compañero, con el maletín, salía de plano por donde había venido. Otra cámara había grabado al coche saliendo del complejo, seguido por una moto.

—¿A Marsé no le dio tiempo a girarse cuando corrieron hacia él?

—No. Ocurre todo muy rápido, desde que sale de la puerta hasta que cae al suelo no pasarán ni tres segundos.

—¿Te fijaste en el maletín?

—Más o menos. Me pareció grande, el típico que llevan los ministros cuando van al Congreso.

—¿Y me has conseguido una copia del vídeo?

—No, imposible. Olvídate.

El colchón, muy firme, al rato le hizo añorar la mullida cama del hotel. No llegó a conciliar un sueño reparador. A las tres de la madrugada se levantó, bebió un vaso de agua y volvió a acostarse. Tardaría unas noches en amoldarse al nuevo cubil. Había dado su palabra a Rodrigo, pero no podía quedarse al margen.

Tres segundos son una eternidad. Marsé no estaba sordo. Y sabía cuidarse. Se puso en su piel. Coge el ascensor tenso, como un actor antes de que se abra el telón. Respira hondo. Abre la puerta del aparcamiento. Camina con la mente en blanco, contando los pasos. Los moros tardan demasiado. Da un paso más. Al recibir el golpe se deja caer. Pero simula tan bien el piscinazo que la función termina antes de tiempo; en vez de protegerse durante la caída, no suelta el maletín. Por eso no lucha, no entrega el maletín cuando lo amenazan con un arma, no aparece en el Asador Donostiarra compadeciéndose, lamiéndose las heridas, no le guiña el ojo cuando Camilo mira a otra parte.

A las tres y media se lavó la cara y conectó el portátil. Sólo dos personas podían confirmar su teoría. Decidió visitar a la menos peligrosa.

Había tardado más en averiguar la dirección que en llegar hasta allí. Sorteó las deficientes medidas de seguridad de la urbanización. Caminó sin prisas por el recinto, como un vecino trasnochador. Rodeó una piscina y unas pistas de pádel. Lejos de las

zonas comunes, los últimos chalés pareados parecían disfrutar de más tranquilidad. El de la esquina norte contaba con una alarma extra, independiente, pero Torca accedió a la vivienda sin contratiempos.

Entró al dormitorio. Paneles orientales en vez de persianas y cama con dosel. Una farola lejana iluminaba más que la luna, en cuarto menguante. Quedaban diez días para el cambio de hora, amanecería tarde, le sobraba tiempo.

Torca enfundó la pistola y sacó el machete. Se acercó muy despacio. Dormía como un bebé, con los brazos abiertos. Vestía pijama de raso, entre sábanas de seda.

Se sentó en la cama. No llegaba a roncar, pero respiraba con fuerza. El sueño era profundo, o la pesadilla. Un gato persa, blanco, dormía enroscado junto a sus piernas. Torca se sentó en la cama. El gato se despertó y le miró en silencio. Con un ojo celeste y otro naranja.

Suavemente, posó la mano izquierda en su boca. Cuando abrió los ojos, apretó un poco más. Durante un instante, amagó con liberarse de la mordaza, pero al ver el machete pronto desistió. Torca aflojó la presión.

—Como en la tarjeta que me diste no venían tus señas, me picó la curiosidad, y aquí me tienes.

La sorpresa no dejó paso al miedo. Camilo Laforet parecía sereno. Hizo el ademán de levantarse, pero se lo impidió. Las normas las dictaba él.

—El azar existe —dijo Torca—. Igual un día de estos acierto la quiniela. O se cae un tiesto de un décimo piso y me rompe la crisma. A Marsé le tocó la lotería más funesta cuando se fracturó el cráneo. Pero no antes. No fue una casualidad que le atracaran en el aparcamiento, que estuvieran preparados para robarle delante de las cámaras de seguridad de vuestra empresa, para que todo quedara bien grabadito. Lo sé yo, y tú también lo sabes.

—Sabemos lo mismo, entonces. ¿Para qué has venido? Me da que no soy tu tipo.

Que confirmara su teoría a las primeras de cambio le sorprendió. O estaba asustado, o no tenía nada que ocultar.

—Llevo mucho tiempo sin divertirme —deslizó el machete por el rostro de Laforet—. Sin saltar uñas. Sin cortar orejas. Sin despellejar un brazo. Aunque igual me falta práctica para arrancar la piel a tiras. —Laforet no parpadeaba—. El cuerpo me pide recordar los viejos tiempos. ¿Marsé te contó que nos lo pasábamos de puta madre juntos? Me he hartado de esperar, y he decidido empezar por ti..., si no me dices todo lo que sabes.

Apuñaló la almohada. El machete rozó la cara de Laforet. Sacó el arma y puso el filo en su garganta. El numerito no coló, los ojos del ejecutivo no expresaban temor, pero tal vez le pareció prudente cantar de plano cuando Torca se fijó en el gato.

—No eres un asesino. Marsé te estimaba mucho, pero decía que eras un tío de una pieza. No has venido a matarme ni a manchar ese cuchillo, sólo buscas información. Te lo contaré todo, y espero que salgas de aquí pidiéndome perdón.

Torca no quería traicionar a Luis Laguna. Además, ya no necesitaba preguntar por

qué lo habían seguido ni por qué la agencia de detectives de su amigo había elaborado dossiers sobre el Real Madrid. Le bastaba con averiguar qué hacía Adriana en el despacho de la Torre de Cristal el día anterior y, sobre todo, qué sabía Laforet sobre el atraco. Lo dejó sentarse en una butaca del dormitorio. Él se quedó de pie, sin guardar el machete. Lo interrogó durante media hora. Laforet respondió sin titubeos ni renuncios. Con unos tajos o con unas quemaduras del Zippo tal vez habría sido más elocuente, pero a Torca no le pareció oportuno recurrir a la violencia. Las heridas tardan en cicatrizar, no se olvidan.

Antes de desaparecer, Camilo tuvo los arrestos y la hipocresía de preguntarle por el encargo.

—¿Ya sabes quién es el confidente de Ramón Ribeyro? En el despacho me dijiste que te faltaba una comprobación... Después de esto no esperarás cobrar, pero...

Torca le cortó.

—El topo me la suda. Y vuestro dinero también.

Salió sin prisas. No imaginaba a Laforet en pijama con una escopeta de caza corriendo en pos de él. Al saltar la tapia de la urbanización, cruzó la calle para parar un taxi. Arturo Soria es una avenida con bastante tráfico, pero a esas horas no pasaba ninguno. Aún era noche cerrada, aunque dos cuarentones pasaron corriendo a buen ritmo. Los siguió un buen rato con la mirada. Cansado, se sentó en la parada de un autobús, más pronto que tarde alguno lo llevaría al centro.

Se olvidó del taxi y encendió un cigarro. Recapituló.

En el aparcamiento había más cámaras. En Madrid Seas habían reconstruido los hechos con precisión. Los ladrones habían llegado en moto sólo quince minutos antes de asaltar a Marsé. Se habían quedado en una zona ciega, pegados a unos extractores. Una empleada había salido por la misma puerta que Marsé apenas un par de minutos antes, cuando ya estaban apostados. No los había visto. Marsé había regresado de París ese mismo día. El maletín, según su secretaria, lo acababa de estrenar, tal vez lo había comprado allí. Esa tarde, en Madrid Seas, había fotocopiado unos «documentos valiosos». «Si los iba a llevar a la cena con Laforet y con él, ¿estaban esos documentos relacionados con la búsqueda del topo?», había preguntado Torca. Ahí Laforet se había cerrado en banda. Le interesaba tanto como a él encontrar a los moros, por eso estaba contándole todo lo relacionado con el asalto, más que por la irrupción con un machete, pero no estaba dispuesto a revelar secretos empresariales. Torca no había insistido demasiado porque dedujo qué contenía el maletín: los dossiers de Laguna & Campbell.

Como a Rodrigo horas antes, Torca había pedido a Laforet que le narrara con precisión el asalto. El ejecutivo no había visto la grabación una sola vez, como su hijo. La había analizado y había sacado unas conclusiones muy similares a las de Torca. «Hicimos una reconstrucción y se confirmaron mis sospechas: aunque fueran descalzos, Marsé habría advertido que le iban a atacar por la espalda; al no girarse, demuestra que estaba involucrado», dijo Laforet.

Además, el registro de llamadas del móvil de Marsé había disipado cualquier duda. Justo antes de bajar al garaje había hecho una pérdida a un número con tarjeta prepago que ya no estaba en uso.

El plan era enrevesado pero poco sutil. Marsé, directo y contundente, quizá quería asegurarse la jubilación.

«Estás aquí porque no eres su cómplice —le había dicho Laforet—, pero me juego el cuello a que esa noche estabas a punto de serlo.»

Marsé iba a traicionar a Madrid Seas. Pero quería guardar las formas. En el restaurante, con el beneplácito de Laforet, iba a proponerle a Torca trabajar en la corporación. «Me había convencido para ficharte. Pero también formabas parte de su plan. Yo le autoricé a fotocopiar esos documentos, si hubieras aceptado nuestra oferta, te los habríamos entregado para ponerte en situación. Ahora ya da igual. Jugó contigo, y conmigo, y el tiro le salió por la culata. ¿Justicia poética? Supongo que habría llegado al restaurante apesadumbrado, luciendo moratones. Y luego te lo habría contado todo. Igual después de la cena te habría pedido que lo escoltaras para recibir su botín, quién sabe.»

Quedaba una incógnita por despejar. Laforet no se había andado con rodeos, así que Torca le correspondió con una pregunta directa. ¿Qué hacía Adriana en la Torre de Cristal el otro día? Al ejecutivo esa cuestión le sorprendió más que ninguna otra. Quería saber, exigía saber cómo se había enterado. «Dime un nombre, o si no, tendré que despedir a todo mi equipo.» Por un instante se le ocurrió acusar a la secretaria, decir que en el ascensor se le había escapado que le habían hecho esperar por la visita de la viuda de Marsé. «Acabará necesitando gafas, ando algo sordo de un oído, pero todavía conservo un excelente olfato», reveló Torca.

Adriana, según Laforet, había acudido a recoger los objetos personales del despacho de Marsé. Y en busca de ayuda. Se quejaba del mutismo policial.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Torca.

—Lo mismo que a ti..., hasta hoy. Estamos consternados por la pérdida de Javier. Intentaremos hacer todo lo que esté en nuestras manos para hacer justicia. Confiamos en la labor de la Policía.

Laforet había recitado de carrerilla esas últimas frases, sin vacilar.

Torca ya no dudaba. Si cerebros como los de Camilo Laforet o Luis Laguna hubieran aportado alguna de sus neuronas, habrían planificado un robo silencioso, limpio, no una pantomima grabada por unas cámaras que pudiera encender las alertas de la Policía o de Madrid Seas. Ahora bien, ¿qué necesidad tenía Xavi Marsé de montar ese escándalo para sustraer unos papeles?

Marsé no era tan sádico como Santa ni tan retorcido como Krauze, ni tan sagaz como Luisito ni tan alocado como Samu, ni por supuesto tan disciplinado como Ortega o Jaime, tan bruto como Jandro o tan sanguinario como Hernández. Pero nunca fallaba, ni dudaba. Marsé, además del más fiel escudero y el mejor compadre de Torca, era duro como una roca, un soldado cojonudo y socarrón, infatigable y valiente. Aunque nunca había destacado por una inteligencia aguda.

Le costaba no pensar en Adriana. Entre Marsé y ella no había secretos, decía. No se lo había creído. Sobre todo, al escuchar las patrañas del Zippo. Nadie conoce a nadie porque no nos contamos casi nada. Pero después de averiguar que Marsé había ordenado que lo espieran, después de deducir que Marsé estaba implicado en el atraco, vio esa frase desde otro prisma. ¿Y si era una indirecta? Camilo Laforet sospechaba de él. «Estás aquí porque no eres su cómplice», le había dicho en el dormitorio. Laforet también sospechaba de Adriana. Seguro. Tal vez a ella, pensó Torca, más que a Marsé, se le había ocurrido la idea del atraco.

Iba a fumarse otro cigarrillo cuando un coche se saltó un semáforo en rojo y frenó a las puertas de la urbanización de Laforet. Del Campo y otro individuo descendieron del coche y se acercaron a la verja. A una cincuentena de metros, en la acera de enfrente, a Torca le pareció que el otro gorila podía ser el tipo de pelo corto y gafas oscuras que fumaba con Del Campo en el hotel, el día del reencuentro con Marsé.

Del Campo parecía estar llamando o hablando con Camilo a través del portero automático. Mientras aguardaban a que Laforet les abriera, el rapado se giró. Seré imbécil, pensó Torca, me tenía que haber largado hace rato. Todavía no había amanecido, no podía reconocerlo, pero se le quedó mirando. La puerta se abrió, aunque el exboxeador no llegó a entrar en la urbanización. También se giró y miró hacia la marquesina. Del Campo soltó la puerta. Torca, resignado, se levantó. Podía echar a correr, por patas ninguno de los dos lo iba a coger, pero si se montaban en el coche tardarían segundos en cerrarle el paso, así que se aproximó hacia ellos.

Se quedaron frente a frente, separados por la calzada.

Torca no iba a cruzar, ya iba siendo hora de que pasara un autobús.

Del Campo y el rapado se miraron, se dijeron algo que Torca no llegó a entender y, según cruzaban de acera, se separaron unos metros.

—Se va a venir con nosotros. Sin armar follón, ¿de acuerdo? Por las buenas... —le dijo Del Campo.

Al tratarlo de usted, Del Campo le transmitía un mensaje muy claro: no había hablado con su colega sobre el aperitivo en la tasca tras el entierro.

—... O por las malas —añadió el rapado, tenso, los nudillos prietos, con ganas de hostiarlo—. El señor Laforet nos espera.

—Casi que no —respondió Torca—. Laforet y yo ya hemos charlado bastante por hoy.

El rapado era más impulsivo y rápido que Del Campo. Se fue a por Torca demasiado deprisa. Le lanzó una coza a la cara que Torca esquivó malamente, retrocediendo un paso, y se giró para pegarle otra patada. Torca se agachó, paró el golpe con el antebrazo izquierdo y le asestó un derechazo seco en el estómago. El rapado cayó al suelo, doblado, pero Del Campo ya lo tenía a tiro.

—No quiero hacer esto —susurró Del Campo.

—Yo tampoco —respondió Torca.

El brazo del gorila se desplegó como la pata de un elefante, Torca vio venir el puñetazo y se cubrió otra vez con el antebrazo para intentar contraatacar, pero el impacto, tremendo, lo desestabilizó, y entonces el puño izquierdo del exboxeador surgió de la nada y se incrustó en sus riñones. Torca retrocedió unos pasos, tocado. Vio que el rapado intentaba coger aire y se tiró a por Del Campo. Esquivó un gancho y le pegó con todas sus fuerzas un directo a la mandíbula que Del Campo encajó como una caricia. Se echó para atrás, un puño inmenso le rozó el pómulo y de nuevo Del Campo volvió a castigarle los riñones. El rapado, ya en pie, se unió a la fiesta. Le tiró una patada directa a los cojones que por suerte no le dio de lleno pero que le hizo trastabillar y caer. Vencido en el suelo, recibió dos o tres patadas más en las piernas y la espalda hasta que Del Campo detuvo al rapado.

—¿Suficiente?

Torca se revolvió, sacó la Glock y los apuntó desde abajo.

—Atrás —dijo.

Los guardaespaldas de Madrid Seas le hicieron caso. A duras penas, Torca se puso en pie.

Del Campo y el rapado sólo se alejaron unos metros. Se consultaron con la mirada, indecisos. Torca vio llegar a un autobús y bajó el brazo para ocultar la pistola.

—Vamos a dejarlo. Ya continuaremos otro día.

Despacio, renqueante, sin dejar de vigilarlos, se acercó a la parada. Los otros caminaron junto a él, manteniendo la distancia, pero dejaron que se montara en el autobús.

Había quedado con Del Campo, y con Jandro y Luisito, a la una del mediodía en el bar taurino. Faltaban siete horas. A ver qué cara ponía el exboxeador si se presentaba.

Torca se bajó del bus en la calle Alcalá. Amanecía cuando llegó a un lugar de peregrinación madridista: la fuente de la Cibeles, donde el Real Madrid celebra los títulos. Se fijó en que los leones, además de mansos, no parecían antiguos amantes como contaba el mito: cada uno miraba a sitios distintos.

Llegó por fin a Gran Vía. Fundido. Pero no subió al estudio. Mataría por un café. En la acera de enfrente vio movimiento en el Hotel de las Letras. Cruzó y pidió un desayuno completo. Mientras se lo servían se fijó en el titular a cinco columnas de *El País*. Cogió el periódico. «El fin del terror», proclamaba el rotativo. ETA había anunciado el cese definitivo de su actividad armada, tras 43 años de violencia y 829 víctimas mortales. Ya era hora. Pero el cadáver que más destacaba en la portada no pertenecía a una víctima de los terroristas etarras, sino a un sátrapa despreciable. Muamar el Gadafi posaba para los libros de Historia semidesnudo y sangriento, con un tiro en la sien y otro en el estómago, rodeado de móviles y cámaras. EuCorp se había quedado sin un buen cliente en Libia.

En cuanto subió al estudio, se dejó caer en el sofá. Debía ponerse hielo y palparse las

costillas, pero no se movió. Le dolían hasta las pestañas.

Adriana volvió a sus pensamientos. Adriana y sus puentes. Y su perfume de jazmín. Adriana llamándolo desde La Paz, la misma noche del atraco. No habían cruzado todavía una sola palabra, pero cuando Marsé agonizaba lo había llamado. Esa noche no había acudido ningún otro amigo del matrimonio. Adriana sola, esa noche más confundida y conmocionada que apenada. Adriana y su maravillosa niña. Adriana y sus socias.

A Torca no sólo le dolían los golpes. Estaba fatigado. Un cansancio sin nombre rondaba por su cabeza.

¿De qué serviría tratar de sonsacar a Adriana, o investigar a Mad Women, su empresa? Casi seguro ella había urdido el asalto con Marsé, ¿y qué? No había querido asesinarlo, sólo lucrarse con él. Y seguir el rastro de los moros tampoco tenía sentido.

Pero Marsé no clamaba venganza. Preocupado por Adriana y su hija, sólo le había pedido que las cuidara.

El rey blanco

—Él se lo ha buscado.

Al comprender que Marsé había planeado el atraco, y que carecía de sentido triturar a los ladrones, sus cómplices, Jandro había aportado esa irrefutable conclusión.

Como era de esperar, Del Campo no se había presentado en la tasca de Las Ventas. Eso había facilitado que Torca y Laguna hablaran sin tapujos. Jandro apenas había intervenido.

Torca no se había guardado nada. Laguna tampoco. Había investigado por su cuenta: tenía la certeza de que en ciertos mentideros se rumoreaba que una Carpeta Blanca, repleta de información confidencial, había sido ofrecida al menos a un expresidente del Real Madrid y a un miembro de la actual directiva.

—Y yo no he sido.

Creyó a Laguna.

Jandro se descojonó cuando Juan les contó que se había hecho pasar por un cazatalentos para sonsacar a Ramón Ribeyro, y Laguna torció el morro al saber que había irrumpido machete en mano en el dormitorio de Laforet.

—Mala jugada.

Le dio la razón.

Habían comido hasta que Jandro se hartó, pero habían bebido sin entusiasmo. Después de ponerse al día, ya no sabían qué decirse. A ninguno le había dado aún por contar batallas. Jandro preguntó a Luisito por Laguna & Campbell.

—Oye, ¿y lo de Campbell de dónde viene?

—Es mi socio. Hace cinco años montamos juntos la agencia.

—Joder, pues sí que has prosperado. ¿Y además es tu novio?

—Y una mierda. Antes me follaría a tu madre en la calle Carretas.

Jandro recibió el insulto con una sonrisa. Aunque agarró el tercio de Mahou por el cuello. En sus manazas hasta el pétalo de una rosa parecería un arma.

—Con mi puta vieja, que en gloria esté, sólo me meto yo, tron. Luisito, que los maricas ya os podéis casar. Y tenéis hasta el Día del Orgullo. No te cortes, colega, sal del armario.

—¿Del armario? De donde no salgo es de las piernas de una brasileña del Angelo's. Sale a trescientos euros la hora. Me juego el reloj a que tú sólo ligas con muñecas hinchables.

A Torca ni se le pasó por la cabeza intervenir. Hacía treinta años, Luisito y Jandro podían tirarse horas y horas discutiendo y bravuconeando por cualquier cosa. Pero esta vez a Jandro no le apetecía cuestionar más la hombría de Luisito.

—¿Sabíais que no me pierdo un *Interviú*?

—¡Qué decía yo! ¡Sigues igual!

—Déjame hablar, coño. Lo compro por las tías, pero luego me lo leo, que las guardias en el polígono son eternas. Hace no demasiado sacaron algo de Método 3.

—Ya —dijo Luis.

—En *Interviú* decían que es la principal agencia de detectives española. Catalufos, pero han investigado a Ignacio González, el número dos de Esperanza Aguirre, al tesorero del PP, un tal Bárcenas... ¡Y han ido detrás de uno del Barça! Es de traca: cuando el Piqué se ligó a la cantante colombiana esa, la Shakira, va Guardiola y pide que lo sigan, quiere tener controlado al *nen* para que siga rindiendo en el campo. Y vosotros, los amiguitos de Laguna & Campbell, ¿sois más o menos como ellos?

—Bueno, es *vox populi* que los de Método 3 han rastreado a muchos políticos catalanes y madrileños..., y que no sólo siguieron el rastro de Gerard Piqué. Colocaban GPS en los coches, hacían barridos radiológicos, seguimientos de las farras nocturnas, lo típico. Fueron detrás de tres estrellas del Barça: Ronaldinho, Eto'o y Deco; luego llegó Guardiola y se los cepilló a las primeras de cambio. Pero no nos parecemos a ellos. Son unos grandes profesionales, pero nuestros perfiles son distintos, y la naturaleza del encargo era completamente...

—Que te no salgas por peteneras, Luisito. Ellos curraron para el Barça y vosotros contra el Madrid, hasta ahí llevo, ¿no?

Luis miró hacia los lados. Jandro había bajado la voz, pero la de Laguna fue casi inaudible.

—Nosotros somos más discretos. No salimos en los periódicos. Y como buenas putas, si nos pagan lo que valemos..., complacemos muy gustosamente a nuestros clientes.

Jandro soltó una risotada.

Juan lo secundó, aunque tenía la cabeza en otro sitio. La noche en vela y las cervezas a mediodía no casaban bien. Necesitaba cerrar los ojos, dormir, alejarse... Rodrigo andaba en lo cierto: en Madrid ya no pintaba nada. Sin pensarlo dos veces, se levantó de la mesa y preguntó cuánto se debía. Cuando le preguntaron si le ocurría algo, se sinceró: se volvía para Burgos.

—Este año he pasado una mala racha. No me gustaba nada lo que veía cuando me miraba al espejo. Estaba hecho polvo por una historia que os contaré otro día. Perdonad que salga con esta soplapollez. Volver a tratar a Marsé me había reactivado. Pero ahora

que no tiene sentido continuar investigando su muerte, cambiar de aires me vendrá bien.

Jandro y Luis se levantaron. Estaban con él para lo que hiciera falta. Jandro lo achuchó. Luis le palmeó el hombro. Torca quitó hierro:

—Tampoco estoy depre. Sólo le veo las orejas al lobo. Y al fin y al cabo, mi casa está en Burgos.

Luis lo animó. Una temporadita fuera, lejos de Madrid, y de Laforet, podría sentarle de maravilla. Jandro no se cortó: Torca había mentado a la bicha.

—Tío, la depresión es un enemigo muy puñetero. Hace unos años las pasé más putas que en vendimia. Estuve de baja, me atiborré a pastillas y todavía no sé si lo he superado. Ándate con mucho ojo y, sobre todo, no te hundas.

A Luis y a Juan jamás se les habría pasado por la cabeza que un tierraco como Jandro pudiera haber padecido una depresión. Que se volviera aún más agresivo y paranoico, todavía. Jandro les contó el tormento que había sufrido, cómo se había comido el tarro, cómo se había hundido, sin asideros, solo, lejos de la familia y demasiado apegado a recuerdos destructivos, a un pasado terrible y, aún peor, a un presente anodino. De sorpresa en sorpresa, pidió la última ronda. Tenían que brindar por Esperanza, su chica, una dominicana que había conocido en el centro de salud del barrio y que le había ayudado a salir del hoyo.

Brindaron. Y cayó otra ronda más, por el próximo reencuentro. Salieron todos a la vez. Jandro se quedó con las ganas, de nuevo, de correrse una juerga con sus antiguos colegas. Como la semana anterior, cada uno se fue por su lado, y al rato lo llamó Luis:

—Estoy contigo, eso ya lo sabes. Y me gustaría no perder contacto, ¿vale? Si vuelves a Madrid, considera la posibilidad de trabajar conmigo. Conmigo, pero no para mí, nunca sería tu jefe ni nada por el estilo. Nos íbamos a divertir.

Nueva vida, nuevas rutinas. Juan Torca se iba haciendo a la idea en el autocar. Regresar a Burgos era renacer. Ojalá. Ahora debía apechugar con la decisión.

Mientras el autobús ascendía del intercambiador de Avenida de América, se dio cuenta de que en las dos charlas con los compadres al final se había confesado. En la primera reveló cómo se sentía al morir Marsé. En la segunda, hacía un rato, había mostrado su abatimiento, el cansancio que lo invadía.

En Somosierra cerró los ojos con una mueca de dolor. Mierda, masculló. No se había despedido de Nerea.

Iba a llamarla, el autobús iba casi vacío, pero Torca pescó esta conversación telefónica de un hombre que viajaba en uno de los asientos traseros.

—Me llama y me pregunta que por qué la he puesto a parir en el pueblo, que de qué voy, que ya voy a ver lo que pasa en el juicio... Y la verdad es que un poco sí que la puse a parir, dije que está trastornada. La he mandado a tomar por culo y he colgado. A ver qué pasa. ¿Y tú qué tal?

Torca dejó para otro momento la llamada.

Burgos. Martes, 25 de octubre. Ocho y media de la mañana. Juan Torca salió de la calle la Puebla por la plaza de la Libertad, para él la del Cordón, atravesó la calle Vitoria, dio los buenos días al Cid, cruzó el río Arlanzón por el puente de San Pablo y giró a la izquierda, hacia Fuentes Blancas. Corría con ganas, y hasta con prisas. Suelto, solo, disfrutando del frío otoñal. Según avanzaba se propuso batir la marca del día anterior. Tras pasar bajo la autovía, ya en Fuentes Blancas, optó por el sendero de tierra. Salió de la ciudad: en la otra margen dejaba atrás el hospital donde nació Rodrigo, la plaza de toros, el campo de fútbol, el de baloncesto; al llegar a la playa artificial, a dos kilómetros de casa, estaba fuera. Pero entonces comenzó el dolor. En el hombro, para variar. El domingo, el primer día que había sentido ese pinchazo, se detuvo. ¿Una patada del rapado? Había caminado un rato y, cuando había dejado de padecerlo, había retomado la carrera. El día anterior, en cambio, lo había soportado y, al cabo de unos diez minutos, había desaparecido. Esta vez hizo lo mismo, bajó el ritmo sin detenerse. Y corrió con Nerea, recreándose. Cerca del puente de La Ventilla el dolor se fue. Liberado, aceleró. Giró. Al llegar al camping, con unos cinco kilómetros encima, jadeante, sudoroso pero contento, el dolor volvió. Por primera vez, regresaba. Juan Torca aceptó la situación y no dejó de correr, a ver quién ganaba. Venció, es un decir, antes de las vías. El dolor ya volvería al día siguiente. A partir de entonces, a pesar del cansancio, procuró abrir la zancada y acelerar. Cruzó el puente y tiró hacia Gamonal, por Juan Ramón Jiménez. La Ciudad Deportiva Militar quedaba cerca. No llegó a divisarla, pero su memoria se coló dentro: Raquel en bikini, los ochenta, agosto, Rodrigo chapoteando en la piscina. Recuerdos en Super-8.

Trotó por Gamonal a trompicones. Aunque los semáforos y los coches en doble fila de la calle Vitoria eran un incordio, la recorrió a buen ritmo. Pasó un día más, sin detenerse, con la mente en blanco, por la casa donde había pasado su infancia y donde había muerto su padre.

Al cruzar los semáforos de la avenida Cantabria, aprovechó unos ladridos para esprintar. Una fobia superada, aunque le sirvió para correr los últimos seiscientos o setecientos metros como si lo persiguiera un perro. Al cabo de cincuenta y tantos minutos, unos dos menos que el día anterior, terminó fundido pero satisfecho, como si le hubiera servido para algo pegarse esa paliza.

Llevaba cuatro días lejos de Gran Vía, de Nerea, de Adriana y del cadáver de Marsé.

Obediente.

Rodrigo llamaba por las noches. Al fijo, encantado de tenerlo a buen recaudo en el hogar familiar. Hablaban del tiempo, de las carreras por Fuentes Blancas, de *Los Soprano* —el padre iba por la quinta temporada y el hijo había comenzado la segunda—, y se despedían con un hasta mañana.

Cuatro días eternos.

El martes iba a ser otro día de la marmota.

—Buenos días, ¿qué va a ser?

—Hola. Un café con leche. Y un pincho de tortilla.

—¿Con cebolla, sólo de patata, paisana, de chorizo...?

—Con cebolla. Y me acerca el *Diario de Burgos*, por favor.

No se saltaba ni las esquelas.

A mediodía subía a casa y continuaba abriendo cajas. No dejaba de sorprenderle que Raquel y Rodrigo fueran tan ordenados. Los libros y cuadernos escolares, los apuntes, los tebeos, los juguetes, la ropa, las fotos, las películas de Super-8, las cintas de VHS, los casetes, los vinilos, los compactos, los Legos... Cada cosa en su sitio. Raquel era una mujer de una pieza, sin claroscuros. Rodrigo había salido tan estricto y cuadriculado como ella.

Leía las redacciones escolares. Repasaba las notas. Qué lejos estuvo. Se lo había perdido casi todo.

Comía fuera. El sábado, sopas de ajo y rabo de toro en La Cueva, el domingo unos cojonudos, unas bravas y un pincho de morcilla en la calle de los Herreros, el lunes unas tapas en el Polvorilla, el martes una ensalada de perdiz escabechada y unas mollejas a la brasa en La Favorita.

Le gustaba la ciudad. Le parecía más limpia, más acogedora, menos fría. Aunque la veía como un turista. Sin saber qué hacer, había visitado la catedral, la Cartuja y dos nuevos museos, el del Libro y el de la Evolución Humana.

Lo habían saludado por la calle, pero no había llegado a conversar con nadie. Le decían «Hasta luego», aunque no había coincidido con parientes ni con conocidos. Sólo se había parado a preguntarle por Rodrigo un amigo del colegio.

En casa cenaba conservas y soledad.

Desde la muerte de Raquel, los martes por la tarde Julia se pasaba por casa para quitar el polvo y regar los tiestos. Juan la esperó en la calle. Venía de San Lesmes, con un bastón. Menuda, consumida. Una abuela de misa diaria. No se extrañó al verlo, aunque no estaba avisada. Juan la habría abrazado con gusto, pero después de veintitantos años la mujer no iba a abandonar el usted ni las buenas costumbres.

No recordaba que fuera tan charlatana. Al menos con él. Puede que ella y Raquel se pasaran el día pegando la hebra. En el ascensor lo puso al día: el hijo de los Peláez se había divorciado, el matrimonio del segundo criaba malvas y los sobrinos habían puesto el piso en venta, en el tercero derecha habían abierto una academia... Ya dentro, había seguido sin dejarlo hablar: las plantas de la terraza necesitaban más mimos, con un día a la semana se pasaban el verano con la lengua fuera, y la cisterna del cuarto de baño del pasillo perdía agua... Pegó un respingo al ver las cajas abiertas en el salón y las latas de la cena anterior en la mesilla.

—Pero ¡qué desbarajuste!

Se quitó el abrigo y dejó el bastón en el recibidor. Cojeando, se dirigió a la cocina.

Sacó un delantal. Antes de llegar a colocárselo, Torca le pidió que se sentara.

Iba a contarle que había vuelto para quedarse una temporada. Sería necesario que acudiera dos o tres días a la semana para limpiar y planchar, y según pasara el tiempo ya verían si hacía falta algo más.

Julia apoyó los codos en la mesa de la cocina. Con ganas de levantarse cuanto antes para recoger el salón.

Recostado en la encimera, Juan se fijó en el frigorífico. El calendario de 2009 estaba pegado a la puerta con unos imanes de la Expo de Sevilla. En 1992 Raquel se fue a verla con Rodrigo, sus padres y un sobrino. Él no pudo o no quiso apuntarse, ese año pasó muy poco por casa. Pero recordó a Rodrigo desayunando Cola Cao y magdalenas en la cocina, pasando las páginas de un tebeo. De fondo, la radio, Raquel no la apagaba en toda la mañana.

Ese tiempo había pasado.

Sin pensarlo dos veces, Juan le dijo a Julia que le había gustado mucho verla, que al día siguiente debía regresar a Madrid y que esa semana se encargaba él de regar las plantas. Y que no se preocupara: el próximo martes las cajas ya estarían en su sitio.

Se quedó en la cocina hasta que llamó Rodrigo.

—No te enfades, pero aquí me consumo. Tengo que volver.

Quedarse en el camino no conduce a nada.

Miércoles, 26 de octubre. Por la mañana cribó las cajas, las cerró y las dejó en su sitio. Y dejó a buen recaudo, de una vez por todas, la mayor parte del botín del Aral. Por la tarde salió de Burgos con dos maletas. Ropa de invierno en una, y recuerdos en la otra. Al llegar a Madrid cogió un taxi. Dejó las maletas en el pasillo. Regresó al hotel. Recogió todas sus pertenencias y salió del cuarto dejando la puerta abierta. Preguntó por Jacinto. Pagó al contado y se despidió del encargado con un apretón de manos. Nerea ya había salido.

Rodrigo cogió el teléfono desde un coche. No iba solo. El viernes regresaba de Barcelona, no le dijo qué iba a hacer allí ni tampoco se lo preguntó. Quedaron el sábado.

Llamó a Ramón Ribeyro. No le gustaba dejar cabos sueltos. Pero el periodista estaba en el Bernabéu.

—Dentro de nada empieza el partido. Me pillas con papel y boli, si me dices dónde nos vemos mañana, puedo apuntarlo.

Ribeyro estaba deseando cambiar de aires. Torca había preparado una excusa, pero al otro lado de la línea había demasiado bullicio.

—Tranquilo, te llamo mañana a mediodía y te cuento.

El Real Madrid-Villarreal lo daba Canal Plus. Bajó a la calle. Tiró hacia Chueca. En la calle de la Libertad se metió en un bar y pidió una cerveza y un bocadillo de calamares

a la romana. En media hora, el Madrid finiquitó el partido. Antes de que le pusieran la caña, Benzema controló un pase cruzado de Di María y metió el primero. Cuando llegó el bocata, Kaká clavó el segundo con un zurdazo. El tercero, a la media hora, fue un contraataque vertiginoso, similar al que había visto con Nerea.

En el descanso hojeó los periódicos. Le hizo bastante gracia la portada del *Marca*. Mourinho había impuesto a los jugadores diez normas. Entre otras, no ver la tele en la cama y echar la siesta antes de los partidos. Ese decálogo no era un castigo, sino un premio por haber ganado cinco partidos seguidos. En vez de recluírse en un hotel, si los jugadores se portaban bien, podían permanecer en sus hogares. Seguro que a Guardiola esos mandamientos y otros similares le parecían adecuados. Si Ronaldinho o Piqué los hubieran cumplido, no les habría impuesto ningún «método».

Puede que *Marca* hubiera conseguido esa «exclusiva» gracias a un chivato, o un cotilla. Le daba igual, y seguro que ni el entorno de Mourinho ni el de Florentino estaban preocupados. Cuando un equipo encadena una victoria tras otra, poco o nada importa que haya filtradores o topes.

Los dossiers sobre el Madrid quizá ahora hibernaban. Esperando tiempos mejores. Aguardando a que llegaran las derrotas, a que no soplara viento a favor. Desde que Marsé y él fueron al Bernabéu, hacía más de un mes, el Real Madrid no había perdido ni un solo partido. Pero todas las rachas terminan.

Más pronto que tarde los expedientes de Laguna & Campbell saldrían a la luz. Porque al menos había tres Carpetas Blancas. La conservada por Luisito en el banco. La de Madrid Seas. Y la fotocopiada por Marsé, en manos de quién sabe quién.

Luisito apenas le había dejado hojear los expedientes, aunque sin duda contenían «exclusivas» más jugosas que el decálogo de Mourinho. Revelaciones que abrirían las secciones de Deportes de los periódicos, las tertulias futboleras y las portadas de los diarios deportivos. Pero entre los expedientes, además, había material más sensible, más peligroso, el tipo de material que casi nunca sale a la luz, que sirve para torcer voluntades o chantajear: datos, fotos y vídeos de actos ilícitos, de prácticas dudosas, de comportamientos poco o nada edificantes, alejados de la épica y del halo místico que sólo envuelven al deporte y a los deportistas cuando la prensa ensalza los triunfos.

Las agencias como Laguna & Campbell lo tenían muy fácil, pensó Torca. Para encontrar trapos sucios no tenían que mancharse las manos en los bajos fondos ni jugarse el tipo persiguiendo a criminales peligrosos. Les bastaba con indagar allí donde hubiera poder, dinero o fama para toparse con gente tan corrupta como ingenua que apenas protegía sus secretos, que encima se creía por encima del bien y el mal. Una agencia de detectives metódica y concienzuda podía encontrar un filón siguiendo la pista de cualquier corrupto. Rápidamente encontraría conexiones con otros sujetos, vínculos con otras empresas, intereses comunes y proyectos en marcha. Una red, o varias, que podría explorar sin apenas correr riesgos.

Torca aguantó en el bar hasta que acabó el partido.

Jueves, 27 de octubre. Torca corrió por el Retiro con precaución. Pero el dolor del hombro se había quedado en Burgos.

Le apetecía volver a charlar con Ramón Ribeyro. Aunque no iba a sacar nada en claro y tal vez no estuviera en la redacción, se dio un paseo hasta la sede de su periódico.

Pueblo era un mito viviente. La meca de los periodistas. Creado en 1940 por los sindicatos verticales del franquismo, había sobrevivido a las interminables décadas de la dictadura y a los vaivenes de la Transición. En los ochenta, un grupo de redactores había cogido las riendas del diario y había logrado mantener a las principales firmas y no depender de grupos multimedia ni de corporaciones empresariales. Pero ahora, como la mayoría de la prensa española, sobrevivía a duras penas.

El diario quedaba cerca de su apartamento, al final de Huertas. Casi enfrente del periódico advirtió que habían abierto una comisaría de Policía. Nunca había visto a Rodrigo de servicio. Si algún día se lo encontraba de uniforme, con un compañero, seguro que se mostraría distante y correcto, frío.

Un jueves a las doce y media de la mañana un tipo como Ramón Ribeyro no debería estar estresado, hacía lustros que *Pueblo* había dejado de ser vespertino, quedaban muchas horas hasta los agobios del cierre. Pero al recibir la llamada de Chema Valenzuela, el periodista era un mar de nervios.

—¿Que estás aquí? ¿Dónde?

—Abajo. Acabo de terminar una reunión cerca de aquí y he aprovechado para acercarme. ¿Puedes salir a tomar un café?

Ribeyro bajó dos minutos más tarde, acalorado, y se dejó guiar hasta una cafetería en Lope de Vega.

—Creía que estabas dentro, vaya susto me he llevado.

—Bueno, tengo allí buenos amigos, tampoco nadie se habría extrañado si paso a saludarte.

Para ser periodista, parecía demasiado crédulo.

¿Quizá su ingenuidad le distinguía de los otros periodistas investigados por Laguna & Campbell? ¿Tal vez podía ser más manipulable que otros? Según Luisito, ya que la búsqueda del topo no era más que una excusa para vigilar a Ribeyro, algo convertía en diferente al periodista.

En cualquier caso, Torca no quería cercenar el contacto. Ya cortarían la relación cuando fuera necesario. Le contó otra bola: la entrevista de trabajo no iba a celebrarse..., porque de hecho había bastado con la mantenida la semana pasada en el Zen Market.

—Los promotores del proyecto cuentan contigo..., si tú cuentas con ellos. He venido a decirte que la reunión en la que te informarían de manera precisa de las condiciones económicas y laborales se debe posponer unos días. Aún no sé cuántos. Ya sabes que soy un intermediario.

Después de la buena nueva, a Ribeyro poco pareció importarle el retraso. Torca pagó los cafés. Antes de regresar a Huertas, se le ocurrió una idea.

—¿Has oído hablar de la Carpeta Blanca?

Ramón Ribeyro no tenía ni idea.

—Nada, un rumor. Olvídalo.

El teléfono de Ribeyro facilitó la despedida. Al parecer, lo llamaban de la redacción. Como tono de llamada sonó el estribillo de *Santa Maradona*, de Mano Negra: «Fútbol, fútbol, fútbol». Demasiado ruidoso para Torca.

Viernes, 28 de octubre. Tocaba descansar, tenía las piernas muy cargadas.

Subió la persiana y abrió la ventana del dormitorio. Dejó que entrara la luz y el bullicio de la Gran Vía. Tirado en la cama, se dejó mecer por un pensamiento cínico: Nerea como antídoto.

Antídoto contra la soledad. Más que una sustituta de Nadia, Nerea podría ser una compañera, una compañía. Era una mujer de carne y hueso, carne a la que agarrarse para no caer por un barranco. Como la tal Esperanza a Jandro, Nerea podía salvarlo, si es que no lo mandaba al carajo después del alejamiento de esos días.

Adriana sólo era una ilusión, una nuca, un perfume. Una película que se había montado él solo.

Antes de entrar en una clínica de desintoxicación, algunos drogadictos suelen pegarse un homenaje, meterse un chute de despedida. Satisfecho, Torca se dijo que debía ver a Adriana antes de olvidarla para siempre. Una tontería.

Primero llamó a Nerea. Estaba trabajando, pero cogió el teléfono.

—¿Qué quieres? ¿Te has dejado algo?

Sorteó su frialdad, o su aparente indiferencia, con un piropo de la vieja escuela.

—Sí, me olvidé tu sonrisa.

La repentina alegría de la joven lo devolvió a este mundo. Quedaron a las ocho de la tarde en un pub de Lagasca.

Se pegó una ducha y bajó a Gran Vía. Todavía era pronto para llamar a Adriana, quería medir cada palabra. Desayunó en el Círculo de Bellas Artes. Echó en falta un periódico, una revista, algo que leer. Al salir, se metió en la librería de enfrente. Se alimentaba casi en exclusiva de novelas negras —ese día buscaba algo de Mankell, Márkaris, Madrid, Simenon o Silva—, pero hizo una excepción. Le gustó el título —*De qué hablo cuando hablo de correr*— y la portada —el propio escritor aparecía corriendo, sin camiseta— de un libro de Haruki Murakami. Volvió al Círculo, pidió otro café y se pasó leyendo el resto de la mañana. Subrayó esta frase que el escritor japonés había escuchado a otro maratoniano: «*Pain is inevitable. Suffering is optional*. El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional, depende de uno».

Terminó el libro cuando comenzaban a servir comidas. Tenía hambre, pero le apetecía cambiar de aires. Regresó a Gran Vía y caminó un rato por las calles adyacentes.

Pensó que no estaría mal seguir los pasos del escritor japonés. Antes de acabar el año podía afrontar una media maratón; en 2012 podría probar suerte con los 42.195 metros en alguna ciudad española; después, si le cogía el gusto, ya vería si corría la maratón de Boston, Nueva York, Berlín o cualquier otra.

Entró en un supermercado como un sacerdote en una discoteca. Consiguió salir con embutidos, paté, pan, una docena de huevos, unas naranjas, agua mineral y vodka. Comió un bocadillo de chorizo delante de la tele, en el salón.

A las tres de la tarde llamó a Adriana.

La viuda acababa de aterrizar en Nueva York, después de hacer escala en México D. F.

—Querido, cuánto me alegra saber de ti. Regreso el día 2. Llámame cuando quieras y charlamos. Un beso.

Lucía debía de estar aparcada con la abuela.

Como otros viernes, Torca fue a la peluquería. A pesar de que se había saltado dos semanas, por el funeral de Marsé y la escapada a Burgos, el barbero lo saludó como cualquier otro día. Como siempre, le pasó la máquina por el cogote y tiró de tijera para rematar la faena. En la tele, sin volumen, echaban un documental, tres leones hambrientos acosaban a un búfalo en la sabana, pero a Torca no le apetecía hablar de animales. La peluquería quedaba muy cerca de la Puerta del Sol.

—Hará cosa de un mes, pasé por aquí al lado con mi hijo durante una manifestación, y me surgió la duda. ¿Algún indignado vino a cortarse el pelo durante la acampada del 15-M?

—¿Usted qué cree?

—Ya le digo que tengo mis dudas. Sol queda aquí al lado. ¿Qué me dice?

—¿Que qué le digo? A algunos comerciantes les perjudicó, pero yo arreglé muchas barbas y rapé a bastantes chavales. Les dejaba usar el baño. No estuvo mal.

Después de terminar con el cabello, el barbero, un gallego chapado a la antigua que pronto se jubilaría, le preguntó como siempre:

—¿Abro la navaja?

—Venga.

Apenas sombreaba una barba grisácea, pero el afeitado con navaja era un lujo en vías de extinción que se permitía siempre que podía.

Del Campo y el rapado le fastidieron el ritual. Irrumpieron en la peluquería. Medio segundo antes, nada más verlos reflejados en el espejo, Torca había avisado al barbero. «Esté tranquilo, cosa mía.»

Al barbero no le tembló el pulso. Había soportado media docena de atracos. Dio las buenas tardes. Del Campo respondió, pero el otro llevaba la voz cantante.

—Muy buenas. Terminas ya, ¿no?

Torca escondía la Glock en la funda sobaquera. Como el mandil le cubría el pecho y los brazos, podría haber cogido la pistola con rapidez, pero la situación no revestía peligro.

—Si no os importa, esperad un minuto a que acabe y os acompaño.

Permanecieron de pie. Callados. Tensos.

Dobló la propina habitual y se despidió del barbero.

—Hasta el viernes que viene.

No lo cachearon ni lo amenazaron. El maromo de las gafas oscuras, muy gallito, abrió fuego:

—El señor Laforet te está esperando. Puedes venir por las buenas...

—Te repites más que el ajo. ¿Vamos a montar una escena aquí?

Estaban detrás de Sol, todavía no pululaban demasiados turistas, pero varias tiendas de la calle contaban con vigilante de seguridad en la puerta, y a cincuenta pasos un par de agentes custodiaba unas oficinas de la Comunidad de Madrid.

Del Campo medió.

—Venga con nosotros. Y tengamos la fiesta en paz. El señor Laforet lo aguarda aquí cerca, en la cafetería de un hotel, no tiene nada que temer.

Callejearon en silencio por Carretas, Cádiz y Barcelona, hacia la plaza Santa Ana. Torca se maldijo por ser tan predecible. Mientras se paseaban por el callejón del Gato, se detuvo ante uno de los espejos. A Torca le apetecía charlar a solas con Del Campo antes de enfrentarse a Laforet.

—¿Os sabéis la historia de los espejos deformantes? —preguntó a los guardaespaldas.

—No me digas chorradas, gilipollas —gruñó el rapado, que le dio un empujón para que continuara caminando.

Había llegado el momento. Podía girarse, dejar inconsciente al gafas dándole con el canto de la Glock y sonsacar a Del Campo a punta de pistola. Pero el exboxeador no había perdido los reflejos del ring. Se le anticipó. Del Campo le agarró el brazo una décima de segundo antes de que decidiera actuar.

—La fiesta en paz, ¿vale? Calma, que ya llegamos.

Camilo Laforet no lo aguardaba en la cafetería del hotel. Subieron a una suite tan grande como el estudio de Torca, con recibidor, salón y terraza con vistas a Santa Ana. Parecía el camarote de los hermanos Marx. Les abrió la puerta la joven secretaria de

Marsé. Detrás de ella, atendía una llamada telefónica la secretaria de Camilo Laforet. En el salón tres tipos con pintas de abogados recogían unos papeles, parecía haber terminado una reunión. Y en la terraza, Laforet le daba fuego a Jorge Barriocanales.

—¿Te gustan los toros, Juan? —preguntó Laforet haciendo un ademán con la mano para que se acercara.

Torca cruzó el salón. No hizo falta ninguna orden para que todos salieran. Imaginó que Del Campo y el gafas se quedarían en el pasillo, pendientes de cualquier ruido o señal.

—Antes sí. Pero dejé de ver corridas en Bilbao.

—Aquí se vestían muchos maestros. El hotel de los toreros, lo llamaban. El gran Manolete quizá se fumó algún que otro puro en esta terraza.

Barriocanales, acodado en una barandilla, fumaba plácidamente, dominando la plaza desde las alturas, como si la conversación no fuera con él.

Torca sacó su cajetilla y encendió un pitillo con el Zippo.

—No eres el único que ha perdido la afición —prosiguió Laforet—. En los tiempos de Manolete ningún futbolista podía igualarlo en fama. Pero ahora el mundo del toro anda de capa caída, y no sólo por culpa de los políticos y los ecologistas. Los taurinos están cavando su propia tumba, no han sabido adaptarse.

—Al contrario que el fútbol —sentenció Barriocanales sin desviar la mirada.

—Eso es —confirmó Laforet—. El fútbol no para de crecer. Es el deporte más jugado en el mundo, el más televisado, el más consumido. En cualquier suburbio de cualquier metrópoli verás a chavales con camisetas del Madrid, del Manchester United o del Bayern.

—El fútbol es un negocio redondo, global —concluyó Barriocanales.

La incursión en el dormitorio del ejecutivo machete en mano quedaba muy lejos. Laforet parloteaba con convicción, sin ningún tipo de ironía.

—¡Exacto! —continuó Laforet—. Un negocio redondo. Genial. Como bien sabes, Juan, en Madrid Seas nos interesa mucho el fútbol. Porque nos apasiona: somos madrileños y madridistas. Y porque nos parece un sector estratégico. Vemos en el fútbol un mar de oportunidades que no queremos desperdiciar.

—¿Y por qué estáis desperdiciando vuestro tiempo hablando conmigo? ¿Qué queréis de mí?

A Torca la sucesión de tópicos taurinos y futboleros le traía al paio. Le intrigaba por qué un magnate y su subalterno querían conversar con él.

—Buena pregunta —contestó Barriocanales.

El empresario aplastó la colilla en una maceta y entró al salón. Laforet lo siguió. Torca apagó el cigarro en un cenicero. Barriocanales se aposentó en el sillón que presidía la estancia. Enfrente, Laforet se sentó en el extremo de un sofá e indicó a Torca una silla, de espaldas a la terraza. Entre los tres rodeaban una mesilla decorada con un ajedrez metálico. Laforet continuó hablando:

—Has heredado el mechero de Marsé. Sabrás que lo consiguió jugando al ajedrez,

¿no?

—Eso dicen.

—Ya, igual estabas con él en Bosnia, cuando le dio jaque mate a Pérez-Reverte.

—Igual.

Laforet cogió el rey de las blancas.

—Ramón Mendoza, además de un truhán y de un señor, como diría Julio Iglesias, fue un digno rey blanco.

—Después de Santiago Bernabéu, el mejor presidente del Real Madrid —añadió Barriocanales.

—Sin duda —continuó Laforet—. Si no recuerdo mal, Mendoza dijo que prefería presidir el Madrid que ser ministro. Tenía razón. Y hoy más que ayer. No sólo cualquiera elegiría el éxito deportivo antes que el político. Ahora, además, cuesta más ser presidente del Real Madrid que del Gobierno. Hace falta tener mejores contactos y más dinero que cualquier político para ser el rey blanco. —Sopesó la pieza y la depositó en el tablero—. Pero merece la pena. El que consigue reinar en el Real Madrid, a poco que lo haga bien, logra más popularidad y beneficios que el Zapatero o el Aznar de turno.

Torca se estaba hartando.

—¿Y para qué necesitáis un peón como yo?

Laforet cogió un peón. Negro.

—¿Sabías que el número de partidas posible supera al de átomos en el universo? El ajedrez es un juego fascinante. No andas equivocado. Eres un peón. Una pieza prescindible. Que puede ser eliminada sin que el rey o la reina pestañeen. —Laforet clavó sus ojos en Torca, no había olvidado ni olvidaría los malabares con el machete—. Pero los peones intrépidos, los que deciden afrontar todo tipo de peligros y adentrarse en territorio enemigo, pueden promocionar y transformarse en cualquier otra pieza. —Mientras hablaba, Laforet avanzó el peón hacia la zona de las blancas, derribó un par de peones, una torre y un caballo, y lo colocó en el lugar de la torre.

—En cualquier pieza, no. Un peón jamás puede ser rey. En cada bando sólo puede haber uno —matizó Barriocanales.

—Bien dicho, Jorge. Un peón como tú, Juan, no sirve para quedarse en retaguardia. Y tú lo sabes mejor que nosotros. Aquí en Madrid te has movido por tu cuenta, ignorando que en la partida hay otras muchas piezas en juego. Ahora queremos que juegues en equipo, como hacías en EuCorp.

—La oferta es simple. Queremos que ocupes el puesto de Marsé.

Después de decir esas palabras, Barriocanales se incorporó. Como Laforet se mantuvo sentado, Torca tampoco se movió.

—Camilo entrará en detalles, pero si no salgo ya, perderé un avión. Carlos Butrón me ha dado excelentes referencias sobre ti. En EuCorp te echan de menos, pero ya se han hecho a la idea de que no volverás. Espero que te unas a nosotros.

El empresario salió de la suite. Laforet apostilló:

—Cuando dos jugadores se enfrentan en un campeonato, se van alternando los dos lados del tablero. Cada partida juegan con un color. Barriocanales será el próximo rey blanco.

Y tú, su reinona, pensó Torca.

Que Barriocanales mencionara a Carlos Butrón le había sentado como una patada en los cojones. Y ya estaba harto de metáforas ajedrecistas. «Al ajedrez sólo juegan dos contrincantes. Nos queremos enfrentar a Florentino, pero no nos apetece pelearnos al mismo tiempo con un ruso o un moro», había reconocido Laforet.

—¿No os apetece? Pues no sé por qué me has llamado, si sabes que me apetece una mierda trabajar contigo.

Laforet se echó a reír.

Ni os apetece pelearos con un jeque, pensó Torca, ni podéis. Los flujos monetarios que manaban de los consorcios del golfo Pérsico y de las taifas soviéticas convertían a Madrid Seas en un arroyo. Barriocanales ni siquiera figuraba en las listas de los hombres más ricos, poderosos o influyentes de España, como «el diez» o los hermanos Butrón. En una confrontación con Florentino Pérez tenía todas las de perder. Sólo jugando sucio, o mucho más sucio que su rival, podría arrebatarse el Real Madrid. Para que el actual rey blanco perdiera la corona, Barriocanales tendría que lograr que Florentino abdicara, que no se presentara a las próximas elecciones. Y con los expedientes de la Carpeta Blanca podía lograrlo.

Torca se levantó. Ya se había ensuciado más que suficiente en EuCorp.

—Eres transparente, Juan Torca. Pero ¿sabes una cosa? Le di el visto bueno a Marsé para ficharte..., y también le hice caso a Del Campo después de que me restregaras por la cara el machete.

—¿Qué te dijo? —preguntó Torca, de pie ante Laforet.

—Me sorprendió. Es basto, rudimentario, pero me he fijado en que lo poco que suelta suele estar cargado de sentido común. Dio la cara por ti. Les había ordenado que te dieran un escarmiento contundente. Pero solicitó permiso para darme su opinión, se lo concedí..., y me convenció.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque tenía razón. Dijo que eres el mejor amigo de Javier y que sólo quieres averiguar qué le ha pasado. Igual que nosotros.

—Pero vosotros queréis más. Casi nada, el Real Madrid. Ésa no es mi guerra.

Torca se dirigió hacia la puerta. Laforet se levantó y le pidió que le dejara concretar su propuesta.

—Déjame terminar. —Laforet se acercó a él—. Te lo he dicho antes: un soldado

como tú necesita estar alistado. Marsé te quería a su lado porque eres «un profesional», eso decía él. Si te unes a nosotros, tu primer cometido no será nada engorroso relacionado con la seguridad y los protocolos de Madrid Seas. Podrás seguir por tu cuenta, con nuestros recursos, para averiguar por qué Marsé nos traicionó y, más importante, por qué se traicionó a sí mismo. Porque él también era un tipo profesional, te lo aseguro. Tendrás acceso a toda la información, barra libre, y sabrás qué documentos nos robó..., y algo que me preguntaste la otra noche: qué hacía Adriana en mi despacho.

Adriana sonaba como un insulto en los labios de Laforet. Se atascaba en la segunda sílaba, escupía «dria» y apenas remataba la palabra. Si Torca albergaba alguna duda, Laforet las disipó sólo al pronunciar su nombre.

—Adriana no admite ser cómplice de Marsé. ¿Me equivoco?

El rostro de Laforet se ensombreció. Torca continuó completando el puzle.

—Dímelo sin rodeos, ¿quieres contratarme sobre todo para recuperar el maletín de Marsé?

Laforet pensaba con rapidez.

—Queremos recuperar lo que es nuestro. Pero después de charlar contigo te puedo asegurar que, por encima de todo, queremos que formes parte de nuestro equipo. No te arrepentirás. Cuando viajes por el mundo acompañando a las estrellas del Real Madrid me darás la razón. Jamás encontrarás un trabajo mejor. Piénsatelo. Verás que no puedes negarte. Ni quieres.

Torca quería largarse. Pero tenía dos dudas.

—No me has dicho aún cuánto ganaría. ¿Te crees que el dinero no me importa?

—Por supuesto. Barriocanales te valora. Cobrarías el doble que Marsé, doscientos mil al año, más incentivos. Quizá con ese sueldo él no nos habría traicionado.

—No está mal. ¿Cuándo necesitas mi respuesta?

—Cuanto antes.

—Bien. Ahora sólo necesito un favor. Dices que tendré acceso a todo, que no habrá secretos entre nosotros, pero aún no sé por qué me hiciste investigar a Ramón Ribeyro. Yo también tendré que confiar en vosotros, ¿no? Dime la verdad, y te doy mi palabra: valoraré vuestra propuesta como se merece.

—¿Que por qué te mandé seguir a Ribeyro? Creía que fui muy claro en su momento: para pillar al topo.

—Vale, déjalo.

Torca abrió la puerta. No asomaron la cabeza Del Campo ni el rapado.

—¿Cómo que déjalo?

—Que vale. ¿Si te digo el nombre del jugador del Madrid que le filtra todo me pagas treinta mil euros? Y los niños vienen de París.

—Sí, claro que te los pago. Pero no quiero un nombre. Sólo un nombre, no. Te

contratamos para averiguar cómo consigue Ribeyro sus exclusivas, para saber si es fiable, si protege sus fuentes. Pero ¿es que ya has dado con el topo?

—Te digo lo mismo que el otro día en tu despacho. Estoy muy cerca, pero antes de acusar a nadie quiero comprobarlo todo.

—Ya...

Laforet cerró la puerta y se aproximó a Torca. Olía a potingues rancios. Pareció pensarse las palabras que iba a pronunciar:

—De acuerdo. El topo nos importa... relativamente. Nuestro objetivo es Ribeyro. Te diré por qué. Me creo lo que cuenta, y no soy el único. ¿Por qué? Porque no exagera ni manipula, desgrana información confidencial sólo cuando la consigue. No publica refritos. Cuando revela algo del Madrid, el resto del gremio también lo cree. Y además publica en *Pueblo*. Hay otros como él, pero me pareció el más adecuado para pasarle ciertas informaciones que tenemos sobre el Real Madrid. Al principio. Luego ya veremos. Te encargamos que le siguieras la pista porque necesitábamos saber cómo se comunica con sus fuentes y, sobre todo, si le ata algún compromiso extraño con alguna de ellas. Las servidumbres inconfesables suelen ser bastante peligrosas. Tu fracaso..., porque hasta que no me digas el nombre del topo diré que has fracasado, ¿no? —Torca no abrió la boca—. Tu fracaso, y no sólo el tuyo, sino también el nuestro, que llevábamos tiempo examinándolo, en el fondo reafirma nuestra elección. Parece limpio. Y cuida a sus fuentes. Podremos estar seguros. Será útil.

Después de la encerrona en la suite, salió de Santa Ana en taxi. Llegó al pub donde había quedado con Nerea con dos horas de adelanto. Allí no recapacitó demasiado para decidir que jamás obedecería a Laforet y Barriocanales. Todavía le duraba el empacho de los Butrón. Los doscientos mil euros anuales, más incentivos, el despacho en la Torre de Cristal o el cargo en el Real Madrid no eran más que cantos de sirena. Señuelos. Si no lo dejaban tirado en una cuneta después de recuperar los expedientes, le aguardaba un tormento. No se le ocurría un jefe tan odioso como Laforet.

En la tarjeta aparecía un móvil, pero se puso la secretaria.

—¿Dígame?

—Soy Torca, Juan Torca. ¿Me pones con Camilo?

—Aguarde un momento, por favor.

La espera, aunque corta, sirvió para que midiera aún mejor las palabras.

—¿Ya te has decidido?

—Ya. Aunque pensaba madurar la decisión unos días, no merece la pena. No puedo decir que sí. Pero agradezco vuestro interés. Espero que ni Barriocanales ni tú lo veáis como una afrenta o un desprecio, pero ya no me veo dentro de una empresa.

—De acuerdo. Me lo temía. Por eso debo hacerte una propuesta más: si recuperas por tu cuenta el maletín que robaron a Marsé y nos lo devuelves, te compensaremos

debidamente. Cien mil euros. ¿Cómo lo ves?

—Podría interesarme... Pero necesito ver la grabación.

—¿No te vale con lo que te dije en mi dormitorio?

—No.

Dos segundos más tarde, Laforet accedió.

—De acuerdo. Te la haré llegar.

El puzle estaba acabado. Laguna & Campbell elaboró los expedientes. Se los entregó a Madrid Seas. Ramón Ribeyro, en el momento oportuno, comenzaría a recibir y publicar el chorro de informaciones confidenciales. Pero había dos copias más: la de Luisito, durmiente en un banco, y la fotocopiada por Marsé, muy probablemente en manos de Adriana, si es que no la había vendido ya. Al colocar todas las piezas, le pareció que tenía un protagonismo excesivo: Madrid Seas le había tirado los tejos, Luisito también le tendía la mano, y Adriana, Adriana dentro de nada aterrizaría en Madrid. Un imán.

«Lo habías entendido mal, otra vez. Creías que podía ser de verdad, lo estabas empezando a creer», cantaba Quique González, cuando Nerea entró en el pub. Despacio, armada con tacones y carmín. Joven. Invencible.

Un peón

En julio se habían cerrado las inscripciones para disputar la 47.^a edición de la Behobia-San Sebastián, una de las carreras para aficionados más populares. El domingo 13 de noviembre más de veinte mil atletas, jaleados durante todo el trayecto, iban a correr los veinte kilómetros que separan la frontera francesa de la capital donostiarra. Quince días antes de la prueba, Torca pidió a Jon Izagirre que le consiguiese un dorsal. Desde los noventa le apetecía correrla. Iba siendo hora.

—Eso está hecho, Juan, conozco a uno que me puede echar un cable. Pero ¿ya has entrenado? Se las trae.

—Cualquier día que salgo paso de los diez kilómetros, no creo que me cueste demasiado el doble.

—Tú verás. Si no te da un soponcio, luego me invitas a comer, ¿vale? Ya estás tardando desde que entrevisté al de *Pueblo*.

—De acuerdo. Si quieres, ven acompañado, y reserva donde quieras para cuatro, iré con una amiga.

Colgó, se levantó de la cama, desnudo, entró al cuarto de baño... y Nerea le recibió con un chorro de agua. Templada, por suerte, aunque el repentino impacto en el pecho lo echó para atrás. Armada con el grifo, la pícara sonrisa de Nerea asomó por uno de los laterales de la ducha.

—¿Cómo que irás con una amiga? ¿Es que no tengo nombre?

—Claro que sí. Además aborígen, vasca de pura cepa. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?... Nekane, ¿no?

La joven esta vez apuntó a la cara. Torca se cubrió el rostro con las manos y dio un paso.

—Disculpa, cuando te haces mayor te acostumbras a no decir nombres para no cagarla. ¡Ya está! ¡Era Naiara! ¡Naiara!

Avanzó un poco más. Y, como era de esperar, Nerea apuntó a la línea de flotación.

—Serás capullo... Si das un paso más, te la congelo con agua fría.

—No, ¡eso no! Me rindo. —Torca alzó los brazos—. Es que los nombres vascos se las traen. ¡Izaskun! ¡Izaskun!

Nerea no llegó a enfriar el chorro. Agarró el grifo con las dos manos mientras Torca

se abalanzaba sobre ella para arrebatárselo. De las risas y los forcejeos pasaron a las caricias y los besos cuando Torca giró el conmutador. El agua dejó de manar del grifo y comenzó a caer desde el panel superior. Torca la alzó y la apoyó contra la pared; ella le arañó la espalda, le mordisqueó el cuello, una oreja, se aferró a él... Torca embistió como un toro, pero pronto le dijo al oído, con una voz ronca, que brotaba de muy dentro: «Nerea, Nerea, Nerea...».

Desde el viernes por la noche hasta el sábado por la tarde no se había despegado de Nerea. Exprimido, satisfecho, había acudido a la cita con Rodrigo dispuesto a recibir una reprimenda.

Mientras esperaba a su hijo, se acordó del último libro que había leído. «Una vez que ajustas tu ritmo lo demás viene por sí solo», explicaba Haruki Murakami. Torca se había propuesto ajustarse. A su cuerpo, al presente, a sus limitaciones. No iba a correr la Behobia para enfrentarse a nada ni a nadie. Quería correr y llegar a la meta, sin más. «Aunque hayas pasado muchos malos ratos, aunque la carrera no haya ido como tú esperabas, una vez que rebasas la línea de meta todo eso se desvanece», aseguraba Murakami.

Había dado calabazas a Madrid Seas. Pero tenía otra oferta laboral. Con ciertas similitudes —también podría dedicarse a lo único que sabía hacer— y con una diferencia esencial: colaborar con Luisito le permitiría mantener cierta independencia. Por primera vez, tendría la libertad de elegir. De no dejarse llevar por la corriente..., aunque se había sentido muy cercano a Murakami al leer esta confesión: «Cuando pienso en la vida, a veces tengo la impresión de que no soy más que un tronco a la deriva, arrastrado por las aguas hasta una playa».

Un tronco a la deriva. Había sobrevolado todos los océanos del mundo, pero desde la muerte de Raquel, su ancla, iba dando tumbos.

Se propuso asentar su relación con Nerea y finiquitar cuanto antes todo lo relacionado con Marsé. Tras la huida a Burgos, había decidido actuar. A su manera. Sin rendir cuentas a nadie.

Rodrigo no le reprochó nada. Aunque jamás iba a admitirlo, se sentía a gusto cerca de su padre.

Juan había llevado a la cafetería una mochila. Primero le enseñó las postales. Pasaron un buen rato repasándolas. Luego sacó tres libretas unidas con una goma. «Es un diario que escribió tu madre. Nunca me habló de él. No he sido capaz de leerlo, quédatelo.» Cuando Juan encontró las libretas en el fondo de una caja, no había podido pasar de la primera página. Por último, extrajo un archivador de anillas. «¿Te acuerdas?» Rodrigo asintió.

Si la memoria no le fallaba, la única vez que le había ayudado en una tarea escolar

fue en uno de los primeros cursos en el instituto. Durante unas vacaciones de Semana Santa, padre e hijo habían pasado varias mañanas en la biblioteca municipal para buscar datos sobre la Guerra Civil en Burgos. El archivador contenía el ensayo presentado y fotocopias de libros consultados. Juan le mostró una de las hojas. Con celo, habían pegado tres fotografías de Kim Philby, encabezadas por un título, «El espía más famoso del siglo XX», escrito con una caligrafía esmerada. Confrontadas, en la parte superior izquierda un juvenil Philby fumaba en pipa mientras en la derecha, ya envejecido, aparecía inmortalizado en un sello soviético emitido en 1990 que indicaba sus años de nacimiento y muerte: 1912-1988. Y en la parte inferior figuraba con un vendaje en la cabeza, después de sobrevivir a una granada en la batalla del Ebro.

—Estoy pensando en continuar tu trabajo, ¿qué opinas? —preguntó.

—No me parece nada mal —contestó Rodrigo.

Torca le recordó que no habían llegado a encontrar ninguna foto de Kim Philby y Francisco Franco juntos, a pesar de que al menos debía de haber dos: la publicada por *ABC* cuando el espía entrevistó al dictador, y la tomada cuando Franco impuso a Philby la Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar por las heridas sufridas en el frente de Teruel. Los servicios de contraespionaje fascistas jamás imaginaron que el pulcro corresponsal del *Times* alojado en el hotel Condestable trabajaba para los servicios secretos soviéticos. Torca no quería jugar a historiador, pero intuía que podía pasar un buen rato siguiendo la pista, por una vez, de alguien del pasado. Un espía que podría haber cambiado la historia española: el KGB le encargó matar a Franco. Aunque luego anuló la orden. Típico, pensó Torca, a él también lo habían mareado en una situación similar...

—¿Sabes que te pareces a Philby? Bueno, que te parecías —le dijo Rodrigo señalando la foto de la pipa.

Torca se fijó otra vez en las imágenes. El Philby veinteañero peinaba una mata de pelo espesa, sin entradas; una nariz larga y recta, un labio inferior grueso y, sobre todo, una expresión huidiza... El anciano del sello no lograba que unas gafas enormes camuflaran unos ojos apagados, mustios. Torca se salió por la tangente.

—No te digo que no, porque el joven de la pipa se parece a ti... Y el viejo del sello, a tu abuelo. Que también murió en el 88, por cierto —apuntó Torca.

Rodrigo se guardó las libretas.

—Debes saber algo. Para obrar en consecuencia, ¿vale?

Torca accedió, aunque no sabía por dónde saldría Rodrigo.

—Antes de venir para acá he pegado un toque al amigo que me dejó ver el vídeo. Es un compañero de promoción que lleva un tiempo en la Unidad de Crimen Organizado. De perdidos, al río, ¿no? Ya que has vuelto, quería saber cómo va la investigación para que no interfieras. Pues bien, me ha soplado que en el Grupo de Tráfico Ilícito de Vehículos pasan olímpicamente del caso.

—Lo imaginaba.

—¿Te haces una idea de los coches que desaparecen o se roban en una ciudad como Madrid? Si por una carambola dan con una pista o aparece el Mercedes de Marsé, se

anotarán el tanto, pero tal y como ocurrió todo, poco pueden hacer. El coche ya habrá salido de nuestras fronteras o habrá sido vendido por piezas.

—Ya.

—Y tú deberías obrar en consecuencia: olvídate.

Adriana le había dicho que regresaría de Nueva York el miércoles 2. A Torca le sobraba tiempo para efectuar un registro exhaustivo del último hogar de Javier Marsé, pero planeó hacerlo cuanto antes, ese domingo por la noche. Si los ladrones habían entregado el maletín a Adriana y la viuda había viajado a América para intentar vender los expedientes, o por otro negocio, de ningún modo habría sido tan estúpida como para acarrearlos de aeropuerto en aeropuerto. Los tendría a buen recaudo en un banco, como Luisito, o en cualquier otro sitio seguro, pero tenía que descartar que los hubiera escondido en la vivienda.

Por la tarde exploró el terreno. Xavi y Adriana vivían en un chalecito en la colonia de El Viso, sin perro pero con alarma de seguridad. Después de asaltar el piso de Ramón Ribeyro y el pareado de Laforet, el reto no revestía demasiada dificultad. Paseó por las manzanas de alrededor, familiarizándose con el terreno por si luego surgía cualquier contratiempo, hasta que sin previo aviso los dieciséis kilómetros mañaneros le pasaron factura. Esa mañana se había pegado en el Retiro una paliza como preparativo de la Behobia. Había corrido más tiempo y más rápido que otros días. Y en ese momento, o le faltaba azúcar o le sobraban años. Buscó un bar, pero se vio enfrente de una iglesia y no se lo pensó dos veces.

La misa había comenzado hacía rato. Fue directo a un banco de la última fila. Se sentó. Una feligresa leía la primera Carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses, pero Torca no prestó atención, intentaba alejar de sus recuerdos el funeral de Raquel, la anterior vez que había pisado un templo. En cambio, durante la lectura del Evangelio bebió cada una de las palabras de san Mateo:

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

—Palabra del Señor —dijo el sacerdote.

—Te rogamos, óyenos —respondió Torca, sólo para sus adentros.

Esa noche no salió del estudio. No violó la morada de Xavi y Adriana. Durmió de un tirón.

Soñó con Messi. En Burgos. Adelantaba al futbolista corriendo por Fuentes Blancas. El argentino, picado, aceleraba y se ponía a su altura. Le acompañaba otro corredor, que se quedaba atrás. Durante un buen trecho, Messi le cedía el sendero, disfrutaba esquivando hoyos y piedras, saltando ramas. Iba de azulgrana, aunque descalzo como un hobbit. Regresaban a la ciudad. Pero debajo del puente de la autovía no había grafitis ni cantos rodados en las márgenes del río Arlanzón. Al bajar la rampa se adentraban en un hotel, en un inmenso vestíbulo con una piscina interior, luces de colores y música discotequera. Sirenas en tanga les tentaban desde el agua, pero Messi, con una sonrisa traviesa, le soltaba un codazo y no paraba de correr. El colega de Messi, en cambio, se zambullía. Las sirenas se le echaban encima, como pirañas. El agua se teñía de rojo. Salían por otra rampa, más empinada y larga, polvorienta, pero la ciudad había desaparecido. Estaban en las afueras, rodeando el muro de piedra de la Cartuja de Miraflores. Messi se detenía ante un portón de madera. De debajo de una roca sacaba una llave antigua, herrumbrosa. Al abrir el portón se veía a lo lejos el convento. Torca no se atrevía a entrar, en cambio, Messi se metía dentro. Al cabo de unos segundos salía con sandalias y hábito de cartujo, con un botijo. Torca bebía con ansia, mirando al cielo. Anochecía. El agua le refrescaba, le purificaba. Cuando el chorro del botijo dejaba de manar, el portón y Messi habían desaparecido.

Se despertó confundido. Mientras el agua de la ducha le despejaba, pensó que el futbolista devorado por las sirenas era el topo.

Salió del cuarto de baño repuesto y resuelto. Kim Philby podía esperar. Llamó a Luisito. Le contó que había regresado de Burgos y le preguntó:

—¿Lo de trabajar juntos iba en serio?

—Cómo no.

—¿Hace un café dentro de una hora?

—Por supuesto. Fenómeno.

La suerte le sonreía. En la tienda de motos tenían a punto la misma Suzuki Burgman que había usado para ir a Tres Cantos. La alquiló durante una quincena. Llegó a la cafetería con un cuarto de hora de adelanto. Aprovechó para hojear los periódicos. Calma chicha, aún. Sobre todo ahora que el Real Madrid por fin lideraba la Liga. Se fijó en un artículo de *El País*. Aunque faltaban todavía cuarenta y un días para el partido del Madrid contra el Barça, Ramón Besa ya vaticinaba que la Liga podía decantarse en esa jornada, dado que se había impuesto un inevitable bipartidismo según los dos grandes habían mejorado sus prestaciones. «El clásico del 11 de diciembre tiene más sentido que nunca. A los dos equipos los anima la esperanza de evitar cualquier tropiezo antes de la cita de Chamartín.» Cambió de periódico. «Objetivo: recuperar España», titulaba *La Razón*. ¿Acaso estaba perdida? Cogió otro. La portada de *Abc* le recordó a una anterior de *Marca*

con las normas de Mourinho: presentaba el decálogo de Mariano Rajoy, el próximo presidente del Gobierno según todos los sondeos, «para levantar España». Y un jamón, se dijo.

Luis Laguna llegó tan atildado y puntual como siempre, y le abrazó con afecto, como si llevara mucho tiempo sin verlo.

—Me has alegrado el lunes, la semana, el mes... ¡y el año! No te lo puedes imaginar. No se me ocurre otro socio mejor que tú, vamos a...

—¿Y Campbell?

Luisito se echó a reír.

—Campbell trabaja en Londres, veranea en la Bretaña, aunque no se pierde el Festival de Salzburgo, y esquía en Suiza. —Torca lo miró desconcertado, Luis parecía un contador de chistes barato—. Es un tipo eficiente y reservado, que sólo se comunica por *email* y que confía ciegamente en mí en todos nuestros casos españoles. Porque... ¡no existe! ¿Sabes cómo me apellido, Juan? —Volvió a reírse—. ¡Me llamo Luis Laguna Gutiérrez Moreno Campbell! Tuve un abuelo emigrante, un indiano que se vino de las Américas con otra trotamundos, la yaya Mary Campbell, pura sangre escocesa.

—Joder.

—Entre tú y yo no habrá secretos, Juan. Pero dame tu palabra, esto no se lo contarás a nadie. Cuando iba a abrir la agencia, me rompí la cabeza buscando un nombre apropiado, que diera el pego, y luego una cosa llevó a la otra: inventarme un socio con pedigrí y una sucursal londinense me ha abierto muchas más puertas de las que te imaginas.

—Pero ¿en Londres no tienes una oficina?

—Ahora sí. Bueno, ya la verás, es un apartamento, siempre que puedo me escapo, y alguna vez hasta he celebrado allí alguna reunión... ¡Aunque Campbell siempre anda de un lado para otro, el tío no para!

Esta vez se rieron los dos.

Después de los cafés, fueron a la agencia. Trabajaban una secretaria, un cachas con perilla y una cuarentona que examinaba unas fotos en una pantalla gigante. Ni rastro de gente con trazas de detective, aunque en varios de los puestos de trabajo había carpetas y cierto desorden, no parecían de cartón piedra. Retomaron la conversación en el despacho principal.

—Bueno, Juan, tú dirás, ¿cómo nos lo montamos?

—Ni puta idea. Cuando me fui a Burgos me dijiste algo así como que no serías mi jefe, pero no me chupo el dedo. Este negocio es tuyo, tú solito te lo has currado. Bueno, ¡y Campbell!

—Gran tipo. Pero te voy a decir lo que se me ocurrió el otro día. Contigo, con tu

experiencia y con tus contactos, y no pienso sólo en el sector del armamento, sino también en otros negocios de EuCorp y en los lazos profesionales que a buen seguro cultivaste en otros ámbitos allá en el País Vasco, en Laguna & Campbell podríamos diversificarnos, depender menos de nuestra clientela habitual. Contigo, además, yo tendría por fin alguien en quien confiar plenamente. Y necesito un socio de verdad en esta cloaca asquerosa en que se ha convertido Madrid. Llevo demasiado tiempo solo.

Juan Torca no esperaba tanta sinceridad. Aunque Luis le había sorprendido, enumeró sus condiciones.

—Me halagas mucho. Pero si no te importa, me gustaría ir despacio. A ver qué te parece esto. Durante un tiempo prudencial, tres meses, o seis, como creas oportuno, tú y yo veríamos si valgo para este trabajo. Serías mi jefe, con todas las letras. No voy de nada, así que para mí no supondría ninguna humillación que me ordenases hacer un seguimiento o cualquier otra cosa. Aprenderé desde abajo. En EuCorp mis labores eran... demasiado especializadas, me vendrá muy bien reciclarme. Durante ese tiempo, págame lo que veas oportuno y trátame como a cualquier otro empleado. Cuentas claras hacen amigos. Y después nos volvemos a sentar y vemos si nos interesa seguir igual, o si como dices, tiro de contactos en Euskadi o qué sé yo. ¿Qué tal?

—Bien, bien. Te lo traes ya cocinado. Te diría que ese periodo de prueba podemos fijarlo sobre la marcha, que no habría necesidad de establecerlo ahora, ¿no?

—No. Otra cosa. Puestos a pedir, ahí van dos condiciones más. ¿Qué te parece si sigo el refrán de «Año nuevo, vida nueva»? ¿Te importaría que empiece en enero?

—Qué va. Queda bastante, pero claro que podemos esperar.

—Quiero arreglar todos los asuntos pendientes: mi casa en Burgos, mi alojamiento aquí...

—Fenómeno. Pero ¿por qué no te presento ya a los empleados y te enseñó cómo trabajamos? Aunque la mayoría apenas paran por aquí, así te van conociendo...

Laguna se levantó, dando por terminada la conversación. Pero Torca no había acabado.

—Hay algo más. Uno de los asuntos pendientes...

—Tú dirás.

—Madrid Seas.

—¿Y eso?

—Adriana. Quiero que Laforet no vaya a por ella. Todavía le debo una a Xavi.

Sin pararse a reflexionar, Luisito lo llevó al banco, habló con un empleado, bajó por unas escaleras y al cabo de un par de minutos subió con la carpeta. El empleado los dejó solos en una sala de reuniones sin vistas a la calle.

—Tenemos hasta las dos y cuarto —dijo Luis al cederle la carpeta—. Tómate el

tiempo que quieras.

Torca abrió la carpeta y desperdigó los dossiers por la mesa. Antes de examinarlos uno a uno, quería comprobar si concordaban todos los títulos, quizá Luis había eliminado alguno de los expedientes. No echó en falta ninguno.

Para no molestarle ni apresurarlo, Luis se sentó en el extremo opuesto de la sala y extrajo del maletín un portátil.

—Si te surge cualquier duda, aquí me tienes. Pero mientras tanto, aprovecho para corregir un informe que deberíamos haber entregado el viernes. El típico cornudo suspicaz.

Ordenar los expedientes carecía de sentido, Luis los había titulado caprichosamente. Pero al verlos sobre la mesa cambió de idea. Improvisó una nueva torre: en la base colocó los dossiers más finos y luego fue apilando el resto, de menor a mayor grosor. Al final, en la cúspide quedaron los dos expedientes más voluminosos: «Florentino» y «Reservoir Dogs».

Era lógico. Si el objetivo de Madrid Seas era derrocar «al puto diez», al «rey blanco», en el punto de mira de Laguna & Campbell debía estar por encima de cualquier objetivo encontrar los trapos sucios o cualquier información que pudiera perjudicar al actual presidente del Real Madrid. Y en segundo lugar, no podía extrañarle que estuviera el dossier «Reservoir Dogs», el centrado en José Mourinho y sus secuaces.

Abrió el dossier sobre Florentino. Como suponía, sólo había papeles, y nada más que papeles: recortes de prensa, tablas con datos, documentos escaneados o fotografiados, transcripciones de grabaciones, imágenes o fotogramas impresos en folios y, al final, un informe que al parecer resumía el trabajo efectuado.

—¿Dónde están los archivos? —preguntó.

—¿Cómo? —respondió Luis.

—Sí, los archivos. Los audios con las grabaciones, las fotografías originales, los vídeos...

Luis cerró el ordenador, frunciendo el ceño.

—Tengo mis rutinas, ¿sabes? Para sobrevivir y para protegerme. A los clientes convencionales les entrego todo lo que cosechamos y si hace falta, se lo envuelvo en una bandeja de plata. Pero en trabajos especiales como éste debo cuidarme las espaldas, que la vida da muchas vueltas. Aquí en el banco estas carpetas no duermen solas. En la misma caja conservo un disco duro con todos los archivos. A estas alturas pondría la mano en el fuego: en ningún ordenador ni teléfono de mi empresa, ni de mis empleados, por la cuenta que les trae, almacenamos nada que guarde relación con este asunto. Si mañana o dentro de un lustro, un juez se pone quisquilloso, o un competidor nos quiere joder, no tendrán por dónde cogerme. Pero para salvaguardarme es esencial que el cliente tampoco posea los archivos. En ese caso, yo estaría en sus manos, ¿me sigues?

—¿Y cómo ven los vídeos?

—En la agencia, o en un lugar seguro, neutral. En un hotel, por ejemplo. Organizo

una presentación y muestro el material, pero nunca lo entrego. Que conste que el cliente siempre sabe cómo procedo antes de contratar mis servicios. En este oficio, cuando bordeamos las leyes, o directamente cuando nos las pasamos por el forro, no queda más remedio que ser muy precavido. Por culpa de las redes sociales cualquier foto, cualquier vídeo, puede convertirse en un virus que nos aniquile.

Torca silbó con admiración.

—Si te llevo a EuCorp, te suben a un altar. Igual hasta te tiran los tejos.

—Que lo intenten. Pero ya verás que ir por libre siempre es más entretenido, y beneficioso.

—¿Entonces organizaste una presentación, con vídeos y fotos, para Marsé, Laforet y Barriocanales?

—Más o menos. Hubo más de una sesión, pero con Barriocanales sólo me reuní cuando cerramos el acuerdo, yo no le he enseñado nada. No querrá ensuciarse demasiado.

Luis quizá le leyó el pensamiento.

—No te vas a arrepentir, Juan, cuando trabajemos juntos. A propósito, ya que no me lo has preguntado, y eso lo agradezco, porque me hace ver que confías en mí, aunque seguro que se te ha pasado por la cabeza, te lo diré yo. No conservo en ningún lugar nada que te comprometa, las fotos las borré antes de darte tu dossier.

—No esperaba menos de ti —dijo Torca—. Ya que lo dices, tengo una duda. ¿Me grabasteis en vídeo? Me avergüenza mucho estar tan oxidado, en ningún momento pensé que me estuvieran vigilando.

—No. No tiramos de vídeo contigo. Pero si te hubiéramos grabado, no te habrías dado cuenta. Nadie se entera de nada.

Torca abrió de nuevo la carpeta, metió todos los expedientes dentro y se la entregó a Luis. No tenía sentido perder la mañana leyendo fotocopias.

—Déjame ver el disco duro con toda la investigación sobre el Real Madrid. Necesito saber cómo trabajas.

Luis bajó de nuevo a la zona de las cajas de seguridad y regresó con un disco duro. Lo conectó a su ordenador y cedió el ratón a Torca.

Después del atracón informativo, en el almuerzo evitaron cuidadosamente hablar del Real Madrid y de la incorporación de Juan a Laguna & Campbell. Pidieron un «menú de ejecutivo», más pretencioso que sustancioso, en un restaurante de la zona. Luis comió un solomillo poco hecho; le sirvieron una carne correosa y sangrante que apenas probó, pero que dio mucho juego: hablaron de ranchos, de hambrunas, de comilonas. Y de lo bien que manejaba el cuchillo Hernández.

—Hijo de carnicero tenía que ser. De tal palo, tal astilla. Qué hábil era —recordó Luisito.

—Pero chuleaba demasiado. Se lo tenía creído.

—Ya. ¿Sabes dónde anda ahora? —preguntó Laguna.

—Ni idea. ¿Y tú? —mintió Torca.

—Tampoco. No estaría mal que estuviera siguiendo los pasos de su padre. ¿Te lo imaginas con un delantal, atendiendo a las marujas?

—No —dijo Torca.

El camarero, con el carrito de los postres, los devolvió al presente. Cuando pidió la cuenta, Laguna se empeñó en pagar.

Sacó la cartera. Abultada. Con un buen fajo de billetes y una docena de tarjetas de crédito.

—Vivo de puta madre, la verdad —dijo Luis Laguna mientras dejaba de propina un billete de veinte euros—. Me lo he ganado a pulso. Curro un huevo, no te equivoques. Pero voy a los mejores restaurantes, viajo adonde quiero, me concedo todos los caprichos que se me ocurren... El día que quieras te llevo al Angelo's. Y si le liamos a Jandro, ya sería antológico, nos íbamos a echar unas risas.

—No te engañes. Te seguirá llamando maricona aunque te tires a dos putas delante de él.

—Me la suda. A lo que iba. Vivo como un marqués, pero ojalá pudiera retroceder a los ochenta. O a los noventa. Los años con los compadres fueron cojonudos. A pesar de que las pasamos muy putas. Y de que hicimos..., hay que reconocerlo..., hicimos cosas que...

—Que hoy no haríamos —le ayudó Juan.

—¡Eso es! A ver cómo me explico —bajó la voz—. Hicimos cosas terribles. Fuimos lo peor.

—Bueno, no te creas. Siempre se puede caer más bajo —le corrigió Torca.

—Ya, pero no te pongas sarcástico. No voy por ahí. No quiero decir que me arrepienta. Ojalá hubiéramos hecho... otras cosas. Pero qué grupo formábamos, ¿eh? Éramos una piña. Fueron unos años cojonudos —repitió.

En cuanto llegó al estudio, Torca cogió un bolígrafo para anotar todo lo que recordaba del disco duro.

Un cuarto de hora más tarde miró el papel. Sólo había puesto la fecha. Madrid, 31 de octubre de 2011. Y no se había quedado en blanco, pero no sabía por dónde empezar. La memoria, caprichosa y volátil, le recordaba el monólogo del replicante de *Blade Runner*: «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.» Si le contara a unos hinchas adolescentes, ingenuos, lo que había descubierto, quizá podría

comenzar advirtiendo: «Yo he visto cosas del Real Madrid que vosotros no creeríais».

Torca se dijo que había visto demasiado. En Laguna & Campbell habían desplegado una actividad frenética y sistemática; Luisito tenía a sus órdenes no sólo a un magnífico plantel de fisgones y huelebraguetas, sino también, al menos, a un documentalista excepcional, a un rastreador tan peligroso como efectivo.

Torca hizo una bola con el folio y lo lanzó a una papelera. Quizá no debería haber visto nada.

Salió a pasear. Aunque durante la comida con Luis no había bebido alcohol —se había propuesto no probar ni una sola gota como parte de la preparación para la Behobia—, le dolía la cabeza, de alguna manera se sentía resacoso.

Echó un ojo a la moto. La había aparcado en Gran Vía, junto a otras, y seguía bien acompañada. Por la noche volvería de nuevo para ver si la dejaba allí o la metía en un aparcamiento. Continuó andando. Casi por inercia, acabó en el Retiro. Se sentó en un banco cercano al lago. La fauna le entretuvo un buen rato: había abuelos de cháchara, chicos comiendo pipas, una madre dando de mamar a su bebé, currantes que cruzaban por el parque colgados a un teléfono, corredores, patinadores, ciclistas como Ramón Ribeyro...

El plan de Madrid Seas pasaba por difundir las revelaciones de la Carpeta Blanca en dosis variables, suministradas según los intereses de la corporación para erosionar a Florentino Pérez. Pero ¿qué haría un periodista como Ribeyro o un periódico como *Pueblo* si poseyera el disco duro completo?, se preguntó Torca. Quizá *Pueblo* montaría un despliegue espectacular, como el que varios periódicos habían orquestado para difundir los cables sobre la guerra de Irak filtrados por Wikileaks. O tal vez no. Podía ocurrir que el disco duro jamás saliera a la luz, que el director, el consejero delegado o el departamento legal vetara la publicación de los expedientes. O que se usaran con otros fines, similares a los de Madrid Seas.

Dejó de divagar. El teléfono vibraba al son de un número conocido. El de la secretaria de Laforet. Torca regresó al estudio. Media hora más tarde apareció Del Campo con un sobre.

—Pasa, por favor. Poco puedo ofrecerte, ¿una lata de cerveza, un vodka a palo seco...?

—Deja. Tengo sólo unos minutos. Toma.

—Gracias. ¿Y tu amigo el rapado? No me digas que te espera abajo...

—¿Germán? Hoy no está en Madrid.

Torca abrió el sobre, sacó el disco y se encaminó hacia el ordenador. Del Campo siguió junto al quicio de la puerta.

—¿Quieres verla?

—No sé qué te he traído —reconoció Del Campo.

—La grabación de las cámaras de vigilancia del aparcamiento.

Del Campo se decidió a entrar.

—No la he vuelto a ver desde esa noche. ¿Puedo pasar?

—Claro, cierra la puerta.

Aunque sabía de sobra qué iba a encontrarse, a Torca le impresionó contemplar la caída de su amigo. Cerró el portátil.

—Nada, va a ser imposible reconocerlos, pero si algún día das con ellos, avísame primero a mí —le pidió Del Campo.

—Descuida.

—Gracias.

Del Campo se dirigió hacia la salida, pero antes de que se fuera Torca logró aclarar una de sus dudas.

—Favor por favor. Oye, ¿cómo disteis conmigo en la barbería? —le preguntó.

—De pura chorra. Bueno, después de... de la pelea, Laforet nos exigió a Germán y a mí que te encontráramos. Nos costó, pero al final lo conseguimos. El jueves pasado te vimos corriendo por el Retiro. Nos dejaste atrás, pero pensamos que habías cambiado el hotel por otro o por un piso como éste, cerca del parque. Desde entonces estuvimos pateándonos estas calles. Germán te vio cerca de aquí el día siguiente y cuando vio que te metías a cortarte el pelo me avisó.

Adriana salió de Barajas con un bolso Hermès de piel de cocodrilo, una maleta Loewe con ruedines y una sonrisa radiante. Fresca como una lechuga. Sin rastro de *jet lag* y sin que las dos horas de retraso que traía el vuelo la hubieran impacientado. O eso parecía.

Torca, en cambio, llevaba tres horas de pie, repasando una y otra vez el diálogo que pretendía mantener con Adriana. Le había costado averiguar en qué avión atravesaba el Atlántico —un amigo del aeropuerto de Bilbao no tardaría en recibir un sobre con unos billetes— y cuando había descubierto que regresaba el martes en vez del miércoles, se le había echado el tiempo encima. Torca no quería que nadie se le adelantase. Si Laforet pasaba de él, habría encargado a alguien que tratara de recuperar la carpeta robada y le habría puesto como primer objetivo apretar las tuercas a la viuda de Marsé.

Las prisas por llegar a tiempo habían dejado paso a un desasosiego desconcertante. El vestíbulo de la terminal, amplio y luminoso, no guardaba ninguna semejanza con una trinchera, pero Torca no podía evitar sentirse expuesto, desprotegido, como si en cualquier momento fuera a caer del cielo un mortero en vez de Adriana.

Con vaqueros y sudadera, cubierto con una gorra deportiva bien calada y gafas de sol, Torca parecía más joven. Durante la espera no había divisado a nadie con intenciones similares a las suyas, pero no avanzó cuando las puertas se abrieron por enésima vez y por fin apareció Adriana. Se contuvo. Pasó cerca de él, sin advertir su presencia, como otros muchos viajeros directa hacia la parada de taxis, y luego se limitó a seguirla, pendiente de que nadie se acercara a ella.

Adriana se sumó con calma a una larga cola. Sacó del bolso un móvil. Con una mano, sin dejar de sujetar la maleta, pareció conectarlo. Torca, que la observaba dentro de la terminal, marcó su número.

—Juan, ¡qué sorpresa! ¿Qué tal te va?

—Muy bien. ¿Y a ti? ¿Dónde estás?

La cola avanzó ligeramente, quizá tardó en contestar al impulsar la maleta.

—Pues sigo de viaje, de un lado para otro. Pero llámame la semana que viene, a ver si podemos vernos...

—Vale. ¿No estás todavía en Madrid?

—Ya me gustaría. Sigo en la Gran Manzana. Nunca había pasado tanto tiempo sin mi peque, pero ando muy liada.

—Tranquila, a ver si nos vemos pronto.

—Ojalá. Un beso.

—Otro. Cuídate.

Había previsto dejar aparcada la moto en Barajas, abordar a Adriana y regresar a la ciudad junto a ella, en taxi o en coche si es que lo había dejado estacionado allí. Tras la mentira de Adriana había cambiado de parecer, pero aún podía pegarle un susto en plena cola y meterse en el taxi. Salió de la terminal y caminó hacia ella. A los cuatro pasos aminoró la marcha: Adriana comenzaba otra conversación telefónica. Pendiente de los taxis, no se fijó en él, así que Juan pasó de largo por detrás de ella, sin llegar a mezclarse con los viajeros de la cola, y trató de pescar qué estaba diciendo. Resultó bastante fácil: al contrario que charlando con él, al otro lado de la línea ahora no debía de escuchar gran cosa, así que repetía alguna de las palabras que oía.

—¿El viernes?... Sí... Ya te digo... ¿El InterContinental?... Siempre voy elegante, qué te crees, asquerosa... Okei... Chao, guapa.

Cuando colgó, Torca se distanció unos metros. Vio que tecleaba algo, quizá la cita del viernes, o un mensaje. A Torca, por una vez, le parecía más carnal que elegante. Puro fuego. Vestía unos tejanos descoloridos, una cazadora de cuero ajustada y botas de media caña: incluso con ropa corriente destacaba entre los turistas y viajeros. Una jirafa entre hienas habría resaltado menos. Como Claudia Cardinale en *Los profesionales*, era una de esas mujeres que convierten a los niños en hombres y a los hombres en niños. Marsé habría hecho cualquier cosa por ella. Y quién no. Se deleitó contemplando su espléndido cuello, acariciando con la mirada la espalda, los muslos, palpando un culo soberbio..., hasta que Adriana dejó que un taxista metiera su maleta en el capó.

Memorizó la matrícula y se fue a por la moto. Recuperó pronto el tiempo perdido. Entraron juntos en Madrid, y pronto quedaron a un lado las Cuatro Torres y La Paz: el último despacho de Javier Marsé y el hospital donde había muerto. Bajaron por la Castellana y poco después de rebasar el Bernabéu giraron a la izquierda, hacia El Viso. Entonces Torca se adelantó y aparcó a unas decenas de metros del chalé.

La calle estaba desierta. El coche estacionó en doble fila. El taxista sacó la maleta y

Adriana anduvo hacia la vivienda. El taxi arrancó.

Para abrir, Adriana soltó la maleta. Torca se acercó rápidamente por detrás, cogió la maleta, empujó la puerta y se metió dentro sin ni siquiera rozarla. Sujetó la puerta, la mujer se había llevado de manera instintiva el bolso al pecho.

—Entra, estás en tu casa. Y no te asustes, no voy a hacerte daño. —Torca se quitó la gorra y las gafas—. Soy yo. Venga, pasa.

Adriana sacó las llaves de la cerradura, con un leve temblor de manos.

—Juan, ¿estás loco? Casi me da un infarto.

—¿Aquí, o en Nueva York?

Adriana intentó reponerse. Dejó el bolso en un aparador de wengué y dándole la espalda, buceó en la piel de cocodrilo para sacar un pitillo. A Torca no le pareció oportuno sacar el Zippo, dejó que se lo encendiera sola y que tratara de deducir por qué se había colado en su casa.

La vivienda parecía un popurrí de *souvenirs* de lujo: en el recibidor se exponían un colmillo de elefante, un buda de ébano y un cuadro abstracto; una puerta corredera, abierta, dejaba ver un salón enorme, con alfombras gruesas, más lienzos abstractos, una cabeza de ciervo y una vitrina con geodas, rosas del desierto y otros minerales de gran tamaño. La casa estaba en silencio, sin rastro de Lucía ni de personal de servicio. Torca entró en el salón tras la estela, lenta, de Adriana. Las alfombras marcaban tres espacios: una mesa redonda, donde podrían cenar una docena de comensales; unos sofás y unos sillones donde los invitados luego podrían tomar una copa, si es que no salían a un porche o al jardín; y una mesa de póquer y una barra con mueble bar. Marsé se lo había montado bien. El tío cazurro, al que cualquier aprendiz podía ganar con el mate del pastor, en una de las estanterías exponía un delicado ajedrez de marfil, quizá para fardar de su «victoria» sobre Pérez-Reverte. Aunque en todo el salón no había ninguna foto de la familia ni nada que le recordara a su compadre. Una casa lujosa pero fría. Y mustia. Unas plantas exóticas pedían agua a gritos.

—Siéntate.

Adriana apagó el cigarro en un cenicero de mármol. Comenzaba a reaccionar.

—Si vas a violarme, hazlo de una vez y lárgate ya. Jamás se me he habría pasado por la cabeza que tú, el mejor amigo de Javi...

—Siéntate —repitió Torca—, y cállate.

Fingiendo estar enojada pero sumisa, se sentó en una butaca de piel.

Torca se quedó de pie.

—Adriana, te has metido en un embrollo del que ya no puedes salir. No podías cuando lo organizaste con Javier y mucho menos ahora que estás sola. Quiero ayudarte.

—No sé de qué me hablas. Sal de mi casa, por favor.

Torca se acercó más. Cayó en la cuenta de que la casa olía a cerrado, y que ahora no le aturdió como otras veces el perfume de jazmín.

—En Madrid Seas saben que Javier montó el asalto. O que estaba involucrado. En la Policía seguro que también, basta con ver el vídeo para deducirlo. Una lástima, una putada inmensa, Javier no se merecía ese final. Y seguro que jamás quiso perjudicarte. Pero esto no se ha terminado. No hagas castillos en el aire, no intentes vender el maletín, y con suerte te librarás de la venganza de Laforet o de ir a la cárcel. No hay más alternativas. Si crees que vas a forrarte, estás muy equivocada.

—¿Y por qué vas a ayudarme? ¿Y cuándo? Después de quitarme la ropa, ¿o antes? Tu mirada te delata...

—No quiero nada contigo. Javier era un hermano.

La voz de Torca sonó tan firme como siempre, pero Adriana se levantó. Se quitó la cazadora, despacio, sin apartar los ojos de Torca, y la tiró a un sofá.

—Sois todos muy machitos. Hasta Laforet se ha ofrecido para ayudarme. Y Barriocanales, que podría ser mi padre. —Adriana se le acercó mientras hablaba—. Todos quieren consolar a la pobre viuda. Pero ¿os he pedido yo algo? ¡Nada!

En un arranque de furia, Adriana lo empujó y trató de golpearlo. Pero los puños en el pecho parecían llamar a una puerta.

—¡Vete de mi casa! ¡Fuera!

Torca le sujetó los brazos. Adriana había combatido las apreturas y los olores a humanidad del avión con una colonia suave, fresca, quizá la misma que usaba para Lucía, aunque no olía como un bebé: un sudor dulzón, muy leve, añadía un irresistible toque femenino. Cuando la mujer desistió, se apartó de ella.

—No me entiendes —le dijo a Adriana—. Quiero ayudarte. De verdad. Javier haría lo mismo por mí.

Adriana lo miraba con rabia y los ojos húmedos.

—Vete. Por favor —le imploró con un hilo de voz.

Torca salió de la casa frustrado. Había perdido un asalto.

Durante el coma en La Paz o en el tanatorio, sobre todo la noche que velaron a Marsé, Adriana podía haberle pedido ayuda. Si no lo hizo durante aquellos días, ahora iba a continuar con el plan por su cuenta. Y al menos con una aliada. La que la había llamado en Barajas quizá fuera una de sus socias de Mad Women. Daba igual. En solitario o asociada, Adriana se encaminaba a un precipicio. ¿Qué sería de Lucía si se despeñaba?

«Cuídalas», le había rogado Marsé.

Torca aparcó en Gran Vía y subió al apartamento. Lo olisqueó como un perro. No fumaba dentro y casi siempre dejaba alguna ventana abierta, menos al acostarse, pero cualquier extraño percibiría un olor característico. Ciertas cosas no pueden ocultarse con ambientadores ni desodorantes. Adriana y Marsé quizá habían contratado a una chica para que criara a Lucía y limpiara la vivienda, o tal vez dos personas se repartían esas

funciones. Pero ahora nadie regaba las plantas, ni cambiaba pañales: el hogar de Javier había muerto con él. Si Adriana había escondido el maletín allí, ninguna criada habría cotilleado su interior. Aunque Torca dedujo que lo había guardado en otro lugar; Adriana pensaba que dominaba una situación incontrolable.

Gugleó «InterContinental Madrid 4 noviembre 2011». Y alucinó. Adriana se creía una *matahari*. Ese día se celebraría en el gran salón del hotel una ceremonia para entregar a Cristiano Ronaldo la Bota de Oro, el trofeo al mejor goleador europeo de la pasada temporada. Se imaginó a Adriana de largo, enjoyada, flirteando con el tiburón al que pretendía vender los expedientes, y se puso malo. Se iba a delatar. Quizá la Policía no sospechara qué contenía el maletín «robado» a Marsé; tal vez se habían olvidado del atraco, pero si se enteraban en Madrid Seas ya no albergarían ningún tipo de duda, se lanzarían a degüello a por ella para recuperar los expedientes o para destruirlos.

Laforet, analítico como un forense, habría comparado a Adriana y Marsé con dos caballos. Los que un jugador de ajedrez inexperto saca de sus casillas a las primeras de cambio, más por disfrutar de sus movimientos que para vencer al rival, y que rara vez sobreviven a las escaramuzas iniciales. Pero Torca, aunque no fuera más que un simple peón, se había marcado un rumbo cuando enfiló la moto hacia Barajas, y ya no daría marcha atrás. Había elegido participar cuando pidió trabajo a Marsé. Y sólo iba a salir del tablero cuando le diera la puta gana.

Llamó al InterContinental. El hotel estaba casi al completo, pero pudo reservar una habitación dos noches, las del jueves y el viernes. Con desayuno incluido y cama de matrimonio.

Nadia

2010. Verano. *La muerte de Raquel y la baja laboral quedaban demasiado lejos. Todo seguía igual.*

Pero cuando aterrizaban en Barajas, después de un viaje por Berlín y Oslo, Torca pensó que no tenía nada que hacer en Bilbao. Ni en Burgos.

—¿Te importa si me quedo? Mi hijo vive ahora aquí —le dijo a Juan Mari Butrón.

—Cómo no. Pero ya sabes, el lunes te necesito. A las siete.

Madrid ardía. Torca se quitó la americana y buscó una cafetería. Llamó a Rodrigo, pero saltó el contestador. Hojeó un periódico, aburrido. Sólo los anuncios clasificados despertaron su atención.

Necesitaba una mujer.

El «ático discreto y coqueto» era una buhardilla sofocante que coronaba un edificio de cuatro plantas sin ascensor. Detrás de la puerta, Torca no se encontró con la dulce y seductora voz del teléfono, con la «cubana melosa y servicial» que había fichado. Le abrió una mujer rubia y pálida. Una rusa con ojeras. Así se topó con Nadia.

Escupía las palabras, maltrataba el idioma con un acento gutural. Tras contarle, sin más explicaciones, que su amiga acababa de irse al hospital, le dijo: «¿Quieres conmigo?».

Ojos verdes. Preciosos. Además de ojeras, alguna arruga. Al filo de los cuarenta. Blusa negra, entreabierta, sin pantalones. Pecho escaso. Piernas de deportista. Torca sacó la cartera. Cruzaron un salón desordenado y lo llevó a un cuarto que parecía sacado de una pensión antigua: paredes forradas de papel; una cama con cabecero y una colcha de retales; flores de plástico en el jarrón de la mesa camilla; una maleta encima del armario.

Le dio la espalda. Se desnudó. Entró en la cama. Desde allí, cubierta por las sábanas, le pidió que dejara la ropa en una silla y que fuera al baño si no estaba limpio. No era una profesional.

Mientras Torca se movía sobre ella, no dejó de mirarlo. En silencio. Sin fingir. Sus ojos... Sus ojos le cautivaron. Su mirada le atrapó.

Al regresar del aseo, Torca se la encontró sentada en la cama. Se había puesto la blusa, aunque ya no mostraba el sujetador, y unos vaqueros.

Torca comenzó a vestirse. En fin, podría haberse largado sin más ceremonias, hablar

por hablar de poco sirve, pero le contó que conocía Rusia. Nadia sonrió por primera vez y le preguntó que dónde había estado.

—En Moscú, bastantes veces. En San Petersburgo, cuando era Leningrado. Y en algunos sitios más.

—Yo no, y nunca iré a Rusia —dijo Nadia.

—¿No eres rusa? —preguntó Torca.

Nadia le contó que su familia procedía de Kiev, en Ucrania, aunque había nacido en Uzbekistán.

—Mi padre trabajaba en el mar de Aral. Allí no somos rusos. ¿Te parezco rusa?

Torca la cagó al responder esta cursilería:

—Las rusas no tienen unos ojos como los tuyos.

Media hora más tarde Nadia lo invitó a merendar. En la calle. Cogió el dinero de la mesa camilla y se lo guardó en el vaquero.

Esto no está ocurriendo, se dijo Torca. No me pega. Tampoco cuela que una puta intime así con un cliente. No ha ocurrido nada extraordinario, aunque para mí haya sido placentero.

Sin embargo, les bastó una charla insustancial para trabar sus vidas. Suena extraño, pero ocurrió así. ¿Se enamoraron? No, entonces no, pero sus caminos se trenzaron, mientras ella desgranaba su infancia junto al mar de Aral, mientras él chapurreaba ruso, mientras sacaban a los hijos y a los muertos como niños que muestran las canicas escondidas en el puño.

La soledad momifica. Primero oprime como una venda húmeda y luego corta la circulación. Torca podría decirse que no había pensado demasiado en ella, todos sabemos mentirnos.

Torca se despidió de Nadia sin rozarla. Sin buscar sus ojos.

Volvió a Madrid dos semanas después. Al salir del taxi sacó de la cartera el recorte de la sección de contactos. Llamó delante del edificio. Contestó la cubana:

—Aguarda un minuto, corazón.

Al cabo de unos minutos, la batería del teléfono y la paciencia de Torca agonizaban. Cuando por fin se puso, Nadia lo reconoció al instante; pero le pidió que esperara en el parque. Torca se quedó enfrente del portal. Vio salir a un gordo desaliñado, a un cuarentón con el pelo teñido que paró a un taxi y a un ruso o rumano, escayolado, que se fue directo al parque, volvió a los cinco minutos, se fijó en Torca, trató de disimular y se metió de nuevo en el portal. Nadia apareció poco más tarde.

—¿Por qué no puedo subir?

—Porque no.

Ni un hola, ni un qué tal. Torca estaba ansioso y confuso. Quería estar con ella. Pagar por su tiempo y disfrutarlo. En una cama, primero en una cama, y luego en cualquier otro sitio.

En el hotel, saciado, una pregunta desperezó a Torca. ¿Y ahora qué? Pero soltó esta otra:

—¿Cuánto cuesta una noche entera?

Nadia dijo una cifra. Más del doble de lo que ya le había pagado. Tampoco demasiado.

—¿Y si te quedas todo el fin de semana?

Esta vez tardó en responder. Terminó de vestirse, se atusó el pelo en el espejo del pasillo, cogió el bolso y, al tiempo que abría la puerta de la habitación, respondió:

—Tú te equivocas conmigo.

IV

PRÓRROGA

«Cuando me dormía, empezaba a soñar. A veces me despertaba con el corazón encogido.»

RAYMOND CARVER,

Catedral

La Bota de Oro

El hotel InterContinental, un palacio del siglo XVIII anclado en la Castellana, el jueves por la mañana afilaba sus cinco estrellas para rendir tributo al día siguiente a Cristiano Ronaldo.

Juan Torca desembarcó a mediodía. En taxi. Con un traje de Hugo Boss recién estrenado, un nudo de corbata Windsor y repartiendo propinas. Después de darle un billete de veinte euros, pidió que le enseñara el hotel al botones que le subió la maleta. Quería encontrar el lugar ideal para celebrar una reunión de trabajo.

—¿Ahora mismo, caballero?

—¿Por qué no?

El botones le mostró las habitaciones ejecutivas, el centro de negocios y diversas salas. Y en el gran salón le contó que allí se iba a celebrar «el tinglado de CR7 de mañana».

—¿Cristiano va a estar aquí? —preguntó Torca.

El chaval, madrileño de pura cepa aunque colchonero, no ahorró ningún detalle. Al regresar a la habitación, Torca dobló la propina. Al día siguiente pensaba triplicarla.

Era pronto para bajar a comer, así que Torca vació la maleta, se cambió y bajó al gimnasio. Un *fitness center* bien equipado, nada que ver con el destartado gimnasio del añorado hotel de Gran Vía. Corrió media hora sobre una cinta, a un ritmo suave, y se quedó con las ganas de probarse levantando pesas; hasta la Behobia no debía forzar la máquina.

Subió, se duchó y continuó en el hotel. Bajó a tomar el aperitivo al Bar 49 y comió en El Jardín. Se pegó una siesta demasiado larga y se despertó embotado. Salió a pasear por los alrededores. Delante del escaparate de una boutique, llamó a Nerea.

—¿Me dejas hacerte dos preguntas?

—¿Indiscretas?

—Sencillas. ¿Quedamos en el número 49 de Castellana a las nueve y media?

—Déjame pensar... ¡Vale! Sí que era fácil. ¿Y la otra?

—¿Qué talla usas?

—¿A que no sabes quién curraba la noche que llegaste al hotel? Servidora. Y no me digas que te acuerdas porque soy toda una experta cazando mentiras. Cuando apareciste por la puerta dabas miedo. Sin embargo, al acercarte al mostrador tan hecho polvo me diste mucha pena. Calado, barbudo, con la costra mal curada. —Nerea le rozó la frente—. Y unos ojos tan, tan tristes. Olías a perro mojado. Eso, parecías un perro abandonado. Si se quiere alojar alguien con malas pintas tenemos que avisar a Jacinto, pero contigo hice una excepción. —Lo miró con cariño—. Quién te ha visto y quién te ve.

Torca no tenía nada que decir. Alargó el brazo y acarició su mano. Nerea, deslumbrante con un vestido negro quizá demasiado ajustado y ya algo arrugado, esperó a que la camarera rellenara las copas de champán, y continuó recordando. Las notas de un arpa envolvían sus palabras.

—Las primeras semanas hablábamos mucho de ti. Las chicas te llamábamos *el Fugitivo*, aunque parecías un presidiario. Clavabas los horarios. Bajabas al comedor siempre a la misma hora, aunque nunca vaciabas un plato. Parecía que estabas en una biblioteca, pero si hubieras puesto el periódico al revés me da que no hubieras cambiado el gesto. Estabas en la inopia. Luego vimos cómo te reponías, poco a poco. Corrías con fuerza, se oía el retumbar de la cinta desde lejos. ¡Hasta que la descacharraste!

Nerea había llegado puntual, para variar. Juan, sin responder a ninguna pregunta, la había conducido a la habitación. Había dispuesto la caja sobre la cama. Había contemplado, como un rey mago navideño, la ilusión con la que abría el regalo.

Nerea se había cambiado en el cuarto de baño. Había entornado la puerta, sin cerrarla. Torca se había contenido, hasta que la vio salir.

Habían bajado de la mano. El botones de la mañana había guiñado un ojo a Torca: lo había visto subir con una cenicienta en vaqueros.

—Te afeitaste la barbaza y te quitaste diez años. Y cogiste color cuando comenzaste a lucir las piernas, atleta. El apodo *el Fugitivo* cuajó entre todo el personal, sobre todo después de que pagaras con billetes de quinientos, pero las chicas nos inventamos otro, que ya te contaré otro día. Silvia flipaba contigo. Era la que más me hablaba de ti... Nos tenías locas, tan solitario, tan atractivo, tan... necesitado de cariño. Hasta la noche de la tiritita. Se rebotó conmigo, no sé si por celos o porque dejé de cotillear sobre ti.

Torca pidió que cargaran la cuenta a la habitación. Salieron al jardín. Refrescaba. A regañadientes, Nerea dejó que Juan le cubriera los hombros con la americana.

—No tienes que deslumbrarme. No lo necesito. Aunque me encanta.

Nerea se dejó besar, apenas entreabriendo los labios. Torca bajó al cuello, pero Nerea se distanció de él. Tenía más ganas de hablar que de un segundo asalto.

—Eres un tío legal. Detrás de un mostrador no cuesta demasiado calar a la gente, te dejé alojarte la primera noche y no me equivoqué. Tampoco cuando le quité el botiquín a Silvia. ¿Sabías que ella se empeñó en subir a curarte? De buena te libraste. Eres legal —repitió—. Y un encanto. Pero mereces que sea muy sincera contigo, ¿no?

—Por supuesto.

—Bien. A ver si me explico. Nos conocemos del hotel, ¿vale? Yo sé cómo llegaste y te he visto reponerte. Por eso aquí me siento como en la meta. Cuando termines la carrera en San Sebastián, ya me contarás si te pasa como al japonés ese del libro. Pero no quiero irme por las ramas. Eras un perro abandonado y ahora mírate, hace un rato la petarda de la camarera te comía con los ojos. Me entusiasma haber asistido a tu resurrección..., y espero de corazón haber aportado mi granito de arena.

—Más que un grano, una tonelada —añadió Torca, escamado por el rumbo de la conversación.

—Lo que sea. A lo que iba. En este hotelazo estás en tu salsa, pero en el mío también. Juan, encajas en cualquier sitio, pero no sé quién eres. Al principio me intrigaban tus silencios, aunque siempre los he respetado. Eran propios de un fugitivo. Ahora... no sé qué pensar. Me gustas. Pero no sé adónde quieres ir a parar. Te veo soltando amarras, y me parece bien: dejas el hotel, y veo cómo regresas a tu vida anterior, la que fuera, pero no sé si cuentas conmigo, porque continúas igual de callado que el primer día. No sueltas prenda. No soy curiosa, te lo he demostrado todo este tiempo, pero tus silencios me desconciertan. Necesito saber quién eres, qué quieres de mí..., o si estamos celebrando una despedida.

Las palabras de Nerea supuraban ternura como una herida fresca, aunque la joven las había cobijado en su interior durante mucho tiempo. Qué sabias son las mujeres, se dijo Torca, qué complejas y fascinantes. Él no quería hablar, no necesitaba escuchar nada más, la sutil declaración de amor de Nerea le había sorprendido, le había desarmado. Los hombres somos torpes, zafios, simplones, pensó según se dejaba arrullar por las palabras de Nerea. Torca no quería hablar, no necesitaba escuchar nada más. Podría quedarse toda la noche en silencio en aquel jardín, mecido como un bebé por el cariño que transmitía Nerea. Y si no..., soy torpe, zafio, simplón, pensó, si ella no continuaba hablando sólo quería desvestirla de nuevo, esta vez sin prisas, desnudarla despacio, enlazarse con ella, acariciar su piel y dejarse llevar...

Nerea enarcó una ceja.

—¿No tienes nada que decir?

Torca se pegó a ella y le dijo, muy suave:

—Estamos celebrando nuestros primeros cuarenta días.

Nerea lo montó, lo domó, en la cama no cedió ni un instante la iniciativa. Luego, acurrucada sobre su pecho, insistió.

Torca habló midiendo las palabras, desprendiéndolas con esfuerzo de un muro de soledad y pesadumbre. Según fueron cayendo, las sacó con más soltura.

—Tuve una mujer. Murió. Tengo un hijo, Rodrigo. Vive aquí. Un día pasó por el hotel. Veinticinco tacos, policía, buen chaval. Mejor que yo. Mucho mejor. De mí poco puedo decirte. He hecho demasiadas cosas, pero pocas buenas. Muy pocas. He combatido en..., cómo explicarlo, en guerras sucias, frías. Bueno, todas las guerras, sobre todo las no

declaradas, son sucias, repugnantes, terribles. Creo que he estado en el lado de los buenos, o de los menos hijos de puta. He firmado muchas cláusulas de confidencialidad, poco puedo contarte. Además prefiero olvidarlo. Después he trabajado para una empresa grande, tan grande que tenía los pies de barro, y que a su manera también disputa guerras sucias. Luego murió mi mujer y pasaron... ciertas cosas, que también prefiero olvidar. Respeta mi silencio, por favor. Pronto comenzaré a trabajar. Desde cero, en la empresa de un amigo. La oficina queda cerca de tu piso, un día si quieres te la enseño. Pero antes tengo que echar una mano a otro amigo. Se metió en un problema y aunque poco puedo hacer ya por él, al menos puedo ayudar a su familia.

Nerea estaba quieta, atenta. Torca concluyó.

—Y ahora estoy aquí. Contigo. Si quieres.

Por la mañana el botones no se dejó engatusar. Torca se había mostrado levemente interesado por asistir al acto, no quería despertar ninguna sospecha, pero el rapaz prefería perder una buena propina antes que su puesto de trabajo. Entonces improvisó. Nada se le daba mejor. Se coló en el salón mucho antes de que llegaran los invitados y comenzaron los controles de seguridad, armado con un pinganillo y abroncando, colérico, al supuesto interlocutor con el que hablaba por teléfono.

Ramón Ribeyro llegó pronto, acompañado por un fotógrafo, aunque cada uno se fue por su lado. El periodista, que no vio a Torca, se unió a un corrillo de compañeros de otros medios; el otro trató de buscar una buena posición en uno de los lugares destinados para las cámaras.

El goteo de invitados se convirtió en un diluvio un cuarto de hora antes del comienzo del acto. Abundaban los hombres. Periodistas como Ribeyro, la mayoría jóvenes y sin corbata; empresarios, directivos y políticos con trajes sobrios; jugadores en activo más macarras que elegantes; futbolistas retirados, estrellas apagadas que ya no pretendían impactar con ropas y peinados estafalarios. Las escasas mujeres se podían dividir en tres grupos, con algunas excepciones: las periodistas, para Torca las más atractivas, con ropa informal, jóvenes y en algunos casos bellísimas; las modelos, actrices o celebridades casadas o ennoviadas con futbolistas, marcando escote; y las esposas de los empresarios, suegras de bodorrio, recargadas de maquillaje y joyas.

En una de las últimas riadas entraron Jorge Barriocanales y Camilo Laforet, siempre un paso detrás de su jefe. Y un minuto después llegó Adriana, acompañada de una morena casi tan elegante como ella: Olga Pelluch, una de sus socias en Mad Women. La que le había fichado en el cementerio. Ambas parecían demasiado sonrientes, nerviosas. Tras vacilar y después de buscar sin éxito por las proximidades alguna cara conocida, se sentaron y permanecieron en silencio, como alumnas aplicadas, hasta que comenzó el acto.

El tiempo es un chicle puñetero que se estira cuando sufrimos y se encoge cuando

disfrutamos. Y que sólo los más afortunados manejan a su antojo. En el gran salón del hotel InterContinental de Madrid, el viernes 4 de noviembre de 2011, los relojes se congelaron, el bullicio cesó y un remolino de anhelos y envidias se concentró en un solo cuerpo. Durante uno, dos o tres segundos casi eternos, Irina Shayk embrujó las leyes temporales. La modelo rusa eclipsó todos los flases con unos andares felinos, cadenciosos, y una mirada de jade. La Venus de los Urales, saciada, deshizo el encantamiento, se sentó en la primera fila y cedió el protagonismo a Cristiano Ronaldo, su novio, un rebelde sin causa con el pelo engominado y las cejas depiladas que sorprendió a Torca: ante los micrófonos transmitía tanta energía y determinación como en el césped. CR7 remató a puerta todas las preguntas que le hicieron y marcó un par de goles que pronto se convertirían en titulares periodísticos. En el escenario lo flanqueaban dos leyendas vivas del fútbol, Alfredo Di Stéfano, *la Saeta Rubia*, y Eusebio, *la Pantera Negra*. Ese apodo despertó en Torca unos recuerdos agridulces, para nada vinculados con el fútbol.

El partido de Torca comenzó después de que Ronaldo besara la Bota de Oro, cuando los asistentes se levantaron, los fotógrafos y los cámaras despejaron el salón y un batallón de camareros sirvió un cóctel.

Dime cómo hablas y te diré qué dices, pensó Torca. Como en cualquier otra reunión similar —Torca había asistido a muchas parecidas, aunque no futboleras—, había estrellas, planetas y satélites. Las estrellas, acostumbradas a ser el centro de las miradas, solían charlar entre ellas con suma cordialidad, a menudo fingida, y en público se rebajaban a hablar con los planetas con una mezcla de condescendencia y simpatía. Los satélites se conformaban con estar ahí para poder contarlo. En situaciones así, las conversaciones más jugosas, las únicas confidenciales, se producirían lejos de las estrellas, en los confines del salón, entre planetas y satélites.

Un camarero se detuvo ante Torca. Cogió una copa de vino que apenas cató, pero pegaba tener algo en la mano.

Estaba solo, apartado, tratando de no perder de vista a Laforet y a Ramón Ribeyro, pero pendiente de Adriana. Aunque era un satélite, a Torca le parecía que brillaba con luz propia. Se había recogido el pelo para remarcar la espalda, descubierta por un traje ceñido de inspiración oriental. Parecía más desenvuelta o relajada que antes.

—Buen gusto, Chema Valenzuela, yo también me he fijado en ella. ¡Qué sorpresa! No te esperaba aquí. ¿Qué tal te va?

Embobado por Adriana, Ramón Ribeyro se le había acercado de improviso.

—Ya ves, aquí ando. Al ver a esa amiga estaba pensando en acercarme a saludarla. ¿La conoces?

—No, pero no me importaría —dijo Ribeyro—. Y tampoco me importaría que me presentes a la morenaza, vaya loba.

Los ojos de Ramón Ribeyro, retadores, atravesaron una veintena larga de metros para conectar con los de Olga Pelluch, que susurró algo a Adriana. La viuda de Marsé se giró. Al reconocer a Torca no pudo reprimir una mueca de asombro. Éste la saludó alzando

levemente el vaso. Adriana se recompuso rápido y ensanchó los labios para desplegar una sonrisa postiza, que sólo engañó a Ribeyro.

—No tengo el gusto de conocer a la morena, pero si quieres vamos adonde ellas, ¿vale? Y luego te cuento —dijo Torca mientras echaba a andar, despacio—. Todo sigue igual, no sé si es que no se deciden o si están contemplando otras opciones, o...

—No pasa nada. Vamos allá. También tengo algo que contarte, pero puede esperar.

No habían avanzado media docena de metros cuando Adriana y Olga fueron abordadas por dos chinos trajeados. Olga, ceremoniosa, saludó con extrema cortesía al de mayor edad, un junco con flequillo, de unos sesenta años, y presentó a Adriana. En segundo plano, sin decir esta boca es mía, se mantuvo el otro, un mongol con coleta, bajo y corpulento.

—Vaya, se nos han adelantado —dijo Torca—. Mejor esperamos, ¿no? ¿Qué querías contarme?

Ribeyro vació la copa y aprovechó que pasaba un camarero para repostar. Bebía tinto.

—¿Aquí? Esto es un avispero. Te habrás fijado, Chema, en que además de lo mejorcito del gremio periodístico futbolero, de directores, columnistas y plumillas de todos los pelajes, no sólo merengues —mientras enumeraba cargos, alzando la vista por los alrededores, saludó a varios conocidos—, además aquí pueden escucharnos los que verdad manejan los hilos del cotarro. ¿No te has fijado en que han venido Jorge Mendes y Peter Kenyon, los dos agentes futbolísticos más poderosos? Y hay más representantes. Aquí uno viene para ser visto, y poco más, todos tratamos de pescar algún cotilleo interesante, pero nadie cuenta nada, no sea que le llegue a algún oído interesado.

Torca volvió a pensar que a Ribeyro le encantaba escucharse.

—Ya, ya me he dado cuenta.

Miró a Adriana. No seguía el consejo de Ribeyro: ella y Olga intentaban sostener una conversación discreta con el chino.

—Si quieres salimos a fumar, allí parece que se puede charlar con calma. Me da que mi amiga tiene para rato —dijo Torca.

Ribeyro lo acompañó, aunque echó un último vistazo a Adriana y Olga.

—No sé qué se le ha perdido aquí a Mo Xingjian, pero parece que se las está camelando.

—¿Mo Xingjian? No me suena, ¿quién es?

Sin soltar la copa, Ribeyro aceptó un pitillo de Torca y soltó una de sus parrafadas.

—Xingjian es un mecenas, un midas, un exponente de que los tiempos están cambiando, han cambiado. Español nacido en Fuenlabrada, o chino de segunda generación, como prefieras, se pasó la infancia y la adolescencia aprendiendo a vender en el bazar de sus padres y, no me digas cómo, ya sabes que lo mío es el fútbol, aunque no soy un tipo desinformado, ha levantado un pequeño imperio aprovechando los años de vacas gordas: supongo que será dueño de cientos de tiendas de Todo a cien, de naves industriales, de redes comerciales, no me digas, el caso es que se ha hecho famoso por una

iniciativa muy interesante, una fundación que está trayendo a Madrid a los conferenciantes más importantes del mundo: expresidentes, economistas prestigiosos, científicos ganadores del premio Nobel... Es un auténtico *self made man*, un hombre hecho a sí mismo, que demuestra que en España no tenemos tantos prejuicios raciales como la gente cree.

—¿Y te ha extrañado encontrarlo aquí?

—Que yo sepa, el fútbol no le va. Aunque, bueno, el fútbol y China, el deporte más global y el país más poblado y poderoso, parecen destinados a entenderse e iniciar una historia de amor duradera, basta con ver las giras del Madrid y el Barça por Asia... Y al fin y al cabo, pocos chinos habrá en España con mejores conexiones que Xingjian. No, no desentona aquí.

Tampoco desentonaba, pensó Torca, que un tipo así quisiera echar un ojo al maletín de Marsé.

—Parece que en el mundo del fútbol han prohibido fumar, al menos en público. ¿Estamos lo suficientemente solos? ¿Qué querías contarme? —preguntó Torca.

Ramón Ribeyro despegó la espalda de la barandilla. Se le veía crecido.

—¿Te he dicho que me recuerdas a Antonio José Munárriz?

—Hasta ahora, no. ¿Quién es?

—Mi primer redactor jefe. En la radio. Cómo me puteaba. Pero con él aprendí el oficio. Podía ser más puntilloso y meticuloso que nadie si un dato no cuadraba o si una frase carecía de ritmo, aunque también nos dejaba ir a nuestro aire.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Nada, pero usas su táctica. La noche que cenamos sacas lo de Barriocanales. Ya sé, querías evaluar mis conocimientos y tal. Pero luego vienes al periódico y me hablas de la carpeta blanca. Vagamente, como quien no quiere la cosa, dices «la» carpeta, no una carpeta. Cualquiera pillaría la diferencia. Como Munárriz, me lo pones en el hocico y te largas, pero puedes suponer que voy a husmear los rastros de Barriocanales y esa carpeta blanca hasta que mi olfato periodístico detecte algo jugoso.

—¿Y has encontrado algo?

Ribeyro sonrió.

—Te he pillado, Chema Valenzuela. No sé si esto es parte del proceso de selección, una especie de evaluación continua, o qué sé yo, pero a estas alturas la pregunta que me hago no es de qué va eso de la carpeta blanca, sino por qué me has filtrado eso.

Torca se vio en un atolladero. Por fortuna, otro fumador se acercó a ellos.

—Pero, Ramonchu, ¿no lo estábamos dejando?

Un cuarentón regordete y jovial sacó una caja de Ducados. Ribeyro hizo las presentaciones. El brillo de su mirada no auguraba nada bueno para Torca.

—Manu Laviana, hoy miembro del departamento de Comunicación del Real Madrid y ayer, y espero que pronto, periodista deportivo. Redactor jefe en excedencia de *El*

Mundo.

—Juan Torca, hasta hace poco *knowledge auditor* en EuCorp. Los amigos, como yo, le llamamos Chema. Pero todavía no sé de dónde viene el apodo, cuéntanos.

Laviana le entregó una tarjeta. Torca, fuera de juego, preguntándose cómo cojones se había enterado Ribeyro de su verdadero nombre, le dijo que no llevaba ninguna. Pero al periodista del Real Madrid la posible historia del apodo le traía sin cuidado. Laviana no siguió la corriente a Ribeyro. Sólo la mención a la corporación vasca había despertado su interés.

—No ha venido Carlos Butrón, ¿no? EuCorp usa un par de palcos, pero él no se prodiga mucho por los Madriles.

—No anda por aquí. Ni tampoco su hermano Juan Mari. Les cuesta salir de Bilbao, se están haciendo mayores. Sin embargo, no se pierden un partido en San Mamés — contestó Torca con aplomo, tratando de sobreponerse.

—Cierto —añadió Laviana—. Te preguntaba por el pequeño porque dicen que Florentino se lleva bastante bien con él. Con Juan Mari..., te puedes imaginar.

Ribeyro, sin poder meter baza, asistía al diálogo más fascinado que chafado. Había esperado al momento oportuno para desenmascarar a Torca, pero éste aparentaba no haber recibido golpe alguno.

—Juan Mari Butrón no se lleva bien con nadie. Ni falta que le hace. Genio y figura.

—Y tanto —concluyó Laviana—. Bueno, ¿qué te trae por aquí?

—Poca cosa. No sabemos si fichar a Cristiano Ronaldo o a Ramón Ribeyro. ¿A quién me recomiendas?

Los tres se rieron. El que más, totalmente desconcertado, Ribeyro.

Torca miró hacia dentro. Adriana y Olga se despedían de los chinos. Aprovechó la ocasión.

—Ramonchu, perdóname, pero me urge hablar con una persona. Tenemos que hablar, te busco en un rato o te llamo sin falta hoy mismo. Manu, encantado.

El salón comenzaba a despejarse, pero Torca no llegó a interceptar a Adriana. Camilo Laforet, que hacía unos minutos recogía la baba de Barriocanales en la otra punta del salón, ahora se interponía en su camino.

—Juan, ¿cómo tú por aquí?

—Ya ves.

—¿Te ibas ya? ¿Detrás de Adriana? ¿Has visto con quién hablaba?

—Con Mo Xingjian. Tranquilo, lo tengo todo controlado.

—¿De verdad? —intervino Laforet—. Recuerdas nuestra última charla telefónica...

—Quiero esos cien mil euros, Camilo. Y los treinta del topo. Sólo te pido un poco de paciencia...

—Ya te he visto con Ribeyro. ¿A ese no le despiertas con un machete?

—No va a hacer falta. Te mantendré informado.

Adriana y Olga habían salido hacía rato. Apretó el paso. Demasiado, porque ya muy cerca de las puertas no pudo esquivar a un joven que de repente se desligó de un grupo para encarar también la salida. El encontronazo lo habría borrado de su memoria si no hubiera chocado hombro con hombro con Cristiano Ronaldo, un muro, si el futbolista no lo hubiera pisado, si el séquito que acompañaba al jugador no lo hubiera rodeado y si, finalmente, el goleador portugués no se hubiera disculpado.

—Perdona, ¿te lastimé? —dijo Cristiano.

—No ha sido nada. Culpa mía.

—Aquí no hay árbitros, pero si te pego este pisotón en cualquier campo... ¡me sacan la roja!

El séquito estalló en una carcajada casi espontánea. Camilo Laforet y Ramón Ribeyro, como muchos otros de los presentes, sólo llegaron a ver que el astro portugués le tendía la mano a Torca. «Cómo te llamas», le había preguntado el delantero en voz baja, sonriente pero ajeno a las risas. «Juan Torca», respondió, sin más añadidos. Eran de la misma altura, aunque Cristiano, delgado y fibroso como un potro, le sacaba un dedo gracias a unos mechones encrespados. La comitiva portuguesa se dirigió hacia la salida. Los siguió, ya más despacio, dando por perdidas a las mujeres, hasta que las encontró cerca de la parada de taxis.

Quizá lo estaban esperando. Adriana le hizo una seña para que se acercara a ellas.

Por tercera y última vez, dejó que le presentaran.

—Olga Pelluch, mi socia. Juan Torca, el amigo de Javier.

Después del apretón de manos enérgico y sostenido del futbolista, los lánguidos y gelatinosos dedos de Olga tenían más peligro que los tentáculos de una medusa.

Rompió su silencio con una voz ronca y crispada.

—¿Te crees que Adriana está tan necesitada que se va a abrir de piernas al primer quijote que quiera ayudarla? ¿O sólo quieres forrarte? Lárgate, deja de molestar. No vas a conseguir nada.

Torca miró a Adriana.

—Estoy alojado en el hotel. Si aquí le pego unos azotes en el culo a tu socia, igual llamamos la atención. Mejor subimos.

Olga montó en cólera.

—Pero ¿tú de qué vas? Pedazo de subnormal, ponme la mano encima y...

—Ya te gustaría —dijo Torca.

Adriana intervino.

—Dejadlo. ¡Ya! Vamos dentro. Olga, ¿me esperas aquí o te vas para la oficina?

Muy enfadada, demasiado, la morena se largó sin despedirse. Buen pandero pero una actriz nefasta, pensó Torca.

Con Adriana, la suite ya no parecía tan espaciosa. Se reducía a la cama. La mujer desdeñó la butaca y la silla del escritorio y se sentó en un lateral, cerca de las almohadas, con las piernas juntas.

—No dejas de sorprenderme. Te cuelas en mi casa, te presentas en la gala... ¿Cómo conseguiste la invitación? Pero sobre todo, ¿cómo supiste que iba a venir? ¿O me has seguido desde casa?

—Un mago no destripa sus trucos.

Torca giró la silla y se sentó a horcajadas. Adriana, pensativa, mirando al suelo, musitó:

—¿No vas a dejarlo?

—Ya no —contestó Torca.

—Pues me vendría muy bien que me ayudaras. —Subió la cabeza, lentamente, y lo miró a los ojos—. Pero no sé qué quieres a cambio.

—Nada. Y mucho menos un polvo rápido.

«El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.» Las palabras que leyó el cura el domingo anterior rondaban por la cabeza de Torca cuando cerró la puerta. Adriana se alejó por el pasillo. Intacta.

La mujer apenas había arrugado la colcha. Torca se sentó en la cama, se quitó los zapatos y se dejó caer en el colchón. No quiso fantasear con qué podría haber hecho con ella, con qué podría estar haciendo en ese momento. Para bajar el calentón tendría que enterrarse en hielo. Adriana se habría entregado aparentando resignación, se habría dejado desnudar como un maniquí, habría recibido las primeras caricias conteniéndose... Luego habría gemido como una puta barata y después le habría convertido en una marioneta.

Recordó a su padre. Un hombre austero y cascarrabias que aceptaba a regañadientes los regalos de su único vástago. «Cuando tienes de todo, nada te complace», refunfuñaba. A Marsé no le faltaba de nada: tenía una mujer, una hija, un trabajo, una casa, un pasado jugoso y un presente acolchado. Pero Adriana, más joven y ambiciosa, ansiaba emociones fuertes, como Olga y, tal vez, como la tercera *madwoman*, Manuela.

Adriana, por fin, había mostrado sus bazas. Había subido a la habitación dispuesta a

claudicar, a aceptar de una vez la ayuda de Torca. O eso parecía. En cualquier caso, aunque se guardara un as en la manga, y aunque manipulara los hechos, cuando por fin había confesado había confirmado una sospecha de Torca: la genial idea de dejarse atracar había surgido de la peliculera y fértil imaginación de Adriana. Porque Xavi Marsé siempre había sido un mandado. Un tipo eficaz, resolutivo, pero sin iniciativa. Siempre había obedecido órdenes, ya fueran de un sargento chusquero, de un delegado del Gobierno, de otro mercenario, de un directivo... o de su mujer.

«Nada es gratis, si quieres ayudarme tendrás que aceptar mi dinero», había exigido Adriana, aunque sin adelantar ninguna cifra. Torca había asentido, quería ver por dónde salía. «El plan, sobre el papel, no presentaba fisuras. Una lucha convincente con los atracadores, alguna que otra magulladura para despejar cualquier duda, y asunto resuelto: “Un millón para el mejor”, eso decía Javi», había recordado Adriana.

Pero el intercambio de los expedientes no se había llegado a producir. «Los tengo yo —admitió—. El comprador no ha dado señales de vida. Igual se echó para atrás al leer en la prensa que Javi estaba en coma. Javi le ofreció los dossieres y lo hizo todo de maravilla..., pero era un amigo suyo y no sé cómo ponerme en contacto con él.»

«Quién es», había preguntado Torca. «Ya da igual, Olga ha encontrado otro comprador», respondió Adriana. El chino.

Las verdades a medias se sostienen tan mal como las mentiras. Pero Torca había dejado que Adriana siguiera hablando. «El martes vamos a entregarle a Mo Xingjian el maletín. Me fío de él... Pero nos vendría bien que nos escoltaras, ¿eso es lo que querías?»

Necesitaba despejarse. Bajó al gimnasio, trotó cinco kilómetros, despacio pero marcando el máximo de inclinación de la cinta, se duchó y llamó a Nerea.

—¿Te vienes?

—No tardo.

Conectó el ordenador para buscar información sobre Mo Xingjian. A Ribeyro le había faltado añadir algo obvio para Torca: iba de mecenas por la vida para lavar su imagen. Fijo que era un trepa implacable, con los parabienes de la mafia china y los políticos madrileños.

Antes de cerrar el portátil resolvió una duda estúpida. Cuando hizo el paseíllo en el salón, Torca no había recordado el nombre de la espectacular novia de Cristiano Ronaldo. En un golpe de ratón lo encontró. Irina Shayjlislamova le pareció una combinación preciosa. Casi tanto como Nadia Ivanova. Nieta del Holodomor, hija del caos de Kengir, también Nadia había cruzado los Urales, como Irina, la *minha namorada* de CR7, según la prensa rosa. Para triunfar en las pasarelas, la chica había acortado su apellido. Irina Shayk sonaba a escualo. Shayjlislamova, a vodka premium.

A Torca las redes sociales le intrigaban. No concebía cómo la gente desnudaba su intimidad sin pudor ni cautela. Irina, cómo no, mantenía una página en Facebook cargada de fotos sugerentes y anotaciones triviales, jaleada por miles de admiradores que lanzaban

piropos en varios idiomas.

Una de las imágenes le sonaba de los expedientes de Laguna, aunque no fuera precisamente una foto robada. El 15 de febrero Irina había exclamado en su Facebook, en mayúsculas y abusando de las admiraciones: «Thank you to everyone!!!! I got the cover!!!!!!!!!!». Adjuntaba con ese texto la portada del número especial de trajes de baños de la revista *Sports Illustrated*. Arrodillada en una playa de Hawái, la melena apenas acariciada por la brisa, los pechos más comprimidos por los brazos que por el bikini, las manos hundidas en la arena, la boca entreabierta y una expresión cándida. Una musa de Botticelli del siglo XXI, expuesta a Internet y a los cotilleos. Perseguida por paparazis infatigables... Y por fisgones profesionales, aunque en Laguna & Campbell habían pinchado en hueso: no habían conseguido ningún material comprometido de ella ni de Cristiano Ronaldo.

Otros, en cambio, no dormirían tranquilos si los expedientes afloraban hinchados y putrefactos, como los cadáveres que el mar devuelve a la orilla.

Nerea sí que estaba tardando. Aburrido, cedió a la tentación y la buscó en Facebook. Mala idea. Tenía más de un centenar de amigos. Casi todas chicas, pero eso no le alivió. Para nada. Entre sus gustos, decía: ¡Love of Lesbian! Cerró el navegador, descolocado. Si le iban las tías, ¿qué coño hacía con él?

Al cuarto de hora la joven entró sin avisar. Torca le había dado una tarjeta por la mañana.

Estaba radiante, pero al ver la actitud de Torca cambió de cara.

—¿Te pasa algo?

Torca jamás había sido celoso..., porque Raquel nunca le había dado motivos para serlo. Pero ahora estaba dolido. No sabía cómo estaba. Ni qué decir.

—Juan, ¿pero qué te pasa?

Torca intentó ser irónico. No lo fue.

—¿Qué es eso de *Love lesbiano*? Ya sabes que soy un tío liberal, que conste.

La joven se descojonó. De él, y con él. Torca acabó escuchando algunas de las canciones de Love of Lesbian, el grupo favorito de Nerea. Y le gustaron. Sobre todo una que decía: «Tengo un cuchillo y es de plástico, donde solía haber metal». Dio más de una vuelta a esa frase.

Adriana llamó el sábado por la mañana. Quizá desde las oficinas de Mad Women: el teléfono parecía estar en manos libres, con Olga y tal vez la tercera socia pendientes de cada palabra.

—Lo han adelantado al lunes, ¿puedes?

—Claro. ¿A qué hora?

—Ven a nuestra oficina en López de Hoyos a las nueve de la noche. Nos esperan a las diez en la entrada del centro comercial Plaza Oriente.

—De acuerdo. ¿Llevo coche?

—No, no hace falta. ¿Seguro que quieres venir?

—Sí.

—Muy bien. Gracias, Juan.

Adriana colgó sin que pudiera pedirle más detalles. Aunque tampoco los necesitaba.

Torca desconocía dónde quedaba ese centro comercial. Supuso que en los alrededores del Palacio Real y la plaza de Oriente, donde unos días después los fachas nostálgicos se reunirían para recordar a Franco y despotricar contra la democracia. Lo buscó en Google. Se había equivocado. Quedaba a más de una veintena de kilómetros del centro de Madrid.

Aunque estaban a nueve mil kilómetros de Pekín, los chinos iban a jugar en casa. Sin disimulo.

Pagó en recepción en efectivo. A pesar de la clavada, se habría quedado unos cuantos días más. Volvió al apartamento en taxi. «Hotel, dulce hotel, hogar, triste hogar», cantaba Sabina. Se llenó de valor y colocó una sartén en un quemador. Puso un generoso chorro de aceite de oliva. Consiguió descifrar los mandos de la cocina. Pilotar un helicóptero costaba menos. El aceite se calentó vertiginosamente. Sacó del frigo un par de huevos. Cascó el primero en el borde del fregadero, pero se pasó de fuerza, destrozó la cáscara y se puso las manos perdidas. Asqueado, se las lavó a todo correr y, sin secarse, repitió el intento. Con más cuidado, agrietó la cáscara del otro huevo. El aceite humeaba. Se acercó despacio, con las manos mojadas. Antes de echar el huevo, cayó agua a la sartén. El aceite chisporroteó y lo salpicó, pero no se achantó. La clara también comenzó a derramarse cuando todavía no había abierto del todo la cáscara. Se estaba abrasando, pero logró abrirla sin joder la yema. Lanzó por fin el puñetero huevo, desde las alturas, y ardió Troya.

En la taberna de Hortaleza le dieron una pomada para las quemaduras y una cocinera bilbaína le vendó la mano. Había huevos fritos con picadillo en el menú..., pero pidió pescado.

Oriente

El lunes por la mañana Cobo Calleja hervía como un cocido madrileño. Sin embargo, allí se comerciaba con mercancías chinas en vez de con garbanzos, tocino, patata y otros ingredientes peninsulares. Cobo Calleja, el polígono industrial de Fuenlabrada colonizado por empresas asiáticas, era un Chinatown cutre y cañí: moles y más moles con naves industriales y almacenes al por mayor. Y el Plaza Oriente guardaba pocas semejanzas con los centros comerciales convencionales: lo formaban ocho bloques independientes, de color rosa, con tiendas variadas y unos jardincillos escuálidos, que pasaban tan desapercibidos como la lechuga de una hamburguesa.

Hacia un lustro Cobo Calleja era considerado por la Policía el mayor centro de piratería de Europa. Aunque los tiempos siempre cambian. En febrero, el ministro de Fomento, José Blanco, había inaugurado el nuevo centro comercial, la guinda del polígono. El político socialista había lanzado un brindis al sol por el capitalismo. «Esto es la globalización, el libre comercio: que unos jóvenes emprendedores chinos puedan desarrollar su proyecto comercial aquí en Fuenlabrada, y que a la vez los emprendedores españoles puedan desarrollar sus proyectos empresariales en China», había dicho el señor ministro (pero nunca el señor Blanco, el único Mister White fabricaba meta azul en *Breaking Bad*, pensó Torca al leer esa noticia).

Después de rodar un rato por el polígono, Juan Torca aparcó la moto entre una camioneta y un coche, a un centenar de metros del Plaza Oriente. Cambió el casco por una gorra, que sacó del portamaletas con una mochila, y caminó hacia el centro comercial.

Dentro del recinto, le sorprendió toparse con una vinoteca bien surtida. Se dio el gusto de comprar una botella de Vega Sicilia Único y otra de Cillar de Silos. Ante la duda, Ribera del Duero. Entró en otras tiendas, pero no llegó a adquirir ningún regalo para Nerea.

Torca iba en chándal, disfrazado de dominguero. Pero Jandro parecía un perturbado recién salido de la cárcel. «Vete recatado, tapa los tatuajes», le había aconsejado Torca el día anterior. Se lo había tomado al pie de la letra. Con las botorronas militares, unos pantalones de pinzas que el siglo anterior fueron planchados con raya en medio, una camisa de cuadros abotonada hasta el cuello y un jersey de pico con coderas, asustaba más que vestido de ángel del infierno. Se mantuvieron a distancia, sin llegar a cruzarse. Aunque los dos destacaban: la mayoría de los vendedores y compradores eran orientales. Torca lo vio meterse en una tienda de lencería y entonces aprovechó para salir del centro. El teléfono vibró.

—He dejado la furgó lejos de la entrada, en un sitio fatal, pero por la tarde esto se despejará bastante, ya verás. Cuando vuelva luego, aparco junto a la otra acera, para tener una salida franca hacia la calle principal, ¿afirmativo?

—Vale, Jandro.

—¿Qué te parece? Esto parece Shanghái, pero no tiene nada de particular. A las diez será un desierto, pero tú tranquilo, voy bien preparado. Si necesitas que te preste algo, quedamos otra vez en la gasolinera.

—No hace falta. Pero gracias.

La desconchada y polvorienta furgoneta no llamaría la atención por la noche.

—Entonces, ¿todo controlado?

—Sí.

—De puta madre. ¿A que te has quedado parado enfrente de la furgó? Estos localizadores son la bomba, me salieron por un huevo, pero fijan la posición sin margen de error... No como la mierda de Malabo, ¿te acuerdas?

—Por supuesto.

—Las pasamos más putas que en vendimia. Todavía no sé cómo nos sacaste de Black Beach.

—Ni yo, ha llovido mucho. Bueno, cojo ya la moto. Cómprale algo a tu chica, y luego vete a la tienda de enfrente. A ver si renuevas tu vestuario...

—¡Cacho cabrón! Si parezco un seminarista. No te quejarás.

Regresó a Madrid. Al descorchar la botella de Cillar recordó que se había propuesto no catar el alcohol hasta la carrera. Tarde. Quedaban seis días, pero todavía no había buscado alojamiento en San Sebastián. Buscó una copa, se sirvió y encajó de nuevo el corcho. Le faltaba algo para acompañar al Ribera. La cocina jamás la volvería a encender, pero partir jamón no se le daba mal. Por la tarde me compro un jabugo, un jamonero y un buen cuchillo, pensó al dar el primer sorbo, algo tengo que hacer hasta las nueve. Y una buena caña de lomo, y un queso. Y pan tostado. Y manzanas, nueces y dátiles. Se sentó en el sofá, satisfecho, aunque no tardó en volver para rellenar la copa.

Jandro se había alistado sin el menor asomo de duda. Quería acción, salir de la rutina, repartir como en los viejos tiempos. No quería involucrar a Luisito, pero al terminar la botella lo llamó. Algo tenía que hacer para no abrir la de Vega Sicilia: la había reservado para Nerea.

—¿Cómo lo llevas, Juan?

—Muy bien. ¿Tienes cinco minutos?

—Para ti, cincuenta. Dime.

—Mo Xingjian. ¿Te suena?

Luis Laguna se quedó callado. Divertido y perjudicado por el tinto en ayunas, Torca esperó. Respondió cinco o diez segundos más tarde.

—Suená mal. Ni se te ocurra acercarte a él.

—Demasiado tarde, Luisito.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado?

—Mañana a las nueve me paso por tu segundo despacho, me invitas a un café con porras y te lo cuento, ¿vale?

—¿Y por qué no me lo cuentas ahora?

—Deja, no corre prisa. Bueno, ¿puedes hacerme un favorcete?

—Claro.

—Si averiguas dónde vive, mándame un mensaje con la dirección. Ayer me dio por buscarla y no hubo manera. Pero seguro que ese rastreador tuyo tan persistente la encuentra.

—Lo tengo por aquí, no creo que le cueste.

Bajó a una tasca, comió un bocata de calamares, se dejó seiscientos euros en un ultramarinos y subió para echarse una siesta. Se despertó cuando le subieron el jamón y el resto de las viandas.

A las ocho de la tarde, ya preparado, le llegó el mensaje de Luisito: «Sí que costaba encontrarla. Urbanización Las Encinas de Aravaca. Villa noreste, con vistas al Pardo. Bunkerizada».

Le reenvió las señas a Jandro, por si las moscas.

Las socias de Mad Women no sólo habían copiado a *Mad Men* para bautizar a la empresa, sino también para diseñar el logo, negro y fucsia, y para decorar la oficina. Situada en la entreplanta de un edificio de López de Hoyos cercano al Auditorio, en la entrada habían colocado un cartel de la célebre serie televisiva y una placa con sus apellidos, Domecq, Pelluch & Rodríguez. Torca llamó a las nueve menos cinco. Abrió la puerta una secretaria desnutrida, en las antípodas de la pelirroja sensual y pechugona que aparecía en la serie. Se sentó en un sofá que parecía robado del plató. A las nueve en punto Adriana salió a recibirlo, lo besó en las mejillas y lo condujo a su despacho.

Mad Men le parecía a Torca una serie entretenida, aunque no la había subido a los altares de *Los Soprano*, *The Wire*, *Roma*, *The Shield* o *Breaking Bad*. Le sonaba que la reproducción de Mark Rothko que presidía el despacho de Adriana había aparecido en algún capítulo.

—Sí, es el mismo cuadro —le confirmó Adriana—. En la serie dicen que ha costado diez mil dólares. El original hoy valdrá millones.

—Pues qué bien. ¿Y cuánto vale el maletín? O, mejor dicho, ¿cuánto está dispuesto a pagar Xingjian?

—Vale menos, mucho menos que la vida de Javi. Cómo me arrepiento. Nunca me lo perdonaré.

Adriana sacó un pañuelo que no llegó a mojar. Se repuso pronto.

—No nos vamos a complicar la vida. Cogemos el coche de Javi, se lo damos a Mo con el maletín, paga y nos olvidamos de esto para siempre. Te agradezco que me acompañes. ¿Seis mil euros te parece bien?

—¿Dónde has escondido el coche? —Torca no preguntó a Adriana cómo regresarían de Cobo Calleja, tiempo habría, aunque se hacía una idea.

—Ahora verás.

Salieron del portal, caminaron hacia la calle Cartagena y se metieron en una callejuela. Adriana abrió la puerta de una oficina con garaje.

—Javi alquiló este taller hasta fin de año, en negro, pero ya va siendo hora de que el coche desaparezca. Los argelinos cumplieron su palabra, lo trajeron cerca de aquí y se han vuelto a París.

—¿Cobraron por adelantado?

—Una parte. La otra se la di yo esa misma noche. Antes de que Laforet me contara que Javi estaba en coma, yo ya había escondido aquí el coche. Aunque ya me temí lo peor al ver que no me llamaba. No puedes imaginar qué infierno pasé esos días.

Torca se podía imaginar eso y más. Adriana abrió el maletero y cogió el maletín. Relucía como unos zapatos de charol. La cerradura podía forzarse con un alfiler. Adriana lo sopesó, como para cerciorarse de que no estaba vacío.

—¿De quién fue la idea de joder la pantalla del móvil? —preguntó Torca.

—¿Hasta eso has descubierto?

—Tampoco hace falta ser un genio.

—Se le ocurrió a Javi. Así cuadraba que no le robaran el iPhone con el maletín y el coche, ¿no? Y luego podía llamaros al restaurante y avisarme... Estaba todo controlado.

—Controladísimo. ¿Salimos ya? Yo conduzco.

Adriana, contrariada, apagó las luces del taller, y se sentó a su derecha colocando el maletín entre las piernas. Pendiente de abrir y cerrar la puerta mecánica, no se fijó en el vendaje hasta que Torca no se detuvo en un semáforo.

—¿Qué te has hecho en la mano?

—Mejor no te lo cuento.

—¿Por qué? No me digas que te has metido en una pelea...

—Pues sí. Nada menos que con un huevo.

Torca le contó la masacre de la cocina sin ahorrar un detalle. Aunque Adriana no se rio, la tensión entre ambos disminuyó.

La mujer comprobó que todos los compartimentos estaban vacíos.

—Me da pena este coche. ¿Tú crees que mañana aparecerá en un barranco?

—No creo que tarde en cruzar la frontera. Con otra matrícula.

Todavía no habían salido de Madrid. Torca conducía con calma. Nadie los seguía.

—Ahora que lo pienso, tu suite del InterContinental no tenía cocina, ¿dónde freíste el huevo?

—Me alojé en el hotel sólo un par de noches. Ahora vivo en un piso.

—Ah.

Cualquier mujer extrae información mejor que el interrogador más curtido. Si quiere. Adriana se mordía la lengua.

—¿Qué quieres preguntarme? —dijo Torca.

—Nada. Bueno, una cosa. Javi quería currar contigo. Ahora... ¿qué vas a hacer con tu vida?

—Tengo ahorros. Pero algo haré.

—Ya. Pero no vas a trabajar con ellos, ¿no? —insistió Adriana—. Júrame que no trabajas para ellos.

—No. Voy por libre. Aunque no te lo creas, esto se lo debo a Javier. De todas maneras, ¿de verdad te crees que él habría seguido en Madrid Seas después del atraco, y que yo podría haber acabado currando con él allí?

Adriana tardó en responder.

—Mira, ahora poco importa. Pero estaba planeado todo al milímetro, de verdad. —Se agachó para coger el maletín—. Íbamos a destruir casi todo lo que hay aquí. Sólo nos interesaba una cosa. Y en Madrid Seas, al ver que nada entorpecía sus planes, muy pronto se habrían olvidado del robo.

—Seguro. ¿Y a Mo Xingjian le interesa todo?

—Sí.

—Pero ¿sabe exactamente qué va a comprar?

—Sí, aunque no ha visto los dossiers, claro.

—¿Y los ha visto Olga?

—No. No me he atrevido a sacarlos del garaje. Nadie más que tú y yo ha estado allí, para que veas cómo me fío de ti.

—Ya. A propósito, y si tu socia es quien conoce a Xingjian ¿por qué no ha venido con nosotros para cerrar el trato?

Habían dejado atrás Getafe. El polígono quedaba cerca, pero todavía podían echarse

atrás.

—Porque nos espera allí. Hemos pensado que mejor iba ella en su coche. Y así nos trae de vuelta.

Jandro se lo iba a pasar de miedo.

Cobo Calleja no dormía, continuaba iluminado, aunque apenas había tráfico.

—¿Sabes dónde queda el centro comercial?

—Sí —dijo Torca.

Adriana miró el reloj. Faltaban todavía unos minutos. Le pidió a Torca que aparcara en cualquier sitio, para acercarse justo cuando fueran las diez en punto.

—Dime la verdad. Si no te llego a pedir que me acompañaras, no sé cómo, pero me habrías seguido.

—Quizá.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Ahora hazme caso, quédate aquí, espérame y luego venimos a recogerte.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque sí. Tú hazme caso. —Torca se mantuvo en silencio—. Somos mujeres. Sabemos manejarlos. Si ven que llego con alguien como tú, igual se enfadan o se ponen nerviosos, mejor que no vengas.

—Tu amiga Olga prefiere que no aparezca, ¿verdad? ¿Por qué no le dices que regrese a Madrid? No merece la pena que hagas esto. Aún estamos a tiempo.

Sonó un pitido. Adriana había recibido un mensaje de texto.

—Es ella. Que vaya.

La suerte les sonreía. Un cochazo negro, con cristales blindados y tintados, estaba estacionado junto al escarabajo amarillo de Olga Pelluch. Y ambos coches se encontraban sólo a unos pasos de la furgó. Habían acertado. Torca dejó atrás los tres vehículos y giró para tener la salida de cara.

Durante un par de segundos, muy largos, nadie abrió su puerta. Olga dio el primer paso, Adriana la secundó, Torca se vio en la obligación de seguirla también, y al momento salieron Mo Xingjian, el mongol que lo había acompañado en el hotel y otros tres escoltas. Demasiada gente.

Xingjian avanzó con una sonrisa. El mongol, que portaba una bolsa de cuero, lo acompañó. Los otros tres secuaces se desplegaron lentamente, pendientes de Torca. Su capo, en cambio, lo ignoró:

—La gala del Madrid fue el escenario idóneo para que dos mujeres tan maravillosas me deslumbraran. Siento con toda mi alma que nos veamos hoy en un sitio tan poco apropiado, aunque incluso en esta situación me complace admirar vuestra belleza. —Llegó hasta Adriana—. ¿Me hace el favor?

Adriana, muy tensa, le entregó el maletín.

—La llave, querida.

—Están puestas en el coche, pueden cogerlo ya —dijo Adriana.

—La del maletín, por favor.

Adriana rebuscó en su bolso, nerviosa, y sacó un llavín.

Xingjian apoyó el maletín en el capó del coche de Marsé y hojeó varios expedientes. Complacido, sin apartar la vista de los papeles, ordenó al mongol:

—Dáselo.

El bolso se abría con un broche. Adriana lo sujetó, pero Olga accionó el resorte.

—¡Está vacío! —gritó Adriana.

—Mo, ¿qué tomadura de pelo es ésta? —aulló Olga.

Torca desenfundó la pistola y apuntó a Xingjian en cuanto vio la cara de pasmo de Adriana. Pero los tres guardaespaldas también sacaron la artillería. Unas Smith & Wesson más potentes que su Glock, aunque a esa distancia todas podían ocasionar estropicios similares. Las mujeres, muy atemorizadas, se colocaron detrás de él.

Mo Xingjian, impasible, guardó las hojas en el maletín y continuó dirigiéndose a las mujeres:

—¿Para qué voy a pagar por algo que ya es mío? Sería ridículo, ¿no? —Cerró el maletín y se guardó la llave en un bolsillo de la americana—. Ahora lo mejor que podéis hacer es marcharos, lamentaría mucho que vuestro acompañante saliera lastimado.

Torca había calibrado a sus oponentes antes de sacar la pistola. El mongol, el más peligroso aunque siguiera desarmado, permanecía impasible, pegado a su jefe.

Jandro se demoraba demasiado. Si salía de la furgó, pillaría a los chinos por la espalda, ¿a qué esperaba? Debía estirar el tiempo.

—Aquí el primer lastimado serás tú —dijo Torca.

Por primera vez, Mo Xingjian lo miró a la cara.

—Eres muy macho. Ya has demostrado tu valor, ahora guarda ese juguete.

—Con este juguete voy a reventarte la cabeza si dentro de cinco segundos no dejas el maletín en el suelo. Tú verás.

Mo apartó los ojos de Torca y miró al mongol.

—Cinco —dijo Torca.

El mongol avanzó un metro.

—Cuatro.

—¡Tres! —Torca fue el primero en ver a Jandro. Debía de haber salido por la puerta corredera. Vestía de negro de los pies a la cabeza y se cubría con un pasamontañas y un peto. Además de una canana con un machete y dos Magnum, y una escopeta recortada colgada del hombro, sujetaba firmemente un Kalashnikov con el que podía acribillarlos a todos en décimas de segundo. El vozarrón de Jandro interrumpió la cuenta atrás.

—¡Tirad las armas!

Adriana pegó un chillido. Los chinos se giraron, pillados por sorpresa. Pero estaban bien enseñados, por fortuna ninguno disparó.

—Voy a terminar de contar. Y te lo voy a repetir por si no me has entendido a la primera: o sueltas el maletín o te reviento la cabeza —ordenó Torca.

Si los trillizos abrían fuego, la ráfaga de Jandro, de izquierda a derecha, le dejaría al mongol unas décimas para intentar algo. Antes que a Mo, le dispararía a él.

—¡Dos!

—¡Uno!

Mo Xingjian dejó caer el maletín, sin perder la sonrisa.

—Me he equivocado. Os pagaré. Llevo dinero en el coche.

—Y yo, un jamón. Demasiado tarde —dijo Torca—. Esta basura sólo ha traído problemas. Vamos a quemarla.

—¡Tirad las armas, coño! —gritó Jandro.

El mongol apuntó con el índice al suelo. Los trillizos soltaron las pistolas. Torca cambió de objetivo. Lo apuntó y ordenó a Adriana.

—Coge el maletín y métete en el coche.

—¿Y yo qué hago? —le preguntó Olga.

—Móntate en el tuyo y vete. ¡Ya! No nos esperes.

Olga miró a su socia pero obedeció. Escapó de allí. Mientras tanto, Jandro recogió las armas del suelo y las fue guardando en un macuto que portaba en la espalda. Luego se acercó al coche de Mo, sacó el machete y lo clavó varias veces en las ruedas delanteras.

Tocaba largarse.

—Yo voy a olvidar esto. Y espero que tú también. Me llamo Juan Torca, si quieres pregunta por ahí. No soy nadie, pero tengo amigos, muy buenos amigos. Si le pasa algo a Adriana, y por supuesto si vienes a por mí, ten por seguro que uno de ellos arrasará Las Encinas de Aravaca. Contigo dentro.

La sonrisa de Mo Xingjian se esfumó.

Sin dejar de apuntarlos, Jandro se montó en la furgó, Torca en el coche de Marsé y salieron a toda velocidad.

Como habían previsto, en vez de hacia Madrid tiraron hacia Parla, primero Jandro,

que conocía mejor las carreteras, y detrás Torca, que no dejó de mirar los espejos retrovisores hasta que dejaron Cobo Calleja.

—Dios mío. Ni se me había pasado por la cabeza que podía pasar esto. ¿De dónde has sacado a esa bestia? —le preguntó Adriana.

—Marca el número de Olga y pásame el teléfono.

La *madwoman*, más que loca, estaba al borde de un ataque de nervios. Cogió el teléfono y se puso a hablarle a Adriana:

—Tía, me va a dar un infarto. Todavía me cuesta sujetar el volante...

—Olga, soy Juan. Escúchame atentamente: no llares a Mo, no vuelvas a llamarlo jamás. Y si algún día lo ves, dentro de una semana o de diez años, procura que él no te vea. Esto también vale para ti, Adriana. ¿Está claro?

—Sí —respondieron a la vez.

—Perfecto. Olga, una cosa más. Ahora vete de Madrid. Ya. No pases por tu casa. Dentro de tres o cuatro días llama a Adriana. Si te da luz verde, vuelves, y si os da la gana seguís haciendo locuras como si nada hubiera pasado.

Colgó sin esperar la respuesta.

—¿Dónde está tu hija?

—En Pozuelo, con mis padres.

—Bien. ¿Dónde exactamente? —Adriana se lo dijo—. Llámalos y diles que te quedas a dormir. No creo que Mo vaya a por vosotras, pero convendría que durante unos días no te acerques por tu casa ni por tu oficina.

—De acuerdo.

—¿Vuestra tercera socia sabe algo?

La pregunta pilló desprevenida a Adriana.

—No, se dedica a sus gemelos desde hace un par de años. Apenas pasa por el despacho.

Jandro salió por la puerta trasera de la furgoneta, sin el arsenal, aunque seguro que no iba desarmado, y con una sonrisa de oreja a oreja. Habían aparcado junto a un bar de camioneros. Pegó un palmetazo a Juan y se quedó cortado ante Adriana, sin saber cómo saludar. Ella no se había fijado en Jandro en el cementerio, ni tampoco Marsé le había hablado de él.

—Has tardado en aparecer. ¿Qué hacías? —le dijo Torca a Jandro.

—Pero ¿el plan no era seguirlos después del canje?

—Sí..., si se producía el intercambio. Llegas a tardar dos segundos más y nos liamos a tiros.

—Qué va, algo se te habría ocurrido. Eres un tío demasiado pacífico. Me da que has perdido facultades, he apurado porque creía que ibas a lograr que guardaran las armas.

—Serás cabronazo...

Jandro se rio con ganas y miró hacia el bar.

—Me rugen las tripas. ¿Comemos algo?

—Luego —dijo Torca—. Tenemos que terminar.

Llamó a un servicio de taxis.

—Adriana, ahora te vas a Pozuelo. Cuando estés con tu hija, me avisas. Nosotros vamos a deshacernos del coche.

—¿Y el maletín?

Se había quedado en el coche.

—Sólo ha dado problemas. Para ti ya no existe.

Adriana no replicó.

Torca y Jandro vieron salir al taxi.

—Bueno, vamos a ver a tu colega, Jandro, te lo has ganado.

—Ya está esperándonos. No iba a dejar que fundieras un buga como éste sin sacar tajada.

Media hora más tarde, en un desguace de coches de Vallecas, un hombretón con barba y desaliñado, vestido con un mono de trabajo, cambió a Jandro treinta billetes de quinientos por las llaves del Mercedes. Volvieron a la furgoneta, sustituyeron la matrícula y Jandro se empeñó en repartir el botín.

—¿Adónde nos vamos a celebrarlo? Nos lo hemos ganado, ¿eh!

—Ya te digo. Pero todavía no he terminado. Llévame a Gran Vía.

—¿Y entonces cuándo jamamos?

Jandro dejó la furgoneta en el aparcamiento subterráneo de Vázquez de Mella. Subieron al estudio con una barra de pan.

—¡Vaya picadero! Se te tienen que derretir aquí, ¿eh?

—No te creas. Bueno, ¿entonces sabes usar el cuchillo jamonero?

—Claro. Me pirra el jamón, trae acá.

Jandro desembaló el jabugo mientras Torca abría la botella de vino.

—Un vino como éste debería oreearse, pero vamos a catarlo ya.

—Cojonudo —dijo Jandro—. Qué manjares. Un Vega Sicilia y un pata negra. La vida te ha tratado bien.

Jandro fijó el jabugo al soporte con la pezuña hacia abajo. Quitó la corteza y la grasa, pasó el jamonero por la chaira con suavidad y comenzó a cortar unas lonchas finas, casi traslúcidas.

—Acércame un plato. ¿Os he contado que Esperanza lleva un bar? Algunas tardes me meto en la barra y ayudo en lo que puedo. Tirar cañas no se me da tan bien como beberlas. —Se rio—. Pero me encanta cortar jamón. Me relaja. No hay ibérico, pero le traen un serrano bastante majo. Pruébalo, dale. Qué pasada, se deshace en la boca: jugoso y sabrosón.

Torca sacó el resto de las provisiones que había comprado por la tarde en el ultramarinos. Jandro escogió la torta del Casar y la caña de lomo. Se ventilaron la botella y Jandro abrió el mueble bar.

—¡Pero si está vacío!

—Acabo de instalarme aquí. Otro día que vengas tendré de todo.

—No pasa nada. ¿Bajo donde hemos cogido el pan y pillo unas botellitas?

—Lo dejamos para otro día. Tengo que ver qué hago con esto.

El maletín le aguardaba.

Jandro tapó el jamón. Se iría sin preguntarle qué secretos contenía el maletín, aunque se moría por saberlo.

—Te dejo verlo si no se lo cuentas a nadie. ¿Hace?

—Soy mudo. Dale.

Torca empuñó el sacacorchos y reventó la cerradura.

Las copias suelen valer menos que los originales, pero Javier Marsé había hecho el duplicado en unos folios grabados con el logo y la dirección de Madrid Seas. Había usado papel corporativo en vez de unas hojas en blanco tal vez llevado por las prisas, o con una intención muy concreta: así los expedientes acusaban al grupo empresarial de Jorge Barriocanales.

Aunque tal vez fuera verdad que a Marsé y Adriana sólo les interesaba uno de los expedientes. Adriana lo había comentado cuando estaban en el coche, no tenía por qué mentirle entonces. En cualquier caso, quizá vender la carpeta entera o ese expediente con el logo de Madrid Seas plantado en los folios incrementaba su valor, pensó Torca.

Había otra diferencia. Los folios estaban agrupados por carpetas, pero en vez de los títulos de Luisito, unas veces cinematográficos y otras descriptivos, sólo había números. Números del uno al diecinueve, escritos con un rotulador negro probablemente por Marsé o su secretaria.

Sentado en el otro extremo del sofá, Jandro no había dicho esta boca es mía. Torca se

levantó. Algo no cuadraba.

—Ya puedes. No cambies ninguna hoja de sitio.

Papeles y más papeles, una decepción para Jandro. Cogió la primera carpeta y pasó un par de páginas. Aunque al ver una foto en blanco y negro acercó la hoja para reconocer las caras y exclamó:

—¡Joder, qué pillada! Pero ¿tú has visto esto?

Siguió pasando páginas, en busca de fotos, mientras Torca fumaba en silencio, con la ventana abierta.

El ruido y el frescor de la Gran Vía le despejaron. Diecinueve carpetas. Numeradas a mano. Diecinueve. Número primo. Impar. Tres por seis, dieciocho. Cuatro por cinco, veinte. Al abrir el disco duro en la sala de reuniones del banco, le hizo gracia que Laguna hubiera titulado las carpetas con los mismos nombres cinematográficos. Recordó la pantalla. Los iconos estaban ordenados. Alfabéticamente. En carpetas grandes. Formaban un rectángulo. De cuatro por cinco. O de cinco por cuatro, tanto monta. Había veinte iconos.

Adriana se había quedado con una carpeta. La que desde el principio les había interesado a ella y a Marsé. Por eso no había protestado al meterse en el taxi sin el maletín.

—Jandro, deja eso, salimos otra vez.

A las dos de la madrugada continuaban pasando coches por la calle Cartagena, pero en la callejuela del almacén no había un alma. El taller contaba con dos accesos: la puerta principal, blindada y enrejada, que había abierto Adriana, y la levadiza, que se manejaba con un mando a distancia y que incluía otra pequeña puerta, de emergencia.

Torca la forzó en un par de minutos. Jandro encendió la linterna. Había una pirámide de ruedas en una esquina, un contenedor con escombros, una pared forrada de baldas, al fondo un cúmulo variopinto con toneles, cajas y residuos... Si Adriana había escondido una carpeta allí, podían pasarse unas cuantas horas para encontrarla.

—Vaya caos. ¿Por dónde empezamos?

Jandro caminó hacia las estanterías. «Espera», le dijo Torca. Con Adriana había atravesado una pequeña oficina, limpia y ordenada. Se metió dentro y dio la luz. En la mesa reposaban varias pilas de papeles, coronados por una carpeta y cuatro o cinco periódicos amarillentos. Sin dudarle, quitó los diarios y cogió la carpeta. Contenía una docena de folios con el logo de Madrid Seas. El expediente que faltaba.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo ha dejado ahí, a la vista, si era tan importante? —le preguntó Jandro.

—Seguro que Laforet ha registrado su oficina y su casa. Yo mismo estuve a punto de colarme hace poco. En cambio, sólo ella conocía este sitio. Y Marsé, claro. Si el chino llega a pagar y a quedarse con el maletín, ni yo ni nadie habría sospechado nada.

—Pues a ver quién sale... ¿Me dejas verlo?

Según las leía, Torca le entregó las hojas de una en una. Jandro se llevó un chasco. Informes catastrales, proyectos urbanísticos, transacciones bancarias, evaluaciones medioambientales... Bostezó. Sólo había tres imágenes: un plano arquitectónico, un mapa del norte de Madrid y una foto de las Cuatro Torres.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jandro.

—¿Me acercas a Atocha?

Jandro, relajado, feliz, conducía con la música a todo volumen. Seguía escuchando a los mismos grupos que en los ochenta. «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?, ¿qué clase de aventura has venido a buscar?», cantaban los Burning. De repente un taxista cambió de carril sin anunciarlo con el intermitente y Jandro tuvo que pegar un frenazo. Apagó la música y se concentró en el volante. No había bebido lo suficiente para emborracharse, pero pensó que si los paraban en un control de alcoholemia podía meter a su compadre en problemas. De repente le preguntó a Torca:

—Oye, ¿y tú qué hacías en un sitio como Burgos?

—¿Cómo que qué hacía?

—Eso, qué hacías en Burgos. Cómo te lo montabas para volver a tu casa y luego regresar con nosotros. Tío, tenías una vida normal. Nosotros, te acordarás que Krauze lo decía siempre, éramos marinos en tierra. Hasta la próxima misión no teníamos nada que hacer. Sólo beber y joder. Juergas y resacas. Y tú mientras tanto llevando al niño al cole, ¿no es cierto? Nos choteábamos mucho de ti, pero ahora que me han salido canas hasta en los huevos lo veo claro. Nos dabas mucha envidia.

—Ya será menos.

—Y un cojón de mico. Dime, ¿cómo lo hacías? ¿En qué sitio eras tú el de verdad? ¿En Burgos con tu señora o saltando sesos con nosotros?

—Ni puta idea. Me dejaba llevar.

Se despidió de Jandro en la entrada de la estación de trenes. Guardó el maletín en la consigna y regresó a Gran Vía en taxi. Unas pocas horas más tarde el despertador del móvil lo rescató de una pesadilla: esposado en una cama, Adriana, Nerea y Nadia le mordían por todo el cuerpo como ratas hambrientas, mientras Raquel, sentada en un taburete, también desnuda, intentaba despojarse de una venda.

La Behobia

Luis Laguna asimiló toda la información sin interrumpirlo. Cuando concluyó sólo se le ocurrió una pregunta:

—¿Otro café?

—No, gracias.

Laguna había dejado que el suyo se enfriara. Pegó un sorbo y se quedó ensimismado, moviendo la cucharilla.

—Bueno, ¿qué opinas? —acabó preguntándole Torca.

—¿Quieres una opinión, un diagnóstico, o un consejo? Ahora, después de enfrentarte a Mo Xingjian, después de reclutar a Jandro, sabiendo como sabes que yo tengo más prudencia y más recursos... —No parecía enojado ni celoso, quizá la situación le divertía—. Ahora, ¿quieres saber qué opino? Que has tenido muchísima suerte, que Adriana no se merece el riesgo que corristeis y... No sé cómo decírtelo, que has desembarcado en Madrid como un elefante en una cristalería: Ribeyro te ha pillado, Chema Valenzuela, y si se le cruza un cable podría publicar una noticia sobre ti. Laforet te puede hacer la vida imposible si no colaboras con él. Y a un tipo como Mo Xingjian no le acojonas ni torturando a su madre, así que la amenaza de arrasar su casa sólo le habrá enfurecido más... Adriana debería estarte agradecida, esto le viene muy grande, pero cuando descubra que le has quitado ese dossier querrá sacarte los ojos. —Dio otro sorbo—. Dicho esto, no sé qué más decir. Puedes destruir las carpetas, vendérselas a Mo, que seguirá interesado, entregárselas a Madrid Seas... ¿Que qué opino? Dile a Adriana que no se moleste en regresar al taller y que se dedique a sus labores. Y quítate de encima a Xingjian y a Laforet. Como sea. Y si te dejas ayudar, aquí me tienes. Ya que vas a trabajar conmigo, prefiero que sigas de una pieza.

—Yo también. ¿Nos vamos?

Salieron de la cafetería. Torca acompañó a Laguna. Al pasar cerca de la sucursal bancaria donde Laguna guardaba los discos duros y las copias de los expedientes, Torca comentó:

—Dime que no vas a examinar el expediente sobre las Cuatro Torres en cuanto te deje solo. ¿No te intriga por qué Adriana no se lo quiso entregar con el resto de los dossiers a Xingjian?

Laguna torció el morro. Caminó media decena de pasos más, preparando la respuesta,

y se detuvo.

—Todo esto para mí es agua pasada. Ya he cobrado. Los discos duros sólo sirven para cubrirme las espaldas. Nunca reciclo nada, jamás vuelvo a usar material antiguo. Aunque no te lo creas, ni sé qué le interesó a Marsé de esa carpeta ni me importa. Mira, nosotros cavamos. Unas veces encontramos piedras preciosas y filones de oro. Otras mierda. Pero nuestro trabajo termina cuando entregamos los datos, las evidencias, el material sin pulir. Si el cliente quiere tirar un diamante en bruto por el retrete, allá él, y si prefiere que una cagada repugnante salga publicada en un periódico, también es cosa suya. Así funciona esto.

—Sólo los cínicos sirven para este oficio.

—Claro. Y los caballeros andantes ya sabes cómo acaban: rompiéndose la crisma contra molinos de viento.

—Tomaré nota.

Mo Xingjian no le preocupaba demasiado, a pesar de los temores de Luis Laguna: si el chino atacaba, ya intentaría defenderse. Quedaban Adriana, Ramón Ribeyro y Madrid Seas.

Le apetecía aparcar la moto en Gran Vía, cambiarse de ropa y trotar un rato por el Retiro. La última salida antes de la Behobia. Media hora como mucho, tiempo de sobra para evadirse, olvidar los ajetreos de los últimos días y meditar sobre los próximos pasos que debía dar. Pero le convenía quitarse a Adriana de la cabeza cuanto antes. Tiró hacia Pozuelo.

Había tráfico. En la carretera de La Coruña lo adelantaron a toda velocidad varias ambulancias y un coche de Policía. Un accidente había cortado uno de los carriles. Como no le apetecía zigzaguear por la autovía para sortear el tapón, aminoró. Durante un buen rato siguió la estela de un vehículo publicitario, un monovolumen blanco que anunciaba la dirección web Regalatutiempo.com, sin precisar nada más. Le gustó la idea. Nada vale más que nuestro tiempo. Quizá se le había ocurrido ese eslogan a una organización como Cáritas o Ayuda en Acción: España no se había hundido gracias a la gente que arrimaba el hombro. Lentamente, sortearon el accidente y la autovía se despejó. Adelantó al monovolumen, y durante un rato buscó alguna valla publicitaria con esa campaña, pero se fijó en que casi todos los espacios estaban ocupados por publicidad electoral. «Súmate al cambio», pedía Mariano Rajoy, candidato popular a la presidencia del Gobierno y exministro con Aznar. «Pelea por lo que quieres», reclamaba Alfredo Pérez Rubalcaba, candidato socialista y hasta hacía cuatro días ministro de Zapatero. Con un eslogan como «Súmate a la pelea», igual Torca se plantearía votar, aunque detestaba a los políticos. Los había sufrido demasiado.

Poco antes de llegar a Pozuelo, dejó de lado varios desvíos hacia Aravaca: preferiría visitar el infierno antes que la mansión de Mo Xingjian.

Paró enfrente de la vivienda de los Domecq del Rincón, pero antes de tocar el timbre telefoneó a Laforet. Mientras la secretaria le tenía en espera, rodeó la verja. Buena casa.

Tres alturas, sin estridencias ni horteradas. En el jardín trasero, un anciano en silla de ruedas dormitaba mientras la delicada voz de Cecilia Bartoli despojaba de artificios la más célebre aria de Bellini.

Poco antes de regresar al portón se puso Laforet.

—Tengo el maletín, ¿sigues interesado? —le preguntó Torca.

—¡Muy bien! Por supuesto. ¿Quieres traérmelo ya?

—Por querer, sólo quiero tiempo, tiempo de calidad. Pero ¿cuánto me ofreces?

—¿Qué tal los cien mil euros que te prometí?

—¿Y si fuera el doble? Siento decirte que la cerradura estaba rota. Y no he podido evitar curiosear un poco...

Laforet no titubeó.

—De acuerdo. Doscientos, pero si falta un solo documento...

—Estará todo, descuida. Dile a tu secretaria que dentro de un rato le pasaré un número de cuenta. Mañana a las diez, si has hecho el ingreso, me acerco por tu torre y te lo entrego. ¿De acuerdo?

—No. ¿Cómo voy a pagarte sin verlo antes?

—Me imaginaba que ibas a decir esto. Te mando ahora mismo a este número una foto del maletín, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Cómo lo has recuperado?

—Mañana te cuento. Adiós.

A Torca le habría gustado ver a Lucía y no le habría importado charlar un rato con el vejete melómano, pero Adriana no lo invitó a pasar. Caminaron hacia un parque. Necesitaba aire fresco, su familia le agobiaba.

—Pues sólo llevas doce horas aquí.

—Ya, pero no soporto a mi madre. Apenas conocía a Javi, pero se regodea recordando la tragedia. Me consume.

A Torca nadie lo había consolado cuando murió Raquel. En un segundo había padecido un dolor atroz, como si le hubieran arrancado de cuajo un brazo. Desde entonces vivía mutilado, con un miembro fantasma que palpitaba a menudo. Pero la sesión de terapia entre viudos podían dejarla para una ocasión mejor. Se sentaron en un banco.

—Has jugado a la lotería. Pensabas que habías ganado el gordo, pero sólo te tocará la pedrea. Es más, todavía puede empeorar.

—¿Más?

—A Madrid Seas no le interesa ningún tipo de juicio, pero si esto saliera a la luz, tu reputación se haría añicos. No sé muy bien de qué vivís en Mad Women, pero nadie

confiaría en ti.

—Pero Barriocanales jamás me denunciará. Por la cuenta que le trae. De todas maneras, sólo sospechaban de mí. Si has destruido el maletín, ya nada me inculpa.

Torca se enfadó. Tampoco era tan tonto.

—¡Que nada te inculpa! Eres una incauta. Y encima me tomas por un imbécil. Escúchame bien: mientras tú y tu amiga del alma Olga buscabais un comprador para diecinueve dossiers, además estabas jugando otro partido, el de las Cuatro Torres. ¿A quién pretendes vender ese dossier?

Adriana palideció.

—¿Qué dossier?

—El que dejaste en el taller. Anoche volví.

—¡Joder!

Se tapó la cara con las manos. Torca dejó que encajara el golpe y lanzó su oferta.

—O me lo cuentas todo ahora mismo, o me largo.

Adriana irguió la espalda. Giró el cuello. Buscó una sombra de duda en los ojos de Torca. Se mordió el labio inferior. Volvió a mirarlo.

—Necesito fumar. Vamos a casa.

Torca sacó su cajetilla.

—¿Quieres de los míos?

—No. Además allí tengo la entrada.

Adriana había volado pronto del nido. Su habitación no había cambiado de siglo. Una cama estrecha, un edredón floreado. Pósteres de Los secretos, Hombres G y U2 en una pared. El cartel de *Los puentes de Madison*. Trofeos, orlas y diplomas. Un estante con muñecas. Una docena de libros. Entre otros, *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa; *Los santos inocentes*, de Miguel Delibes; *Corazón tan blanco*, de Javier Marías; *El amante*, de Marguerite Duras; *Primera memoria*, de Ana María Matute; *Historias del Kronen*, de José Ángel Mañas; *El extranjero*, de Albert Camus; *La Dalia Negra*, de James Ellroy, y *Diez negritos*, de Agatha Christie. Un corcho con fotos, muchas de ellas de Polaroid: en bikini en una piscina, jugando al tenis en minifalda, brindando con una pinta en un pub de Londres, en los puentes de Brooklyn y San Francisco... Y siempre con la misma sonrisa, despreocupada y feliz, una belleza tan cándida como turbadora. En los ochenta, más por el peinado que por el vestuario, Adriana se daba un aire a Madonna. Al cerrar la puerta Torca se fijó en el póster de *Like a Virgin*, sujeto con chinchetas.

Adriana levantó un radiocasete y cogió un clasificador decorado con fotos de Police. Ahuecó el forro, sacó el *ticket* y se lo dio a Torca.

—Un domingo que estuvimos comiendo con mis padres me pidió que la guardara

aquí. Por si acaso.

Una entrada para asistir en el Santiago Bernabéu, el 10 de diciembre de 2011, al último clásico del año entre el Real Madrid y el Fútbol Club Barcelona.

—Ya te conté que lo tenía todo planeado. Javi me dijo que la clave era mantener la calma, dejar que las aguas volvieran a su cauce después del atraco. Durante el partido podría ajustarlo todo sin que nadie sospechara nada.

—¿Y quién estará en el asiento de al lado?

—Javi me lo contaba todo..., pero me dijo que no me convenía saberlo. Sólo que era un viejo amigo.

—¿Y nada más?

—No. Sólo eso. Un viejo amigo. Un compadre, eso es lo que dijo.

Torca no llegó a salir de Pozuelo. Callejeó por la zona en busca de una cabina. Aparcó la moto de mala manera junto a una, comprobó que el teléfono funcionaba y le envió un correo electrónico a Hernández. «Tenemos que hablar. ¡YA!» Se consumía de impaciencia, pero, como no iba a recibir el correo de vuelta con el número telefónico hasta un buen rato después, buscó un bar para cambiar unos billetes.

Hernández tardó menos de lo previsto. A los cuarenta y cinco minutos recibió la respuesta: un número de teléfono. Torca se metió en la cabina y lo marcó.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Otro tesoro?

—Vete al infierno, Hernández. ¿En qué puto lío te metiste con Marsé?

—¿Con Marsé? ¡Pero si está muerto!

—No me torees. ¿Por qué le diste la entrada?

—¿La entrada? Tío, no sé de qué vas, pero te estás equivocando. A Marsé la última vez que le di algo..., déjame recordar..., fue un hostiazo. En Wrocław, no sé si te acuerdas.

—¡Y yo me chupo el dedo! Cuéntamelo o te juro por mis muertos que te jodo vivo.

Hernández resopló. Por un momento, Torca pensó que iba a confesar, pero a miles de kilómetros el compadre soltó una carcajada.

—Juanito, chato, la has pifiado. Escúchame bien. Jódeme todo lo que quieras, si es que te dejo... Pero antes apunta a otro objetivo. No sé de qué coño me estás hablando.

Torca no le podía creer. Imposible imaginar, a esas alturas, a Ortega o Jaime implicados en cualquier tejemaneje con Marsé. Samu y Krauze muertos. Santa, enterrado en un manicomio. Y Jandro o Luisito no podían haberlo engañado. Se fiaba de ellos, y además si uno de los dos se la estuviera jugando, les habría calado. Sólo quedaba Hernández. La oveja negra. El más perturbado y peligroso. Y el desertor, para el resto de los compadres. Pero también el compadre que jamás había mentido a Torca.

—Déjalo. En serio, Juanito. Pero si me necesitas, y si puedo ganar tanta pasta como en el Aral, dímelo. En tres o cuatro días puedo estar en Madrid. ¿Qué pasa? ¿Ya te lo has fundido todo? Yo tengo al menos para dos años más.

Torca metió otra moneda. Dejó de gritar.

—¿Te has retirado?

—Sí. Bueno, no. Sólo acepto los encargos que me apetecen. Para no oxidarme. Desde el viaje a Uzbekistán, sólo he hecho uno.

—¿Y no has venido por aquí?

—Que no, pesado.

—Vale. Pues olvida esta llamada.

—Olvidada. Un placer hablar contigo. Aunque me pongas a parir, cabrón.

A Hernández la muerte de Marsé se la traía floja. Sólo sentía curiosidad por Nadia.

—¿Al final qué hiciste con la rusa? Qué mujer. ¿Volviste a por ella? —le preguntó a Torca.

—No. Para mí no existe.

—¡Vaya dramón! No te pega, Juanito. Pues entonces no te importará que yo...

—No me jodas, Hernández.

—O sea, que un poco, nada más que un poco, sí que existe, ¿eh?

A Torca todavía le quedaban monedas, pero la conversación se había prolongado demasiado.

—Anda, mejor terminamos, ¿vale?

—Vale. Hasta cuando quieras, compadre. Y no te sulfures. No te pega. Un abrazo.

—Otro.

Los doscientos mil euros de Madrid Seas volaron desde Gibraltar a Suiza, tras una breve escala técnica en las islas Caimán. Torca cerró el portátil, se vistió, desayunó en el Hotel de las Letras y sacó el maletín de la consigna de Atocha. Aunque conservó allí la carpeta de las Cuatro Torres. Llegó a la Torre de Cristal un cuarto de hora tarde, porque le costó más de lo previsto fotografiar los documentos. Las primeras pruebas con el móvil no le gustaron y acabó usando la tableta.

Laforet lo recibió abajo, escoltado por Borja del Campo. Pero no le dirigieron la palabra: en cuanto lo vieron llegar, el guardaespaldas abrió el ascensor, lo esperaron dentro y subieron en silencio. Del Campo cerró la puerta del despacho y se quedó fuera.

—Aquí tienes.

Laforet sacó todas las carpetas, las colocó en su mesa y las examinó durante

alrededor de un minuto.

—¿Está todo?

—Sí.

¿Cuánto tardaría en averiguar que faltaba la carpeta de las Cuatro Torres? Tal vez un par de horas, calculaba Torca.

—¿Y cómo sé que no has hecho otra copia más?

—Te tendrás que fiar de mí. No te queda otra. Y verás que nadie removerá esta mierda aparte de vosotros.

—Ya veremos. ¿Cómo lo has recuperado?

Torca se levantó.

—Perdí el tiempo detrás de Adriana, como tú, hasta que cambié de táctica. Ella no tuvo nada que ver. Busqué a los moros y tardé menos de lo que pensaba en encontrarlos. Los cacé cuando estaban a punto de vender los dossiers, por cierto. Pero mejor olvidamos todo esto. No te interesa conocer los detalles, a no ser que quieras ser cómplice de...

—Sí, vamos a olvidarlo.

Torca se dirigió hacia la puerta. Aunque se lo pensó mejor y se giró.

—Por cierto, lo de olvidarlo también te lo puedes aplicar. Olvidaros del Real Madrid.

—¿Y eso? ¿A ti qué te importa?

—A mí, nada. Yo sólo quiero que vuelva Juanito. O Raúl. Pero echa un ojo a los folios.

Laforet se fijó en una de las hojas, sin saber dónde mirar.

—Mira qué casualidad: Marsé usó folios de Madrid Seas para hacer las fotocopias. Sólo caben dos opciones. El azar, los tenía a mano. O los quería para joderos. Para demostrar que vosotros habíais encargado las investigaciones. Marsé fue un chapucero, pero planeó el robo porque tenía un comprador. Piénsalo. Según los moros, ese comprador era el Real Madrid. En el Bernabéu están esperando vuestro próximo movimiento.

—Eso es mucho suponer.

—Los ajedrecistas somos así. Vamos por la vida con varias jugadas de adelanto. Os vais a meter en una encerrona. Hazte otra suposición: ¿por qué Marsé montó el atraco? ¿Por qué no copió los expedientes sin que nadie lo advirtiera?

Salió sin prisas. Borja lo acompañó hasta la salida. Sin abrir la boca. Las cámaras los contemplaban.

Comió medio menú, sin postre. Una menestra de verduras, con un cacho de pan. Sesteó en el sofá y, por fin, se pegó la última carrera antes de la Behobia. Muy despacio, relajado, contemplando las ramas y las nubes. Luego buscó un hotel en San Sebastián para

el fin de semana y dejó que la tarde languideciera.

A las cinco la secretaria de Camilo Laforet le pidió que regresara a la Torre de Cristal. Torca se negó y al cabo de un par de minutos Laforet se dignó a llamarlo.

—¿Por qué no vienes?

—Porque no puedo. Tengo una cita.

—Pero tenemos que hablar.

—Ya lo estamos haciendo, ¿no? ¿Qué quieres?

—Falta un dossier.

—¿Seguro? Yo no he tocado nada...

—¡Pero falta un dossier! —gritó Laforet.

—El maletín estaba abierto. Te lo advertí. No he tocado nada, pero como puedes suponer, los moros igual separaron algunos papeles...

—Pues dime dónde están o tráemelos aquí. ¡De inmediato!

—Eso es imposible. De donde están no van a salir nunca más.

París quedaba muy lejos. Torca suponía que Marsé había tirado de contactos antiguos. Si los argelinos eran profesionales, nadie los relacionaría nunca con el atraco. Y si aparecían, ya lo arreglaría. Para salvar su culo, y el de Adriana, quizá tendría que enterrarlos de verdad. Como diría Jandro, ellos se lo habrían buscado. Aunque también podía devolverle ese dossier a Camilo. En su momento. Después de ver al compadre en el Bernabéu.

Camilo seguía rabioso.

—Más te vale que el contenido de ese dossier no trascienda.

—Seguro que no. Intentaré recuperarlo también.

Nerea terminaba a las ocho. Se quedó esperándola fuera, en la acera de enfrente. Salió a las ocho y cuarto. Sola. Fatigada. La siguió hasta la parada de metro. Nerea bajó las escaleras. Torca se quedó como un pasmarote, arriba, un par de segundos, y tuvo que descender a toda prisa. La llamó. Se dio la vuelta cuando había girado el torno.

—¿Juan? ¿Adónde vas? —le preguntó mientras retrocedía.

—A tu casa, si me dejas.

El sueño de la razón produce frikis. En Tres Cantos, a las tres de la madrugada, recostado en un sofá mullido, Torca se dejó vencer por el cansancio. Tras rumiar durante hora y media, a oscuras, las palabras con las que pretendía convencer a Ramón Ribeyro, Morfeo lo trasladó a una peculiar versión de *Bienvenido, mister Marshall*. Sustituía al gran

Pepe Isbert. Con sombrero cordobés, en blanco y negro, se hundía en un bucle casi eterno en el balcón de Villar del Río: «Como amigo tuyo que soy, te debo una explicación, y esa explicación que te debo, te la voy a pagar. Que yo, como amigo tuyo que soy, te debo una explicación, y esa explicación que te debo, te la voy a pagar, porque yo, como amigo tuyo que soy, te debo la explicación...». En la plaza del pueblo, travestido de sevillana, Ribeyro lo miraba boquiabierto.

El ruido de la cerradura lo despertó. Torca se enderezó en silencio. Ribeyro abrió la puerta, encendió la luz del recibidor y se metió en el cuarto de baño. Meó y se enjuagó la boca bebiendo a morro del grifo. Al levantar la cabeza dio un brinco. Torca, reflejado en el espejo del cuarto de baño, lo apuntaba con una pistola.

—¡Joder!

—Tranquilo, no pasa nada. Este hierro sólo lo he sacado para que no te eches encima de mí. En cuanto te calmes lo guardo, ¿vale? Anda, súbete la bragueta.

Al periodista le costó reponerse del susto. No se tranquilizó ni siquiera cuando Torca guardó la Glock y le acercó la tableta. La cogió con cuidado, escamado, aunque al ampliar la primera foto con los dedos se enfrascó en la lectura del expediente. Luego saltó a la siguiente imagen, pero no continuó leyendo, movió el índice de derecha a izquierda, una y otra vez. Torca lo dejó tranquilo. Se pasó varios minutos ampliando algunas de las hojas, escudriñando rostros, tablas y números, hasta que Torca le ordenó:

—Devuélvemela.

A Ribeyro le costó parar. Torca la cogió y se sentó enfrente del periodista.

—Escúchame bien. No te acabas de caer del nido... Sabes que a los periodistas os pasan información a menudo, por no decir casi siempre, por motivos poco confesables. Un rival de Florentino quería usarte para asaltar la presidencia del Real Madrid. Ibas a recibir todo esto poco a poco. Si repasas nuestros encuentros anteriores deducirás quién es.

—¿Iba? ¿No lo voy a recibir? ¿Me lo enseñas para no pasármelo?

Torca volvió a levantarse.

—Ni a ti ni a mí nos interesa que esto salga a la luz. Te iban a alimentar, pero luego te ibas a convertir en su títere.

Torca buscó la carpeta «Primera plana», dejó atrás los expedientes sobre otros periodistas y seleccionó las páginas centradas en Ribeyro. Le devolvió la tableta. Cuando vio que terminaba de leerlas, sacó del bolsillo interior de la americana un último cartucho: la foto del club con los dos en pelotas.

—Me encargaron descubrir a tu topo en el vestuario para comprobar cómo protegías a tus fuentes. La milonga de Chema Valenzuela y la entrevista era mi plan A. El B consistía en presentarme aquí, ponerte la pistola en la sien y hacerte cantar. En fin, un día, mejor dicho una noche, te seguí..., sin saber que también me estaban siguiendo, para ver si hacía bien mi trabajo. Acabé en el folloclub como tú, ya ves. Y nos inmortalizaron para

la posteridad. Pero esto es sólo la punta del iceberg. Me consta que han entrado en tu ordenador. Tienen copia de todo: hasta de tus rutas ciclistas. Y, por supuesto, de las fotos de tu ex.

Ribeyro era un mar de dudas.

—Pero entonces, ¿tú qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero quitarles la iniciativa. Lanza una primicia: di que Jorge Barriocanales aspira a la presidencia del Real Madrid. Que a la directiva merengue le consta que pretende desbancar a Florentino Pérez, aunque el consejero delegado de Madrid Seas no lo haya confirmado aún. Y que en el entorno del actual presidente no temen la campaña de desprestigio de la institución que pueda impulsar Barriocanales para lograr adeptos a su causa.

—Pero... ¡Eso no es verdad! Y si me enfrento a ellos, irán a por mí.

—No. Sobre todo, si antes de publicarlo avisas a tu amigo Manu Laviana. En el Real Madrid te estarán agradecidos para siempre. Si publicas esa noticia en *Pueblo*, Barriocanales desmentirá que se presenta. No le quedará otra. Te voy a decir la verdad: les he hecho creer que algunos de estos documentos ya están en poder del Real Madrid. Fíjate. —Amplió con los dedos una de las hojas—. En todos los folios aparece el logo de Madrid Seas. Les he dicho que el club ya sabe que Barriocanales fue quien encargó estos dossiers. Si publicas lo que te digo, no le quedará más opción que echarse atrás.

—Pero irán a por mí si su plan se va al garete.

—No. Si eres tú quien lo publica, sabrán que también tienes acceso al material, y que puedes presentar estos documentos que los incriminan.

—¿Y si no hago nada?

—Entonces pensarán que estoy equivocado y que en el Madrid no saben nada. Y un día de éstos te llegará alguno de estos documentos. Te apuntarás una exclusiva. Verás que eres útil, te mandarán más, y ya estarás en sus manos. O puede que elijan a otro.

Ribeyro se quedó callado, reconcentrado. Torca se guardó la tableta y la foto y dejó un llavero en la mesilla.

—Aquí te dejo tus llaves. La próxima vez llamaré a la puerta. Más que asustarte, quería hacerte comprender que aquí se está jugando muy sucio, demasiado sucio.

Salió del salón. El periodista lo siguió.

—Pero los documentos que tienes ahí son reales, ¿no? Déjame quedarme con ellos, por favor.

—Hagamos un trato. Tú publica lo que te he dicho; señala, aunque sea de pasada, que al Real Madrid no le da miedo la posible campaña de desprestigio de Barriocanales, y cuando pase todo este embrollo, más o menos después del clásico, en la segunda semana de diciembre, te dejaré quedarte con todo. Y podrás hacer lo que quieras.

El viernes a mediodía Adriana lo telefoneó.

—Me ha dicho Olga que...

—Ya puede volver.

—No, no es eso. Que Mo en persona ha llamado para disculparse. Y le ha contado que mantiene la oferta. Está dispuesto a efectuar el intercambio con las condiciones que nosotros pongamos. ¿Qué te parece? Igual...

—Vamos a ver —la cortó Torca—. ¿Después de cuatro días sale con eso? ¿Le has dicho a Olga que ya no tienes el maletín?

—No, no sabe nada.

—¿Y tampoco sabía que te quedaste con el dossier de las Cuatro Torres?

—No, te juro que no.

—Pero te habrá contado dónde está y de paso le habrás dicho que sigues en casa de tus padres, ¿no?

—Sí... ¿Adónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio. ¿Qué le has contestado a Olga?

—Que tenía que hablarlo contigo. Nada más.

—Vale. Pues dale mi número y dile que puede hablar conmigo. Ella o el chino.

—Pero ¿ni siquiera quieres saber cuánto nos ofrecía Mo? Podríamos ir a medias...

Torca respiró hondo para no perder la paciencia.

—No sigas por ahí. Y fíate.

Ni Mo ni Olga llamaron.

Ramón Ribeyro lanzó el bombazo el sábado. Ese día los periódicos no llevaban previas sobre la Liga, la Selección española jugaba un amistoso en Wembley contra Inglaterra, así que a primera hora de la mañana la noticia se expandió por las redes sociales y comenzó a ser citada y discutida por doquier..., aunque en el Real Madrid nadie desmintió ni confirmó la información.

A las once de la mañana, Camilo Laforet llamó a Torca.

—¿Has sido tú?

—¿Qué?

—Dímelo. Ya. Si me entero por otros, será aún peor para ti.

—Camilo, no sé de qué me hablas.

—Ramón Ribeyro ha publicado en *Pueblo* que nos queremos presentar. Y que vamos a atacar al club.

—¡Qué me dices!

—No me digas que no te has enterado.

—Pues no. Estoy a punto de irme a San Sebastián, todavía no he abierto un periódico. Pero no me extraña... Encaja con lo que te dije. Marsé me pide investigar a Ribeyro, roba los documentos con vuestro logo..., entiendo que para jugar a dos bandas, para avisar al Madrid, y precisamente es Ribeyro quien destapa vuestro plan justo cuando recuperáis el maletín de Marsé. ¿Qué vais a hacer?

A mediodía, Madrid Seas difundió un escueto comunicado de prensa. Resaltaba el madridismo de Jorge Barriocanales y los múltiples y estrechos lazos de amistad que mantenía con numerosos directivos del Real Madrid. Y además negaba «categóricamente» que quisiera presentarse a las próximas elecciones a la presidencia del club. Por ahora, pensó Torca.

Quería un Mini como el de Ribeyro, pero salió de la oficina de alquiler de coches con un BMW. Con cambio automático y descapotable, como le había pedido Nerea, aunque no pensaba bajar la capota en ningún momento.

Al dejar atrás Burgos no supo cómo contarle a Nerea que había nacido allí. Lo dejó para otra ocasión.

Llegaron a San Sebastián por la tarde. A Torca le apetecía quedarse en el hotel, pero salieron a recoger el dorsal. Luego cenaron unos pinchos en el Casco Viejo, los de Torca regados con agua, dieron un paseo por la Concha y regresaron a la habitación.

Por fortuna, Nerea estaba más mimosa que guerrera. O no quería desfondarlo antes de tiempo. Era joven, muy joven, pero por primera vez vio en ella una mirada tierna, maternal.

—Mañana no fuerces la máquina, ¿vale? ¿Sabías que el año pasado murió uno de los corredores de un infarto?

—No. Pero tampoco me sorprende. Si juntas a veinte mil tipos en cualquier sitio, raro sería que no ocurriera nada.

El domingo Torca desayunó a las siete de la mañana, sin hambre. Nerea lo acercó a Irún y regresó a San Sebastián para aparcar en el hotel y esperarlo en la línea de meta. Mientras estiraba, Torca decidió manejarse con cautela. De menos a más. Hacía calor. Su plan era trotar con un ritmo cómodo. No tenía ninguna prisa.

Torca había llegado con demasiada antelación. Los corredores partían de manera escalonada, primero los profesionales y luego en sucesivas oleadas los dorsales con mejores tiempos hasta dejar paso, en último lugar, a los corredores más lentos y a los debutantes sin marca registrada, como él. Harto de calentar, se apoyó en una pared, junto a la salida. La espera se le hizo corta. Y no sólo por la música y los sucesivos pistoletazos de

salida. Nunca se había considerado un mirón, pero se le iban los ojos. Había miles de mujeres en mallas o pantaloncitos. Todavía no soy un viejo verde, se dijo Torca, pero tiempo al tiempo.

Kilómetro 1. Agobiado y nervioso. Como un caballo en el cajón de salida. Sonaba *The final countdown*, de Europe, cuando el locutor, en euskera, empezó la cuenta atrás: «... lau, hiru, bi, bat!». La pantalla gigante soltó un único mensaje: «Aurrera!». ¡Adelante! Pegado al río Bidasoa, poco a poco se alejó de la frontera con Francia, de Iparralde, un lugar al que jamás regresaría.

Kilómetro 2. Animado por los vecinos de Irún, corrió despacio. Pendiente de no pisar ni tropezar, y todavía dejándose llevar, al ritmo del grupo que lo precedía.

Kilómetro 3. Primeras cuestas y primer acelerón, siguiendo la estela de unos chavales que se abrían paso por la izquierda.

Kilómetro 4. Se acostumbró al galope de los chavales. Iban a un ritmo de cuatro minutos y medio, y les quedaba resuello para soltar chorradas.

Kilómetro 5. Cuesta abajo y gustándose, adelantó a los chavales.

Kilómetro 6. Según el mapa, empezaba la subida al alto de Gaintxurizketa. A Torca le pareció una tachuela.

Kilómetro 7. En tierra de nadie. Quizá demasiado eufórico, pasó de largo ante las mesas con agua.

Kilómetro 8. El sol pegaba fuerte. Un joven, sentado en una cuneta con la mirada perdida, recibía atención médica. A Torca se le atragantaron un poco los metros finales de la subida. Se repuso bajando con calma los primeros toboganes de la carretera de Lezo.

Kilómetro 9. Aunque continuaban los toboganes, se empeñó en mantener el ritmo.

Kilómetro 10. El ecuador. La zona rompepiernas. Continuaba más rápido que en cualquier entrenamiento, impulsado por el resto de los corredores.

Kilómetro 11. Terminaron los puñeteros toboganes. Un alivio. Escaso.

Le vino a la cabeza la canción de Jandro. Qué hace un tipo como yo en un sitio como éste. Por qué corro. Si nadie me lo ordena. Por qué corro aquí en vez de en cualquier otro sitio.

«Correr es de cobardes», decía Krauze. El más lento de los compadres. Paticorto y cabezón, en las pruebas físicas le ganaba hasta Laguna, siempre alérgico al sudor pero en aquellos años en buena forma. Aquellos años. Los años salvajes.

Kilómetro 12. Bebió. Por fin. Le hacía falta. Se detuvo cinco segundos para tragar a gusto. Le costó retomar la carrera.

Correr porque sí. Correr por correr. Meter aire, expulsarlo, avanzar. Como uno más. Como si nada.

Cuando dejaron el uniforme, ganaron en libertad pero perdieron algunas buenas costumbres. Krauze y Laguna dejaron de ejercitarse, pero al menos no engordaron. Jandro se machacaba en un gimnasio. Se volvió más corpulento pero menos ágil. Marsé trató de

seguir sus pasos, aunque pronto acabó echando barriga cervecera. Sólo Hernández y Torca se mantuvieron como siempre. A menudo salían a correr juntos.

Kilómetro 13. Nada. No queda nada, repitió. Puerto de Pasajes. Pendiente de no tropezar con los raíles, quizá braceó más de la cuenta. El dolor en el hombro le pilló desprevenido. Agazapado desde Burgos, volvió en el peor momento.

Kilómetro 14. Recta eterna, llana. El hombro palpitaba. Y faltaba mucho, todavía faltaba mucho, incluso a ese ritmo cerca de media hora. Y quedaba una subida. Torca apretó los dientes. Descartó volver a preguntarse qué coño pintaba ahí. Siguió.

Recordó la pelea con Del Campo y el rapado. El exboxeador sabía pegar y el otro parecía un tipo capaz de reventar a cualquiera a patadas, le había dejado un buen sello en el hombro, pero en el fondo eran blandos. Cuando sacó la pistola se quedaron como estatuas. En Madrid Seas, pensó Torca, apostaban a lo grande, pero no jugaban fuerte. Tras recolectar los dossiers, una empresa como EuCorp habría actuado con contundencia, sin buscar intermediarios como Ribeyro. Y ante un robo como el del maletín, Juan Mari Butrón habría exigido a Torca que sacara del coma a Marsé a hostia limpia, o le habría ordenado interrogar con el Zippo a Adriana esa misma noche.

Kilómetro 15. Volvió a beber. Esta vez apenas se detuvo, pero al reanudar el trote le pesaron los años, los golpes, todo. El dolor persistía. Torca aceleró: que acabara el suplicio cuanto antes.

Saltó de Jorge Barriocanales a Mo Xingjian. De un fantoche a un fumanchú. Mo sí que era peligroso. A un encuentro con sólo dos mujeres, en teoría, había acudido con cuatro pistoleros. Que hubiera tentado de nuevo a Olga y Adriana era de esperar, pero quizá tendría que adelantarse a los acontecimientos...

Kilómetro 16. Centenares de personas en las aceras. La mayoría sólo animaba, aunque muchos se habían apostado allí además para lanzar sus cánticos nacionalistas. Pues que canten, se dijo. Atravesó el barrio de Trintxerpe, en Pasajes, por delante sólo quedaba casco urbano, gente y más gente jaleando. La carretera se empinó. El Alto de Miracruz. Éste no le pareció una tachuela. Torca no iba mal, pero podría ir bastante mejor. Putos vodkas. Puto tabaco. Puto pasado. Cerca, muy cerca de esas calles había asistido a más de un entierro. Guardias civiles, militares, compañeros asesinados a tiros. Habían pasado treinta años, pero las calles apenas habían cambiado. Torca tampoco. No se arrepentía de nada.

Kilómetro 17. Terminó el ascenso. Y el dolor del hombro se largó, por fin. Bajó echándose hacia delante. Con la boca seca y la zancada abierta.

Kilómetro 18. Terreno conocido. El barrio de Gros. La playa de La Zurriola. Pero jamás habría pensado que la carretera picaba hacia arriba. Le pesaban las piernas pero de pulmones iba sobrado. Aceleró.

Kilómetro 19. Recta final. Mientras adelantaba a decenas de corredores, le dio un subidón de adrenalina. Sin venir a cuento, se acordó de su padre. Un instante fugaz: el abrazo en la jura de bandera, hacía treinta y pocos años. Otra meta. Torca dejó atrás el Kursaal y el puente, y recorrió la alameda del Boulevard abriendo aún más la zancada. La música y los aplausos lo animaron aún más.

Kilómetro 20. La meta no llegaba nunca. Imposible fijarse en el público, buscar a Nerea, sólo podía mirar hacia delante. Corrió los últimos metros feliz, liberado, agotado. Jodido pero contento.

—¡Apesta! —le dijo Nerea cuando se echó encima de ella.

Se pegó la mejor ducha de su vida, aunque salió del hotel con las piernas agarrotadas y desfallecido de hambre. En Astigarraga zampó el menú de sidrería como un trol, sin despegar el culo del banco de madera. Nerea y Arantxa, la mujer de Jon Izagirre, en cambio, repostaron sidra por todas las *kupelas*.

Una de las veces que ellas guardaban cola para rellenar los vasos, Izagirre aprovechó para preguntarle.

—Sabrás que Ribeyro la lio parda ayer en *Pueblo*, ¿no? ¿Ese Barriocanales es el que iba a por Casillas?

—Lo tuyo es una fijación. No. Va a por Florentino.

—Qué fuerte. ¿Y lo va a conseguir?

Torca miró a las mujeres. Tenían para rato, una cuadrilla se había puesto a cantar alrededor de la *kupela*.

Poco, o nada, le podía contar Torca a Izagirre. Ni él mismo se había parado a pensar en lo que había hecho. Al provocar que Ribeyro destapara los planes de Madrid Seas, ¿estaba protegiendo a Adriana..., o al club que veneraba de niño? O igual sólo había pretendido joder a Laforet, sin más. Pero le dijo a su amigo:

—A los tipos como Barriocanales les importan una mierda Casillas, Mourinho y la madre que los parió. Para esa gente, el fútbol no es un deporte ni el opio del pueblo ni ninguna otra chorrada. Sólo es poder. Influencia. Pero no es el único, ¿no? ¿Te acuerdas de EuCorp? Qué puedo decirte, Jon: Barriocanales no da la talla. Con un par de lecciones de los Butrón te diría que todavía puede conquistar el Madrid... Pero vamos, ya no creo que logre nada.

—Los Butrón. Palabras mayores.

—Y tanto.

El mar de Aral

2011. Primavera.

—Quiero ir a Muinak, en el mar de Aral.

—Genial.

El empleado de la primera agencia de viajes tecleó algo y fijó la vista en la pantalla.

—Tenemos promociones especiales para el Caribe y un crucero muy interesante por el Adriático, ¿quiere que también busque en esos sitios?

—No, gracias.

—Magnífico. Aral va sin hache, ¿no?

Al cabo de un rato encontró un viaje organizado que pasaba «muy cerquita».

—Nuestra Ruta de la Seda, trazada según los viajes de Marco Polo, le permite visitar Samarcanda.

En la siguiente agencia un tío competente desplegó un mapa y le explicó que Muinak también figuraba como Moynaq.

En el avión, tres días más tarde, releyó el folleto que Nadia le había dado el mes anterior, pocos días antes de irse de España.

El mar de Aral agoniza. Y se contrae, como un anciano que encara la muerte descarnado y encogido. El mar de Aral, acosado y sitiado por el hombre, además muere matando. Se despide de puertos, diques y playas. Deja atrás barcos detenidos en medio de la nada, varados en lechos marinos convertidos en desiertos de polvo y sal. Mientras tanto, millones de peces se extinguen y los pescadores de Karakalpakstán derraman lágrimas tan contaminadas como su mar. La catástrofe ecológica se ha ensañado con los pobladores de esta república de Uzbekistán con tanta virulencia que incluso los menos supersticiosos se creen víctimas de una maldición. La mortalidad infantil se ha disparado, es la mayor de toda la antigua Unión Soviética, y más de la mitad de los individuos sufre enfermedades respiratorias, hepatitis, infecciones intestinales o cáncer. Los causantes del desastre son los políticos y tecnócratas comunistas que, al malgastar inmensos caudales en los campos de algodón, sentenciaron el mar de Aral hace medio siglo. Ahora podemos lamentarnos... o contribuir a la resurrección del Aral. Porque Waterlife, con tu apoyo, va a luchar contra los elementos para lograr que el Aral recobre su esplendor. ¡Colabora con nosotros!

Al final del folleto aparecían los dígitos de la cuenta corriente de Waterlife y sus direcciones. En Uzbekistán, al parecer, tenían oficinas en Taskent, la capital, y en

Moynaq, o Muinak, ciudad en su día pesquera y hoy distanciada del Aral por decenas de desoladores kilómetros. Desde allí Nadia lo había llamado, desesperada.

—Tienen a mi hija. ¡Ayúdame!

V

PENALTIS

«El resentimiento pertenece a los jugadores mediocres.»

JAVIER MARÍAS,
Cuentos de fútbol

El derbi

El otoño se instaló con retraso en Madrid. Torca, al contrario que durante la reclusión en el hotel tras regresar del Aral, se sintió de vacaciones. Si en enero se amoldaba a las rutinas de Laguna & Campbell, los días de ocio iban a disminuir, así que decidió disfrutar del tiempo libre.

Antes de correr la Behobia, había pedido a Luisito que el rastreador de la agencia reuniera toda la información posible sobre Mo Xingjian y los compadres. El lunes por la mañana al regresar de San Sebastián, recibió un extenso informe por correo electrónico, pero no encontró nada sospechoso en las vidas de Ortega y Jaime. Samu y Krauze criaban malvas, además de Marsé. Santa vegetaba y, como era de esperar, sobre Hernández no había encontrado nada. Quedaban Luisito y Jandro, pero confiaba totalmente en ambos. ¿Quizá Adriana se había equivocado al recordar la palabra *compadre*? En el clásico saldría de dudas.

Necesitó bastante tiempo para empaparse de toda la documentación sobre Mo Xingjian. Una cobra.

El informe de Laguna & Campbell terminaba con esta conclusión:

Nunca ha pisado una cárcel. Jamás ha estado imputado por ningún delito. Da igual. La comunidad china madrileña le adula y le respeta, pero sobre todo le teme. Tres de sus principales competidores han desaparecido del mapa. Nadie se ha molestado en investigar su posible implicación en esos hipotéticos asesinatos ni tampoco en otros delitos. Normal, nos consta que mantiene excelentes relaciones con numerosos dirigentes madrileños. Cada año que pasa su poder aumenta. Y su audacia. Es cruel y peligroso.

El martes por la tarde Adriana volvió a llamar. Muy asustada, casi histérica.

—Volvía del parque con Lucía. En un paso de cebra se me ha acercado la sombra de Mo, el chino de la coleta, ¿sabes quién te digo?

—Sí. —El mongol, pensó Torca—. ¿Te ha hecho algo?

—No. Bueno, sí. Asustarme. Todavía estoy temblando. Me ha dicho que tenía una niña preciosa, que sería una lástima que le pasara algo. Yo... yo he cogido a Lucía en brazos y...

—¿Y qué ha hecho él?

—Nada, se ha montado en un coche. Ni siquiera me ha pedido el maletín.

Torca dijo a Adriana que se tranquilizara y, con fastidio, le preguntó por Olga.

La socia de Adriana se había ocultado en Baqueira, sin esquíes ni maletas, y había regresado el domingo. Vivía en un ático de Príncipe de Vergara.

—No volverán a molestarte —le prometió Torca a Adriana.

Torca, sin pararse a pensar, bajó y se montó en la moto. Rondó cerca del portal de Olga unos minutos y se coló dentro cuando un vecino sacaba a pasear al perro. Subió y llamó al timbre. No contestó nadie. Volvió a llamar. Se hartó y aporreó la puerta.

Olga se acercó, lo contempló por la mirilla y se quedó quieta. Pero Torca la sintió al otro lado.

—O me abres o tiro abajo la puerta —masculló.

Abrió.

La *madwoman*, sin uniforme de ejecutiva ni potingues, parecía una chavala. Una chavala desvalida, con un ojo tumefacto. Iba descalza, con pantalón de pijama y una camiseta de tirantes que apenas ocultaba unos opulentos pechos operados..., y que dejaba al descubierto, en el escote, un par de cortes superficiales. Recientes, como el golpe en el ojo.

—Voy a tener que cobrar entrada —dijo sin una pizca de gracia.

Olga le dio la espalda, atravesó el recibidor y se dejó caer en un sofá. Torca cerró la puerta.

El mongol —Olga tampoco sabía su nombre— se había presentado en el ático esa misma mañana. Olga poco podía contarle, aunque para asegurarse el tipo se había divertido con una navaja.

—¿Y te ha hecho algo más?

—No. ¡Yo no sé nada! ¡No sé dónde está el maletín ni dónde vives! Sólo le he dicho dónde está Adriana. Después de cortarme ha enviado un mensaje a Mo.

—¿Un mensaje?

—Sí, con el teléfono. Y me ha contado lo que iba a hacerme si Mo no se quedaba satisfecho. No he pasado más miedo en toda mi vida. Cuando ha leído la respuesta de Mo, me creía morir. El cabrón se había hecho ilusiones y me ha pegado un puñetazo. Me ha ordenado que no salga de Madrid, pero se ha largado sin volver a tocarme.

Torca le preguntó por qué no se había curado. Los pantanosos ojos de Olga se desbordaron.

—Me ha dejado aquí tirada. Y no he sido capaz de levantarme.

Estaba helada.

Olga sacó el Volkswagen del garaje y estacionó en doble fila, cerca de la moto. Antes de salir del coche, Torca le pidió que repitiera las instrucciones.

—Lo tengo claro. Me voy directa a Alicante, a que mi madre y mis hermanas me cuiden. Cuando llegue, te mando un mensaje. Pero no llamo a Adriana. Si Mo o el otro me llaman o se me acercan, entonces sí que te aviso. Y no vuelvo a Madrid hasta que me lo digas.

—Bien. Conduce despacio, pon música, la radio, lo que sea, pero no te comas la cabeza. Lo peor ya ha pasado.

Juan escoltó al escarabajo hasta que salió de Madrid. Repostaron en una gasolinera y dejó que se fuera.

Mo Xingjian había calculado mal. Creía que el maletín seguía en poder de Adriana. Había preferido asustar a las mujeres en vez de llamar a Torca, negociar con él o atacarlo.

No tiene demasiada prisa, pero no va a parar hasta conseguirlo, ya no puedo esperar más, concluyó. Como había vaticinado Luisito, Mo Xingjian había ignorado la advertencia de Torca.

Olga había desembuchado mientras llenaban una maleta. Durante el coma de Marsé, Adriana sólo se había dedicado al hospital y al bebé, pero el mismo día del entierro había revelado a Olga lo que había pasado. Adriana no había salido de España para contactar con posibles compradores de los dossiers, como suponía Torca, sino para alejarse de la Policía y de Madrid Seas. Mientras tanto, la labor de Olga había consistido en airear la mercancía. «Sondeé a algunos de nuestros contactos más..., cómo decirlo, más controvertidos. Sólo dejé caer un rumor, nada. Pronto corrió la voz. Hasta que Mo Xingjian ganó la subasta. Nos ofreció un millón de euros.»

—Está bañando a la niña, pero no tardará. Pase, por favor.

La madre de Adriana, una señora enjoyada y maqueada a la que le saldría urticaria al oír la palabra *abuela*, lo sometió a un tercer grado en el salón, mientras el padre, el melómano en silla de ruedas, no abría la boca. Torca se defendió a duras penas.

Por suerte, Adriana lo rescató pronto. Con la criatura en brazos y un biberón ya preparado, lo condujo escaleras arriba. Charlaron mientras acostaba a Lucía en la cuna.

—Mi madre dice que un clavo saca otro clavo, y que tendré que buscarle un padre en condiciones a Lucía. Desde ya, te ha puesto el primero de la lista. No tenías que haberte presentado sin avisar, la que me espera —confesó Adriana.

Pero Torca no quería irse por las ramas. Le contó el calvario que había padecido su socia y los próximos pasos que iba a dar.

—A pesar de que Olga les dio mi número, han pasado de mí: a ella la torturan y a ti te amenazan. Siguen pensando que tienes el maletín. Muy pronto van a cambiar de idea, voy a solucionar esto. Pero si en algún momento vuelven a presionarte, límitate a repetir la verdad, lo que yo te he dicho: que esa noche yo me quedé con el maletín y que te he dicho que he destruido los documentos.

—Pero ¿los has destruido?

—Los quemé esa misma noche.

—¡Me cago en la puta! Si valían una fortuna...

Torca miró a Lucía Marsé. Acunada por su madre, luchaba por no cerrar los ojos.

—Siempre han sido basura.

Durante los preparativos del intercambio fallido en Cobo Calleja, Torca había pedido a Luisito el domicilio de Mo Xingjian. Después habían localizado la sede de la Fundación Espachina, el chanchullo que había urdido para potenciar su imagen, y las oficinas centrales de su empresa. Olga, además, le había pasado el número de un móvil. Tras meditarlo, el miércoles a mediodía optó por presentarse en la fundación. Desarmado. También dejó las llaves, la cartera y el teléfono en las oficinas de Laguna & Campbell: no quería que le confiscaran nada.

A tiro de piedra de la embajada china, la fundación ocupaba una ostentosa entreplanta de un edificio recién rehabilitado. Un delicado joven con acento canario le explicó que no podía concertarle una cita con Mo Xingjian y que carecía de sentido esperarlo en la recepción. Pero Torca no tenía prisa.

Cincuenta minutos después, el recepcionista le prendió una acreditación en la solapa y lo condujo al interior de la fundación. Al doblar un pasillo se apartó. El mongol y uno de los trillizos lo estaban esperando.

El mongol lo cacheó sin miramientos. Luego entró en un despacho y al cabo de minuto le indicó que pasara. Él se quedó fuera.

El despacho de Mo Xingjian parecía un museo. Entre los lienzos, los jarrones, las tallas y las fotografías, el objeto más inanimado era el rostro del empresario. Xingjian no le ofreció asiento, pero Torca se aposentó enfrente de él. Se fijó en las fotos. El chino había forrado de retratos enmarcados la pared que estaba a sus espaldas. Si quienes se reunían allí con él desviaban la mirada de su careto, se lo encontraban de nuevo, sin remedio, una y otra vez, ya sea tendiendo la mano a ministros y alcaldes o posando con gente de todo tipo: desde celebridades televisivas hasta intelectuales extranjeros invitados por su fundación, pasando por deportistas profesionales. Entre otros, varios jugadores del Real Madrid.

Sólo había una foto en la que no aparecía el chino, y donde las sonrisas no parecían de plástico: dos clones de Xingjian, rejuvenecidos y eufóricos, alzaban una pequeña copa y sus palas de ping pong en el patio de un colegio.

El chino, quizá satisfecho tras ver cómo Torca no podía evitar contemplar las fotografías, salió de su mutismo.

—¿A qué has venido?

—A repetirme, ya que la otra noche no te enteraste. Los documentos del maletín ya no existen, si hubieras pagado por ellos ahora serían tuyos, pero esa noche los quemé.

—¿Por qué?

—Porque sólo han traído problemas.

Xingjian no se lo creyó.

—Ya sabes dónde estoy, vuelve con ellos y esta vez os daré el dinero. Un hombre de negocios de Hong Kong los necesita. No puedo defraudarlo. Tú y yo empezamos mal, y podemos acabar peor. O no. Como quieras. Esos documentos valen demasiado..., pero tú no vales nada.

—Cierto. Yo no valgo nada —dijo Torca—. No soy nadie. Pero los he quemado. Y si me pasa algo, he dado orden de...

—¿Que no eres nadie? —gritó el chino—. ¿No eres el padre de este madero?

Xingjian pulsó el ratón y giró el portátil. Rodrigo en vaqueros. Saliendo de un cine, abrazado a una rubia. Relajado, sonriente. El autor de la grabación, desde el interior de un coche, dejaba que salieran de plano y luego mostraba en el salpicadero la portada de *El Mundo*. «Dialogaré y seré valiente porque hay que tomar decisiones», proclamaba Mariano Rajoy a cinco columnas. El cámara enfocaba a la cabecera del diario y abría el zoom: «15 de noviembre de 2011». Ayer.

Torca se levantó, hecho una furia. Xingjian se jactó.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a dármelos?

Torca abrió la puerta. Debía avisar a Rodrigo. El mongol se abalanzó sobre él, pero Torca lo apartó de un empujón. El trillizo seguía en el pasillo, pero Xingjian hizo un gesto y el lacayo se apartó.

—¿Vas a dármelos? Ya estás tardando —repitió.

Torca se lo pensó mejor. Retrocedió. El mongol sacó una pistola, pero Torca ni lo miró. Se acercó a Xingjian.

—Los he quemado, no te he mentado. Pero puedo conseguir una copia. Tardaré un tiempo.

Xingjian, victorioso, sonrió.

—Te doy diez días. Ni uno más. Pero no te vayas aún, tengo otro vídeo. Tu novia es muy simpática...

Mo quizá esperaba otro estallido, pero como Torca no reaccionó, continuó hablando sin tocar el ratón. Miró al mongol y dijo:

—Ayer mi amigo Gao se interesó por el precio de las habitaciones y tu novia lo atendió con mucha amabilidad. Tiene ganas de charlar con ella otra vez, pero le he pedido

que se espere. Tienes diez días.

Media hora después Torca se pasó por Laguna & Campbell para recoger sus pertenencias. Sobre todo, para llevarse la pistola. Luisito, que llevaba lustros sin ver en Torca esa mirada taciturna y ofuscada, se empeñó en salir de la oficina con él.

—Sin mí no te vas a ninguna parte. ¿Qué te ha pasado?

Torca podía ceder, darle una copia de los documentos a Xingjian y, quizá, embolsarse una bonita suma. O actuar ya. Seguir su impulso inicial. El camino más sencillo es el más rápido. Tal vez Xingjian lo esperaba en la fundación o se había atrincherado en Aravaca. Le daba igual. Podía armarse hasta los dientes y arrasarlo con todo. Matar a Xingjian o morir en el intento, y punto, problema finiquitado.

Tras calmar a Torca, Luisito sacó a relucir su cinismo.

—¿Que fotografiaste todos los documentos? Pues usa esa copia. Dásela. ¿Acaso te importa que Xingjian o ese tipo de Hong Kong tengan los expedientes de Barriocanales? Son lobos, deja que se devoren entre sí. De todas maneras, no sé por qué has hecho una copia, con la mía bastaba, ¿no? Nunca reciclo nada, pero siempre se puede hacer una excepción.

Torca le explicó que las fotografías de la tableta tenían un valor añadido: los folios mostraban el logo de Madrid Seas.

Una hora y dos vodkas más tarde, aplacado, después de evaluar todas las opciones con Luisito y decantarse por una, marcó el móvil que le había dado Olga.

—Soy Torca —dijo.

Esperó unos segundos. Colgaron sin mediar palabra, pero un minuto después recibió una llamada desde un número oculto.

—¿Vas a conseguirme los documentos? —preguntó Xingjian.

—Sí, los tendrás. Pero esta vez elijo yo dónde hacemos la entrega.

—Excelente.

A Torca se le había ocurrido imitar la idea del compadre misterioso o de Marsé de citarse en el Bernabéu. Un sitio concurrido y rodeado de fuertes medidas de seguridad. A la vista de todos y de nadie. Dentro de diez días, precisamente, el Real Madrid jugaba en su campo contra el Atlético de Madrid. Contaban con tiempo suficiente para planearlo todo.

—Te haré llegar una entrada para el partido del 26. Te llevaré el material en una tableta. Tendrás el tiempo que quieras para examinar los documentos y te quedarás con ella. Y me pagarás con diamantes. Un millón ocupa demasiado en billetes.

Antes de colgar, Xingjian le amenazó:

—A pesar de que me has humillado delante de mis hombres, soy una persona sin resentimientos. Esto para mí es sólo un negocio, pero más te vale que salga todo bien.

Al día siguiente Torca quedó con Rodrigo por la tarde. Tomaron un café insulso, hablaron del tiempo y se despidieron hasta otro día. Luego, por primera vez en su vida, Torca lo siguió. Se quedó con las ganas de verlo con la rubia: el chaval se metió en casa. Torca hizo guardia hasta la medianoche.

Nerea lo esperaba despierta. En el picadero, así lo había llamado Jandro. Horas antes se había pasado por el hotel para darle unas llaves. Tirada en el sofá, veía un programa de cotilleo. Bajó el volumen cuando llegó Torca.

Por la mañana, Torca se había ido satisfecho, tras vaciar los ceniceros y cambiar las sábanas. Pero ahora el apartamento estaba reluciente, además de ordenado. De la cocina salía un ruido extraño, procedente quizá del lavavajillas o la lavadora.

—Te dije que no tocaras nada, ¿no?

—Ya. Pero he abierto el frigo para preparar algo, he buscado un plato... y una cosa ha llevado a otra.

Nerea le preguntó si había cenado. En Gran Vía siempre hay locales abiertos, Torca prefería bajar para no complicarse, pero la joven sacó una sartén y le vaciló:

—¿Te frío unos huevos? O igual prefieres hacerlos tú...

—Deja, deja.

Nerea tenía mano para la cocina. Buscó entre las latas y le preparó una tortilla de bonito muy sabrosa. Mientras le veía comer, le soltó lo que le rondaba por la cabeza.

—No he abierto los cajones ni he registrado nada, no te asustes. Pero me ha impresionado esto. No hay fotos. Ni plantas. Nada. Sólo cacharros electrónicos y libros. Esto es más frío que las habitaciones de mi hotel.

—¿Pongo la calefacción? —dijo Torca.

—No es eso. Me dijiste que estuviste casado, que tienes un hijo... Juan, ¿qué te ha pasado para que no conserves ningún recuerdo?

Torca abrió una lata de cerveza y ofreció otra a Nerea. La joven sacó un vaso y lo llenó con agua del grifo. Torca cogió el tenedor, pero ante la mirada de Nerea dejó de comer.

—No me ha pasado nada. En serio. Nuestra casa está en Burgos. El fin de semana me quedé con las ganas de parar y enseñártela. De verdad. Un día que libres, vamos y te la enseño.

Al amanecer Nerea insistió. Quería saber qué le había pasado a Raquel y qué tal se llevaba con Rodrigo. Aunque, sobre todo, Nerea ansiaba saber qué le había ocurrido, qué había provocado que una noche de mayo llegara al hotel tan vapuleado y mustio. Aunque a Torca no le incomodaba demasiado la curiosidad de la joven, le costaba dar con las palabras adecuadas. Le contó cómo había sido el accidente que había sufrido Raquel y cómo estaba logrando estrechar los lazos con Rodrigo, ahora que vivía en Madrid, pero no mencionó a Nadia ni lo sucedido en el mar de Aral.

No quería pensar en Nadia. Y no había vuelto a pronunciar en voz alta su nombre desde mayo. Como le había dicho a Hernández, no volvería a por ella. Jamás. Nunca.

El lunes la tableta ya estaba preparada. Y Luis Laguna, o mejor dicho su rastreador, ya había deducido a quién iba a revender Xingjian los documentos.

Laguna lo condujo a un despacho interior. Parapetado por pantallas de diversos tamaños, un hombrecillo de pelo ralo y mirada huidiza manejaba el ratón.

—Juan, te presento a Francisco Cifuentes, aunque aquí todos le llamamos Paco. Un hombre fundamental en esta pequeña gran familia. Paco, como sabes, Juan Torca es un viejo amigo y muy pronto va a echarnos una mano. Y te ha subido a los altares, te llama *el Rastreador*. Anda, enséñale a Lung.

Hinchado de orgullo al oír ese apodo, el hombrecillo irguió la espalda y comenzó a desplegar ventanas sin parar de hablar.

—Wen Lung. 1955. Siempre lo desmiente, pero procede de Taiwán. Apodado *el Emperador del cemento*, aunque el grueso de su fortuna procede de una concesión minera. Controla dos webs de apuestas legales y, según todos los indicios, la principal casa ilegal del mundo. Le interesa el fútbol, la NFL y el motor. Dicen que el año pasado trató de coger el timón del Manchester United y que hace dos casi entra en la Fórmula 1. Tiene socios, y enemigos, en todos los continentes. En España también. Xingjian es un chicle en el zapato para un tipo como él, pero hemos descubierto que muchas de las materias primas que mueve Xingjian en Cobo Calleja se trasladan en cargueros de Lung. Se conocen.

Sábado, 26 de noviembre. Madrid bullía desde la mañana. El derbi todo lo contagiaba, pero Torca salió a correr como cualquier otro día. Quizá sea el último, se dijo. Le sobraban los motivos para no fiarse de Mo Xingjian, y además se había levantado con un mal presentimiento. Yo se la voy a jugar, pero él a mí también.

La tableta contenía un muy escaso porcentaje de los archivos originales. Y sacados del disco duro del banco, sin el logo de Madrid Seas. El resto era paja. Abundaban las fotos picantes y los vídeos polémicos, pero casi todo el contenido era del dominio público. Morralla. Según Adriana, Xingjian había pujado por la Carpeta Blanca a ciegas. Por eso, aunque había querido hacerse a toda costa con los documentos, se había negado a pagar por ellos. Y ahora tal vez pensaba hacer lo mismo.

En Cobo Calleja sólo había dedicado unos segundos a ver los documentos, y en el Bernabéu, rodeado de hinchas, tampoco podría inspeccionar qué estaba adquiriendo.

Como habían quedado, Torca llegó tarde al estadio, al comenzar la segunda parte. Quería salir al final del partido, confundirse entre los aficionados. Subió por la grada despacio. No vio al mongol ni a ningún chino cerca de Xingjian. Se colocó junto a él y sacó la tableta.

Habían elegido un modelo barato, con una pantalla poco luminosa. Xingjian dejó que Torca le mostrara las carpetas sin hacerle ninguna pregunta, y luego trató de cogerla.

—Las piedras —dijo Torca.

—Las he traído, pero aquí no te las voy a dar. Vamos.

Salieron de la grada. En las escaleras interiores se detuvo.

Xingjian sacó una bolsa de terciopelo negra. Al ver a unos vigilantes volvió a guardarla.

—Vamos a los baños, no tardaremos.

Torca se esperaba algo así. Caminó hacia los servicios como Marsé por el aparcamiento de las Cuatro Torres. Al reanudarse el partido, quizá no habría nadie. Fue por delante con paso firme. De perdidos, al río, se dijo.

Abrió la puerta. Y el culetazo del mongol le dio de lleno.

Cuando Juan Torca despertó, el mongol seguía allí. Le vacilaba con el emisor láser de una pistola, oscilando la luz roja de un ojo a otro como si estuviera echando a suertes qué órbita iba a reventar para perforarle el cerebro.

Un zumbido, una vibración al recibir un mensaje telefónico, provocó que el mongol detuviera el vaivén.

—Vaya, voy a tener que matarte. Nos has timado —dijo tras echar un vistazo a la pantalla del móvil.

Torca se quedó callado, más enfadado consigo mismo que con el mongol. Qué puto error de cálculo. Garrafal. No se le había pasado por la cabeza que Mo fuera tan resolutivo ni que corriera tantos riesgos. Descartó ofrecerle dinero o implorar clemencia. Aunque explotó cuando el otro volvió a putearlo con el láser.

—¿Pues a qué coño esperas?

—Esta pistola es pequeña pero muy ruidosa. Y esto parece un cementerio. En cuanto la gente se ponga a gritar, acabamos con esto.

El Madrid ganaba tres goles a uno, aunque se oía de fondo algún cántico, el estadio parecía tranquilo. Durante unos minutos se contemplaron en silencio. De repente, unos

pocos metros más abajo, en el césped, Higuaín lanzó una pared a Cristiano Ronaldo, el portugués le devolvió el balón con un toque de espuela y dos defensas rojiblancos derribaron al argentino. «¡Penalti!», bramó el público.

—Penalti —coreó el mongol—. Fusilarán al portero... Y yo a ti.

Hay que tener cuajo, y oficio, para matar cara a cara, en un espacio reducido. A la desesperada, Torca lanzó el puño contra la pistola apenas un instante antes de que el mongol apretara el gatillo y de que Cristiano Ronaldo chutara. La bala, desviada, le tatuó el antebrazo, pero el mongol no volvió a disparar. La pelota entró rozando el poste izquierdo. Torca derribó al mongol de un rodillazo. Miles de gargantas cantaron gol mientras Torca lo molió a puñetazos.

El día en que lo iban a matar sería otro. Quizá.

El mongol, hecho un guiñapo, no pidió clemencia durante el castigo. Harto de golpearlo, Torca lo dejó inconsciente de una patada. Sin coger resuello ni comprobar los daños del balazo, le quitó el teléfono y llamó al número que había enviado el último mensaje, su sentencia de muerte.

—¿Has terminado? —preguntó Mo Xingjian.

—Yo sí —respondió Torca—. ¿Y tú? ¿Quieres más?

Xingjian, descolocado, no replicó. Torca cogió aire y amenazó por última vez al chino.

—Si tu lacayo tuviera mejor puntería, yo estaría muerto. Pero tú también. Y tus hijos. El que estudia en Irlanda y el que sigue contigo en Aravaca. Yo también puedo jugar al mismo juego que tú. Si nos pasa algo a mí o a mi hijo, lo que sea, la orden ya está dada, un asesino bastante más eficaz que tu lacayo se lo va a pasar de puta madre contigo y tu familia. No vuelvo a repetírtelo. ¿Está claro?

Xingjian colgó. Torca buscó en vano los diamantes, se guardó el móvil y la pistola del mongol y se arremangó la camisa. Chorreaba sangre por el codo, pero podía mover el brazo. Le dolían más los nudillos que el balazo, buena señal. Se lavó la herida y se vendó malamente, con papel higiénico y un pañuelo, y antes de salir del baño cogió al mongol y le metió la cabeza en el retrete para que se fuera despejando. Durante un segundo pensó en ahogarlo, pero alejó rápido ese tentador pensamiento: carecía de tiempo y medios para eliminar su rastro, le convenía que el chino se fuera de allí por su propio pie en vez de con los pies por delante.

Llamó a Lusito. Le pidió que se presentara en el apartamento con un botiquín, y abandonó el Santiago Bernabéu cuando terminó el partido, mezclado con los hinchas.

—Descansa, mañana me paso a verte.

—Gracias, amigo.

El vendaje de Luisito, rudimentario pero efectivo, no iba a impedirle ejecutar la segunda y definitiva parte del plan.

Los localizadores que había colocado en la tableta y en el abrigo de Xingjian apuntaban a las mismas coordenadas: el búnker de Aravaca. Cautó y minucioso como un depredador, empleó dos horas largas en burlar las fuertes medidas de seguridad diseminadas por la verja, el terreno circundante y los accesos. No lo detectaron ni los dispositivos electrónicos ni los vigilantes.

Nada más contemplaba una opción. Aunque Xingjian durmiera solo, había descartado torturarlo para averiguar hasta qué punto Wen Lung, el millonario de Hong Kong, estaba al tanto de sus manejos.

Xingjian roncaba acompañado, pero la joven que debía de haber soportado las repulsivas acometidas del chino se había acurrucado en el extremo opuesto de la cama, de cara a la ventana. Buena suerte. Sobre todo para ella. Para Torca hubiera sido un daño colateral: estaba protegiendo a Rodrigo. Y a Nerea.

Torca estuvo sólo un par de minutos en el cuarto. Armó la jeringa, aspiró la dosis y con sumo cuidado, casi con delicadeza, introdujo la aguja. El chino pegó un respingo, abrió los ojos, pero quizá no contó con tiempo suficiente para comprender por qué estaba muriendo.

Aparcó la moto en Gran Vía al alba.

Dos días más tarde le avisó Luis Laguna:

—Tenemos un problema menos. Mo Xingjian ha palmado. En la cama. Un infarto.

—De puta madre —dijo Torca.

Si Luisito sospechaba algo, se lo calló. Hizo bien.

A finales de noviembre lo llamó Ramón Ribeyro. Tenía prisa. Demasiada. Quería ya la Carpeta Blanca. Le notó nervioso. «Han anunciado un expediente de regulación de empleo en *Pueblo*. Y tengo todas las papeletas para que me larguen, se han hartado de dar la cara por mí. Según el director de Grandes Cuentas, mis exclusivas les perjudican. Si pongo el ventilador, la mierda me va a salpicar a mí el primero, pero con los expedientes puedo encontrar curro en cualquier sitio», le confesó. Torca se negó. Le repitió que hasta después del partido entre el Madrid y el Barça no podría examinar los documentos.

Torca, sin ironía, le deseó suerte. Pero Ribeyro no colgó el teléfono.

—Me reconcome por dentro una duda. La noche que apareciste en mi casa dijiste que te encargaron cazar al topo del vestuario, ¿no?

—Sí, eso dije.

—¿Y? Pero no llegaste a decirme si al final averiguaste o no con qué jugador del

Madrid hablo...

—No, eso no te lo dije.

Torca pensó que a Ribeyro se le daban bien las parrafadas, pero no tanto las entrevistas.

—Pero ¿lo sabes o no lo sabes? Él ha confiado en mí, me preocuparía muy mucho que se convierta en un chivo expiatorio.

—Para qué mentirte: lo sé —reconoció Torca—. Pero no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Es que no se lo has dicho ni se lo vas a decir a nadie? Hasta ahora no me has dado ni un solo motivo para fiarme de ti.

—Haces bien, no te fíes de mí. Ni de nadie.

—Ya. No tengo por qué creerte... Es más, ¿de verdad lo sabes? ¡Dime su nombre!

—¿Para qué? Imagina que alguien te ha pinchado el teléfono y nos está escuchando. Pero si quieres, te lo digo...

—No, entonces no.

—Vale. Ya puestos, aprende algo. El teléfono no sirve para nada. Para nada importante. Todo, todo lo que digas o hagas con un teléfono se puede rastrear. Y eso vale para el teléfono que estás usando ahora..., o para cualquiera de los que coleccionas.

Torca estuvo pendiente de la prensa deportiva. Continuaba habiendo filtraciones, pero no encontró informaciones extraídas de los dossiers de Laguna.

Ribeyro llamó de nuevo a principios de diciembre.

—Ya queda poco, dentro de unos días te entrego todo —le dijo Torca.

—Déjalo, ya me da igual. Me tiene que dar igual. Cuando me ofreciste el trabajo, moví algunos hilos para saber qué firma deportiva pretendía montar el proyecto... Nadie sabía nada, pero ahora una de ellas me va a fichar. Ya ves, me paso al lado oscuro y me libro del naufragio de *Pueblo*. No volveré a llamarte, Chema, Juan, como te llames..., salvo el día que mande todo al carajo y decida escribir un libro.

El 6 de diciembre Torca dejó que Rodrigo lo invitara a comer. Cumplía veintiséis años. Le dio dos billetes de quinientos para que se comprara algo, pero no le contó que algún día heredaría, bien invertidos, cien mil de los doscientos mil euros transferidos por Madrid Seas. No pensaba tocar ese dinero, con el botín del Aral tenía más que suficiente. Había dejado los otros cien mil en el taller de Cartagena, en una bolsa de deportes. Había avisado a Adriana con un mensaje. No le apetecía volver a verla.

Durante la comida, Rodrigo no advirtió nada raro en su padre, aunque a Torca todavía le costaba mover el brazo derecho con soltura. En cambio, con Nerea ya no pudo o

no quiso disimular más.

Torca lucía demasiadas cicatrices. Tiros como el del mongol, cortes a veces mal saturados... Una de las primeras noches le contó que había sufrido varios accidentes de moto de diversa gravedad, y hacía unos días, al verlo herido, le había dicho que se había vuelto a caer, pero esta vez pidió ayuda a la joven para quitarse de una vez el vendaje.

—Te dije que iba a currar en la empresa de un amigo, ¿te acuerdas?, pero no te conté qué iba a hacer allí. Es una agencia de detectives. La mala noticia es que puede que algún día vuelva magullado. Nunca me he caído de la moto. No podré contarte todo lo que hago, pero tampoco te mentiré.

Nerea cortó la venda con unas tijeras.

—¿Y cómo te hiciste esto? —preguntó.

—Quijoteando.

—¿Qué?

—Nada. Podría contarte que me choqué contra un molino. O que un chino se enfadó conmigo, ¿qué versión prefieres?

La mitad de la verdad no llega a ser una mentira, y a veces chirría menos, pensó Torca.

Al Madrid se le había olvidado perder. Iba de goleada en goleada. Si continuaba a ese ritmo podía llegar a los cien puntos y batir el récord de goles. Hasta que llegó por fin la madre de todas las batallas. El 10 del 12 del 11, a las 10 de la noche, Juan Torca regresó al Santiago Bernabéu para asistir al clásico del fútbol español, al enésimo partido del siglo. Para vender la carpeta de las Cuatro Torres a un compadre.

El clásico

Los muertos no fuman. No usan gafas de sol. A los muertos no les canta el sobaco.

En Afganistán habían dado por muerto a Krauze después de una búsqueda terrible. Craso error. Diez años después, el mexicano todavía lo lamentaba. «Estuvisteis muy cerca», le dijo. Había soportado el cautiverio, «no quedaba otra», hasta que se hartó de esperar. «Canté rápido, pero ya sabes que no manejábamos información comprometida. Decidí que sólo tenía para ofrecerles mis destrezas, mi *know-how*. Así que hice lo que mejor se me daba: les ayudé a fortalecer las comunicaciones, a depurar los procesos logísticos, a consolidar los operativos, imagínate.» Un año más tarde viajaba a paraísos fiscales. «Podía haberlos dejado en cualquier momento, pero para qué, nunca estuve mejor considerado», reveló. Un decenio después había prosperado todavía más: ahora residía en París y procuraba tender puentes y evitar conflictos entre los cárteles latinos y los productores asiáticos. Cerraba ventas de droga por importes millonarios. Aunque todavía frecuentaba Afganistán más de lo que le gustaría. «No hay como saber idiomas. Me he convertido en alguien imprescindible», se jactó.

Juan vio solo el primer gol: nada más comenzar el partido Víctor Valdés hizo una pifia que aprovechó Benzema. Durante la tumultuosa celebración recibió un codazo en las costillas. «Cómo te va, compadre», le había dicho Krauze. Torca reconoció al instante al hombre que acababa de ocupar el asiento de su derecha. Un fantasma con traje de Armani y camiseta negra. Un mestizo flaco y patiocorto, que no parecía quinto de Torca. Krauze había envejecido mal. Tenía el rostro arrugado, requemado, unas ojeras oscuras y una perilla rala y canosa. Antes de abrazarlo efusivamente relucieron un par de muelas doradas.

Enseguida habían salido a las escaleras. Como el día de Marsé, aunque esta vez en el Fondo Norte, lejos del palco de Madrid Seas, de los periodistas y de las zonas nobles del Bernabéu.

En el séptimo minuto del partido, como siempre, el fondo sur coreó: «Illa, illa, illa, Juanito maravilla». El eterno homenaje a Juanito.

—¿Recuerdas el vuelo a los Balcanes? Jandro casi me lanza al vacío. Pinche cabrón... Dale recuerdos. Pero dile que Hugo Sánchez le daba mil vueltas a Juanito, y que se joda.

—¿Cómo sabes que Jandro anda por Madrid?

—Como para no saberlo. No pude despedirme como es debido de Marsé, pero

encargué a un amigo que dejara unas flores en el camposanto..., y de paso que sacara unas fotos, a ver si algún compadre aparecía. Tú no has cambiado, pero Laguna parece un ministro. Si le ves, háblale de mí. ¡Dile que resucité!

La situación le divertía. Torca tampoco estaba disgustado, pero no comprendía por qué en todos esos años no había dado señales de vida..., y por qué sólo había mantenido contacto con Marsé.

—Tengo otra vida. Otro nombre. ¡Hasta otra hembra! Krauze murió —replicó el compadre—. Pero el destino quiso que me encontrara con Marsé. En el aeropuerto de Zúrich, hará dos años... Lo vi primero, me alejé, lo observé y me dije no seas pendejo, vamos allá. A ti no había por dónde pillarte. No cambiabas de cara con un póquer de ases o con unas cartas de mierda, ¡pero Marsé se chingó! ¿Acaso doy miedo? Luego me juró que no se lo diría a nadie. Cumplió su palabra, ¿no es cierto?

—A mí no me contó nada. Y a su mujer tampoco. Le dijo que guardara la entrada, sin más.

—Hizo bien. Un hombre de palabra.

Una queja estruendosa interrumpió la charla. Messi puso la directa, centró a Alexis y el chileno empató el partido.

—Uno a uno —continuó Krauze—. Empatados. Como Marsé, que jugaba a no perder. Como has visto, no me preocupa contar cómo me gano la vida. Me mancho las manos de sangre menos que antes. Aquella noche en Zúrich él me correspondió, me dijo todo lo que hacía para Madrid Seas. Sólo mostramos nuestras cartas y cada uno se fue por su lado.

—¿Y cuándo volvisteis a veros?

—Ni idea. Tres o cuatro meses después. Me vino a ver un par de veces. Tenía algo que ofrecerme... ¿Lo tienes?

—Sí. Pero no voy a mentirte. No sé ni cuánto vale ni para qué lo quieres.

Krauze lo miró, atónito, y de repente lanzó una carcajada.

—¿Qué te dije? ¿Sigues dándole al póquer? Ahora está de moda, podrías sacar un montón de lana.

—Ahora corro. Sin prisa.

Krauze se lo estaba pasando en grande. Se balanceó sobre las puntas de los pies y se rio.

—Si gana el Barça, te lo cuento todo. Bueno, y si no también.

Volvieron a la grada. Iniesta bailó al Madrid, Casillas no pudo despejar un tiro de Xavi que tropezó en Marcelo, a Cristiano Ronaldo se le escapó el empate por un pelo y Cesc sentenció el clásico en una contra. Quedaban más de veinte minutos para que Mourinho saludara a Pep Guardiola, pero los dos compadres abandonaron el Santiago

Bernabéu.

—Tú dirás —indicó Torca.

Valemos por lo que sabemos. Por lo que ocultamos. Por lo que podríamos revelar. Marsé había jugado a no perder. Y Krauze, divertido, había avalado la partida.

—Vale, ¿pero cuál era vuestro plan? —insistió Torca.

Caminaban Castellana arriba. Desde esa perspectiva las Torres Kio parecían tan altas como las Cuatro Torres. Krauze se detuvo y señaló a los rascacielos. Un todoterreno negro los precedía a trompicones.

—Era muy sencillo. Necesitamos blanquear dinero. Como sea. Donde sea. Recuérdalo para cualquier otra ocasión. Esto se lo dejé caer a Marsé, y no cayó en saco roto. Se acordó de otro blanqueo. Marsé, como yo, y como tú, supongo, ya estaba harto de obedecer. Le apetecía terminar su carrera en el Real Madrid, pero al mismo tiempo tenía munición de sobra para sacarle a Barriocanales unos cuantos millones, con mi inestimable ayuda.

—¿Cómo?

—En primer lugar, con eso que no sabes cuánto vale. Luego, echándome una mano desde dentro. Cargando las tintas.

—No lo entiendo.

—Enséñame los papeles y te lo explico —exigió Krauze.

—¿Y qué gano yo con eso? —le preguntó Torca.

—Sin Marsé, la verdad, quizá nada. O todo, si retomamos la partida.

Diez años después, no tenía por qué fiarse de Krauze, pero se montó en el todoterreno. El conductor saltó al carril central. El copiloto, una esfinge, no se giró.

—A las Cuatro Torres —ordenó Krauze.

Torca sacó el teléfono y buscó los documentos.

—Los he fotografiado. Echa un ojo.

Krauze cambió las gafas de sol por unas de leer. Fue pasando de largo las hojas y amplió una tabla de la última página.

—¿No te has preguntado por qué la sede de Madrid Seas se encuentra en una de las torres de la antigua ciudad deportiva del Real Madrid? ¡Aquí está!

Torca, que había examinado a fondo el expediente sobre las Cuatro Torres, continuaba en ascuas. Krauze se lo explicó.

—Fíjate aquí. Esto ocurre después de que Florentino vendiera los terrenos. Como nada incrimina al presidente del club ni al Real Madrid, no prestaron atención. Pero fíjate bien: el que escarbó en los registros no se detuvo ahí, reflejó todos los movimientos posteriores. ¡Mira aquí! En esta transacción. Marsé lo recordó todo al ver el documento y decidió sacar tajada. Éste es el número de identificación fiscal de una de las empresas de Madrid Seas. Ahora mira esto otro. El número de otra de sus empresas. Han blanqueado

una millonada. A la vista de todos, pero indetectable... a no ser que estés en el ajo o que sepas en qué debes fijarte. Barriocanales encarga una investigación sobre el Real Madrid... Busca trapos sucios, cualquier cosa, y no se da cuenta de que uno de los documentos le imputa. ¡Es tremendo, güey!

—Tremendo es que Marsé muriera por un papel.

Krauze lo miró sorprendido.

—¿Un papel? ¡Esta información vale millones! Puede hundir a Barriocanales, y convertir su sueño de presidir el Madrid en una pesadilla.

—Tú lo has dicho antes. Esto sólo vale para chantajear a Barriocanales. Marsé no se merecía un final tan absurdo.

—No. Ni él ni nadie. Pero entiéndelo, esto era un principio.

Krauze continuó.

—Marsé te quería con él. Me dijo que en cualquier escenario serías útil. Tanto si ganaban la guerra contra Florentino, como si perdían, tú estarías a su lado. Y con la farsa del atraco podía sacarle a Barriocanales una fortuna, en cualquier caso. No teníamos prisa, las elecciones al Madrid serán en 2013, yo tenía tiempo de sobra para apretarle a Barriocanales. Esa noche Marsé te lo iba a contar todo. Quería agrupar de nuevo a los compadres. Luis y Jandro viven aquí en Madrid, habrían acabado colaborando con nosotros en éste y otros proyectos.

—¿A Luis no le hablé de ti?

—No. Primero ibas tú. Luego Luis y después Jandro.

—¿Y los demás?

—El resto no. Soñaba despierto, pero tantas ilusiones no se hacía. Ortega y Jaime están donde deben estar, Santa no cuenta y no sé dónde para Hernández.

—Yo tampoco —soltó Torca.

Estacionaron entre La Paz y las Cuatro Torres, en la acera de enfrente. Krauze procuraba pisar España lo mínimo, le contó que había pasado en Afganistán las últimas semanas y que regresaba de inmediato a París.

Salieron. Dio fuego a Krauze, pero el mexicano no se fijó en el mechero, sino en la cajetilla de tabaco. Entre el plástico y el cartón Torca había escondido una microtarjeta. La sacó y se la entregó.

—Aquí tienes el dossier. Haz con él lo que te salga de los huevos. Pero si sacas algo, harás que la mitad la reciba la viuda de Marsé, y blanqueada como la coca más pura.

Krauze le dio su palabra y se despidió de Torca con un hasta pronto.

Cuando el todoterreno se fue, Torca dio la espalda a las Cuatro Torres. A la altura de La Paz, se detuvo junto a un contenedor de basura. Quería soltar lastre, pero no llegó a tirar el mechero de Marsé. Se lo guardó en un bolsillo y continuó caminando. Le quedaba un largo trecho hasta Gran Vía.

Epílogo

(Año y medio después)

La primavera de 2013 estaba siendo la más desapacible, fría y lluviosa del siglo. Pero el 1 de junio a las cinco de la tarde, cuando Juan Torca volvió al Bernabéu para asistir a una muerte anunciada, deslumbraba un sol taurino. El Real Madrid disputaba contra Osasuna el último partido de una Liga perdida en septiembre. No jugaban Casillas, represaliado, ni Cristiano ni muchos otros titulares, pero poco o nada importaba la alineación: se celebraba el último partido de José Mourinho en el Real Madrid. El respetable acudía al estadio para vitorear y silbar al entrenador. También era el último día para que los rivales de Florentino Pérez trataran de arrebatarse la presidencia del club: el plazo para presentar candidaturas terminaba a las doce de la noche de ese sábado. Pero nadie iba a competir contra Florentino.

En la presentación de su candidatura, el día anterior en el hotel Palace, Florentino volvió a repetir, como en la asamblea de septiembre de 2011, que la ampliación del Santiago Bernabéu iba a ser el proyecto estrella de la siguiente legislatura. También destacó que *Forbes* por primera vez había proclamado que el Real Madrid era el club más rico del mundo. Esa revista, por cierto, como *Pueblo* el año anterior, al confeccionar la lista de los españoles más acaudalados de 2012, había situado a Florentino en el número 10. Sin embargo, a tenor de su discurso aquel día, sin un liderazgo como el suyo cabía esperar que un millonario ruso o un jeque comprara el equipo: «Mientras yo sea presidente, el Real Madrid será siempre de sus socios y nada pondrá en peligro ese rasgo de personalidad por muy dura que sea la coyuntura económica», había proclamado.

Ese viernes la web oficial del equipo difundió un escueto mensaje de despedida de José Mourinho: «Deseo a todos los madridistas muchas alegrías en el futuro. Agradezco el apoyo de muchos aficionados y respeto la crítica de otros. Repito, muchas alegrías para todos y, principalmente, mucha salud. ¡Hala Madrid!».

Juan Torca asistió a ese último partido de Mourinho, acompañado por Luis Laguna. Se torró al sol en la butaca número 10 de un palco de tribuna situado entre el banquillo y el trono de Florentino. Y en el descanso, mientras se calzaba un vodka con tónica en un bar para vips, se acordó de Madrid Seas. Quizá por eso recomendó a Laguna que leyera *Los mares del Sur*, del maestro Manuel Vázquez Montalbán.

—Al principio de la novela, ¿sabes qué le dice Pepe Carvalho a Biscuter? Que los detectives privados sois los termómetros de la moral establecida.

—Cojonudo. Pues entonces la moral se ha achicharrado. Pero ¿sois los termómetros, o somos? ¿Aún no te consideras un detective? —preguntó Laguna.

—Qué va. Sigo siendo un mercenario.

Volvieron al palco, algo cocidos. Cuando los jugadores blancos celebraban un gol de Benzema, Laguna preguntó a Torca:

—Oye, compadre, no me llegaste a contar quién era el topo de Ribeyro...

—No, no te lo conté.

—¿Y?

—A ver si lo adivinas.

—Como si fuera fácil. ¿Está jugando ahora?

—Sí... O no —dijo Torca—. Todos jugamos, ¿no?

Aunque apenas se prodigaba en las redes sociales, esa noche @JuanTorca colgó un tuit:

Hoy en el Bernabéu un sol abrasador y unos goles muy tristes han dicho adiós a Mourinho. Pero la noticia era otra: sigue Florentino

Enchufó el televisor. Se tumbó en la cama, vestido. Se notó impaciente: su invitada se retrasaba. Dejó de zapear al encontrar un resumen del partido del Madrid con Osasuna.

Unos minutos más tarde el móvil vibró. ¿Un mensaje de ella? No: una notificación de Twitter. Un tal Leandro Pérez había *retuiteado* sus palabras sobre Florentino. Pues vale.

Poco después llamaron de recepción:

—Preguntan por usted.

—Dile el número de mi habitación, anda. Y que suba, por favor.

Cogió el mando a distancia, aunque todavía no apagó la tele. Antes se llevó una sorpresa. Emitían un reportaje sobre el adiós de Mourinho. Aparecía el portugués frente al banquillo, al comienzo del partido, rodeado de periodistas y fotógrafos, pero luego el cámara abrió el plano para mostrar la tribuna. Durante un instante, Torca se vio charlando con Laguna. Ambos estaban alegres, relajados. Dos colegas, dos compadres, un sábado cualquiera, en un estadio.

Al levantarse pensó que la vida, sin fútbol, es menos redonda.

7 veces 7

(Agradecimientos y comentarios)

7. Juan Torca vive conmigo desde el siglo pasado. Durante muchos años, al menos 7, traté de convertir en palabras las historias de Torca en el mar de Aral y en otros lugares. Harto, desistí. Pero entonces se me ocurrió contar otra historia en un territorio más cercano y conocido. Como Torca, a menudo desembarco en Madrid en autobús. Un día, mientras contemplaba las Cuatro Torres, cambié de mar: nació Madrid Seas.

7. Quiero escribir novelas negras. O, como poco, grisáceas. Esta novela además es blanca, o al menos merengue y futbolera, gracias a estos 7 del Real Madrid: el actual, Cristiano Ronaldo; aunque, que yo sepa, nunca le haya dado la mano, ni un pisotón, a Juan Torca. Juanito, el primero que recuerdo. Emilio Butragueño, *el Buitre*. Y Raúl, el jugador al que más he admirado, además de Iker Casillas.

7. El primer borrador de esta historia lo leyeron 7 amigos, a los que estoy muy agradecido: mis compañeros de pupitre Jaime Ibáñez Quintana y Miguel Ángel Santamarina, el guionista Juan María Ruiz Córdoba, el agitador cultural Miguel Munárriz, la agente literaria Palmira Márquez, la editora Ángeles Aguilera y el escritor Arturo Pérez-Reverte. Todo lo bueno que encuentres en esta historia seguro que es consecuencia de sus consejos, sugerencias y comentarios. Y de los posteriores del editor Emilio Albi. De lo malo, cúlrame a mí. Por cierto, creo que Pérez-Reverte y Torca no han fumado juntos en Sarajevo, aunque quién sabe.

7. La banda sonora de esta novela la integran *Daiquiri Blues*, de Quique González; *Hotel, dulce hotel*, de Joaquín Sabina; *¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?*, de los Burning; *Woke up this Morning*, cabecera de *Los Soprano*; *Santa Maradona*, de Mano Negra; *Angel*, de Massive Attack; *Allí donde solíamos gritar*, de Love of Lesbian; *Waterloo Sunset*, de los Kinks; la *Suite n.º 1 para chelo*, de Bach, y *Casta Diva*, de Bellini, cantada por Cecilia Bartoli. Los libros citados son *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig; *De qué hablo cuando hablo de correr*, de Haruki Murakami; *Los mares del Sur*, de Manuel Vázquez Montalbán; *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, y *Memorias líquidas*, de Enric González. Además he incluido algún verso de Luis Cernuda y alguna cita de *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Ribeyro. El retrato de la contraportada es del fotoperiodista Félix Ordóñez, que murió en otoño de 2012, cuando volvía de cubrir un partido entre el Real Madrid y el Borussia.

7. Dedico esta novela al escritor y maestro Pedro de Miguel —que, entre otras cosas,

me enseñó a leer hacia atrás—, a mis padres, a mis hermanos, al amor de mi vida y a nuestros hijos.

7. ¿Y ahora qué? Me pide el cuerpo tirar hacia delante, narrar las aventuras que Juan Torca vive en Madrid, y en otros sitios. Aunque también me apetece retroceder, contar completas las historias del mar de Aral, del rescate de Black Beach, de las misiones en Iparralde, Colombia o Sarajevo... Pero ¿tendrá cuerda Torca para protagonizar 7 novelas? Ya veremos...

7. Para contarme qué te ha parecido este libro o para cualquier otro asunto puedes escribirme al correo electrónico leandro@leandro-perez.com. También puedes participar en la web leandro-perez.com, que incluye extras, vídeos y fotos sobre esta novela.

Burgos, mayo de 2014, año de la Décima

Las Cuatro Torres

Leandro Pérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Carlos del Rey / Getty Images

© Leandro Pérez, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13265-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.